

*Catherine*  
**ANDERSON**

*Magia comanche*



**Lectulandia**

Un hechizo se tejió alrededor de su corazón... Chase Lobo, atractivo y fuerte, cuya sangre comanche lo hacía peligroso, estaba acostumbrado a conseguir lo que quería. Así que cuando vio a Franny —un ángel rubio con profundos ojos verdes, rasgos delicados y una dulce sonrisa— se dispuso a hacerla suya.

Ella tenía demasiados secretos para dejar que alguien entrara en su mundo, secretos que terminarían con la cordura de cualquier persona. Pero Chase estaba lejos de ser razonable, y a pesar de los intentos desesperados de Franny por alejarlo, él no estaba dispuesto a dejarla destruir su futuro.

Una historia repleta de pasión y sentimientos con la que Catherine Anderson pone punto y final a su aclamada serie Comanche.

**Lectulandia**

Catherine Anderson

# **Magia comanche**

**Comanche - 4**

ePub r1.1

Titivillus 28.05.15

Título original: *Comanche Magic*  
Catherine Anderson, 1994  
Traducción: Diana Delgado

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para mi nieta y ahijada Amber Walden, que tiene una voz tan dorada como su nombre. Ten siempre la vista puesta en el horizonte. Porque allí hay un sueño esperándote.

Para mi sobrino nieto Dustin Christean, que, por ser el mayor, tiene que abrir el camino a los demás. Sé que puedes hacer grandes cosas.

Para mi sobrina nieta Wendy Walden, quien a veces me hace sentir como si estuviera mirándome en un espejo.

Para mi sobrina nieta Nichole Bowyer, prueba viva de que el mejor perfume viene siempre en frascos pequeños.

Y por último, pero no por ello menos importante, para mi sobrina nieta Haley Atwater, un ángel diminuto que Dios nos envió en respuesta a nuestras plegarias.

## Queridos lectores:

Muchos de los libros que he escrito a lo largo de mi carrera se basaban en una historia especial, y, de ellos, cabe destacar el de *Magia comanche*, publicado originalmente en 1994. Hasta que el movimiento por la defensa de los derechos de las mujeres empezó a provocar cambios en la última mitad del siglo xx, la sociedad restringía enormemente las oportunidades laborales de las mujeres. En el siglo xix y principios del xx, esta situación fue más común que en ninguna otra época que se recuerde. Las viudas y las mujeres abandonadas no tenían forma alguna de ganarse la vida de forma respetable y, a menos que dejaran a un lado sus remilgos puritanos, sus hijos solían pasar hambre. Esta convención social afectó directamente a mi bisabuela, quien, casada y con siete hijos, se quedó sola cuando su marido decidió emigrar a Australia en busca de fortuna. Creo que se marchó a buscar diamantes, pero dado que mi abuela me contó esta historia cuando aún me sentaba en su regazo, no estoy segura de que fueran riquezas lo que buscara mi bisabuelo. Al marcharse, prometió a mi bisabuela que les enviaría dinero a ella y a los niños. Desgraciadamente, no volvió a oír nada de él en siete años.

Para alimentar a sus hijos, mi bisabuela tuvo que trabajar en todo lo que le ofrecieron, pero ninguno de estos trabajos le daba lo suficiente como para sacar adelante a su familia. Muy pronto se vieron en la indigencia. Mientras mi bisabuela se mantuvo en el camino de la decencia y aceptó las normas morales de la sociedad del momento, fue respetada por la gente del pueblo. Ninguno de ellos se paró a pensar en si sus hijos tenían frío, hambre o si necesitaban alguna cosa. Ella era aún una gran señora aferrada a su moral.

En realidad, mi bisabuela no respetaba las convenciones. Sentía que era su deber ante Dios cuidar de sus hijos. Para hacerlo, hizo lo inimaginable. Un viudo del pueblo con varios hijos le ofreció trabajo en su casa. A cambio de cuidar de su casa y su familia, el hombre le daría alojamiento, comida y ropa para los niños. Mi bisabuela contravino las convenciones y aceptó el trabajo. (En aquella época, un hombre y una mujer no podían vivir bajo el mismo techo si no estaban casados. ¡Era un escándalo!) Ella y sus hijos vivieron con el viudo unos cuantos años. Mi bisabuela se convirtió entonces en una «descarriada» o en una mujer de dudosa reputación. Las mujeres respetables dejaron de tratarla.

Para no extenderme mucho, unos cuantos meses antes de que mi bisabuelo fuese declarado legalmente muerto (en aquel entonces, si alguien desaparecía durante siete años, se le consideraba legalmente muerto), el viudo pidió matrimonio a mi bisabuela «para hacer de ella una mujer honesta». Ella aceptó y, cuando estaba a punto de casarse, mi bisabuelo volvió al pueblo. Estoy segura de que no le hizo muy feliz ver que su mujer y sus hijos vivían con otro hombre. Recuperó a su familia y nunca más

volvió a marcharse en busca de fortuna. Así todo terminó más o menos bien, y la reputación de mi bisabuela fue restaurada en cierto modo.

Solo que, para mí, este no fue un buen final. Siempre que escuchaba esta historia familiar, me enfurecía. En mi opinión, no me parecía justo que mi bisabuela fuera juzgada tan duramente. Si hubiese dejado que sus hijos se muriesen de hambre, supongo que la hubiesen considerado una santa. ¿Qué le pasa a la gente que es capaz, incluso hoy, de mirar al infortunio de los demás y condenarles por su pecado? ¿Se paran alguna vez a pensar en qué es lo que les ha llevado a vivir de esa forma? Para mí, es una pregunta a la que la sociedad ha respondido de manera errónea y, como escritora, tenía la necesidad de escribir una historia que pudiese hacer que la gente buscase en su interior algo de compasión por los demás.

Por eso escribí *Magia comanche*, sobre una joven llamada Franny que, sin ser responsable de nada, tiene una madre ciega y varios hermanos que dependen de ella. Las necesidades de la familia de Franny la obligan a llevar una vida de paria, la peor de las vidas, la de una prostituta. Es una historia llena de giros emocionales y creo también que es una de las historias de amor más románticas y mágicas que he escrito nunca. Si no habéis leído aún *Magia comanche*, os animo a que dejéis a un lado todas las ideas preconcebidas de propiedad y os unáis a mí en este increíble viaje de esperanza, comprensión, redención y amor verdadero, un amor milagroso capaz de resistir a todo.

Con cariño,  
CATHERINE ANDERSON

## Capítulo 1

*E*l calor de julio cubría el jardín como una manta. Un enjambre de abejas revoloteaba comiendo de las gotas de suero que caían de la malla de mantequilla colgada en la verja. En el establo adyacente a la casa, la vaca mugía de vez en cuando en consonancia con el agudo y esporádico gruñido de los cerdos. Para no ser menos, las gallinas del corral cloqueaban y se sacudían cada vez que soplaba algo de viento, que no era nunca suficiente, dadas las temperaturas.

Después de desabrocharse la camisa de cambray azul hasta el pecho, Chase Lobo recolocó el hombro contra el pino y cerró los ojos para absorber los olores. Sonrió al recordar imágenes de su niñez y de otros días de julio cuando corría salvajemente por el arroyo que bordeaba el terreno de sus padres.

Este verano veía poco probable que pudiese correr mucho. La sonrisa de su boca se cerró en una fina línea. Pensó en hacerse un cigarrillo y cambió de opinión por temor a que pudiera darle la tos. Toser, como el resto de actividades que requerían movimientos musculares, era un lujo que no podía permitirse, no con las tres costillas rotas que tenía. Así aprendería a no volver a dejar que creciese musgo bajo sus pies la próxima vez que dos troncos trataran de emparedarle.

Si no se movía, el dolor no era tan malo. Moverse, ese era el problema. Hasta hace poco, Chase nunca se había dado cuenta de lo activo que era. Tal vez era su sangre comanche, pero, a diferencia de otros, no era muy dado a la ociosidad. Como ahora, por ejemplo. ¿Cuánto tiempo hacía que no se había sentado en el jardín de su madre bajo este viejo árbol, escuchando el zumbido de las abejas? Mucho. Cumpliría veinticinco años en marzo y llevaba trabajando la madera desde los dieciocho. Desde entonces no había tenido mucho tiempo para holgazanerías. Ahora tenía todo el tiempo del mundo en sus manos y no sabía qué hacer con él.

Poniéndose una mano en las costillas, Chase apoyó la cadera sobre la colcha de pinocha y dobló una pierna. Un mechón de pelo color caoba le caía sobre los ojos. Fijó la mirada en lo que tenía delante de él un momento tratando de adquirir una nueva perspectiva de las cosas. Después, se dedicó a contar los arañosos del talón de su bota, hasta llegar a veintidós, y se detuvo a considerar cómo se los habría hecho. Mientras hacía rodar los troncos, pensó, lo que le condujo por un agradable camino de recuerdos que le tuvieron ocupado durante unos minutos más.

Cuando volvió al tiempo presente, se lio un cigarrillo, con costillas o sin ellas, encendió una cerilla e inhaló el humo. Sabía a boñiga seca de vaca. Necesitaba tabaco fresco. Quizás al final de la tarde podría dejarse caer por la tienda de abastos. «Dejarse caer», nunca mejor dicho. Andar le dolía una barbaridad.

Con una mueca de disgusto, apagó el cigarrillo con los dedos y guardó la parte que aún le quedaba sin fumar. Después cerró los ojos y, sin nada mejor que hacer,



decidió que bien podía echarse una siesta. Un poco más tarde, se despertó al oír el sonido de unas risas femeninas provenientes del arroyo. Al aguzar el oído, distinguió la risa de su hermana Índigo. Un año menor que él, Índigo tenía ya marido y dos hijos. Sonrió. Solo ella se iba al arroyo a jugar para vencer este calor. Las otras mujeres del pueblo, su madre incluida, se quedaban en casa haciendo labores domésticas, más de una horneando pan si su olfato no le engañaba.

Chase se puso en pie, siguiendo el sonido de las risas en dirección al arroyo. Tal vez no estaba listo para saltar al agua, pero observarlas desde la orilla sería sin duda más entretenido que quedarse sentado allí solo en el jardín de sus padres.

Sujetándose el costado con una mano, se movió lentamente hacia el bosque sombreado. Las ramas de cornejo y arrayán se enredaban sobre su cabeza. Las hojas verde brillante de las mahonias y los arbustos de roble venenoso formaban una densa maleza a los pies de los árboles y las flores blanco cremoso del cornejo y las rosadas de los rododendros salpicaban de colores vivos el conjunto. Las fresas silvestres invadían el camino, y sus ramas verdes contrastaban con el rojo de la arcilla. Al verlas se le hizo la boca agua. De niños, Índigo y él se empachaban de fresas al menos una vez al año. Recorrió con cariño el lugar con los ojos, triste de que aquellos días se hubiesen terminado para siempre. En su cabeza persistían los ecos de voces y risas pasadas. Supuso que no había ningún otro lugar como el hogar de uno.

Una calidez ámbar atravesaba las ramas de roble y pino que había sobre su cabeza, cubriéndole la frente de sudor y haciendo que el cambray de su camisa se le pegara a los hombros. Se apartó un mechón de pelo de los ojos y apretó los ojos al sentir la punzada de dolor en el estómago. Pensando cada lugar en el que ponía las botas, llegó por fin a las rocas que bordeaban Shallows Creek. Se detuvo a la sombra de dos robles entrelazados y disfrutó de la frescura del aire húmedo. Qué estúpido había sido por no venir aquí antes. Las riberas de Shallows Creek siempre habían sido un lugar de respiro durante el calor del verano.

Siguiendo las voces, Chase rodeó un recodo del río. Esperaba ver el pelo leonado de su hermana, por lo que se sorprendió de ver en su lugar a una mujer de pequeña estatura y pelo rubio. Si vivía en Tierra de Lobos, Chase no la había visto nunca. Era hermosa como en un cuadro, con una belleza difícil de olvidar. Inclino un hombro sobre un roble, feliz de poder disfrutar de la vista sin ser visto.

El perro de Índigo, *Sonny*, que dormitaba a la sombra cerca del río, levantó la cabeza y olisqueó el aire. Un momento después, localizó a Chase. En sus ojos dorados apareció un brillo de reconocimiento y, después de un rato, volvió a bajar la cabeza y reanudó el sueño. El instante de reconocimiento visual con el animal hizo que Chase se sintiese extrañamente vacío. Había habido un tiempo en el que había tenido el mismo don que su hermana para comunicarse con los animales. Pero ya no. Era el precio que había tenido que pagar por permanecer siete años alejado de su casa. En algún momento había perdido el contacto con esa parte de sí mismo.

Chase apartó ese pensamiento y volvió a interesarse por la mujer del arroyo. En

camisa interior y pololos, retozaba en el agua con su sobrino de cuatro años, Cazador. La gasa de su ropa interior se había vuelto transparente con el agua y le caía por la piel como la capa de una cebolla. Los pezones rosados de sus pequeños pechos estaban duros por el frío y empujaban contra la tela como dos crestas impertinentes. Algunos hombres hubiesen dicho que tenía poco pecho, pero él era de los que opinaba que más de un bocado era un desperdicio. Además, tenía una cintura y unos miembros tan pequeños, que esos pechos rosados eran el complemento justo para un cuerpo perfecto.

Contento de encontrarse donde estaba, Chase descendió al suelo con cuidado y se abrazó las rodillas. En un día caluroso como este, sería una crueldad anunciar su presencia y arruinar así su baño. Y él era una persona considerada...

Al parecer, la chica libraba una especie de competición con su sobrino para cazar salamandras, conocidas en esta zona como perros de agua. En los últimos años, las mujeres que Chase conocía se habían preocupado por cazas más carnales, y dominaban bien la práctica de exhibir sus encantos y ejercitarlos al ritmo de la música de las tabernas. Con una sonrisa en la boca, se acomodó un poco más en el lugar que ocupaba. Esta imagen era infinitamente mejor que la del suero goteando en casa de su madre.

Fuera quien fuese, parecía un ángel. Un rayo de sol iluminaba su pelo dorado de manera que parecía tener una aureola divina sobre la cabeza. Su piel era de pétalos blancos, tan impecable como el marfil y muy diferente a su piel india. Tenía unas facciones delicadas y perfectas excepto por su pequeña nariz, que se levantaba en la punta como si se hubiese ahogado en una tormenta. Chase decidió que le gustaba así. Le daba un aire de niña pequeña traviesa.

Bajó la vista a su cintura y siguió hacia abajo. En ese momento caminaba con dificultad por el agua y se abalanzaba para atrapar un perro de agua. Con su entusiasmo de niño pequeño, Cazador se hundió en el agua para alcanzar su presa antes que ella, en medio de un chapoteo de agua. Ella gritó y se tambaleó, riéndose mientras se limpiaba el agua de los ojos.

—¡Mío! —gritó Cazador.

—¡De eso nada! ¡Yo lo vi primero!

Cazador miró hacia abajo triunfante, sujetando con sus pequeñas y morenas manos el escurridizo animal.

—Tengo ya... —Se detuvo y frunció el ceño—. ¿Cuántos tengo?

—Tres —dijo ella con una risa traviesa.

—¡No señor! ¡Estás haciendo trampas!

—Si prestases atención a tu madre cuando te enseña a contar no podría hacerte trampas.

Sosteniendo el perro de agua en el aire, Cazador arremetió contra ella. Con otro chillido, chapoteó por el agua para alejarse de él, con una risa tintineante como el cristal.

—¡Ni se te ocurra, pequeño vándalo! Como pongas esa cosa en mis calzones, ¡te ahogo!

Sin inmutarse, Cazador le cogió el pololo. La rubia se apretó la cinturilla y se alejó un poco para escapar de su alcance. Tenía un trasero perfecto, con firmes y rosadas nalgas que se movían lo suficiente como para despertar la imaginación de cualquier hombre y hacerle preguntarse por la sensación de su tacto. Cuando volvió a mirar hacia él, Chase pudo ver el triángulo dorado que sobresalía entre sus esbeltos muslos. Después le miró los pechos, y su boca salivó como si estuviese chupando un limón.

Era tarde para preguntarse si estar sentado allí era una buena idea. Hacía ya tiempo que no estaba con ninguna mujer. De repente, sus pantalones vaqueros resultaron más pequeños en la entrepierna. Por muy frustrado que se hubiese sentido al contemplar el suero de la leche en casa de su madre, al menos no se había muerto por probarlo. Odiaba el requesón con pasión. Lástima que no pudiese decir lo mismo de esos pequeños pezones que suplicaban ser besados.

Como todos los niños de cuatro años, Cazador se cansó pronto de ese juego y volvió a centrar su atención en un perro de agua que pasaba junto a él. El ángel con la nariz levantada se quedó extrañamente callado. Chase dejó de mirar sus pechos y se encontró sin proponérselo con los ojos más grandes y del verde más sorprendente que hubiese visto nunca. No era un verde azulado o grisáceo, sino el verde de las hojas nuevas de la primavera.

Ella gimió y se tapó los pechos con las manos. A continuación, se arrodilló en el agua para esconder sus partes bajas. Chase la miró fijamente, sin saber qué decir. «Hola», tal vez, pero no parecía apropiado. «¿Cómo está?», pero tampoco se lo parecía.

Al final se decantó por un «Hace calor hoy, ¿verdad?».

Ella se encogió al oír su voz, y su pequeño rostro se volvió de rojo carmín. Chase hubiese jurado que cada una de las gotas de su riego sanguíneo se agolpaba ahora en sus mejillas, pero después de examinarla mejor, ese era un fenómeno que no merecía mayor especulación. En las pocas ocasiones de su vida que se había sonrojado, nadie se había dado cuenta. Esta chica se encendía como la lámpara de un prostíbulo.

Al ver que se quedaba en la misma posición inmóvil por varios segundos, Chase empezó a sentir vergüenza de sí mismo. La sensación comenzó con un tenso sentimiento en el pecho que le subió a la región de la garganta. Supuso que a ella no debía de hacerle muy feliz descubrir que tenía compañía masculina cuando iba vestida solo con su ropa interior, y encima mojada hasta los huesos. No iba a culparla por ello.

—¿Chase Kelly? ¿Eres tú?

Índigo salió de detrás de una mata de arbustos con su hija Amelia Rose adormecida en los brazos. Índigo llevaba solo la camiseta interior y los pololos, pero, al ser su hermano el que estaba allí, no se sonrojó en un principio. Le llevó algún

tiempo darse cuenta de qué era lo que había hecho su hermano. Sus ojos plateados echaron chispas.

—¿No te da vergüenza, Chase Kelly Lobo? ¿Qué haces ahí escondido? ¿Estás espiándonos? ¿Acaso no te ha enseñado madre algo de educación?

Si lo había hecho, Chase parecía haberlo olvidado. Empezaba a sentirse como un canalla del peor pelaje. Consciente de esos ojos increíblemente verdes que le miraban, olvidó sus costillas rotas y se encogió de hombros. El movimiento le hizo guiñar los ojos. Pensó en inventar una excusa rápida, pero, incluso después de siete años de práctica, mentir era aún algo que le costaba.

—Estaba aburrido —admitió—. Cuando os oí aquí abajo, no pensé que os importara que me uniese a vosotras.

—Y no nos importa. Si te hubieses unido a nosotras. —Índigo fue orilla arriba de dos zancadas, flexionando ágilmente las piernas debajo de los calzones. Entregó a Chase su adormilada sobrina—. Haz algo útil mientras yo voy a buscar las ropas de Franny.

Correteó orilla abajo y gritó:

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza! Perdónale, Franny. Decir que es un cabeza de chorlito es un cumplido.

¿Chase Kelly? Sonaba como si tuviese diez años. ¿Un cabeza de chorlito? Las mujeres eran unas expertas en hacer a un hombre sentirse miserable. Hacía mucho tiempo que nadie se atrevía a meterse con Chase.

Acarició el pelo rizado de Amelia Rose y trató de sentirse cómodo con ella en brazos. Con dieciocho meses, era un bebé regordete y rosado de los pies a la cabeza. Tenía el pelo y las pestañas negras de su padre, y las facciones delicadas de su madre. Su camiseta interior de encaje estaba aún mojada por haber jugado en el río. Chase le pasó la mano por su culito desnudo y sonrió. Ahora sabía de dónde venía la expresión «suave como el culito de un bebé». Tenía la piel como el terciopelo.

—¡Ei, tío Chase! —Cazador llegó a él balanceándose, con su pequeño y huesudo cuerpo reluciente como el bronce mojado a la luz del sol. Tocayo de su abuelo, el chico era más comanche que blanco, con el pelo tan negro y liso como una bala en un día sin viento—. ¿Quieres coger perros de agua?

Chase miró por encima de la cabeza del chico para ver a Franny, el ángel de ojos verdes que trataba de salir del arroyo sin mostrar sus encantos. Dado que había visto todo lo que tenía que ver, bien hubiese podido ahorrarse el trabajo. Sin embargo, se cuidó mucho de decir algo así delante de su hermana.

—Tengo las costillas demasiado doloridas como para coger perros de agua, Cazador. Tal vez la próxima vez.

—¡Venga, por favor! Jugar con chicas no es divertido.

Chase pensó que eso dependía de la forma en que fuesen vestidas esas chicas y de quién participase en el juego. Por supuesto, Cazador era demasiado joven para apreciar las formas femeninas, lo que explicaba por qué su madre y su amiga Franny

se movían con toda libertad ante él en ropa interior.

Mantuvo educadamente los ojos lejos de las mujeres mientras observaba a Cazador de vuelta al río. En unos segundos, el chico se recuperó de su desilusión y se hundió en el agua en busca de otro perro de agua. Cuando Chase pudo volver a mirar en dirección a las mujeres, vio que Franny estaba de pie en el borde con una blusa blanca de mangas largas y cuello cerrado, y una falda azul de vuelo, ambas prendas pegadas a su cuerpo mojado. Con las mejillas aún sonrosadas, se recogió infructuosamente el pelo, tratando de sujetarlo con horquillas en la trenza que coronaba su cabeza.

—Franny, me gustaría presentarte a mi hermano, Chase Kelly Lobo —dijo Índigo secamente—. Como recordarás, te dije el otro día que estaba en casa recuperándose de un accidente con la madera.

El tono de Índigo hizo que Chase se sintiera como un enfermo de gripe. Arrastró la vista de la parte trasera de la falda de la mujer rubia y dijo:

—Encantado de conocerla, Fanny, quiero decir, Franny. Siento haber interrumpido su baño.

Su rostro se puso rojo una vez más.

—No tenga cuidado —dijo con una voz tan baja que tuvo dificultades para entenderla. Se sacudió la falda y evitó su mirada—. Bueno, Índigo, creo que será mejor que me vaya.

Con esto, hizo un gesto de saludo en dirección a Chase, sin mirarle. A continuación, se puso un sombrero de ala ancha y ocultó con él su cara. Después de atarse el lazo a la barbilla, cogió sus zapatos y sus medias enrolladas y empezó a subir por el camino. Como Chase estaba sentado en medio de él con la niña cogida en brazos, ella se detuvo después de dar varios pasos y levantó sus ojos verdes hacia él. Chase sabía muy bien que no se atrevería a pasar por el bosque para rodearle, a menos que quisiese toparse con el roble venenoso. En estas colinas, esa mala hierba crecía tan espesa como el pelaje en el lomo de un perro, y la mayoría de la gente era alérgica a su tacto. Sobre todo los que tenían la piel más blanca.

Incluso ensombrecida por el ala del sombrero, esos ojos suyos le hicieron perder el aliento. Chase le sonrió perezosamente y se alegró de estar en medio. De repente, la idea de quedarse la mayor parte del verano en Tierra de Lobos sin otra cosa que hacer que holgazanear no le pareció una cruz tan difícil de soportar.

—No hay prisa, Franny.

La punta de su nariz volteada se puso roja.

—De verdad que tengo que irme. Creo que puedo rodearle. Por favor, no tiene por qué molestarse.

Chase no tenía intención de mover ni un solo músculo. Mientras le rodeaba, le miró los pies desnudos y se regodeó con la atractiva visión del tobillo que ofrecía su falda levantada. Tenía unos dedos pequeños y esbeltos, y unas uñas delicadas que le recordaron a unos pétalos translúcidos. Una amplia red de huesos frágiles y bien

delineados formaban la parte superior de cada pie. Él elevó la vista hasta su cara.

Sus ojos se encontraron y, por un instante, Chase sintió como si le hubiesen emparedado entre dos troncos de nuevo. En lo que a belleza se refiere, esta joven daba una nueva definición al término. No era tanto que su cara fuera perfecta. Lo que más sorprendía a Chase era la dulzura e inocencia que emanaba, algo que impulsaba a un hombre a enfrentarse a pumas y ganarlos. Se olvidó por completo de sus costillas.

Para no asustarla, graduó su voz y dijo:

—Espero que vuelva, Franny. Quizá la próxima vez se quede un rato en casa y pruebe la limonada que hace mi madre. Es la mejor de Tierra de Lobos.

Por un momento, ella se quedó inmóvil allí, mirándole fijamente. No podía creer lo que estaba oyendo. Después, volvió a sonrojarse. Sin decir nada, se puso a andar y desapareció entre los árboles, sin volver a mirar atrás.

—Eso no ha sido muy amable —dijo Índigo con voz temblorosa—. ¿Cómo te atreves, Chase? Nunca pensé que pudieras ser tan malo.

La sonrisa perpleja de Chase desapareció y se volvió para mirar a su hermana, que estaba de pie junto al agua, las manos en las caderas y la cabeza ladeada con enfado. A Chase no le importaba que le acusasen de ser malo cuando se lo merecía, algo que admitía ser la mayoría de las veces, pero sentía que en este caso era injustificado.

—¿He sido malo por invitarla a limonada?

—Sabes muy bien que nunca pondría a nuestra madre en un compromiso. Aunque sé que madre la recibiría con los brazos abiertos, igual que padre. Pero Franny es demasiado buena como para ponerles en semejante aprieto. Ya sabes como son los puritanos de este pueblo. Las malas lenguas estarían hablando durante semanas si una mujer con la profesión de Franny llamase a la puerta de nadie.

Chase digirió esto.

—¿Me he perdido algo? —Miró a su alrededor para asegurarse de que Cazador seguía preocupado en coger perros de agua—. A juzgar por cómo hablas, es como si estuvieras refiriéndote a la prostituta del pueblo.

Índigo abrió mucho los ojos.

—Deberías referirte a ella de una forma más suave, y no me parece nada divertido que actúes como si no lo supieras. Te juro que trabajar con esos rudos leñadores hace imposible convivir con la gente respetable.

La cara dulce de Franny pasó por la mente de Chase. Con esos ojos gigantes e inocentes que tenía, era imposible que... No, era imposible. Chase no presumía de ser un gran conocedor de la mentalidad femenina, pero, después de vivir en un campo maderero tantos años, estaba seguro de que reconocería a la legua a una mujer de vida alegre.

—Índigo, ¿intentas decirme que Franny es una prostituta?

Ella hizo un sonido frustrado.

—Que no la lames así, te digo. Es mi mejor amiga y no voy a permitir que la

insultes. Si tienes que llamarla de alguna manera, llámala desgraciada.

A Chase le importaba un pimiento cómo la llamase Índigo. Una prostituta era una prostituta. La imagen de una flamante rubia con rizos y excesivo maquillaje en la taberna pasó por su cabeza. Por respeto a sus padres, Chase nunca había frecuentado las habitaciones superiores del Lucky Nugget en sus breves visitas, por lo que no había prestado atención a las almas descarriadas que trabajaban allí. Pero ahora que pensaba en ello, recordó a una mujer que respondía al nombre de Franny. Entrecerró los ojos.

—Esa chica es la prosti... —Se detuvo y tragó saliva—. ¿Esa es la desgraciada que trabaja en el Lucky Nugget?

—Algo así.

—¿Cómo que algo así? —Chase miró fijamente a su hermana. Debía de estar gastándole una broma. Era muy propio de Índigo tratar de tomarle el pelo—. ¿Qué quieres decir con «algo así»?

Ella arrugó la nariz, visiblemente impaciente por lo que consideraba una falta de intuición masculina.

—Ella no está exactamente presente cuando tiene un cliente —se encogió de hombros—. Es difícil de explicar. Pero te pido que no seas cruel con ella. ¿Me lo prometes, Chase?

¿Algo así como una prostituta que no estaba allí cuando los clientes la visitaban? Chase veía que eso parecía ser de lo más normal para Índigo, pero por Dios que no entendía nada de lo que le estaba diciendo.

—No es culpa suya que esté metida en ese tugurio —siguió Índigo—. Salvo las almas buenas, el resto de las mujeres de este pueblo piensan que sí lo es. Los hombres no nos habéis dado muchas opciones en lo que se refiere a ganarnos el pan. Franny es de verdad un alma desgraciada.

Chase entendió que Índigo hablaba en serio. Clavó la vista en el lugar por el que Franny, el ángel, había desaparecido. Después volvió a mirar a su hermana, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

Franny, ese ángel ruborizado de ojos verdes, ¿una prostituta?

## Capítulo 2

Tres horas más tarde, Chase se balanceaba en una de las sillas de la cocina de su hermana, con una taza de café colgada del labio. Frente a él, Jake Rand, su cuñado, tenía cogida a Amelia Rose en las rodillas mientras le daba de comer una horrible mezcla machacada de carne con salsa. Amelia Rose se negaba a tragar y sacaba la lengua con los ojos llenos de lágrimas.

—Cariño, tienes que comer —suplicó Jake a su hija—. ¿Un bocado más por tu papá?

Amelia Rose dejó caer la bola de comida por la boca y esta llegó hasta su regazo. Parpadeó con un escalofrío. Jake suspiró y trató de limpiar las manchas de su hermoso vestido.

—Ese es el puré más desagradable que he visto en mi vida —comentó Chase—. No me extraña que no quiera comérselo.

Jake levantó una ceja, con un brillo divertido en los ojos.

—Habló la voz de la experiencia.

—No necesito ser padre para tener sentido común. ¿Por qué le mezcláis la cena de esa manera? Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar.

Índigo se dio la vuelta en el fregadero. Con un brillo desafiante en los ojos, levantó a su hija de las piernas de Jake y se la dio a Chase.

—Enséñanos entonces cómo se hace, tío Chase. Si consigues que coma, te haré pastel de manzana todos los días durante una semana.

Celebrando el reto, Jake arrastró el plato de la niña hasta el otro lado de la mesa. Chase miró la desagradable comida y después observó a su sobrina. Le gustaba demasiado el pastel de manzana como para negarse. Mordiéndose una sonrisa, cogió el tarro de miel de la mesa y vertió un generoso chorro del dulce líquido sobre el plato de Amelia Rose. Los ojitos marrones de la niña se iluminaron con admiración.

—Eso es trampa —gritó Índigo, con las mejillas sonrosadas—. De verdad te lo digo, Chase Kelly; no puedo contigo. Has echado a perder su cena, y ahora tendré que ponerme a picar más venado.

Chase dio una gran cucharada a su sobrina. La niña masticó, parpadeó, tragó y abrió la boca pidiendo más. Chase atravesó a Índigo con la mirada.

—No me digas que no sé cómo conseguir lo que quiero con las mujeres. Si lo que les das es lo bastante dulce, las tendrás pidiendo más.

Índigo cerró sus grandes ojos azules.

—Parece que lo tienes clarísimo.

Jake se rio.

—El caso es que funciona. Si nuestra hija no come, se quedará tan delgada como su madre. —Jake pellizcó a su mujer en el trasero cuando pasó junto a él—. Y no



creas que estoy quejándome.

Su mujer le fulminó con la mirada antes de volverse hacia el fregadero y ponerse a lavar los platos. Chase siguió poniendo bocados de papilla con miel en la boca de su sobrina.

—Ya puedes ir haciendo la masa del pastel, peso pluma. No voy a perder esta apuesta.

Índigo sacudió la cabeza.

—Es una golosa redomada. Estoy segura de que sabes cómo complacerla. Y no me llames peso pluma. Sabes que lo odio. Cazador repite todo lo que oye.

—Pero Cazador ha salido fuera a jugar, así que puedo llamarte como quiera. —Al ver la mirada enfadada de Índigo, Chase se rio e hizo una mueca al notar el puntapié en las rodillas. Después volvió a coger la cuchara para llenar la boca de Amelia Rose. Después de un rato, se puso serio y levantó la vista—. Hablando de nombres, ¿qué quisiste decir antes con lo de que Fanny era «algo así como una prosti... algo así como una desgraciada»?

Índigo dio la espalda al fregadero.

—Franny, no Fanny, y no pude ser más clara. Ella es algo así como eso, pero no realmente.

Chase miró a Jake inquisitivamente, quien se encogió de hombros y levantó los ojos al cielo, como diciendo que a veces Índigo le resultaba del todo incomprensible. Chase no pudo estar más de acuerdo con él. Su hermana era muy rara. Aunque claro, la gente había dicho lo mismo de él una vez. No podía ser de otra forma, habiéndose criado con un padre comanche y una madre profundamente católica.

Jake se levantó de la mesa.

—Creo que voy a ir a partir la leña que trajimos ayer para la estufa. ¿Quieres venir, Chase?

—En un momento. —Chase rebañó el plato de Amelia Rose y puso la última cucharada de papilla en su boca. La niña le hizo un mohín. Con cuidado de no hacerse daño en las costillas, se inclinó para ponerla en el suelo—. Estaré esperando ese pastel mañana, peso pluma —dijo a su hermana al levantarse.

Índigo levantó delicadamente una ceja.

—No esperarás que cumpla mi parte, ¿verdad? Porque has hecho trampa.

Chase le guiñó un ojo.

—Nunca dijiste que no pudiese utilizar la miel.

Chase siguió a Jake fuera de la casa y se apoyó sobre la pila de madera mientras veía a su cuñado empuñar el hacha. Deseó tener mejor las costillas para ayudarle, pero para eso aún tendrían que pasar unas semanas. Frustrado y sintiéndose inútil, trató de encontrar un tema de conversación. Como seguía dándole vueltas en la cabeza, decidió recuperar el tema que habían dejado a medias en la cocina.

—¿No te preocupa, Jake, que tus hijos estén bajo la influencia de una prostituta?

—Me sorprendes, Chase. Pensé que tu padre os había enseñado a no juzgar a los demás por el mismo rasero que lo hacen los otros.

Chase hundió la suela de su bota en la tierra. En los últimos años, las enseñanzas de su padre se habían convertido en una úlcera para él. Seguir los pasos de Cazador Lobo era una garantía segura de terminar mordiendo polvo.

—No estoy juzgándola.

—Pues a mí me parece que sí.

—Llámame cauto. Nunca he conocido a una puta que no tenga puesta la vista en el dinero fácil. Todo el mundo sabe en Tierra de Lobos que provienes de una familia adinerada, Jake, y mi hermana es un alma cándida; siempre lo ha sido y siempre lo será.

—No es malo que Índigo sea así —contestó Jake con un pequeño gruñido—. Lo cierto es que me gusta así.

—¿Cómo te sentirás cuando no haya más panceta en la mesa porque ella le habrá dado vuestro dinero a la puta del pueblo? Te lo advierto, ten mucho cuidado. ¿Qué otra cosa podría atraer a una perla como Fanny de alguien como mi hermana? Índigo será muy buena, pero excitante, desde luego, no es.

Jake se rio.

—Yo la encuentro excitante. Supongo que tiene que ver con el punto de vista, ¿no? Y el nombre de esa «perla» es Franny, no Fanny. Dime qué es lo que sospechas.

—¿Qué va a ser? Por el precio justo, ese hermoso culito suyo es diversión para cualquier hombre.

Los músculos de la mandíbula de Jake se tensaron. Agitó el hacha sin convicción, poniendo más fuerza cuando por fin partió la madera.

—Habla más bajo. Cazador está jugando un poco más arriba.

Chase miró en esa dirección y bajó la voz.

—Es solo que no creo que entiendas lo sería que puede terminar siendo la situación. Índigo podría dar su último par de mocasines a cualquiera que le contase una historia triste. Confía en mí que sé de lo que hablo.

—¿Porque tú eres igual? ¿O debería decir, porque eras así?

—La gente cambia.

Jake se detuvo a observar a Chase un momento, y después sacudió la cabeza.

—Sin embargo, tú has cambiado demasiado. No estoy seguro ya de conocerte.

—Claro que me conoces. Es solo que he madurado. Nos pasa a todos.

—Entonces deja que siga teniendo el corazón de un niño para siempre.

Eso le dolió. Chase se cruzó de brazos y sonrió, como si no le importara. Pero lo cierto era que estaba ya bastante harto de que todos en su familia le encontrasen defectos.

—El tipo de trabajo que hago endurece a los hombres por el exterior. Eso no significa que no siga siendo la misma persona en el fondo.

Poniendo en vertical un tronco, Jake balanceó el hacha un momento.

—No es tu duro exterior lo que me preocupa, Chase, sino la manera en la que ves ahora las cosas. Al hablar de la gente que cuenta historias tristes, me da la impresión de que tú también tienes una que contar. ¿Quieres que hablemos de ello?

Chase se rio y levantó los brazos.

—Dios santo, Jake, ¿te estás escuchando? No soy lo que se dice el único que tiene esta opinión sobre las prostitutas.

—No. Desde luego que no eres el único, por desgracia. Pero me pregunto qué es lo que te ha hecho tener una opinión tan radical sobre ellas. A mí me parece que hay un poso de amargura en tus palabras. ¿Has estado tratando de salvar prostitutas, Chase?

—No, desde que supe que no debía hacerlo.

—Te quemaste, ¿verdad?

—Si puede decirse así...

—Bien, no dejes que un solo gusano te arruine el gusto por las manzanas. Índigo asegura que Franny es una «perla» estupenda, y tengo que creerlo. Sabes tan bien como yo que tiene una virtud especial para calar a las personas.

—Las putas no son buenas, Jake. Tienen que enseñar sus garras para sobrevivir.

—No es el caso de Franny. Según Índigo, se escapa a un mundo de sueños mientras hace su trabajo. Por la mañana, se despierta siendo la misma Franny tímida, inalterada por lo que le pasó la noche anterior.

—Debe de haber algún truco —dijo Chase con un gruñido.

—Es lo único que tiene sentido. —Su cuñado levantó una ceja—. Ya has conocido a Franny. Si se te ocurre otra razón para que siga siendo tan tímida y reservada, estaré encantado de oírla.

—Es una actriz condenadamente buena, es todo. Ninguna mujer con ese trabajo puede ser tan tímida. Te lo advierto, no confíes en ella. Esa chica busca algo. Aún no ha puesto sus cartas sobre la mesa.

—Índigo y ella llevan años siendo amigas. No puede ser tan lenta, ¿no crees?

—Sé lo que me digo. Te arrepentirás si no me haces caso.

—Pues me arrepentiré. Espero que no te ofendas, Chase, pero soy yo quien debe preocuparse de con quién van mis hijos y mi mujer, y no tú.

—Ella es mi hermana. Supongo que tengo también derecho a preocuparme.

—Supongo que sí. Ella es tu hermana, y sé que la quieres. —Balanceando el hacha en el hombro, Jake cruzó la mirada con la de Chase—. Te aprecio demasiado como para arriesgar nuestra amistad prohibiéndote que interfieras —dijo suavemente—, pero, antes de decir nada o hacer nada que puedas lamentar, hazme el favor de pensarte las cosas dos veces. Sobre todo porque te irás pronto. No puedes esperar que viniendo una o dos veces al año a visitarnos dos días, cambiemos nuestra forma de comportarnos o de pensar. Franny es importante para Índigo. Si dices algo o haces algo que perjudique su amistad, le romperás el corazón.

—Precisamente, no quiero que le hagan daño. —Chase suspiró y sacudió la cabeza—. Trataré de mantenerme al margen, ¿de acuerdo? —concedió finalmente—. Pero no puedo prometértelo. Solo de pensar que mi hermana anda por ahí con una prostituta me pongo enfermo. Es algo que no puedo remediar.

—Ya lo veo —murmuró Jake.

Más tarde esa noche, las estrellas brillaban como diamantes en el cielo color índigo. En el extremo norte del pueblo, Chase trataba de concentrarse en la luz blanquecina que emitía la luna, sentado en el porche de la casa de sus padres, y de no pensar en las dos ventanas del piso superior del Lucky Nugget, la única cantina de Tierra de Lobos. Una de las ventanas estaba levemente iluminada por la luz de una lámpara, la otra tan oscura como la muerte. Chase supuso que la ventana a oscuras era la de la habitación de May Belle. Se rumoreaba que estaba ya retirada y que vivía de sus ahorros y de un porcentaje de los ingresos de Franny. La mujer mayor debía de estar con toda seguridad dormida mientras que Franny trabajaba en la habitación contigua en la que se veía luz.

Franny. No podía quitarse esos increíbles ojos verdes de la cabeza. Le habían hipnotizado durante toda la tarde. Ahora llegaba el momento de acostarse y ¿qué era lo que hacía?: mirar a su habitación, preguntarse qué demonios estaría haciendo en estos momentos.

Como si no lo supiera. Aunque había tenido cuidado de no alardear de sus costumbres frente a sus padres y hermana, en los siete años que llevaba viviendo en campos madereros había visitado más de un burdel. Pelirrojas, rubias, castañas, todas pintadas de manera chabacana. Después de un tiempo, uno no podía recordarlas más que en una nube borrosa. Un leñador soltero llevaba una existencia solitaria y dura, y el póquer, el whisky y las mujeres eran sus únicas vías de escape.

Había habido un tiempo en el que Chase no se hubiese imaginado pensar de la manera en la que lo hacía ahora. Pero nadie es un inocente y un idealista para siempre. A excepción, tal vez, de su padre. Cazador Lobo era diferente a la mayoría de los hombres, puro de corazón y profundamente noble. A Chase le resultó imposible seguir su ejemplo en cuanto salió de Tierra de Lobos.

«Házselo a los otros antes de que los otros tengan la oportunidad de hacértelo a ti», era la regla de oro con la que vivía ahora. El mundo real que había detrás de las montañas pedía que el hombre se rigiera por ella si quería sobrevivir.

Chase dudaba de que algún día su padre llegase a entenderlo, o, por el mismo motivo, su madre. Para ellos, todo era o blanco o negro, sin ningún gris en medio. Chase sabía que les había defraudado.

Demonios, si era honesto consigo mismo, hasta él mismo se sentía defraudado. Una tristeza inexplicable le embriagó. Qué estupidez. Un hombre tenía que labrarse su propio camino. Supuso que tenía que ver con estar de vuelta en casa no solo de

visita, como había sido su costumbre en los últimos años, sino para quedarse una temporada. Tenía demasiado tiempo para pensar, demasiado tiempo para recordar cómo solían ser antes las cosas.

¡Todo había sido tan sencillo en su niñez! Entonces, creía que su padre tenía todas las respuestas. Chase echó un vistazo a la ventana superior iluminada del Lucky Nugget y se transportó a unos años atrás, a la primera vez que visitó un prostíbulo en Jacksonville. Diez minutos por cinco dólares. No podía recordar mucho de la mujer, solo que se llamaba Clare, y que estaba gorda y olía mal. Y lo último, no poco. Había ido con cinco amigos y estaban cuatro haciendo cola.

Incluso ahora podía recordar lo ansioso que se había sentido esperando de pie en ese sucio y apestoso pasillo, a la espera de que le llegase su turno. A esa edad (dieciséis, si no le fallaba la memoria), eran todos unos pardillos, con una única cosa en mente: hacerlo. Todos sus amigos habían salido de allí sonriendo y alardeando, rememorando lo «apetitosa» que era y haciéndole creer que iba a tener la experiencia más maravillosa de su vida. Cuando por fin le llegó el turno y entró en la habitación del placer, la única explicación que encontró para mantener su frágil orgullo masculino fue que había estado tan excitado antes de entrar que había perdido su habilidad tan rápido como había ganado su entusiasmo.

Como si la aventura de aquella noche se hubiese transmitido a Tierra de Lobos, su padre y los padres de sus amigos supieron de alguna forma lo que sus hijos habían ido a hacer a Jacksonville. Cada uno de ellos había recibido un sermón, Chase incluido. Solo que el padre de Chase, a diferencia de los otros, no le había hablado de enfermedades o de cosas como la discreción. El sermón del padre de Chase había consistido en una frase inolvidable: «El que explota al indefenso y da limosna para salvar su conciencia se verá un día bajo la suela de las botas de otros hombres sin encontrar consuelo en el dinero».

Como muchos de los consejos de su padre, este había dejado a Chase tratando de descubrir su significado durante todo un año. Era incapaz de ver la relación que tenía con lo que él había hecho con la prostituta gorda. ¿Indefensa? Según sus cálculos, Clare tenía más dinero en su baúl que el cepillo de la iglesia de los domingos.

Después, en una noche inolvidable en que acompañó a su padre a Jacksonville para asistir a la reunión de unos mineros, Chase entendió lo que su padre había querido decirle. Después de la reunión, los hombres habían vuelto a Tierra de Lobos y se habían congregado en la taberna. Varios de ellos, casados o no, habían subido al segundo piso con una May Belle de mirada triste, cuya radiante sonrisa parecía pintada en su boca. Chase se escandalizó, porque la mayoría de esos hombres, que iban regularmente a misa, no habrían saludado a la pobre mujer si la hubiesen visto por la calle. A Chase no le cabía ninguna duda de que a esos hombres no les importaban lo más mínimo los sentimientos de May Belle, si es que pensaban que los tenía. Como estaba haciéndose mayor y perdiendo atractivo, ni siquiera le pagaron la tarifa habitual de diez dólares.

Cuando la ya madura prostituta bajó hasta donde estaban Chase y su padre, Cazador Lobo puso cuatro piezas de diez dólares en su mano, suficiente para pagar ocho visitas, según los cálculos de Chase. Durante un instante horrible, Chase pensó que su padre, a quien siempre había considerado un hombre perfecto, pensaba traicionar a su madre y subir a la planta segunda. Pero entonces Cazador Lobo dijo algo que Chase nunca olvidaría: «Mi mujer dice que su puerta siempre está abierta. Encontrarás amigos en nuestra casa si algún día quieres entrar en ella».

Ahora, nueve años después, Chase miraba fijamente la ventana del segundo piso del Lucky Nugget y pensaba que era un círculo sin final. Los días de May Belle habían terminado, y ahora una joven de rostro angelical y grandes ojos verdes la había sustituido. «Los hombres no nos habéis dado muchas opciones en lo que se refiere a ganarnos el pan.»

Chase apoyó la cabeza en la columna del porche y cerró los ojos, recordando a la joven prostituta que le había timado unos años atrás. Volvió a embargarle esa vieja amargura, pero aquí en Tierra de Lobos, donde las lecciones de su juventud estaban más presentes, el efecto en él era diferente. En vez de sentir que tenía razones para sentirse dolido, se sentía culpable por pensar de la manera en la que lo hacía. Más aún, dudaba de que hubiese cambiado tanto. Algunas experiencias de la vida dejan una marca tan profunda que es difícil escapar a ellas.

La Franny de los ojos verdes que había conocido hoy había elegido su destino, y, que Dios le perdonase, no sería él el que la ayudase a salir de él.

Sombras... Franny sentía que la rodeaban, que se movían, como en un susurro, en una caricia. Pero no eran reales. Algunas veces, esos susurros sonaban como preguntas y, si esas preguntas se ajustaban al diálogo que estuviese manteniendo en sus sueños, entonces contestaba. Si no, no se molestaba. Al fin y al cabo, nadie le pagaba por hablar.

Cerró los ojos y se perdió en un rayo de sol. Iba en el carro de camino a la iglesia. La brisa de la mañana era fresca, cargada del olor a flores, y su madre cantaba canciones de misa. Franny hizo descansar la cabeza de su hermano pequeño Jason sobre su pecho y lo atrajo hacia ella, con la mirada perdida en el campo de margaritas que tenían ante ellos. La boca relajada de su hermano se abrió en una sonrisa bobalicona. Ella cogió el pañuelo de su madre y le limpió la saliva que le caía por el labio inferior.

—Di que me quieres. Quiero oírte decirlo.

A Franny se le hinchó el pecho de alegría al oír hablar a Jason.

—Pues claro que te quiero.

Acarició el pelo de Jason y se preguntó si de verdad sabía lo mucho que le quería, o lo mucho que sentía el daño que le había hecho. La pena de su madre era algo soportable. Al menos a ella podía ayudarla y cuidarla. Pero la vida de Jason había

terminado antes de que empezara; ahora vivía en un mundo oscuro del que no podría escapar nunca. Y todo había sido culpa suya.

—Te quiero... te quiero muchísimo. Con todo mi corazón.

La sombra se apartó, y Franny oyó el tintineo de unas monedas. Apoyó la cara contra la sábana de franela y volvió a sonreír. Ahora estaban en la iglesia y los monaguillos recorrían las filas con el cepillo para el pastor Elías. Franny se inclinó sobre su hermana Alaina para poner dinero en la mano de su madre. Después le guio el brazo para que pudiera poner su donativo en la cesta. Aunque Franny ganaba todo el dinero que tenía su familia, le parecía más conveniente que fuera su madre la que hiciese el donativo, ya que era viuda y cabeza de familia.

Otra sombra se movió hacia Franny. Oyó una voz que decía:

—Vamos a pasar un buen rato, cariño.

Ella sonrió entre sueños y dijo:

—Sí, un buen rato.

Estaba en el salón de su casa. Era el cumpleaños de Ellen, y Franny tenía una gran sorpresa para ella escondida detrás del sofá, una par nuevo de zapatos de tacón de la marca Montgomery Ward & Company, sus primeros zapatos de señorita. Antes de abrir los regalos, claro está, jugarían a algo y se comerían la tarta. Su madre había casi terminado de hacer girar la manivela de la máquina de helados. Eso era algo que podía hacer sin ayuda después de que Franny la hubiese puesto en marcha, y la mujer parecía estar disfrutándolo. Seguramente porque así se sentía útil. Bastante a menudo, su madre se quedaba sentada a un lado, deseando poder participar, con la cabeza inclinada para oír mejor, y sus grandes ojos grises fijos en el infinito. Franny sabía que no era fácil para ella estar atrapada en la oscuridad.

Pero ya estaba bien de pensar en cosas tristes. Era un momento de celebración. ¡Ellen cumplía catorce años! Franny apenas podía creer que su hermana pequeña hubiese crecido tan rápido. ¡Ah, qué día tan magnífico! Los nueve iban a pasar un día extraordinario. Jason adoraba el helado.

—Háblame, cariño. Dime lo bien que te sientes.

Franny se levantó la falda y giró en el salón agarrada de su hermano Frankie. Estaba enseñándole a bailar y dejándose los pies en el intento. Con diecisiete años, le sacaba una cabeza y tenía unos pies gigantescos que parecían ir en todas direcciones salvo en la que él quería. Aun así, aprendía rápido, y Franny nunca había estado más orgullosa de él. ¡Se parecía tanto a su padre!

—Ah, es perfecto —gritó—. Me siento como si flotase en el aire.

Frankie se puso colorado y dijo que tenerla en sus brazos era como estar en el cielo. Franny se rio. ¡Decía unas cosas tan tontas algunas veces!

Por último, la sombra se alejó de Franny y oyó unas monedas que caían en su tocador. Con los ojos cerrados, esperó a oír la puerta al cerrarse, tratando de no ver al hombre en la delgada franja de luz que entraba cuando se abría la puerta. Si no lo hacía así, tendría que enfrentarse a la realidad, algo que Franny evitaba siempre que

le era posible.

Los hombres que la visitaban no parecían quejarse de las poco ortodoxas costumbres que ella les imponía. En realidad, lo que ellos querían era alquilar a una mujer y, en un lugar tan pequeño como Tierra de Lobos, no había competencia de la que preocuparse. Ella estaba disponible desde que se hacía de noche hasta la una de la mañana, sin excepciones. Siempre en la oscuridad, por un tiempo límite de treinta minutos, sin posibilidad de alargarlo. La mayoría de sus clientes eran habituales que aceptaban estas normas sin cuestionarlas, utilizaban un tercio del tiempo estipulado y eran de fiar a la hora de dejar el dinero en el tocador. Algunas veces, si alguno no tenía suficiente, supliría la diferencia en su próxima visita. En las pocas ocasiones en las que llegaban forasteros al pueblo en busca de compañía femenina, Gus, el propietario de la taberna, les explicaba las normas y recogía el dinero para ella en la barra. De esa forma Franny no tenía que ocuparse de las transacciones económicas.

Para distanciarse aún más, Franny conjuraba una imagen de Shallows Creek y, con la facilidad que le daba la práctica, conseguía evadirse rápido en ella. La luz del sol. Índigo y sus hijos. Conforme la imagen se iba haciendo más nítida, su sonrisa se iba agrandando. Podía verse caminando trabajosamente por el agua, riéndose con el pequeño Cazador en su carrera para cazar el mismo perro de agua.

Entonces, la imagen le dio un escalofrío. Alguien estaba observándoles. Franny levantó la vista hacia la parte de la ribera sombreada por los árboles. Un hombre de pelo oscuro la miraba sentado, con su musculoso hombro apoyado en un roble y el brazo sobre la rodilla flexionada. La brisa arremolinaba su pelo, que le caía por la frente. Tenía sus ojos azules fijos en ella, como si la atravesara con la mirada. Ella no podía moverse, no podía respirar.

La manera en la que la miraba hacía que se sintiese desnuda. Y hermosa. Supuso que era Chase, el hermano de Índigo. Pero a juzgar por la admiración que vio en sus ojos, supo que estaban en desigualdad de condiciones. Con la cara sin pintar y el pelo rizado suelto, no podía reconocerla.

Durante un instante de locura, Franny deseó que nunca lo hiciera. Era un hombre increíblemente guapo: su cuerpo moreno y bruñido exhalaba un aura de poder. Su sonrisa carismática dejaba al descubierto unos dientes blanquísimos y unos ojos azules llenos de un brillo irresistible. Ella había conocido a muchos hombres, pero ninguno le había hecho sentir de esa manera, como si llevase toda la vida esperando poder mirarla así.

En cuanto fue consciente de este sentimiento, Franny lo descartó. Por muy guapo que fuese, Chase Lobo no era para ella. Ni siquiera sabía cómo se atrevía a pensar en semejante estupidez. Lo último que necesitaba o quería en su vida era un hombre.

Con un suspiro cansado, sacó esa imagen de su cabeza y se obligó a abrir los ojos en busca de las sombras. Estaba a solas y, si su reloj interno no le fallaba, su turno había terminado por esa noche. En el piso de abajo se oía el sonido de risas y la música del piano. Tirando del borde de su cobertor, se deslizó fuera de la cama.



Después abrió la puerta y le dio la vuelta al cartel para que indicara «Ocupado». La cerró y echó el cerrojo. Atravesó la habitación y llegó hasta el lavabo. Como era su costumbre, se lavó todos los restos de su vida profesional antes de encender la luz. Así, todo parecía menos real.

Cuando la habitación volvió a estar iluminada por la lámpara de gas, apartó el biombo que escondía la mesa de sus labores. Sonrió al sentarse en su silla de coser y levantó el vestido que estaba cosiendo para su hermana Alaina, que iba a cumplir dieciséis años. Era rosa, su color favorito. Franny sacó la aguja del acerico y reanudó la labor de coser el volante fruncido al dobladillo.

En unos segundos, los sonidos provenientes de la planta baja empezaron a apagarse en un ruido de fondo, y ella solo fue consciente de las cosas familiares que constituían su cotidianidad y que la rodeaban. Fijó la vista en el arreglo de flores prensadas que había colocado bajo el cristal en el que ahora apoyaba el codo, un regalo que estaba terminando para Índigo. En la mesa que había junto a la mecedora descansaba su Biblia, abierta por el pasaje en el que había dejado de leer y había marcado con una cinta. Junto a su nueva máquina de coser estaba la almohada con cara de payaso que bordaba para Jason.

Franny buscó con sus pies el pedal de la máquina. El trabajo duro del día había terminado, y ahora podía ponerse con el nuevo vestido para el colegio que le estaba haciendo a su hermana sin que nadie la interrumpiera. Esta era su realidad, se dijo. Lo único que de verdad importaba. Sus vagos recuerdos de lo que había pasado antes quedarían confinados a la oscuridad, a un rincón secreto de su mente en donde solo existían las pesadillas.

## Capítulo 3

La luz del sol se introducía por los salientes de los tejados y dibujaba con vetas las planchas de madera de las aceras. Echándose el pliegue de tela de su sombrero hacia delante, Franny mantuvo la cabeza baja mientras pasaba apresurada ante las tiendas. Con la brisa de la mañana, el ambiente se impregnaba de un delicioso olor a sirope, canela y levadura proveniente de la panadería. De la barbería, el olor que salía era una mezcla a colonia, espuma de afeitarse, bergamota y sales masculinas.

Al pasar por la tienda de modas, vislumbró un nuevo conjunto en el escaparate y aminoró el paso para admirar la capa primaveral de mujer hecha de paño negro y ribeteada con bordados de seda negra. Tenía justo la hechura que había pensado hacer para su madre, con una finura suficiente para ir a la iglesia, pero tampoco tan elegante como para no poderla llevar para dar un paseo por el pueblo. El cuello alto estaba terminado con un delicado encaje negro, y llevaba un sombrero tipo veneciano a juego prendido a uno de los hombros.

Aunque hubiese deseado quedarse un rato y estudiar la prenda, no se atrevió. Quizá cuando fuese a su casa el próximo fin de semana, la tienda de Grants Pass tuviese capas de primavera similares.

Siguió su camino apresuradamente y entonces oyó voces provenientes del interior de la tienda. Sam y Elmira Jones tenían sacos de patatas de treinta kilos en oferta y, a pesar de ser temprano, algunas mujeres del pueblo habían salido ya de sus casas y se disponían a hacer la compra, seguramente con la esperanza de conseguir el mejor saco. Franny no pudo evitar sentir envidia de aquellas mujeres a las que les unían la camaradería y la amistad. Hubiese deseado no tener miedo a que la reconociesen y poder alzar la cabeza y saludarlas con una sonrisa al pasar.

«No lo pienses.» Mirando a izquierda y a derecha para asegurarse de que tenía el camino libre, salió de la acera y caminó por el medio de la calle. Mientras corría por el suelo de tierra, oyó un silbido bajo y la voz de un hombre. No se detuvo ni levantó la vista. El hombre la había reconocido solo porque Franny, la prostituta, era conocida por vagar furtivamente por el pueblo llevando un sombrero que le tapaba la cara. Si se lo quitase y la mirase, encontraría poco parecido con la bien peinada y ostentadamente pintada Franny del Lucky Nugget, la mujer que creía haber reconocido.

Porque Franny no existía, no realmente.

Ya más cerca de la casa de Índigo, Franny aminoró el paso. No había más casas en el extremo sur del pueblo, solo el colegio, y estaba vacío por ser verano. Era muy improbable que pudiera encontrarse con nadie más.

Hoy ella e Índigo habían planeado hacer caramelos. Una idea bastante disparatada con este calor, como sabía Franny, pero lo cierto era que estaba impaciente por

empezar. Cazador iba a pasárselo en grande cuando tuviese que meter las manos en la mantequilla y empezar a removerla. Con una sonrisa, Franny recordó la última vez que había removido caramelo. Su hermano pequeño Frankie había encontrado demasiado dura la mezcla y había caído de espaldas al suelo.

Respirando hondo, se echó hacia atrás el sombrero y levantó la cara hacia el sol. Los olores del pueblo no llegaban hasta allí, y el aire olía a pino y a roble, un aroma a tierra maravilloso que la atraía como ningún otro. Hasta el atardecer, cuando tuviese que volver al Lucky Nugget y asumir su otra identidad, esta era su realidad: Índigo y sus hijos y la luz del sol de la mañana.

Con eso tenía suficiente, porque sabía que tenía que ser así. Le estaría agradecida siempre a Índigo por su amistad. Sin esta distracción, Franny estaba segura de que hubiese empezado a enloquecer. Su economía le impedía visitar a su familia más de un fin de semana al mes. Los veintiocho días restantes pasaban como una eternidad y hubiesen sido insoportables si no pudiera escapar de tanto en tanto de las cuatro paredes de su habitación. Padecía de un insomnio incurable que le permitía dormir solo unas pocas horas por la noche, y sus labores de costura y manualidades la mantenían ocupada casi todas las horas que pasaba despierta.

A través de las ventanas abiertas, llegaron hasta Franny las voces del interior de la casa de Índigo. Reconoció la voz de tenor aterciopelada de Jake Rand y dedujo que se le había hecho tarde para ir al trabajo. Para evitarlo, Franny rodeó una de las esquinas de la casa dispuesta a esperar hasta que se marchase a la mina.

La sombra de un pino alto la atravesó y apoyó la espalda contra la pared crepitante de la casa. Unas lilas marchitas cubrían el suelo, con sus pétalos descoloridos y reseco resistiendo bajo sus zapatos. Cerró los ojos, inhaló su débil perfume y escuchó la risa a coro de la familia Rand. Amelia Rose chillaba de placer y Franny imaginó a su padre alzándola en el aire antes de besarla para despedirse de ella. Las carcajadas roncadas de Cazador llegaron hasta ella.

Una vez, mucho tiempo atrás, Franny había tenido un padre tan encantador como Jake Rand. Podía aún recordar lo bien que se sentía cuando la abrazaba. Francie, la llamaba, su pequeña Francie. Aunque Frank Graham había muerto hacía casi diez años, sus recuerdos le eran tan valiosos que la acompañaban siempre.

—¿Escuchando detrás de la puerta?

La pregunta, pronunciada con una voz profunda y burlona, hizo que Franny diera un brinco. Al volverse, vio al hermano de Índigo, Chase Lobo, que caminaba hacia ella, iluminado por la luz de la mañana por un momento, y bañado de sombras el instante después. Sostenía una taza de cerámica azul con una mano, con un dedo enrollado en el asa y los nudillos callosos de las manos presionando la base. Vio que salía humo de la taza y pensó que debía contener café recién hecho.

Para tener las costillas rotas, sus movimientos eran inquietantemente ágiles. Sus largas piernas cubrían la distancia que había entre ellos con un ritmo constante, al compás del movimiento de sus anchos hombros. Su pelo color caoba le caía por la

frente en ondas rebeldes. Sus ojos, de un azul oscuro extraordinario, contrastaban con su tez morena india, pero aun así resultaba muy fácil imaginarlo en las llanuras de Texas, asaltando y saqueando, tal vez también secuestrando a mujeres blancas.

En ese momento iba vestido con unos vaqueros azules y una camisa blanca sin cuello, esta última hecha en casa y con un corte sencillo. Llevaba las mangas sin puños arremangadas hasta los codos, mostrando así sus fuertes antebrazos, y la parte de delante la llevaba sin abrochar, dejando al descubierto su amplio pecho y las tiras de gasa blanca que cubrían sus costillas. La camisa, suave de tantos lavados, se ajustaba a las líneas musculosas de su torso como una caricia, a medio remeter en la cintura y caía una parte por un borde sobre los pantalones. Franny fijó la vista en sus botas, pesadas y de suela gruesa y dentada, como las que llevaban la mayoría de los leñadores. Aun así, caminaba casi sin hacer ruido, mostrando la gracia inherente y salvaje de sus antecedentes comanches a cada paso que daba.

Como ya le había visto la cara el día anterior, no tenía mucho sentido tratar de volver a ponerse el sombrero. Él la examinó como si fuera a dibujarla, y un horrible sentimiento de aprensión la sobrevino. Apartó la vista, temerosa de él sin saber por qué.

Era ridículo. Él no era nadie en su vida, solo el hermano de Índigo que había vuelto a casa para recuperarse de las heridas. No se quedaría en Tierra de Lobos el tiempo suficiente como para que fuera una amenaza para ella. Y aunque lo fuera, ¿por qué iba a querer perjudicarla?

Franny se obligó a levantar la vista hacia él y después deseó no haberlo hecho. Él no dijo nada, pero no hizo falta. Sus ojos atraparon los suyos, implacables. Tuvo la desagradable sensación de que estaban leyéndole la mente. El día anterior, junto al arroyo, no había sentido algo así, pero ahora se dio cuenta de que él podía ser tan intuitivo con respecto a los sentimientos de los demás como lo era su hermana. La extraña habilidad de Índigo para deshojar a la gente no molestaba a Franny porque eran buenas amigas y confiaba en ella.

Chase Lobo era harina de otro costal.

El brillo burlón de sus ojos era diferente al que había visto el día anterior. Era como más duro, y estaba envuelto de sensualidad. Chase sabía ahora quién era ella, lo llevaba escrito en la cara.

Franny tuvo la insensata necesidad de salir corriendo. Pero no fue capaz. Su mirada la tenía atrapada. Como si él supiera el control que ejercía sobre ella, sonrió lentamente, con la boca ligeramente torcida en una mueca que hizo que el corazón le latiese muy deprisa.

—¿Hace una mañana espléndida, no es cierto? —El tono de su voz era bajo y sedoso, en absoluto amenazador o discordante, pero aun así le puso los pelos de punta.

Conforme se iba acercando a ella, tuvo la impresión de ir haciéndose cada vez más diminuta. Supuso que debía medir más de un metro ochenta, altura que sin duda

había heredado de su padre, quien solía sacar más de una cabeza a la mayoría de los hombres del pueblo. Para acentuar esa altura, contaba con la poderosa musculatura de alguien que estaba en constante desafío con los elementos. Su olor, agudizado por la humedad de la mañana, la envolvió. Su nariz captó esencias de bergamota y jabón, ingredientes que ella reconoció como parte de la loción de afeitarse, así como restos de colonia mezclada con glicerina, probablemente usada en el champú líquido casero. En otro hombre, esta combinación de olores hubiese resultado de lo más normal, quizás hasta mundano, pero en Chase Lobo, el resultado era de una potente masculinidad.

Sin dejar que él notase lo intimidante que le resultaba su altura, Franny se pegó bien a la pared de la casa. Como si él notase su turbación y lo encontrase divertido, sonrió abiertamente al llegar junto a ella. Esos ojos. Eran intensos y de un azul oscuro increíble, con unas pestañas gruesas y sedosas que le hacían sombra como si el pelo le cayese por ellos. Al mirarlo, tuvo dificultades para pensar con claridad, mucho más para responder de manera inteligente a sus preguntas.

—Eres un enigma para mí —murmuró él—. Y nunca he sido capaz de resistirme a los enigmas.

Franny trató de tragar saliva, pero su garganta no le respondía. No tenía importancia, ya que tenía la boca tan seca como si hubiese tragado tierra.

—Yo... esto, yo tengo que irme.

—No huyas.

Con una expresión arrogante, estiró un brazo para detenerla. Ella se quedó helada al notar que le rozaba con los dedos una oreja. Al retirar la mano, vio que tenía una moneda brillante entre ellos. Con dedos expertos, la hizo rodar por su mano y la tiró al aire, volviéndola a coger con el círculo que formó con el pulgar y el dedo índice.

Enseñándole la moneda, dijo con voz sedosa:

—Diez dólares. Ya ves, me caen del cielo —le recorrió el cuerpo con una mirada perezosa—, y aún puedo hacer que me caigan más. —Al hablar, mostraba unos dientes blanquísimos y sus ojos brillaban con un ardor insinuante—. ¿Cuántas monedas de diez dólares tengo que sacar de esta bonita oreja tuya que tienes para hacer que pases la mañana conmigo?

Franny se sintió tan humillada que hubiese querido enterrarse en el suelo y desaparecer.

—¿La mañana?

—La mañana —repitió él. Guiñando los ojos al sol, levantó la vista por entre las hojas del pino y miró al cielo—. Hace un día perfecto para encontrar un sitio junto al río en privado y pasar unas horas con una joven hermosa y complaciente como tú.

Ella parpadeó, sin saber muy bien cómo encajar la situación. Algunas veces, los hombres la paraban por la calle, pero siempre había conseguido eludirlos. Chase Lobo estaba tan cerca de ella que se sentía como un pedazo de carne entre dos rodajas de pan, la casa a sus espaldas y su pecho cerrándole el camino hacia delante.

—Esto... yo... —Buscó con rapidez algo que decirle—. No veo a los caballeros fuera de la taberna.

—Yo no soy un caballero. —Movi6 la moneda bajo su nariz—. ¿Cuánto, Franny? ¿Qué tal quince? Si resultas tener talento, te daré otros cinco para redondear hasta veinte. Me atrevería a decir que es el doble de lo que sueles cobrar.

—No, yo...

Torciendo su muñeca, vació el contenido de la taza de café en la hierba. Apoyando un brazo sobre la casa, se acercó a ella y le acarició el labio superior con la moneda. El brillo burlón desapareció de sus ojos y fue reemplazado por una mirada penetrante.

—¿Cuál es tu juego?

—¿Perdón?

Él se rio, con un sonido velado y fingido.

—Ah, eres buena. ¿Practicas frente al espejo eso que haces con los ojos o te sale de forma natural?

Franny no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—¿Qué cosa? No sé a qué se refiere, señor Lobo.

—Deja entonces que te lo diga de forma sencilla. ¿Por qué una mujer de tus recursos querría pasar tanto tiempo con una cándida joven como mi hermana? ¿Qué es lo que esperas? Y por favor, no me digas que te gusta jugar a hacer de niñera de dos niños.

¿Una mujer de sus recursos? Franny había sido calificada con cosas peores, pero incluso así le dolía.

—Índigo es mi amiga. Me gusta estar con ella, eso es todo.

—Mentira —le respondió él—. Conozco a las que son como tú, no creas que no, y siempre tenéis algún otro motivo. ¿Se trata de dinero? ¿Esperas ganarte su afecto para luego limpiarle los bolsillos?

—No —negó Franny débilmente—. Yo nunca...

Él la hizo callar poniéndole la moneda sobre la boca.

—Escúchame, y escúchame bien. Tal vez puedas engañar a alguien de vez en cuando, por ejemplo a Índigo y a Jake, pero no puedes engañar a todos todo el tiempo, por ejemplo, a mí. Aléjate de mi hermana y de sus hijos. Lo último que ella necesita es una putita sin lustre ganándose su simpatía y arruinándole la vida.

La vergüenza dio a Franny un arranque de valentía. Liberando la boca, dijo:

—Creo que está pasándose de la raya, señor Lobo. Si Índigo me pide que me aleje de ella, lo haré, y solo cuando ella me lo diga. Pero gente como usted no puede obligarme a hacerlo.

—¿Ah, no? Deja que te cuente algunas verdades, cariño. Prostituirse no es la actividad más respetable del mundo. Basta con decir una palabra aquí y allí para conseguir que todas las mujeres respetables y finas de este pueblo se enciendan y empiecen a hacer rodar cabezas. ¿Me entiendes?

Franny no necesitaba que se lo dibujasen. Más de una mujer de su profesión había tenido que salir corriendo del pueblo en el que trabajaba.

—¿Qué es lo que te he hecho...?

—Nada —dijo, cortándola—. No es personal, cariño. Solo estoy cuidando de los míos. Los miembros de mi familia, desde mi padre hacia abajo, son demasiado inocentes para relacionarse con las que son como tú. No puede decirse lo mismo de mí. Estoy ahorrándote algunos dolores de cabeza, ¿sí? Aléjate de mi hermana, y tú y yo nos llevaremos bien.

En vez de encontrar su mirada, Franny bajó la nariz hacia la moneda. Se dio cuenta ahora de que su propuesta no había sido real. Solo lo había hecho para llevarla a esa conversación. Ella no quería problemas, mucho menos con un hombre de la clase de Chase Lobo. Por mucho que fuese hermano de Índigo, tenía un lado peligroso y, si tenía que batirse por alguien, estaba segura de que lo haría con uñas y dientes. No podía permitirse un escándalo. Grants Pass estaba solo a 64 kilómetros de distancia, lo suficiente como para que ningún cliente fuera desde su pueblo, pero no tanto como para que las noticias de Tierra de Lobos no llegasen hasta allí.

—¿Nos entendemos ahora? —dijo él con suavidad.

—Sí —susurró ella, incapaz de decir nada más. Por muy miserable que resultase el verano sin la compañía de Índigo, Franny pensó que sería mejor permanecer lejos de ella... Al menos hasta que Chase volviese al campamento de leñadores.

—Ya sabía yo que eras una chica lista.

Cuando se puso derecho y le dejó un poco más de espacio, Franny cerró los ojos con una sensación de náusea. Rezó para no ponerse en ridículo delante de él vomitándole en los pies. Cuando sintió que había recobrado el control, levantó las pestañas y vio que él estaba mirándola con una extraña expresión. En ese instante, supo que, bajo la coraza de acero de Chase Lobo, había un parte compasiva en él, una parte que lamentaba ser tan cruel.

Su cercanía y su olor masculino la sofocaban. Franny se movió para esquivarlo. Después de todo, él ya había dicho lo que había venido a decirle. Debía de haberla visto salir de la taberna esa mañana y la había seguido hasta aquí, lo que explicaba su encuentro casual. O mejor, la emboscada.

Para su sorpresa y consternación, antes de poder alejarse por completo de él, la cogió del brazo y la obligó a detenerse. El apretón de sus dedos le quemó por debajo de la manga. Se le puso la carne de gallina y tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a temblar. Lanzándole una mirada de asombro y duda, esperó a que volviese a herirla con esa lengua viperina que tenía. En vez de eso, le puso la moneda de oro en la mano y cerró sus dedos alrededor de ella. En el momento en el que él aflojó, Franny hizo lo mismo y dejó que el dinero cayese silenciosamente sobre la hierba. No iba a dejar que limpiase su conciencia tan fácilmente.

Ella le miró, con la esperanza de que viera en sus ojos el desprecio que sentía. Para él era muy fácil condenarla. Si él quisiese buscar trabajo en Tierra de Lobos,

podría seguramente elegir entre una docena antes de que llegara el mediodía, y todas las ofertas serían decentes. ¿Acaso pensaba que no sería feliz trabajando como él en la madera si alguien quisiese contratarla? ¿De verdad creía que le gustaba la forma en la que se ganaba la vida? Que Dios le perdonase, pero si supiese cómo era su vida, no sería tan moralista con ella.

En cuanto él relajó su brazo, Franny se recogió la falda y echó a andar a través de la hierba húmeda, conteniéndose las ganas de correr. No le daría esa satisfacción.

Chase vio la figura de Franny alejándose ante él y sintió que se le encogía la garganta con una emoción que no podía nombrar. Esa mirada en sus ojos. Estaba seguro de que no podría apartarla de su mente. No era solo desprecio, sino un dolor que iba mucho más allá de las lágrimas. Al verla, no pudo evitar compararla con las demás prostitutas que había conocido. No había similitud ninguna. Franny «como se llamase», tenía el porte de una señora. Incluso su manera de moverse era remilgada y correcta.

Una luz brillante captó la atención de Chase, y vio que provenía de una pieza dorada que ella había dejado caer y que estaba ahora sobre la hierba junto a sus pies. Así que rechazaba su dinero, ¿eh? Dio un puntapié a la moneda, que salió rodando por el suelo, sin bajarse a recogerla. En lo que a él respectaba, podía quedarse allí y criar musgo.

—¿Qué le has dicho?

La voz acusadora de Índigo atravesó el aire de la mañana, lo que hizo que Chase girara la cabeza. La miró fijamente, tan reacio a admitir lo que había dicho como lo estaba a recoger su dinero.

—Nada que no necesitase ser dicho.

Los ojos azules y enérgicos de su hermana no le dieron tregua. Índigo se abrazó la cintura y caminó hacia él.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué necesitaba ser dicho, Chase?

Hacía tiempo que Chase no se sentía como un niño al que llamasen al estrado. Enfadado por sentirse culpable, cuando lo único que hacía era cuidar de su hermana, tragó saliva para humedecer su garganta.

—Una puta no puede ser tan amiga de una mujer decente. Tú eres demasiado buena para darte cuenta de ello, cariño. ¿Qué pasará con tu reputación? Y si eso no te importa, ¿qué pasará con la de tus hijos? Cuando tengan edad para ir al colegio, ¿quieres que se sientan humillados porque los otros niños murmuran sobre su madre y las amistades que frecuenta?

Los ojos de Índigo se abrieron desmesuradamente y su tez, morena por naturaleza, se volvió blanca como la muerte. Miró hacia abajo, vio la moneda de oro en el suelo y gimió:

—¡Ay, Chase! ¿Qué es lo que has hecho?



—Lo que debía hacerse —contestó él suavemente—. Sé que te preocupas por ella, Índigo. Pero no te corresponde a ti cargar con todos los males de este mundo. Franny ha elegido su camino. No camines con ella. Tienes que pensar en tu familia.

A Índigo se le llenaron los ojos de lágrimas y su boca empezó a temblar.

—Índigo —empezó él.

—No —dijo con voz temblorosa—. Por favor, no digas nada más. Creo que ya has dicho bastante.

Chase no podía creer que estuviese reaccionando así. Claro que había esperado que se molestase. ¿Pero esto? Había hecho lo que cualquier hermano protector hubiese hecho. ¿No podía verlo ella así?

—Sé que estás enfadada conmigo ahora —le dijo con cariño—, pero con el tiempo verás que solo actué pensando en ti.

—¿Y quién pensará en Franny? Yo soy la única amiga que tiene, Chase.

Él resopló con desdén.

—¿Desde cuándo las putas esperan tener amigos? Dios santo, Índigo, no puedo creerme que seas tan inocente.

—¿Inocente? O compasiva. Y hablando de creencias, soy yo la que no puede creer lo duro que te has vuelto.

—Índigo... —Volvió a intentar explicarse.

—No trates de explicar nada. Quiero que vayas directamente al Lucky Nugget y te disculpes con Franny. Hablo muy en serio, Chase Kelly. No volverá a visitarme nunca más hasta que tú no te disculpes.

—Bien.

—¿Bien? Chase, vas a ir a disculparte; no hay otra manera.

—¿Disculparme? —repitió—. ¿Por qué?

Índigo apartó la cara.

—Hasta que no adivines por qué, quizá sea mejor que no vengas por aquí.

—¿Cómo dices?

Ella lo miró con expresión acusadora.

—Ya me has oído. Si tengo que proteger a mis hijos de toda la maldad de este mundo, quizá deba empezar por ti.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

Chase pudo ver que así era. Olvidándose de las costillas, se dobló para recoger su taza y, a continuación, se enderezó con dificultad. Índigo hizo un ademán de agarrarle el brazo. Él la apartó.

—No me toques. Mi maldad puede ser contagiosa.

—Vamos, Chase —dijo ella con un temblor—. Ya ni siquiera te conozco. ¿Qué ha sido de mi hermano?

—Se fue y volvió del infierno —le espetó—. Tú vives cobijada en este pequeño mundo y crees que lo sabes todo. Pero lo cierto es, Índigo, que no sabes nada de las

mujeres como Franny. Ninguno de vosotros lo sabéis. Yo solo intentaba ayudar. Pero, vamos, si así es como vas a agradecerme, no pienso intentarlo más. Aprende la lección como yo la aprendí... a las malas. Pero no vengas luego lamentándote cuando empiece a mostrar su verdadera cara.

De esta forma, se alejó a grandes zancadas, tan furioso que parecía sacudirse con cada una de ellas. Su hermana podía irse al diablo. Presumía de no prejuizar a nadie y, sin embargo, no tenía ningún reparo en juzgarle a él.

## Capítulo 4

Los grillos entonaban su serenata nocturna y los mosquitos zumbaban alrededor de la cabeza de Chase. Después de dar otro trago de la garrafa de *bourbon* que había comprado en la taberna, se limpió la boca y dejó caer aún con más fuerza la espalda contra el pino, la mirada fija en las ramas que se silueteaban en el cielo sobre él.

Abrazándose la rodilla con un brazo, sostuvo el asa de la garrafa de whisky con un dedo. Con la otra mano, buscó en el bolsillo de su camisa el cigarro a medio fumar que había liado antes. Encendiendo una cerilla en la costura de sus vaqueros, entrecerró los ojos al resplandor de la llama y dio una gran calada. Al exhalar el humo, rompió a reír, con una risa suave y amarga, mientras sacudía la cabeza.

Como le gustaba decir a su tío Veloz, si esta no era una señal diabólica, no sabía qué otra cosa podía serlo. Aquí estaba él, un hombre hecho y derecho escondido de sus padres en el jardín de detrás de la casa. Durante toda la tarde, su madre había estado dando vueltas con semblante contrariado. Su padre apenas le había dirigido la palabra. Chase no podía soportar pasar más tiempo con ellos en la casa.

Todo lo que había hecho era hacer una proposición a una prostituta. Si eso era un crimen, que le juzgaran por ello. El sexo era el negocio de esa chica, por el amor de Dios. ¡Ni que hubiese insultado a una señorita! Cada vez que Chase pensaba en ello, le llevaban los demonios.

Aunque sus padres no le hubiesen dicho nada, sabía que Índigo les había contado la conversación que había tenido con Franny. Suponía que todos ellos esperaban que fuese a la taberna con el sombrero en la mano y se disculpase. Disculpase ante una prostituta. Y por ofrecerle dinero a cambio de algo que hacía todas las condenadas noches de la semana. Había hecho lo que era su deber, lo que Jake o su padre habrían tenido que hacer, y no sentía el más mínimo remordimiento.

Dando otro trago de whisky, Chase calculó cuánto tiempo más tendría que quedarse en Tierra de Lobos. Demasiado, de eso estaba seguro. En cuanto tuviese las costillas curadas, se largaría de allí sin pensárselo dos veces. Y si su familia pensaba que iba a volver a visitarles en un futuro próximo, estaban muy equivocados. Había tenido bastante con tanta hipocresía.

—¿Es bueno el whisky?

El sonido repentino de la voz de su padre asustó a Chase, lo que le dio a entender que había bebido demasiado. Entrenado en las artes guerreras indias desde que tenía uso de razón, solía sentir la presencia de una persona antes de que estuviese a seis metros de distancia. Escudriñó la oscuridad y trató de enfocar la mirada. La gran figura de Cazador Lobo era difícil de perder. Poniendo a un lado su cigarrillo, Chase le ofreció la garrafa, sin esperar realmente que su padre fuera a aceptarla.

—Supongo que no es muy bueno. ¿Quieres un trago?

Con la elasticidad de un hombre mucho más joven, Cazador cogió la garrafa y se sentó a la manera india junto a él. Incluso en la oscuridad, Chase pudo apreciar la severidad de sus facciones, unas facciones que conocía bien por parecerse tanto a las suyas. Había llegado la hora de las lecciones. Justo la forma en la que quería pasar la velada.

Como hacía calor, su padre no llevaba camisa. A la luz de la luna, su pecho desnudo y sus anchos hombros brillaban como bronce bruñido, y su pelo largo y negro le caía como una cortina de seda por la espalda. Incluso a pesar de haber vivido con los blancos durante más de veinte años, había un rasgo salvaje en él difícil de ignorar, un lado peligroso que, en opinión de Chase, hacía que los otros hombres pareciesen inferiores a su lado. Su padre era un comanche de pura cepa. Siempre lo había sido, y siempre lo sería. Y no es que eso le molestase. Solo sentía que era una injusticia que todos esperasen de él que siguiese las mismas reglas por ser su hijo y por haber heredado su aspecto indio. En los campos madereros, un hombre tenía que arreglárselas para sobrevivir, e importaba muy poco su procedencia y todo lo que ello conllevara.

Con el cerebro adormecido por el alcohol, Chase se encontró dando rienda suelta a estos sentimientos antes de darse cuenta de lo que decía.

—Os parece muy fácil juzgarme, ¿verdad? Casi desde que volví a casa, todos habéis visto lo mucho que he cambiado, y todo para peor. ¿Pero alguno de vosotros se ha parado siquiera a pensar en la razón?

Cazador tragó un sorbo de *bourbon* y silbó a través de sus fuertes y blancos dientes. Devolviendo la garrafa a Chase, dijo:

—Esto te quema hasta las entrañas. —Se aclaró la garganta y se estremeció—. Y respondiendo a tu pregunta, sí, yo me lo he preguntado.

—Pues te aseguro que no lo parece. Y voy a decirte algo: estoy harto de que me critiquéis. Como si todos vosotros fueseis tan condenadamente perfectos que fueseis los únicos con derecho a hablar.

—Tal vez solo tratamos de entenderte, Chase.

—De acuerdo —gruñó—. Si de verdad queréis entenderme, deberíais haber intentado hablar conmigo antes de emitir vuestro veredicto.

—Yo ahora estoy aquí para hablar.

Chase supuso que en eso tenía razón, aunque le pareciese algo tarde.

—Tal vez Jake tenga razón. Quizás ninguno de vosotros me conoce ya. Sé que he cambiado. Lo que me fastidia es que nadie se haya molestado lo más mínimo en preguntarse por qué. —Dio otro gran trago al licor—. ¿Cómo no iba a cambiar? Esa es la pregunta. Las cosas no han sido precisamente de color de rosa para mí, ¿sabes? En los últimos siete años, he vivido en las peores condiciones que te puedas imaginar, trabajando como un esclavo de la mañana a la noche, ahorrando cada penique para invertirlo en comprar tierra. En la época de lluvias, había veces en las que tenía mojada la piel durante días y días, y por la noche tenía que acurrucarme en una cama

igualmente húmeda.

Cazador escudriñaba la oscuridad sin decir nada. Su silencio animó a Chase a seguir hablando.

—Índigo dice que me he vuelto un duro. Tú y mamá no me criticáis abiertamente, pero lo veo en vuestros ojos. Tú no apruebas en lo que me he convertido, y no trates de negármelo.

—No te lo negaré, porque decir que no desaprobamos algunas de las cosas que piensas y haces sería mentir. Eso no significa que hayamos dejado de quererte, Chase, o que no podamos encontrar ya nada en ti que admiremos.

A pesar de la amable concesión, la crítica le dolió. Chase hizo pasar el dolor con otro trago de whisky.

—Bien, pues entiende algo. No me he vuelto un duro porque me pareciese la mejor idea.

—¿No? Entonces explícame por qué.

—Soy un mestizo, por si te has olvidado; soy mitad comanche.

—Sí, mestizo. Mi sangre corre por tus venas.

—No te ofendas, pero, según los blancos, esto me hace menos humano.

Las palabras cayeron como un jarro de agua fría entre los dos. Apenas salieron de su boca, Chase se arrepintió de haberlas dicho.

—Lo siento, padre. No quería decir eso.

—Sí, creo que sí querías —dijo Cazador suavemente—, y me parte el corazón saber que te sientes de esa manera.

Chase apretó los dedos alrededor de la garrafa.

—No es que me sienta así. Lo sabes. Pero es verdad que tampoco tengo otra escapatoria. Más allá de estas montañas, la gente me mira y sabe que hubo un piel roja en mi familia. Eso me hace automáticamente más indigno a sus ojos. No me consideran tan bueno como los blancos. La única manera de poder superar esto es teniendo poder. Y el dinero es poder.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes, eso es lo que me entristece, y nunca lo entenderás. Tú y mamá habéis creado aquí vuestro propio mundo, un lugar seguro donde estáis más o menos a salvo. Nunca habéis tenido que enfrentaros a lo que yo me he enfrentado, no de la misma manera. Quizá me he endurecido, pero, si quería sobrevivir, tenía que hacerlo.

Cazador suspiró.

—Chase, si tu madre estuviese aquí fuera, te diría que solo estás *comparándote* de ti mismo.

—Compadeciéndote —corrigió Chase. Después, se sintió herido por lo que su padre acababa de decir—. Dios, ¿tengo que oír esto?

—No, puedes cerrar tus oídos.

—Crees que estoy compadeciéndome de mí mismo, ¿verdad?

Chase dudó un momento, preguntándose si de verdad era lo que estaba haciendo.

—Pues bien, si alguien tiene motivos para hacerlo aquí, ese soy yo.

—Dime cuáles son esas razones.

Esa era una petición a la que Chase no podía negarse.

—Cuando fui por primera vez a los campamentos, intenté vivir según tus ideales puros, haciendo a los otros lo que querría que me hiciesen a mí.

—¿Sí? Eso me hace sentir orgulloso de ti.

—Vaya, pues no te sientas tan orgulloso. La cagué de todas las maneras que te puedas imaginar, y cuando esos bastardos no estaban cagándose en mí estaban dándome por todos lados.

Cazador sacudió la cabeza.

—¿Tan indefenso estás?

La obviedad del sarcasmo obligó a Chase a guardarse unas cuantas frases. Tal vez solo estaba compadeciéndose a sí mismo. O quizá sería más exacto decir que el whisky estaba haciéndole llorar. Que su padre se lo recordase de esa manera estaba volviéndole loco. Entornó un ojo.

—¿Quieres o no quieres que te lo cuente?

—Necesitaré una manta para secar mis lágrimas. Pero, sí, quiero oír tu historia.

Chase frunció el ceño.

—¿Qué demonios estaba diciendo?

—Estabas en la parte en la que todo el mundo te hacía un daño terrible.

—Ah, eso es. Sea como sea, siguieron haciéndolo hasta que yo empecé a devolver los golpes, hasta que me hice tan malo o incluso más malo que ellos —levantó en dirección a su padre la garrafa medio vacía como si fuese a brindar—. Y ahora estoy aquí, metamorfoseado en una persona a la que no soportas.

—Yo te quiero, Chase. Con cada uno de los poros de mi piel.

—Puede ser. Pero no te gusto mucho —puntualizó Chase con otro trago de whisky—. Tiene gracia. Os habéis propuesto todos no juzgar a esa joven prostituta. ¿Por qué entonces me juzgáis a mí?

—Franny es una víctima.

—¿Y debo entender que yo no lo soy?

—Solo si tú eliges serlo. —Su padre se volvió hacia él para mirarle—. Según acabas de decir, los hombres del campamento eran crueles contigo solo hasta que tú empezaste a defenderte. Te enseñé a luchar, si te acuerdas. Sé que cuando devolviste los golpes, lo hiciste con gran venganza, porque esa es la manera de nuestro pueblo.

En esto, al menos, Chase tenía que admitir que se parecía a su padre. Él luchaba para ganar y normalmente lo hacía, incluso aunque para ello tuviera que dedicar todas sus fuerzas. Rendirse no era una palabra incluida en el vocabulario de Cazador Lobo y no era algo que hubiese enseñado a sus hijos.

—Las Frannys de este mundo no tienen armas —siguió diciendo su padre con voz hosca— ni brazos fuertes con los que sostenerlas aunque las tuvieran. Los

hombres sin alma las utilizan y, para sobrevivir, ellas deben rendirse. Es su única oportunidad y su mayor vergüenza. Una para la que no tienen escapatoria. Son víctimas, Chase; todas ellas.

—No estoy de acuerdo. Si eso fuera cierto, aceptarían que se las ayudara cuando uno lo intenta, y sé por experiencia que no lo hacen. No puedes ayudar a alguien que no quiere ser ayudado.

Volvió a reinar el silencio, un silencio doloroso y desagradable. Supuso que era una dosis demasiado amarga para que su padre la tragara, él, que había compartido de manera tan desinteresada todas sus creencias con la esperanza de que su hijo abrazara sus mismos valores. Ahora veía que había sido como predicar en el desierto.

Como si su padre le leyese el pensamiento, dijo:

—Sé que caminas en busca de tus sueños, Chase.

—Sí.

—No pierdas la dirección.

Esa amable advertencia fue como un nudo en el estómago de Chase.

—Esos sueños tuyos. ¿Merece la pena que sacrifiques tanto para conseguirlos?

—Poseer una explotación maderera. Es lo que siempre he querido desde que tengo uso de razón. Incluso cuando era un niño tenía esos planes. Ya lo sabes.

—Pero no por los mismos motivos. Y al final, ¿qué es lo que tendrás? ¿Los bolsillos llenos, mucho poder y un corazón vacío?

—Búrlate si quieres, pero el poder es la única manera de conseguir lo que quiero. Ya poseo un pedazo considerable de tierra, y he ahorrado casi lo suficiente para comprar otra. Muy pronto, seré más rico que nadie que hayas conocido. Tan rico que nadie, nadie de aquí al menos, podrá mirarme por encima del hombro.

—Ah, sí. Y tendrás ese poder del que hablas. —Cazador puso las manos con las palmas hacia arriba y observó las líneas dibujadas en ellas—. Recuerda solo que el dinero no lo es todo. Mira todo lo que Jake dejó para estar aquí con Índigo, para criar a sus hijos aquí.

—¿Qué es lo que estás pidiéndome, que abandone mis sueños y los cambie por una mina casi agotada aquí en Tierra de Lobos?

—La mina todavía da lo suficiente para vivir bien.

—Apenas da para que vivan dos familias. ¿Y cuando se agote? ¿Entonces qué? ¿Excavaremos otro túnel y rezaremos para encontrar oro? Tal vez tú puedas vivir así, sin saber lo que os llevaréis a la boca al día siguiente, pero yo quiero algo más.

—¿Más? No lo creo. —Cazador hizo un gesto hacia la casa de madera que tenían detrás de ellos, y después movió el brazo para señalar el terreno que les rodeaba—. ¿Cómo puede un hombre querer más que esto, Chase? Aquí hay amor, y paz. Estas cosas no pueden comprarse con dinero.

—No soy minero. A ti te encanta, y a Índigo también. Pero esto no es para mí, nunca lo ha sido. Ya lo sabes. —Chase se frotó la punta de la bota. Al diablo si su padre no podía verlo así—. Siempre lo has sabido.

—No te estoy pidiendo que seas minero, solo que seas el mejor hombre que puedas ser. Me preocupan tus sueños, no porque los desapruebe sino porque al perseguirlos te están convirtiendo en una persona distinta. Eres Chase Lobo, mi hijo, y estás renunciando a eso.

—¿Para ser tu hijo tengo que ser perfecto?

—Un poco perfecto estaría bien.

—¿Un poco? Estoy seguro de que no soy tan malo. —Con los ojos vidriosos, Chase centró la mirada en el bosque oscuro que había al otro lado del arroyo. Trató de hacer balance de sus defectos, que en su opinión no eran tantos—. Suelto palabrotas de vez en cuando. Dispara, si quieres.

Cazador le atravesó con una de sus miradas.

—¿Qué más? Supongo que bebo demasiado, ¿no? Perdóname, maldita sea. Se me olvida que he vuelto a casa para vivir con un puñado de puritanos.

—¿Ah, sí?

—¿Ah, sí, qué? ¿Que vivo con un puñado de puritanos?

—No, que bebes demasiado.

—Diablos, no. —Chase trató de meter el corcho en la garrafa. Le llevó dos intentos conseguirlo. Cazador resopló, disgustado. Chase también resopló—. Está bien, supongo que he bebido demasiado esta noche.

—Sí, eso me parece a mí.

—Pero no es una costumbre.

—Eso está bien.

Después de un gran silencio, Chase cedió:

—Está bien, si quieres la cruda verdad, supongo que debería beber un poco menos.

—Yo siempre quiero la verdad, Chase. Si hablamos con mentiras, ¿para qué hablar?

Chase dio crédito a lo que su padre dijo. Pero algunas veces era mucho más fácil mentir.

—Los sábados por la noche, en los campamentos, no hay mucho que hacer si no es beber y jugar a las cartas. Prácticamente todos los leñadores son grandes bebedores. Yo no soy peor que el resto.

—Pero tampoco eres mejor.

—Maldita sea. No puedo ganar, ¿verdad? ¿Por qué diablos tengo que ser mejor que los demás? ¿Puedes contestarme a eso? ¿Por qué no puedes estar satisfecho conmigo si soy como los demás?

—Porque la mayoría de los hombres de este mundo no son buenos, y ser solo tan alto como ellos te hace ser un hombre de baja estatura.

—Soy tan alto como quiero ser.

—No, y esa es la razón por la que bebes.

Chase soltó una carcajada amarga y levantó la garrafa en un sarcástico brindis.



—Has hecho un círculo completo. ¿Así que volvemos a hablar de la bebida? Está bien, hablemos de ello. Como regla general, el único día que compro una garrafa es el sábado. Algunas veces me la bebo toda, algunas veces no, y durante la semana, puedo tomarla o dejarla. ¿Es a esto a lo que tú llamas autoindulgencia?

—Lo que me preocupa no es lo que entra por tu boca.

—¿Entonces qué?

—Lo que sale de ella.

—¿Quieres decir mis palabrotas?

—No me importan las palabrotas. Tus palabras llenas de odio, eso es lo que me importa. Algunas veces se me encoge el corazón con las cosas que dices. ¿Y cuando te miro a los ojos? Ah, Chase, muero un poquito.

—Yo también muero un poquito a veces, cuando te miro a los ojos —dejó escapar Chase. Otra oleada de dolor le invadió—. Después de todo lo que he trabajado para convertirme en un hombre de provecho, ¿cómo crees que me siento al ver lo desilusionado que estás conmigo? ¿Cómo crees que me siento al ver que reprochas todo lo que hago?

—¿Hago eso?

—Sí, sí lo haces.

Cazador sonrió ligeramente.

—Creo que estás viendo tu propio reflejo en un estanque.

—No empieces. No falla, siempre te las arreglas para dar la vuelta a todo.

—¿Por qué hago eso?

—Supongo que porque intentas que sea yo el que busque las respuestas.

—¿Es eso malo?

—Lo es, cuando yo no las tengo.

Cazador agarró a Chase por el hombro. Al sentir el peso cálido de su mano, Chase casi se puso a llorar. Tenía el incontenible deseo de poner su cara sobre el pecho de su padre y llorar como un niño. Lo peor de todo era que no sabía por qué. Solo sabía que se sentía increíblemente perdido. Y más solo de lo que hubiese estado en toda su vida.

—A veces no estoy seguro de qué es lo que está pasando —susurró con voz entrecortada; no esperaba que su padre pudiese entenderle cuando ni siquiera él lo entendía—. Nada de lo que me enseñaste sirve una mierda ahí fuera.

Cazador le dio una palmadita cariñosa en el hombro.

—No —accedió—, las cosas que te enseñé no sirven para nada ahí fuera. Solo sirven para tu corazón.

—Los valores que exiges... Solo un santo podría vivir con ellos, y yo no soy ningún santo. Ni siquiera me acerco.

—Son solo un mapa que yo dibujé para vosotros, Chase; solo eso. Traté de marcaros el camino de forma clara, pero como ocurre con todos los mapas, hay más de un camino. Tú tendrás que elegir el tuyo.

Suspirando profundamente, Chase dijo:

—Sí, claro... Yo lo he elegido. Supongo que lo he hecho rematadamente mal, ¿no?

—¿Lo has hecho mal?

—Sabes de sobra que es así, según tú. Si no, no estarías hablando aquí conmigo.

—Lo que yo piense no importa. ¿Qué es lo que piensas tú?

—Que estoy haciéndolo rematadamente mal.

—Quizá sea el momento de pensar en dirigir tus pasos hacia otro camino.

—¿Y abandonar todos los sueños por los que he luchado hasta ahora?

—No tienes que abandonar los sueños. Solo perseguirlos siguiendo otro camino.

—Quizá. —Chase se quedó en silencio un momento, pensando—. ¿Sabes? Lo más gracioso es que estaba totalmente satisfecho de mí mismo antes de venir aquí. Ahora, no hago sino darle vueltas a todo y poner las cosas patas arriba. Ni siquiera sé ya si me gusto a mí mismo, mucho menos si me gustáis vosotros. En realidad, si quieres que sea sincero del todo, hay días en los que os odio a todos.

Al oír esta confesión, Cazador sonrió y le sacudió ligeramente.

—No nos odias, hijo mío. Cuando nos miras, ves el reflejo de ti mismo, un yo que negarías si pudieras. Eso es todo.

Chase no entendía cómo podía su padre verlo tan divertido.

—Cuando un hombre vuelve al lugar del que procede ocurre algo extraño. En vez de mirar siempre hacia los otros, se ve obligado a mirarse a sí mismo. Resulta inquietante cuando descubre que ha viajado una larga distancia para no llegar a ningún sitio.

Como esta explicación significaba muy poco para Chase, decidió pasarla por alto.

—Me siento atrapado en medio de la vida que llevo ahora y la vida que solía llevar cuando vivía aquí —susurró—. Y es como si me tiraran en las dos direcciones. Una parte de mí desea que las cosas puedan ser tan simples para mí como lo son para ti. Pero otra parte de mí sabe que no pueden serlo.

—La vida es como una manta en la que te enrollas. Tú te haces el tejido.

—Eso es fácil de decir para ti.

—¿Crees que todo lo que tengo me lo ha traído el viento? —Cazador sacudió la cabeza—. Salí de Texas con una mujer embarazada y recorrí más de trescientos kilómetros, más de la mitad a pie porque perdimos un caballo. No sabía adónde iba o qué era lo que iba a encontrarme aquí, solo que estaba escrito en la profecía que debía ir al oeste para encontrar un lugar nuevo donde los *tabeboh* y los comanches pudiesen vivir en armonía.

Chase había oído la historia antes... tantas veces que se la sabía de memoria.

—Justo después de llegar aquí, naciste tú, y fuiste el cumplimiento de esa promesa. Mi hijo, parte comanche, parte *tabeboh*. Desde la primera vez que te tuve en mis brazos, te he cantado las canciones de mi pueblo para que puedas cantarlas a tus hijos algún día, y ellos a los suyos. Hice lo mismo con Índigo.

—Y ahora estoy dando la espalda a esas canciones. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Solo te estoy pidiendo que no olvides las palabras. Tú naciste para prolongarlas, Chase. A través de ti y de Índigo, nuestro pueblo continuará vivo incluso aunque sus huesos se hayan convertido en polvo.

—No puedo cantar canciones en cuyo significado he dejado de creer.

—Si no crees en las canciones de tus antepasados, ¿en qué crees entonces?

—En nada —susurró, entrecortado—, en nada de nada.

Después de otro gran silencio, Cazador dijo:

—Quizá deberías entonces descorchar la garrafa y beber otro trago. Si no crees en nada, el licor será tu único consuelo.

Dios, cuánta razón tenía.

—Algunas veces, padre, esa lengua tuya puede hacer mucho daño.

—¿Quieres decir que tu mala lengua es algo natural para ti?

Chase resopló.

—Sabía que acabarías por salirte por la tangente.

—¿La tangente de qué?

—Viniste aquí a pedirme que me disculpara ante Fanny, o Franny, o como quiera que se llame.

Cazador asintió.

—Le dije a Índigo que hablaría contigo de esto, sí. Tú eliges tu propio camino. ¿Entonces por qué crees que Índigo no puede hacer lo mismo? Ella puede elegir los amigos que quiera, eso no es asunto tuyo, ni mío.

—Lo he entendido.

—Esa ira que muestras por su amistad con Franny me preocupa.

—No es ira. Al menos, no fue eso lo que me impulsó al principio. Solo trataba de proteger a mi hermana. ¿Tan malo es eso?

—¿Protegerla de qué?

—¡Abre los ojos! Esa mujer busca algo. ¿Por qué si no iba a querer hacerse amiga de Índigo?

—Estás muy amargado. ¿Por qué, Chase?

Hubiese querido explicárselo a su padre, pero las viejas heridas eran demasiado profundas como para dejar que lo hiciera.

—No estoy amargado, es solo que conozco a las que son como ella y, créeme lo que te digo, son puro veneno. No creas que es tal y como pretende ser, ni siquiera un minuto.

—¿Qué es lo que pretende ser?

Chase se limpió la boca con la parte exterior de la mano.

—¡Diablos, no lo sé! ¡Inocente! Pretende ser inocente, y sé condenadamente bien que no puede serlo.

—¿Te ha dicho ella eso? ¿Que es inocente?

—No, claro que no. Es solo esa mirada que tiene. Ya sabes, con esos ojos tan

grandes y... —Se calló—. Lo ha perfeccionado tanto, que jurarías que acaba de salir del colegio.

—¿Y dices que has visto eso en sus ojos?

Chase sintió adónde quería llevarle su padre y se puso tenso.

—Hubo una época —dijo Cazador suavemente— en la que creías más en lo que veías en los ojos de alguien que en cualquier otra cosa.

Eso había sido antes de mirar en los ojos de los mentirosos.

—Sí, claro, tuve que aprender por las malas a no ser tan estúpido.

—¿Y temes que lo que has visto en los ojos de Franny te haga ser un estúpido?

La pregunta hizo que Chase se detuviera. A decir verdad, quizá lo que había visto en sus ojos le había asustado. Y por una muy buena razón. Había algo en ella que le arrastraba, le embujaba, e hiciese lo que hiciese, no podía apartarla de su mente.

Su padre le dio una palmada en el hombro de nuevo. Después, se puso en pie.

—Cuando tu cabeza te dice una cosa y tu corazón otra, escucha a tu corazón. Él no miente.

Chase cerró los ojos con fuerza. Demonios. Maldición.

—Iré y le pediré perdón —susurró con voz entrecortada—. No estoy para nada de acuerdo con ello, pero lo haré. Espero que te sientas satisfecho. Dile a Índigo que lo haré.

—¿Esta noche?

—Maldita sea, sí, esta noche.

Chase escuchó las carcajadas y los silbidos antes de estar lo suficientemente cerca de la taberna como para ver a qué se debía tanto alboroto. Cuando estuvo más cerca, no pudo creer lo que veía. Había visto muchas cosas extrañas estando bajo los efectos del whisky, pero nunca un par de piernas bien formadas colgando del borde del tejado.

Se detuvo en seco y parpadeó, convencido de que estaba teniendo una visión. Si era así, desde luego, los otros dos hombres que estaban a su lado estaban teniendo la misma imagen. Por la manera en la que se tambaleaban, Chase supo que debían de estar más borrachos que él.

—¡Oye, nena, abre más las piernas y danos un espectáculo! —berreó uno. El otro saludó a la gloriosa aparición con la garrafa de whisky en alto y cacareó en señal de asentimiento—. ¡Madre mía!

Chase se centró en uno de los esbeltos pies, del que caía una zapatilla de fieltro rosa. En su debilitada mente, solo podía encontrar dos explicaciones al fenómeno: o estaban lloviendo ángeles del cielo o una mujer estaba cayéndose del tejado del Lucky Nugget. Como hacía tiempo que había dejado de creer en los ángeles, decidió que la única explicación lógica era la de que esas prominentes piernas eran de tipo mortal. Se acercó unos pasos, sin poder aún creérselo.

—¿Qué es lo que está pasando aquí?

—¿Que qué está pasando? —gritó uno de los borrachos—. ¡Que Franny está dándonos un espectáculo gratuito!, eso es lo que está pasando.

—¡Socorro! ¡Ayudadme!

Chase echó la cabeza hacia atrás para tener una vista mejor, y se aseguró de que era Franny quien estaba colgada del tejado. Y desde donde estaba, le dio la impresión de que le faltaba un suspiro para caerse. Justo en el momento en el que él miraba, perdió el agarre que tenía en las tejas y se deslizó unos pocos centímetros hacia el borde. A través de la nube de alcohol que le rodeaba, dijo arrastrando las palabras:

—Será mejor que uno de vosotros la coja, o va a romperse el maldito cuello.

Uno de los borrachos se acercó tambaleándose, pero parecía más interesado en la vista que en prestarle ninguna ayuda. Chase se puso una mano sobre las costillas, consciente de que no estaba en condiciones de coger a una mujer en su caída. La indignación empezó a inundarle cuando vio que el hombre que estaba debajo de ella no hacía ningún intento por ayudarla. En vez de eso, cogió un puñado de volantes, los levantó para poder ver mejor y emitió un silbido de admiración.

—¡Por favor! —gritó ella—. ¿Ninguno de vosotros va a ayudarme?

—Demonios, no. ¡Me estoy divirtiendo demasiado con la vista!

Con un pie, buscó frenéticamente una de las vigas de soporte del alero, seguramente con la intención de ayudarse con ella y poder bajar por sí misma. El cambio de peso la hizo perder el asidero que tenía en las tejas aún más. Parecía totalmente indefensa y Chase empezó a temer que pudiera de verdad caerse. A primera vista, parecía que no podía haber más de dos metros y medio del tejado al suelo; menos, si se medía desde donde tenía el pie. Chase había saltado una altura similar una docena de veces sin que le pasase nada. Pero ella no tenía su complexión. Cuanto más cerca estaba de ella, más convencido estaba de ello.

Nunca había visto un despliegue de piernas tan hermoso. Hipnotizado, dio un paso hacia ella, y lo que vio bajo la seda y los encajes era suficiente para hacer que un hombre sobrio se pusiese de rodillas. Él estaba lejos de estar sobrio.

—¡Dios mío!

—¿No es una ricura?

El calificativo «ricura» no se acercaba ni de lejos. A Chase le costaba creer que un hombre que se hiciera llamar como tal se limitase a ponerse debajo y disfrutar del espectáculo. Era evidente incluso para él que la muchacha necesitaba ayuda y que no estaba en esa posición para entretener a los viandantes. Si hubiese sido cualquier otra mujer del pueblo, estos hombres se hubiesen roto una pierna para ayudarla, pero, como era una prostituta, se dedicaban a sacar provecho de su aprieto, sin preocuparse por si se hacía daño en el proceso.

—¡No os quedéis ahí babeando! ¡Ayudad a la chica a bajar!

—No es culpa mía que esté ahí arriba. Si tuviese algo de sentido común, no se hubiese subido ahí.

Chase no creyó que fuese ese el momento de debatir si la chica tenía sentido común o no, o de preguntar por qué estaba en el tejado. Lo que había que hacer era enfrentarse a las consecuencias. Y rápido. Cogió al otro hombre por el brazo.

—¡Si no tienes intención de ayudarla, quítate del medio, diablos!

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo —explotó. Dándole un manotazo, Chase añadió—: Si no vas a hacer otra cosa, lárgate de aquí. Si quisiese público, habría vendido entradas.

—No veo que tú te hayas puesto ninguna venda en los ojos tampoco.

Rezando para que Franny pudiese sujetarse unos segundos más, Chase se giró para enfrentarse a los dos hombres.

—He dicho que os larguéis.

Los dos mineros se pusieron tensos y, por un momento, Chase pensó que iban a llegar a las manos. Pero al final, apartaron la vista de él y se alejaron, murmurando con enfado algo acerca de «prostitutas de tres al cuarto» y «pieles rojas locos». Chase supuso que en ambos casos tenían razón. Sin duda, ella era una prostituta, y el hecho de que él estuviera cuidando de ella era una evidencia irrefutable de que había perdido la cabeza.

Olvidándose de ellos, se volvió para ayudar a Franny. Cogió su fino tobillo y dio un paso para colocarse bajo dos piernas que no paraban de sacudir el aire. Con las costillas rotas o sin ellas, no podía dejar que cayese. Alzó los ojos y se situó justo en el centro de su línea de caída, tratando de ignorar la vista que le ofrecía.

—¿Franny?

—¿Qué? —contestó ella con un hilo de voz.

—Voy a cogerte, ¿de acuerdo? Suéltate y déjate caer con cuidado.

Él notó cómo se deslizaba unos centímetros y la cogió por el otro pie, el que tenía descalzo. Cuando sus dedos se cerraron alrededor del tobillo de ella, notó algo aturdido lo frágil que era. Si ella caía, se rompería con toda seguridad algún hueso, o algo peor. Chase respiró hondo y rezó para que sus costillas no le hiciesen quedar mal con el esfuerzo.

—He ayudado a Índigo a bajar de los árboles de esta manera cientos de veces.

—¿Chase?

—Diablos, no. Soy el maldito párroco. ¿Quién iba a ser si no?

—Ay, Dios mío... No mire por debajo de mi falda.

La verdad era que Chase temía que si la miraba desde demasiado cerca pudiera dejarle caer. Nunca en su vida había visto algo igual. Encaje y seda, y unas maravillosas piernas que le llevaban al cielo. Ella perdió el asidero que tenía en las tejas y se deslizó unos peligrosos centímetros más. A modo de ropa interior, lo único que llevaba era una combinación, ligas y medias. ¿Acaso no era tan pura como la nieve? Que Dios le cogiese confesado...

—Dios bendito —murmuró él de nuevo. Soltándole una de las piernas para lidiar con su diáfano vestido de encaje y seda, tiró de las capas que se arremetían entre sus

muslos. Maldiciendo una vez más, dijo—: Sé que no es momento de preguntar, pero ¿cómo demonios has acabado en este condenado tejado?

—Limítese a ayudarme a bajar —gritó ella—. Se lo explicaré después.

Chase lo dudaba. No había explicación para una locura semejante. Deslizó las manos por sus pantorrillas y la agarró con más fuerza.

—Está bien, ya te tengo. Déjate ir y baja hasta mis hombros.

—No tengo tan claro que me tenga.

Chase le dio un tirón y ella gimió.

—¿Podrías soltarte?

—No estoy segura de que vaya a cogerme.

—Condenada mujer.

—¿Qué? Tampoco usted... —Trató de mantenerse agarrada—. Por favor, señor Lobo, no deje que me caiga.

—Maldita sea, ¿es que no puedes dejarte caer?

Al ver que ella persistía en agarrarse al tejado, él miró hacia arriba irritado. Con esa vista, sin embargo, solo un eunuco hubiese podido estar enfadado mucho tiempo.

—Déjate caer sobre mis hombros, Franny. No dejaré que te caigas, te lo prometo.

—Júrelo.

—Lo juro. Sobre una pila de condenadas Biblias. ¿Te parece suficiente? —le cogió mejor por las pantorrillas—. ¿Crees que dejaría que te hicieses daño?

—La última vez que... —se deslizó ligeramente sobre él— hablamos, no fue lo que se dice muy amable.

Endureciendo el cuerpo al sentir su peso, Chase tiró de ella hacia abajo. Ella gritó asustada, rasgando la madera con las uñas mientras la gravedad cumplía con su cometido. Él la guio hasta sus hombros. El encaje de su falda voló sobre su cabeza. Nunca había visto a una prostituta vestida con tanta ropa. Al diablo con ella. Sin sentirse muy estable sobre sus pies, se tambaleó y trató de apartar la tela de su cara para poder ver.

—¡Pero, querido, si está usted borracho!

¿Querido? La chica ni siquiera hablaba como una verdadera prostituta. Quitó el encaje que le tapaba la cara y volvió a perjurar. Al ponerle las manos sobre los muslos, ella gimió:

—¡No se le ocurra...! ¡No me ponga las manos ahí!

—¿Y dónde demonios quieres que las ponga? Te dejo caer.

—Entonces póngame en el suelo con cuidado. ¡Esto es —se balanceó y le agarró del pelo para no caer— indecente!

—¿Y enseñar el culo en mitad de la calle principal no lo es? —Chase torció el cuello para mirarla y de inmediato se arrepintió. La parte baja de su cara conectaba con la sedosa parte interna de su muslo—. Y para tu información te diré que no puedo ponerte en el suelo. —Escupió para deshacerse del encaje que se le había metido en la boca—. Tengo tres costillas rotas, ¿recuerdas? ¡No estoy lo que se dice en mi

mejor forma para andar salvando a locas de lo alto del tejado!

Al oír que las puertas de la taberna se abrían, Chase notó que el cuerpo de ella se ponía rígido. Con las manos cerradas en puños, le agarró el pelo con más fuerza.

—¡Dios mío, son ellos! ¡Son ellos! No deje que me vea.

Su voz sonaba llena de terror. Chase se giró para mirarla.

—¿A quién no puedo dejar que te vea?

—¡Ah, por favor! Corra. Al otro lado del edificio. ¡Por favor, señor Lobo; por favor!

En cualquier otro momento, Chase se hubiese enfrentado a quienquiera que fuese quien la aterrorizaba, pero en estas circunstancias, no estaba en condiciones de jugar a los héroes, no con tres costillas rotas y una mujer sobre los hombros. Sin otra opción, hizo lo que le decía y rodeó sin mucha gracia el edificio. Al hacerlo, tuvo que esforzarse por olvidar el hecho de que ella le había soltado el pelo y se dedicaba ahora a instarle hacia delante golpeándole las costillas con los talones.

—Hacia los árboles —gritó—. Ah, por favor, señor Lobo. Es Frankie. No puedo dejar que me vea. ¡Por favor!

Chase se balanceó por el pasadizo que había entre dos edificios, con el Lucky Nugget a un lado y las cuadras a otro. Su visión nocturna solía ser excepcional, pero entre el whisky que había bebido y el encaje blanco que flotaba sobre sus ojos su percepción dejaba mucho que desear. De este modo, vio tarde una sombra oscura en el suelo, se golpeó contra ella y estuvo a punto de caer.

Era un tonel. El cachivache cayó y echó a rodar, con un ruido que hubiese despertado a un muerto. Chase miró a su alrededor. Al hacerlo, su bota golpeó algo resbaladizo que se extendía bajo sus pies. Hizo lo que pudo para no caerse. Grasa. El cocinero del Lucky Nugget había echado los restos de grasa en el tonel. Chase luchó por mantenerse en pie y no dejar caer su carga, y al contraer los músculos el dolor de las costillas se hizo insoportable.

De algún modo, consiguió llegar a los árboles. Pero eso era lo único que podía hacer.

—Puedo bajar ahora —susurró ella con voz temblorosa.

Con ganas de vomitar, Chase se quedó completamente inmóvil.

—No te muevas —farfulló con los dientes apretados—. Mis costillas. Las he presionado muy fuerte ahí.

Ella le soltó el pelo y se inclinó ligeramente hacia delante.

—Santo cielo. ¿Le duele mucho?

¿Santo cielo? De una cosa estaba seguro y era de que tendría que hablar con esta chica acerca de su lenguaje.

—No... te muevas. Por favor.

Ella se quedó petrificada, con su rostro diminuto sobre el de él.

—Ay, Dios bendito. Se ha hecho daño. ¿Qué puedo hacer?

Chase tragó saliva, con todas sus fuerzas.



—Sí, puedes quedarte quieta como un muerto hasta que pase —respiró hondo—. Solo necesito un minuto.

Al parecer empezaba a comprender que no iba a ser tan fácil bajar de donde estaba.

—¿No podría ir deslizándome por su espalda?

Chase apretó los ojos para no ver los puntos negros que le nublaban la vista.

—A menos que te deje caer como una piedra, tendría que inclinarme hacia delante, y no puedo. Me duelen demasiado las costillas. En ese caso hubiese sido mejor que te dejase caer del tejado. Hubiese sido más o menos —hizo un gesto de dolor— la misma distancia. Si caes mal, te romperás un tobillo.

Ella guardó silencio un momento.

—¿Y una rama? Si pudiésemos encontrar la rama de un árbol, me podría agarrar a ella y saltar. Eso no perjudicaría sus costillas.

Era una idea. El problema era encontrar una rama adecuada y tener la fuerza para alcanzarla. Menudo salvador había resultado ser. Respiró una vez más, aliviado al comprobar que el dolor era ahora más soportable.

—Dame un par de minutos más. Después pensaré en algo.

A medida que el dolor disminuía, Chase empezó a tomar consciencia de lo absurdo de la situación. Tenía unos muslos sedosos aferrados a su mandíbula. Con las manos sujetaba los encajes de sus ligas y la parte superior de sus medias. Había vivido varias situaciones en su vida en la que se había encontrado en la misma posición entre los muslos de una mujer, pero nunca exactamente de esta manera.

Olía a lavanda. Chase emitió una dolorosa carcajada.

—Sé que tal vez es una pregunta estúpida, pero ¿sueles subirte a los tejados?

—No, claro que no. Hasta que no estuve fuera no me acordé de que habían cortado el árbol de Índigo el verano pasado.

—¿El árbol de Índigo?

—El que ella siempre utilizaba para entrar en la taberna por el tejado.

Chase recordó vagamente que una vez había habido un árbol en la esquina izquierda del edificio.

—¿Mi hermana trepaba al tejado de la taberna? ¿Para qué?

—Para verme.

Lo dijo como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Y por qué demonios no utilizaba la puerta?

—Bueno, porque... Alguien podría verla. Eso hubiese arruinado su reputación.

Eso tenía sentido. O eso supuso. Sintióse finalmente capaz de moverse sin que sus costillas se abriesen en dos, se giró en un medio círculo y buscó una rama baja para colgarse. Al ver una, se movió hacia ella con cuidado de no dar un mal paso en el suelo irregular. Cuando Franny alcanzó el árbol, abrazó la rama con los brazos y se balanceó para bajarse de sus hombros. Con miedo de que se cayese, Chase se quedó de pie junto a ella, rezando para que no le necesitase. Respiró aliviado al ver que ella

alcanzaba ágilmente el suelo junto a él.

La luz de la luna iluminó su pelo despeinado y rizado. Chase observó con atención su cara excesivamente maquillada. No se parecía nada a la chica dulce y angelical de ojos verdes que había visto en las otras dos ocasiones. Bajo la capa de seda y el vestido de encaje, vio que llevaba una combinación de seda que le llegaba a las rodillas. Cada pieza del conjunto era sugerente por sí misma, pero, con tanta superposición de capas, la mujer dejaba ver muy poco. A menos, por supuesto, que uno estuviera mirándola desde abajo.

Ella miró incómoda al callejón que transcurría entre la taberna y las cuadras. Chase vio que había empezado a temblar con efecto retardado y pensó que fuera quien fuera Frankie, a ella la tenía aterrorizada. Sucias imágenes de un pervertido tratando mal a Franny pasaron por su mente. Estuvo a punto de decirle que no tenía nada de qué preocuparse, que mientras él estuviera allí nada malo podía pasarle, pero sus viejos resentimientos se lo impidieron. En lo referente a salvar almas descarriadas, ya había aprendido la lección.

Aunque...

Chase se frotó la parte exterior de la mano con la boca.

—Si ese Frankie quiere darte problemas, Gus podrá cuidar de ti.

—¿Gus?

—Gus, el propietario de la taberna. —Chase la observó extrañado—. Estoy seguro de que él se ocupa de May Belle y de ti cuando tenéis problemas. Si ese tipo te asusta, deberías decírselo a Gus.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Miedo? ¿De Frankie? No. Es solo que... entró en el local con varios amigos y, por casualidad, lo vi hablando con May Belle. Cuando bajé la vista y le vi... bueno, Frankie es la última persona a quien esperaba... —Hizo una pausa—. No le tengo miedo. Es solo que no puedo dejar que me vea.

—Ah. —Chase se frotó la boca de nuevo. ¿Quién demonios era Frankie y por qué no quería que la viera?—. ¿Es un antiguo amante tuyo o algo?

—¿Frankie? —Ella se rio de manera ostentosa, casi histérica, y se tapó los ojos con la mano—. Ay, Dios. Cuando pienso en lo que podría haber pasado... Si no hubiese ido a la habitación de May Belle... si no le hubiese visto por las rejas del balcón o no lo hubiese reconocido... hubiera subido a la habitación. ¿No lo entiendes? Él hubiera... ¡ah, Dios mío!

Su voz se quebró en un débil murmullo y después empezó a llorar. No fueron solo unas pocas lágrimas acompañadas de delicados suspiros. Lo que emitió fueron unos sollozos desgarradores y contundentes, alternados con unos bufidos bastante poco femeninos.

—Oye, escucha —intervino él—. Nada puede ser tan malo.

Fue sin duda lo peor que podía decirle. Empezó a llorar aún más fuerte.

Maldición. ¿Cómo terminaba siempre en medio de situaciones como esa?

## Capítulo 5

Al haber crecido junto a una hermana de edad cercana a la suya, Chase tenía más experiencia en ver llorar a las mujeres que el resto de los hombres y, sin embargo, se sintió impotente frente a Franny. Se suponía que una mujer de su profesión debía ser fuerte e imperturbable. Aunque era cierto también que Franny no se ajustaba al estereotipo. Hasta nerviosa como estaba, seguía tratando de cubrirse con las solapas de su capa como si temiese que alguna parte de su cuerpo quedase al descubierto. Una avezada prostituta no se hubiese preocupado por algo así.

Sintiéndose como si estuviera metiéndose en terreno resbaladizo, Chase le puso la mano en el hombro. Su intención era atraerla hacia sus brazos, pero, al tocarla, dio un salto como si él la hubiese pinchado con un alfiler. Chase se quedó tan sorprendido como ella. ¿Era esta la reacción de un alma descarriada? Tuvo que reprimirse una docena de preguntas.

—Sea quien sea ese Frankie —dijo él con voz suave— bien está lo que bien termina, ¿no crees? Le viste a tiempo y pudiste salir de allí.

—Us... usted no lo entiende. ¡Po... podría volver!

Alzando la vista hacia él, se mordió el labio inferior en un claro intento por silenciar sus sollozos. A la luz de la luna, sus ojos llenos de lágrimas brillaban como la plata, y el rímel negro de sus ojos se escurrió en riadas por sus mejillas.

—¿Y qué pasa si vuelve a venir el próximo sábado y no sé que es él? —Tenía la cara torcida y emitió un gemido bajo—. Dios mío, ¿y si resulta que ya ha venido antes y yo no lo he sabido?

La pregunta se quedó flotando en el aire, como una auténtica tortura para ella y un verdadero misterio para él. La chica debía de saber quiénes eran sus clientes. Nadie podía hacer ese tipo de trabajo y no retener algún rasgo de los hombres con los que se acostaba.

¿O sí?

Chase recordó la explicación de Jake de que Franny se perdía en un mundo de sueños cuando trabajaba y se levantaba a la mañana siguiente sin haber sido tocada por las experiencias nocturnas.

—Franny...

Ella volvió a cubrirse los ojos con las manos.

—Desearía estar muerta.

—Supongo que todo el mundo se siente así alguna vez. Pero nada puede ser tan grave. No cuando piensas un poco más en ello.

—Esto sí es grave, se lo aseguro. Si pudiera, ¡me pegaría un tiro! —Cerrando la mano en un puño, se frotó la mejilla y se embadurnó de *kohl* la parte baja de un ojo—. Lo... lo siento. No suelo llorar. Al menos no delante de alguien.

Su garganta se convulsionó en otro sollozo ahogado. Era evidente que le incomodaba mostrar así sus sentimientos. Para esconderse, giró el rostro hacia el bosque que había detrás de ellos. Tenía la cara tan desencajada y sucia que Chase no pudo soportarlo más. Sacó un pañuelo de su bolsillo y, sintiéndose bastante torpe, le limpió los tiznes negros de la cara. Su roce volvió a asustarla, y ella se echó hacia atrás cogiéndole la muñeca. El contacto de esos pequeños y asustados dedos en su piel le llegó al alma.

—Tranquila... solo quería limpiarte un poco —explicó él sin dejar de limpiarle la mejilla—. No puedes volver ahí dentro en este estado. No a menos que puedas permitirte asustar a los clientes.

—No querría hacerlo.

Esta contestación reveló a Chase más de lo que ella pudiese imaginar. Trató de imaginarse cómo debía de ser su profesión. La eterna sumisión. Dejar que unos dedos sucios y extraños te acariciasen el cuerpo. ¿Quién podía culparla por tratar de anularlo todo de su mente? Solo de pensarlo se le revolvían las tripas.

Cuando se puso a buscar un extremo limpio en el pañuelo, ella le miró con una expresión contrariada en el rostro, completamente ajena a lo que él estaba pensando.

—Puedo limpiarme la cara sola, gracias.

—Si pudieras verte, no dirías eso. Tienes esa pintura que utilizas para los ojos embadurnándote toda la cara.

—¿Ah, sí? —Se frotó sin mucho éxito la mejilla—. ¿Dónde?

Chase no pudo evitar sonreír.

—Lo estás empeorando. Estate quieta.

Resignada, levantó la cara. Al bajar los ojos hacia ella, Chase supo que estaba perdido. Fuese o no una prostituta, solo un bastardo sin corazón podría resistirse a esos ojos. Ella resopló suavemente cuando él le pasó la punta del pañuelo por debajo de la nariz. Chase contuvo otra sonrisa, recordando todas las veces que había hecho lo mismo por Índigo en el pasado. ¿Acaso esta chica era tan diferente a su hermana? El simple hecho de estar haciéndose esa pregunta era un indicio de que se estaba rindiendo a ella más de lo que hubiese querido y, lo que era aún peor, no le importaba lo más mínimo.

—¿Qué estás haciendo aquí, Franny?

—Se lo he dicho. Salí a ver a May Belle y...

—No, no. —Hizo un gesto hacia la taberna—. No me refiero a aquí fuera, sino a aquí. Ya sabes, en el Lucky Nugget. ¿Cómo acabaste trabajando en el segundo piso?

Ella cerró las pestañas lentamente.

—Yo... esto... Eso no es de su incumbencia.

—Tal vez quiero que sea de mi incumbencia.

Mientras lo decía, Chase se dio cuenta de que de verdad era así. El cambio parecía venir de algún sitio desconocido para él, tan repentino que se sintió como el péndulo que cambia de un extremo al otro. Pero al pensar en ello, supo que no era

exactamente así. Desde el primer momento que había puesto los ojos en esa joven, había estado luchando contra los sentimientos que manaban ahora de él. Sentimientos posesivos. Y protectores, también.

Santo Dios. Necesitaba unos litros del café de su madre, y rápido.

Por fin, ella levantó las pestañas de nuevo para mirarle, con una mirada de desconcierto que revelaba más de lo que seguramente hubiese deseado: confusión y un temor que Chase no alcanzaba del todo a comprender. Comprendió que le aterrorizaba que él se interesase por ella. Estaba claro que la vida le había jugado bastantes malas pasadas.

Chase no pudo evitar recordar otros ojos llenos de temor y dolor: ojos mentirosos que él había creído en aquel entonces. Ahora, años más tarde, se encontraba con Franny, cuya cara dulce le llegaba al corazón y cuyos ojos le enviaban mensajes que ella quería ocultar. ¿Prostituta o ángel?

Aunque le costase admitirlo, Chase sabía la respuesta. La emoción desnuda que había leído en su expresión no podía ser fingida. Una víctima, como su padre la había llamado, y Chase supo, casi demasiado tarde, que no podía ser otra cosa. Al mirar a sus asustados ojos, era imposible creer que hubiese elegido esa vida por decisión propia.

Mucho tiempo atrás, tanto que ya era tarde para rectificar, había dado la espalda a unos ojos como esos. Si volvía a hacerlo otra vez, se sentiría tan fracasado como ella.

Ahora su cara estaba más o menos limpia, pero Chase no quería alejarse de ella, así que le cogió la barbilla y continuó limpiando suavemente sus mejillas, mientras estudiaba sus facciones. Tenía unas cejas finamente arqueadas, una nariz pequeña de frágil puente y una mandíbula tan delicada que un soplo de él podría quebrarla. Y su boca... Nunca había visto una boca tan vulnerable. Incluso ahora seguía temblando ligeramente al reprimir las lágrimas. Sin duda era uno de los rostros más hermosos que había tenido el placer de contemplar nunca.

Al buscar su expresión, Chase recordó lo que su padre le había dicho, que un hombre puede marcharse del lugar en el que se crio y viajar constantemente hasta descubrir que no ha llegado en realidad a ningún lado. Antes estas palabras no habían tenido mucho sentido para él, pero ahora creía entender lo que significaban. Le habían criado para ser parte de su tribu, y nunca podría escapar a eso. Si lo intentaba, solo conseguiría darse de bruces contra un muro de ladrillos, en este caso, Franny. Al mirarla, se sintió un estúpido por compararla con un muro de ladrillos. Pero que le perdonasen si no era exactamente eso: un obstáculo infranqueable.

Como si ella adivinase sus pensamientos, dijo de repente:

—Se... será mejor que me vaya.

Dejando caer la mano, Chase miró hacia la taberna, tratando de buscar rápidamente una excusa para mantenerla allí, aunque solo fuera por unos minutos más.

—¿Crees que Frankie se ha ido?

Ella bajó la cara.

—Se... seguramente no. Puse el cartel de «Ocupado», pero Gus tardará aún un rato en darse cuenta de que he terminado por hoy. Normalmente recibo las visitas hasta la una.

¿Visitas? Era una forma educada de decirlo. ¿Y solo trabajaba hasta la una? Esta era la hora de la noche en la que la mayoría de los que frecuentaban las tabernas empezaban a ponerse en marcha.

—Entonces esperaré contigo. No es el sitio más apropiado para que una mujer ande sola por las noches.

No había terminado de decirlo cuando recordó con quién estaba hablando. Franny entretenía a los borrachos por las noches. Que se encontrara con uno más o menos no debería preocuparle, ni a él ni a ella. Como si ella no hubiese notado lo absurdo de su comentario, tembló y se abrazó la cintura, como si hubiese imaginado lo que podía pasar si se quedaba sola y como si esta idea le resultase abominable.

Sintiéndose extrañamente cansado, Chase se apoyó contra el árbol, aprovechando el momento de silencio para observar a la mujer que le acompañaba. Allí de pie, parecía una niña de doce años, con la barbilla temblorosa y su frágil figura envuelta en seda y encaje. Parecía una niña pequeña que hubiese subido al desván de su casa y se hubiese disfrazado con la ropa de vestir desechada por su madre, un poco desigual porque solo llevaba una zapatilla. Se dio cuenta de que ella parecía habitualmente incómoda en su presencia, otro descubrimiento misterioso que le desconcertaba. Él tenía lo mismo que los otros hombres. ¿En dónde veía la amenaza entonces?

Chase ahogó una sonrisa. Supuso que estar fuera de la taberna con un hombre no entraba dentro de su rutina. En estas circunstancias, debía de ser un poco difícil trascender a la realidad con un sueño, un hecho que se esforzó por recordar. Si volviese a estar con ella de nuevo (o mejor, cuando volviese a estar con ella), no dejaría que lo olvidase, lo que seguramente significaba que estaba destinado a convertirse en la maldición de su existencia.

Este pensamiento dio a Chase un momento de reflexión y le obligó a retroceder y analizar cuáles eran sus intenciones. Un ejercicio, sin duda, imposible. ¡Que le condenasen si sabía cuáles eran sus intenciones! Había ido a la taberna (bueno, quizá fuese más apropiado decir que se había tambaleado hacia ella), para fingir unas disculpas y contentar así a su hermana y a su padre. Ahora, ellos se habían convertido en la menor de sus preocupaciones, y solo le preocupaba saber cuándo volvería a ver a Franny.

Era una locura, una auténtica locura. Al diablo. Quizás era un signo distintivo de su familia.

—¿Cuánto tiempo cree que llevamos aquí fuera? —preguntó ella de repente.

Chase se obligó a centrarse en el presente. Ella no era la única que podía perderse en ensoñaciones. Sacándose el reloj del bolsillo, le echó un vistazo y miró después a su cara ensombrecida.

—¿Diez minutos, quizá?

Ella emitió un suspiro de disgusto.

—Parece mucho más.

No para Chase. Le tocó la manga con los nudillos y sonrió.

—¿Tienes frío? Tengo calor de sobra si te hace falta.

Ella le miró sorprendida y se apartó un paso de él.

—No tengo el más mínimo frío.

—¿Entonces por qué tiembles?

Ella jugueteó con la parte exterior de su cinturilla y se abrazó a ella una vez más.

—No me había dado cuenta de que lo hacía.

Su voz sonó tan baja, sus palabras tan dubitativas, que Chase se preguntó si tenía alguna experiencia en hablar con hombres. Y eso que le parecía increíble que pudiese dedicarse a lo que se dedicaba sin conversar con sus clientes.

—¿Eres vergonzosa, Franny?

Chase la obsequió con la sonrisa que había estado practicando en el espejo desde la adolescencia. Una sonrisa desenfadada, asimétrica y juguetona, diseñada y ejecutada con precisión.

—Te sonrojas. No he visto a una chica sonrojarse de forma tan hermosa en cientos de años.

Ella parpadeó. No era la reacción que él había esperado.

—Te doy miedo, ¿verdad?

—Sí.

Una vez más, no era el tipo de respuesta que esperaba. Sorprendido de que lo admitiese tan abiertamente, dijo:

—¿Por qué?

Ella levantó la mirada hacia él un buen rato, con una expresión de confusión en sus ojos.

—No... no estoy segura. Pero es así.

—Soy el hermano de Índigo, ¿recuerdas? ¿Qué mejor garantía necesitas para...?

—Usted no es tan amable como Índigo.

Incómodo, Chase resopló.

—¿Quién lo dice?

Ella puso los ojos en blanco.

—No sea tonto. Sabe que no lo es... Índigo es... —Se calló, y su expresión se suavizó—. Nunca he conocido a nadie como Índigo.

Chase se rindió.

—Es una persona muy especial.

—Sí —asintió ella, aún dubitativa—, muy especial. Es la mejor amiga que he tenido nunca. Le confiaría mi vida. Incluso los animales salvajes la quieren.

—A mí también me quieren. —Chase se sintió ridículo por decir eso. Sonaba como un niño fanfarrón—. Al menos, antes sí.

Ella no parecía muy convencida.

—Oye... solía tener hordas de ellos alrededor de mi cuando era pequeño. Mapaches, ciervos. Incluso tuve una serpiente de cascabel como mascota una vez.

Ella se estremeció.

—No mordía —tratando de encontrar una razón para reírse de sí mismo, añadió—: y yo tampoco. —Se encogió de hombros—. Sé que esta mañana no me porté muy bien contigo. Lo siento de veras. Espero que no me lo eches en cara siempre. Si es posible, me gustaría que fuéramos amigos.

—¿Amigos?

Era evidente que la idea le parecía horrible, y eso le dolió.

—Sí, amigos. ¿Qué hay de malo en ello?

Lo atravesó con la mirada. Chase quería tranquilizarla, decirle que no tenía nada que temer de él, pero, a juzgar por lo que leyó en sus ojos, él debía de ser más que una amenaza.

—Se... será mejor que me vaya —dijo temblando.

Él volvió a sacar su reloj.

—Solo han pasado veinte minutos, como mucho. ¿Crees que Frankie se habrá ido?

—Seguramente. Los chicos de su edad no esperan mucho.

¿Chicos? Chase levantó la ceja en señal de interrogación, pero ella lo ignoró.

—Vas a arriesgarte.

—Echaré un vistazo antes de entrar. Esos caballos de ahí fuera son de él y sus amigos. He reconocido a *Moses*.

Chase no recordaba haber visto ningún caballo, pero entonces no había tenido ojos para otra cosa que no fueran Franny y sus piernas.

—¿*Moses*?

—Nuestro ca... —Se calló—. *Moses* es el caballo de Frankie.

Como él la ponía tan nerviosa era evidente que no podía pensar a derechas. Había estado a punto de dar información que no deseaba revelar. Eso era una buena señal. En lo que se refería a obtener información de ella, parecía tener ventaja.

Retrocediendo para darle el espacio que creía que estaba necesitando, dijo:

—Bien, entonces creo que debo darte las buenas noches.

Ella asintió, sin saber muy bien qué más decir. Después de un momento, susurró:

—Gracias por ayudarme a bajar del tejado.

—Ha sido un placer. —Y se dio cuenta de que sí, había sido un placer bastante inusual.

Cuando empezó a andar, ella miró hacia abajo e, incluso con la escasa luz que había, Chase se percató de la gran desesperación que llevaba dibujada en la cara. Sus ojos miraban aterrorizados a la taberna. Entonces, se golpeó las mejillas con las manos.

—¡Dios mío!



—¿Qué?

—Estaba tan preocupada pensando en Frankie ¡que no pensé en nada más!  
¿Cómo podré volver a mi habitación?

Chase vio que esto le preocupaba de verdad, pero, que Dios le perdonase, no era capaz de comprender por qué.

—¿Como lo hace el resto de los mortales, quizá? ¿Por la puerta?

—¿Así? —Señaló su apariencia—. ¡Ay, vaya lío!

Haciendo lo posible por mantener una expresión de solemnidad, Chase miró su indumentaria. La chica llevaba capas suficientes como para ser enviada a otro país. Supuso que era el tipo de vestido que llevaba lo que le preocupaba, no la falta de él. Metiéndose las manos por la cintura, se sacó los faldones de la camisa.

—Puedes utilizar esto.

Con una mueca, se quitó la camisa por la cabeza y la cubrió con ella. Los faldones le llegaban casi hasta las rodillas.

—¿Ves? Esto te cubrirá.

Ella le miró, incrédula.

—¿De verdad? Pero entonces usted... —Apartó la vista de sus hombros desnudos—. No puedo llevarme su camisa.

—¿Por qué demonios no puedes?

—Bueno, porque... No tendrá nada que ponerse.

—Oye, mi padre va por ahí sin camisa la mitad del tiempo. Soy indio, ¿recuerdas? —Esto era nuevo. Nunca había tenido que recordárselo a ninguna mujer—. Además, solo tengo que volver rápido a casa. Es de noche. Si alguien más me ve, me tambalearé un poco y pensarán que solo estoy un poco borracho.

—Es que está borracho.

En eso tenía razón. Chase insistió en darle la camisa.

—Sí, bueno, he tenido un día difícil. —Mientras hablaba, recordó la razón por la que había ido a la taberna en un primer momento y decidió que no se había excusado lo suficiente con ella—. Por cierto, ahora me acuerdo, Franny. Cuando venía hacia aquí, era porque quería hablar contigo.

Ella parecía cansada.

—¿De qué?

—Quería pedirte disculpas.

—Ya lo ha hecho.

—No como debería. Esas cosas que te dije... sobre hacer que la gente del pueblo fuese contra ti si seguías viendo a mi hermana... No era mi intención.

—Ella le envía, ¿verdad?

Como no quería herirla más de lo que lo había hecho ya, Chase se vio tentado a mentir. Pero por razones que no tuvo tiempo de analizar, frenó el impulso de hacerlo.

—En realidad, fue mi padre quien lo hizo.

—¿Su padre?

—Sí. —Sintió una aspereza en la garganta y una emoción que no era capaz de identificar. Solo sabía que hubiese deseado que la idea de venir a disculparse hubiese nacido de él. O mejor aún, que no le hubiese dicho esas vilezas.

—No tiene de qué disculparse —dijo ella en voz baja—. Sé que solo estaba tratando de proteger a Índigo. Si hubiese estado en su lugar, hubiese hecho lo mismo. —Se encogió de hombros levemente—. En honor a la verdad, me sorprende que Jake no me haya echado de su casa. No soy exactamente el tipo de compañía que Índigo y sus hijos necesitan. Soy consciente de ello.

El dolor que vio en su expresión hizo que Chase se sintiese avergonzado. Él era en buena parte el responsable pero, que Dios le perdonase, no encontraba nada que decir para deshacer el daño que había causado.

—Ah, Franny, lo siento de veras.

Ella le lanzó una sonrisa.

—No se preocupe. Yo también quiero a Índigo. Compartimos la misma necesidad de protegerla.

En opinión de Chase, Franny era la única que necesitaba ser protegida. De imbéciles sin corazón como él.

—Quiero que olvides lo que dije y que la visites todo el tiempo que quieras. De verdad.

Ella se mordió el labio, mirándole sin creerle del todo.

—Me temo que no entiendo ese cambio.

Y ya eran dos.

—¿Está seguro de que no va a cambiar de idea? —insistió—. No quiero problemas. Por razones que no puedo contar, es muy importante para mí que las malas lenguas hablen de mí lo menos posible.

—Estoy seguro. No te daré problemas, te lo prometo.

Ella le miró fijamente durante un rato. Después, asintió.

—Está bien, entonces. Dios sabe lo mucho que me hubiese dolido no ver más a Índigo y los niños. Ellos son un rayo de luz en mi existencia.

Chase tuvo el presentimiento de que debían de ser el único rayo de luz.

—¿Me perdonas?

Una sonrisa rápida tocó su boca.

—Sí, claro que sí.

Esa sonrisa. Por muy dubitativa que fuese, conseguía alegrarle el alma. Incluyó la cabeza hacia la camisa que ella sujetaba.

—Será mejor que te la pongas, no vaya a ser que te olvides.

—Ah.

Ella sonrió nerviosa y se pasó la prenda por la cabeza. Chase la ayudó a darle la vuelta y después le metió los brazos por las mangas, tirando de los bordes de su echarpe para que no se quedasen enganchados en los codos. Su largo pelo se quedó entremetido por el cuello y él le cogió un mechón para sacárselo. Los rizos que tocó

le parecieron de alambre.

—Madre mía. ¿Qué te has puesto en el pelo?

Ella escupió para sacarse un mechón de la boca. Arrugando la nariz con disgusto, dijo:

—Almidón.

No pudo reprimir una carcajada.

—¿Almidón?

—Almidón de lavar. Mi pelo no se queda rizado sin él.

Chase se preguntó cómo hacía para no sacar un ojo a sus clientes, pero no lo dijo en voz alta. ¿Almidón? Podría utilizar su pelo para hacer alambradas.

—Entiendo —dijo, aunque, desde luego, no entendía nada en absoluto. Si su pelo no era rizado, ¿por qué no se lo dejaba tal cual, suave y natural?

Se inclinó para tirar de los faldones de la camisa y cubrir con ellos sus múltiples capas de encaje y seda.

—Ya está. Ahora podrías ir a misa de domingo si quisieras.

—Lo dudo. —Ella tiró a su vez de la camisa—. Pero gracias de todos modos. Al menos, ayuda. —Mirándole, volvió a morderse el labio superior. Incluso a la luz de la luna, Chase percibió el leve sonrojo de sus mejillas cuando le extendió la mano para despedirse—. Estoy en deuda con usted, señor Lobo.

—Chase.

—Sí, bueno —se sonrojó aún más—. Te estaré agradecida siempre.

Él le cogió la punta de los dedos y rozó levemente con el dedo pulgar sus nudillos.

—Como ya he dicho, el placer ha sido mío.

Ella le retiró la mano y se giró para irse. Al dar el primer paso, se tambaleó. Recordando que solo llevaba una zapatilla, Chase sonrió. La vio cruzar el jardín hasta la taberna y se maravilló al comprobar que, a pesar de todo, conseguía mantener una imagen de dignidad, incluso andando de forma irregular. Otra persona, vestida como estaba, con una camisa de hombre que le llegaba casi hasta los pies y unos rizos como alambres extendidos en todas las direcciones, hubiese parecido ridícula.

Franny se detuvo frente a la puerta de la taberna y echó un vistazo hacia la esquina. Satisfecha al parecer de que el misterioso Frankie hubiese desaparecido, le dijo adiós con la mano y desapareció.

## Capítulo 6

*D*urante un rato, Chase se quedó mirando hacia el sitio por el que Franny había desaparecido. Cuando se despejó lo suficiente como para volver a casa andando, vio que había una luz débil que salía de la ventana de la planta baja de la casa de sus padres. Faro de bienvenida. Su madre, que Dios la bendijese, había dejado la luz encendida para él. Como se había saltado la cena, supuso que habría comida sobre la mesa esperándole. Incluso aunque se la hubiese saltado por estar emborrachándose en el jardín.

Algunas veces desearía que sus padres fueran un poco menos tolerantes. Sería más fácil para él. De esta forma, él se sentía tremendamente culpable por cómo se había comportado esa noche e incluso peor por todas las estupideces que había dicho a su padre. A veces se hubiese merecido unos buenos azotes. Pero esa no era la manera de actuar de Cazador Lobo: nunca lo había sido y nunca lo sería.

El hogar. Cuando Chase cerró la puerta principal tras él, se apoyó sobre ella y miró a su alrededor. A su izquierda estaba el preciado piano Chickering de su madre, comprado en Boston y traído de Crescent City por su padre en un carromato de ruedas anchas. La madera de palo de rosa brillaba a la luz de la lámpara, como testimonio de las horas que Loretta Lobo había pasado protegiendo su cubierta con cera.

Era una casa en la que todo era querido, como lo eran todos los que vivían en ella. Allá donde mirase, veía pruebas de las hacendosas manos de su madre, desde las alfombras tejidas que se extendían en mil colores sobre los suelos de madera aclarada hasta los pañitos de ganchillo que había sobre los muebles de crin. En la pared de encima del sofá colgaba su foto de familia, tomada años atrás por un fotógrafo llamado Britt en Jacksonville.

Lleno de nostalgia, Chase se movió para mirarla de cerca. Índigo y él eran tan pequeños cuando se hizo la foto que apenas se acordaba del día. Poco más que una niña también, su tía Amy posaba de pie junto a él con las manos en sus hombros, su cabeza rubia inclinada como si quisiera entender algo que el fotógrafo estaba diciendo, y con sus grandes ojos risueños. Nunca había dejado de asombrar a Chase lo mucho que se parecía a su madre. No eran en realidad hermanas, solo primas hermanas, pero al mirarlas, cualquiera hubiese podido confundirlas con gemelas.

A la izquierda del retrato había una foto de Amy y su marido, Antílope López, un mexicano de nacimiento que había sido adoptado por los comanches cuando era niño. Era una de las personas a las que Chase más admiraba. Junto a la foto de la tía Amy y el tío Antílope estaban las de sus hijos, dos pequeños bribones de ojos grandes y expresivos con el pelo negro como el azabache. Al otro lado del retrato de familia había una foto de Índigo y Jake con sus hijos.

Solo Chase no se había casado. Estaba seguro de que su madre le tenía reservado un espacio en la pared, en la que esperaba colgar algún día una foto de él con su esposa y sus hijos.

Recorrió la pared para hacer un repaso de los recordatorios que ella había enmarcado en vitrinas durante años. Había un dibujo de Navidad que él había hecho cuando tenía unos ocho años. Había escrito «Te quiero» debajo y «Feliz *Nabidad*». En otro marco estaba el primer diente que Índigo y él habían perdido, pequeños granos amarillentos por el paso del tiempo. Chase no pudo evitar preguntarse si su madre no estaría perdiendo un tornillo. ¿Quién si no colgaría los dientes de sus hijos en la pared del salón?

Mientras Chase estudiaba las otras reliquias, sintió que su sentido de la pertenencia se hacía más profundo. Tantos recuerdos, y tanto amor. Supuso que eso era lo que significaba la familia: recuerdos, vínculos inquebrantables.

Cerrando los ojos, dejó que la familiaridad de lo que le rodeaba le embriagase. Quizá, como había especulado antes, el alcohol le estaba jugando una mala pasada, pero sentía que estos últimos años solo había vagado dando tumbos y que justo ahora había encontrado una salida. El hogar y los placeres sencillos que este implicaba. De algún modo había olvidado lo buena que podía ser la vida y, ahora que volvía a recordarlo, también la quería para él.

En los últimos días, verse obligado a permanecer allí le había resultado un suplicio. Pero ahora, se sentía contento sin saber muy bien el porqué de haber tenido que volver a casa por un tiempo prolongado. Por mucho que los sermones de Cazador le resultasen irritantes algunas veces, en lo básico tenía razón. A partir de ahora, sería bueno que se dejase guiar por su corazón, costase lo que costase.

Casi lo primero que vio Chase a la mañana siguiente desde la ventana de su habitación fue la zapatilla rosa de Franny colgada del tejado del Lucky Nugget. Con una sonrisa soñolienta, echó agua en la palangana y se dispuso a ejecutar sus abluciones matinales. Una vez vestido, se apresuró a bajar las escaleras del altillo.

Su madre estaba de pie junto a la estufa, con el pelo rubio iluminado por la luz del sol que entraba por la ventana. El bol verde gigante para mezclar que llevaba en un brazo era el mismo con el que llevaba mezclando los ingredientes para tortitas desde hacía veinte años, tenía los bordes descascarillados y su capa de barniz ajada por el uso. Antes de poner la masa en la parrilla caliente, se giró para sonreírle, con unos ojos azules tan claros como el cristal reluciente de la ventana que había detrás de ella. Cogido por sorpresa, Chase se detuvo a medio camino y la miró fijamente. La sensación de que podía adivinar lo que tenía en el corazón era algo que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. Por un instante, se quedó rígido. Después se vio invadido por un sentimiento de armonía.

Su madre se tocó un rizo de la sien.

—Me peiné rápido esta mañana para poder empezar pronto a hacer el desayuno, pero no pensé que hubiese quedado tan mal.

Chase sintió una sonrisa involuntaria en los labios.

—Está preciosa, madre.

Era cierto. Para una mujer de su edad, seguía siendo increíblemente encantadora, esbelta como una jovencita, vestida con su conjunto de cuerpo camisero y falda, su pelo levemente canoso y su cara delicada y tersa. Pero sus palabras iban más allá de la apariencia. Mucho más allá. El amor por él que vio brillar en sus ojos le conmovió profundamente. Tenía el presentimiento de que era un amor que había estado ahí desde su regreso a casa, pero por alguna razón él no lo había visto hasta ahora. O quizá fuese más acertado decir que se había aislado de él.

Ese pensamiento hizo que Chase se detuviese y volviese atrás para encontrar sin éxito en qué momento exactamente había empezado a cambiar algo en él la noche anterior, mientras estaba con Franny. Solo sabía que se había levantado esa mañana por primera vez en años sintiéndose alegre y listo para enfrentarse al día. Cuando recordó a Gloria, la pequeña prostituta que le había limpiado no solo los bolsillos sino también el corazón, no se sintió enfadado como otras veces. Ni amargado. Solo inexplicablemente triste, no ya por él mismo, sino por ella. Si hubiese sido un poco más viejo y sabio en aquel entonces, tal vez las cosas hubiesen sido diferentes. Si no se hubiese dado por vencido con ella, si no hubiese aceptado una negativa como respuesta, tal vez ella se hubiese quedado a su lado. Eso era algo que nunca sabría, pensó. Lo importante, lo que debía recordar ahora, era que solo un estúpido cometería el mismo error dos veces.

La puerta trasera se abrió y Chase se dio la vuelta para ver a su padre que entraba en la cocina, con los huevos frescos del gallinero cargados en el hueco de su musculoso brazo. Sus miradas azul oscuro se encontraron. En ese momento de contacto visual, Chase se sintió desnudo, y comprendió que su recién recuperada intuición podía ser un arma de doble filo con este hombre, y seguramente también con Índigo. Cazador dudó un momento, y olvidó la frágil carga de su brazo mientras miraba profundamente a Chase. Con esa única mirada, se intercambiaron una multitud de mensajes.

—Es una mañana excelente —terminó por decir en señal de saludo.

Chase supo que su padre hablaba de algo más que del tiempo. La intuición de su padre no era algo desconocido para él. Cazador siempre había parecido entenderle mejor que lo que él se entendía a sí mismo.

—Sí, una mañana excelente —asintió él con voz ronca.

Cazador siguió su camino hacia el fregadero, donde empezó a lavar los huevos.

—Tenemos miel fresca para las tortitas. Índigo encontró un árbol con panal la semana pasada y se la robó a las abejas.

—Sin que le picara una sola —añadió Loretta—. Te juro que esa chica y sus extravagancias van a llevarme a la tumba un día. Ayer me estaba contando que había

leído en el periódico que existe una especie de veneno antídoto para las picaduras de serpiente. Quiere empezar a coger serpientes y ordeñarlas. —Poniendo los ojos en blanco, Loretta envió a su marido una mirada esclarecedora—. ¡Y no creas que pretende ganar dinero con ello! Demonios, no. Lo quiere hacer para salvar a esas serpientes del diablo. ¿Y crees que tu padre ha tratado de disuadirla? Ni una sola vez.

Chase contuvo una carcajada.

—¿Salvar a las serpientes dices? ¿De qué?

—De que las maten, claro. Piensa que si desarrollan una cura para los mordiscos, la gente dejará de temerlas y dejará de matarlas.

—La gente tiende a odiar a las serpientes. Tiene razón en pensar que un antídoto podría cambiar eso.

—También podría terminar muerta.

—A ella nunca le ha picado una serpiente, madre.

—Ah, siempre hay una primera vez. Eso es lo que me preocupa. Con las criaturas salvajes, esa joven cree que es invencible. Además, no es lo mismo tener a una serpiente como mascota que cogerla y ordeñarla. No creo que sea muy agradable para la serpiente, y podría morder en defensa propia.

—No a Índigo. Si no puede ordeñarlas sin hacerles daño, no lo hará. —A juzgar por la expresión de su madre, Chase supuso que sería mejor cambiar de tema. Ya tenía bastante con sus propias excentricidades como para cargar con las de su hermana. Miró a la jarra que había sobre la mesa y se frotó las manos—. Hummm, tortitas con miel. Se me hace la boca agua solo de pensarlo. Ningún hombre puede esperar nada mejor.

Su padre asintió, recordando, como Chase pretendía, la conversación que habían mantenido la noche anterior. Una vez más, sus miradas se encontraron y, en el intercambio, Chase supo no solo que su padre había entendido lo mucho que sentía sus palabras sino que le había perdonado. Era lo único que Chase necesitaba saber para que su mañana fuera perfecta.

Su madre puso un buen cucharón de mezcla en la parrilla. La grasa caliente chisporroteó y la cocina se llenó de un agradable olor.

—Si quieres afeitarte antes de comer, será mejor que te des prisa. Es domingo, y tengo un montón de cosas que hacer antes de las dos.

Chase se frotó la barbilla.

—¿Ah? ¿Es que el padre O'Grady dice misa en el pueblo?

Su madre le miró.

—Si así fuera, hubiese estado ayer detrás de ti para que te confesases. Solo tenemos la reunión del domingo y una comida en el salón municipal. Hay un baile esta noche. ¿Te gustaría ir?

—Humm, quizá. —Chase imaginó a su madre instándole a que bailara con todas las mujeres solteras del pueblo y no le gustó nada la idea. Sabía cuándo retirarse, y pensó que debía hacerlo de la cocina. Lo último que quería era que ella empezase a

sermonearle sobre su vida social y las mujeres de las que se acompañaba. A continuación, empezaría a hablar de la iglesia y del tiempo que hacía que no iba a misa regularmente.

—Después de desayunar, ¿te gustaría venir a la mina conmigo? —preguntó su padre de repente—. Tenemos tiempo suficiente antes de que empiece la reunión. ¿Están tus costillas en condiciones para ir?

Desde su llegada, Chase no había ido a la mina, aunque tampoco había querido hacerlo. Ahora deseaba hacerlo. Pero esa zapatilla rosa en el tejado de la taberna le llamaba con mucha más fuerza.

—Mis costillas están bien, pero tengo algo que hacer esta mañana. ¿Puedo tomarte la palabra?

Cazador asintió.

—Cuando quieras, aquí estaré.

A Chase se le hizo un nudo en la garganta.

—Sé que así será.

Ignorando el tono solemne de su conversación, Loretta preguntó:

—¿Qué tienes que hacer esta mañana?

Chase sintió que el sonrojo le subía por la nuca.

—Hay una potrilla del pueblo en la que estoy interesado.

Cazador le miró fijamente. Chase contuvo una sonrisa. Loretta parecía perpleja.

—¿Para qué diablos quieres tú otro caballo? Diría que uno ya da suficientes problemas, trabajando como trabajas en los campamentos madereros, donde no hay establos. ¿Y una potra? No tienes tiempo para domar caballos, no trabajando como lo haces.

—Pero, madre, esta es una potra especial. La más bonita que he visto nunca. Conseguirla puede llevarme mi tiempo, pero creo que merecerá la pena.

—No se puede estar en misa y repicando. Y ¿no eras tú el que quería ahorrar dinero para comprar tierra? Comprar otro caballo va a ser un despilfarro.

Chase se encogió de hombros.

—Mirar no puede hacerme daño.

—No sabía que había una potra en venta en este pueblo —añadió ella sin dar su brazo a torcer. Después se volvió hacia la parrilla con las tortitas.

Dedicándole otra sonrisa a su padre, Chase dijo:

—Oí hablar de ella en la taberna.

—Ah. —Loretta arrugó la nariz—. Señor, espero que su dueño no sea un borracho al que desplumaste anoche jugando a las cartas.

Chase se dirigió hacia el retrete que su padre había construido en una de las esquinas de la habitación. Dejando la puerta abierta, echó agua en el lavamanos para afeitarse. Mientras se rociaba la cara con agua para suavizarse el bigote, reprendió a su madre.

—¿Mamá, por quién me tomas? ¿Crees que jugaría con un borracho al póquer y



me quedaría con su caballo?

Su madre le miró preocupada, con una expresión que indicaba más claramente que las palabras que últimamente no hubiese puesto la mano en el fuego por él. Después de observarle un momento, su expresión se suavizó y sonrió.

—No, claro que no. Lo que pasa es que no puedo imaginarte dando dinero por un caballo en estos momentos, y pensé que quizás... ¡Anda, no he dicho nada!

Abriendo la navaja, Chase dijo:

—Supongo que estoy reordenando mis prioridades un poco. Gastar algo de dinero de vez en cuando no va a impedirme que compre la tierra. Solo me llevará más tiempo, es todo.

Cazador llevó la cesta metálica de lavar huevos a los fogones y, como era su costumbre, empezó a cascarlos en la sartén. A diferencia de otros hombres, no dudaba en ayudar a su mujer dentro de casa.

Mientras Chase se rociaba la mandíbula con el compuesto para el afeitado de bergamota, observó a sus padres trabajar, codo con codo para no estorbarse, los dos a gusto con la cercanía. La unidad de sus movimientos le recordó a una pareja de bailarines, en los que cada uno de ellos seguía los pasos del otro. Algo tan simple, y, sin embargo, Chase vio en ello una belleza que envidiaba. La noche anterior su padre le había preguntado si el hombre podía pedir algo más que eso. La respuesta era que no había nada más.

Chase hizo una mueca al agacharse para mirarse en el espejo que su madre había colgado de una punta en la pared. ¡Condenadas costillas! ¿O quizá debía culpar al espejo? El cristal ovalado había sido colgado en ese sitio porque era donde su madre podía verse, y su padre había accedido cuando construyó el baño, otra señal más de la negociación que había entre sus padres. Nunca había oído a su padre quejarse por tener que agacharse cada vez que quería mirarse en el espejo. Aunque Cazador, que era mitad comanche, no tenía que afeitarse muy a menudo. Pero sí se lavaba por las mañanas y por las noches.

Chase sonrió. Cuando eligiese a una mujer, se aseguraría de que fuese más alta que su madre, porque no quería tener que estar agachándose para afeitarse durante los próximos sesenta años. A diferencia de su padre, su barba era la de un hombre blanco y tenía que afeitarse todos los días.

En su mente apareció una imagen fugaz de Franny. Era sin duda demasiado baja. Pensando en la zapatilla que colgaba del tejado, recordó su aspecto al quedarse colgada del alero la noche anterior. Lo que le faltaba de estatura lo compensaba sobradamente con sus curvas.

Sonriendo para sí, Chase decidió que siempre se podían colgar dos espejos en el baño.

Chase golpeó la barra del bar con la zapatilla. Después del esfuerzo que le había

supuesto bajarla del condenado tejado, no estaba de humor para tonterías.

—¿Qué demonios quieres decir con lo de que no puedo verla?

Gus, el hombre gordo que regentaba el local, se quitó el eterno trapo blanco del hombro. Inclinado sobre la barra, se puso a limpiar a conciencia una gota de agua que ensuciaba su esmaltada superficie.

—Lo que te acabo de decir. Que no acepta visitas hasta que se hace de noche, sin excepciones.

Chase no tenía intención de aceptar un no por respuesta.

—Mira, Gus —dijo tratando de ser razonable—. Yo no soy cualquier visita. Franny es una amiga de la familia.

Gus arqueó una ceja, incrédulo.

—Esa es una excusa que no había oído antes.

—Es la verdad. Índigo y ella son así —juntó los dedos en el aire—. Solo quiero devolverle la zapatilla, por el amor de Dios.

Gus vertió el contenido de un cenicero en la basura.

—Dámela a mí, yo se la daré.

Chase decidió que tenía que cambiar de táctica.

—¿Puedo subir entonces a ver a May Belle? Se la daré a ella.

Gus hizo una señal con el dedo hacia la escalera.

—Como quieras. La segunda puerta a la derecha. Pero sin rodeos, Chase. Franny es de verdad muy especial con sus reglas, y no quiero tener problemas con ella.

Reglas. Chase nunca había oído algo así. ¿Cómo podía una chica de su condición esperar ganarse la vida aceptando solo a clientes por la noche y terminando el turno a la una de la mañana? Estaba perdiendo dinero. Y no es que a él le importase. Si conseguía lo que se proponía, podría dejar este trabajo por completo.

Subió las oscuras escaleras y se detuvo en el rellano, con la mirada fija en la primera puerta, en la que sabía que estaba Franny porque Gus le había dicho que May Belle estaba en la segunda. Tenía un gran cartel colgado del pomo. Prestó atención a las letras en negrita. «OCUPADO», decía. Después, más abajo, en letras pequeñas, leyó:

«Por favor, dele la vuelta al cartel para que la siguiente persona en la cola pueda entrar».

A Chase le picó la curiosidad y dio un paso para acercarse al cartel y leer lo que había al otro lado.

«No necesita llamar. Límitese a darle la vuelta al cartel de “Ocupado” cuando entre. Son diez dólares los treinta minutos. Las reglas son las siguientes:

1. Las visitas están prohibidas antes de que oscurezca.
2. Deje la lámpara apagada.
3. No hable.
4. No extras.
5. No se devuelve el dinero.
6. Deposite los diez dólares en la cómoda antes de marcharse.»

La nota terminaba con un «gracias» y la firma de Franny. Su escritura era elegante y precisa, exactamente como era ella. Después de darle la vuelta al cartel, Chase cerró el puño, tentado de llamar a la puerta, sabiendo que debía de estar dentro.

—¡Demonios, Chase! —gritó Gus—. Esa no es la segunda puerta, y lo sabes.

Viendo otra manera de llamar la atención de Franny, Chase levantó la voz para que se oyese a través de la barandilla.

—¡No te sulfures, Gus! No voy a molestarla. No entiendo por qué te pones así. Lo único que quiero es devolverle la zapatilla y darle un mensaje de mi hermana.

Como Chase esperaba, un segundo más tarde el pomo de la puerta giró. Al oírlo, se volvió y observó la puerta que se abría un milímetro. Una porción de la cara de Franny apareció por la rendija.

—¿Índigo me envía un mensaje? —preguntó suavemente.

Chase relajó los hombros y se acercó a ella para susurrar.

—Sí, así es. Pero no quería que nadie lo oyese. ¿Puedo entrar un minuto?

Un ojo verde le miró con suspicacia. Chase notó que no era la primera vez que un hombre trataba de violar su santuario diurno.

—Solo un segundo —la tranquilizó él mostrándole la zapatilla—. ¿Me recuerdas? El tipo que te bajó del tejado anoche. Vamos, Franny. Déjame entrar. Me habré ido antes de que pestañees.

—De acuerdo —accedió finalmente—, pero solo un minuto.

Para su sorpresa, la puerta se cerró. Oyó ruido de muebles moviéndose en el interior. Cuando volvió a abrirse la puerta, Franny no estaba visible. Con un cosquilleo en el cuello, Chase atravesó cuidadosamente el quicio de la puerta. Cuando estuvo completamente dentro, la puerta se cerró y él se dio la vuelta para verla de pie detrás de él, la espalda contra la madera y sus blanquecinas manos cogidas en el regazo.

Podía notar su incomodidad en las líneas de su boca y las sombras de sus hermosos ojos verdes. Chase se moría por preguntarle por qué la ponía tan nerviosa. Pero pensó que era mejor dejarlo para después. Tenía la sospecha de que, en algún momento de su vida, alguien la había tratado mal. Tal vez un cliente. Posiblemente más de uno.

—¿Índigo está bien? —preguntó ella.

Sintiéndose algo avergonzado por haberle mentido de esa manera, se apresuró a tranquilizarla.

—Ah, sí, ella está bien; es... —Le ofreció la zapatilla—. Acabo de venir de su casa y me dijo que te saludase cuando te viese.

—¿Qué?

—Dijo que te saludase.

—¿Ese es el mensaje?

Él intentó sonreír.

—Muy malo, lo sé. Pero de verdad quería devolverte la zapatilla en persona. Ese

Gus es lo que se dice un verdadero sabueso, ¿verdad? —Ella no sonreía—. Intenté decirle que éramos amigos, pero no hace excepciones.

—¿Amigos? —lo repitió con el mismo tono que había utilizado la noche anterior. Incrédula, perpleja—. ¿Que tú y yo somos amigos?

Chase intentó como pudo parecer inofensivo.

—Bueno, sí. Te considero mi amiga. ¿Tú no? Por no decir que tengo tu zapatilla y tú tienes mi camisa. —Le acercó la zapatilla una vez más—. ¿Quieres que hagamos un intercambio?

—Quería lavar y planchar tu camisa antes de dártela.

—Ah. —Chase estuvo a punto de decirle que no era necesario, pero entonces pensó que era otra excusa para verla—. Eres muy amable.

Pensándolo mejor, le gustaba la idea de que le planchase la camisa. Al imaginar que utilizaría sus pequeños dedos para estirar y doblar su camisa, pensó que cuando se la devolviese, no querría dejar de llevarla puesta. Era una locura, una auténtica locura.

Como ella no había aceptado la zapatilla, optó por guardársela. Sin duda le mostraría la puerta en el instante en que la tuviera. Sonriendo, se dispuso a mirar a su alrededor. Un biombo escondía uno de los extremos de la habitación, y sospechó que esa era la pieza del mobiliario que había oído moverse. ¿Qué había detrás del biombo? Cosas que no quería que él viese, desde luego. Él deseaba echar un vistazo, pero eso hubiese sido tremendamente maleducado.

En vez de eso, fijó la vista en la pequeña mesa redonda que había junto a la ventana. En ella, había un platillo con una tostada a medio comer y una taza de café medio vacía. Supuso que pedía la comida a la cocina de la taberna. Gus había remodelado el Lucky Nugget poco después de comprarlo y, entre otras cosas, había añadido un pequeño restaurante para que sus clientes no tuvieran que ir al hotel que había más abajo a comer.

—Qué bonito —comentó, aunque su verdadera reacción al ver la habitación fuese la contraria. No pudo evitar pensar en lo sola que debía de ser su vida confinada como estaba a estas cuatro paredes, donde comía, dormía y trabajaba. Ahora podía entender mejor por qué Índigo se había enfadado tanto con él el día anterior. Sin una amiga, ¿escaparía alguna vez Franny de esta prisión?

Volviendo la atención a ella, Chase decidió que con el pequeño y limpio vestido de cuerpo camisero que llevaba parecía más una maestra que una mujer de mala vida. Contra toda lógica, ese gris monótono casaba con su piel de marfil y el rosa sonrojado de sus mejillas y labios. El cuello de encajes sobrepuestos y de color crema combinaba con los mechones plateados de su pelo dorado, que ella había recogido en una pulcra trenza en la coronilla esa mañana, sin rastros ya del almidón para lavar.

La vista de Chase se detuvo en los puños ajados de sus mangas. El vestido de dos piezas había vivido tiempos mejores. Vislumbrando las botas de niña que sobresalían por debajo del dobladillo de la falda, comprendió que gastaba poco en su atuendo.

Incómoda con la inspección, Franny se frotó las manos en la falda.

—Bien... —dijo, dejando la frase en el aire.

Chase sabía reconocer una invitación a que se marchase, pero no tenía prisa por obedecerla. La victoria pocas veces se servía a los débiles. Él le dedicó lo que pensó que era una sonrisa tranquilizadora y volvió su atención hacia la habitación. A la izquierda del biombo, casi escondido por el borde, vio una bolsa de agua de dos litros colgada de la pared, con una manguera de goma en uno de los extremos que terminaba con un irrigador vaginal. En el lavamanos que había junto a él se hallaban el habitual aguamanil y el barreño, además de una tinaja con esponjas y una jarra con vinagre Knight. Había también un recipiente farmacéutico de glóbulos marrones, seguramente un mejunje casero para evitar el embarazo.

Imaginar a Franny usando estas cosas, o viéndose obligada a utilizarlas, hizo que a Chase se le revolviese el estómago. Sin embargo, resultaba de lo más natural. ¿Qué esperaba si no? ¿Una habitación llena de parafernalia religiosa, quizás? Por mucha dulzura e inocencia que emanara, esta chica vendía su cuerpo para ganarse la vida. Si enfrentarse a la cruda realidad de esto le ponía enfermo, sería mejor que saliese de allí mientras aún estaba a tiempo.

Se volvió hacia ella. Un sonrojo escarlata le coloreaba las mejillas de marfil, lo que le indicó que estaba muy avergonzada de que él estuviese viendo sus cosas. Avergonzada y culpable. A la luz de la mañana, no había lugares de ensueño a los que escapar.

Chase tragó saliva y encontró su mirada. Dios, ¡cómo deseaba sacarla de allí! No pertenecía a un sitio como este y, aunque fuese lo último que hiciese, la ayudaría a encontrar la manera de dejarlo. Era algo que tenía que hacer, no solo por ella, sino por él. Y quizá, de alguna manera, por Gloria. No podía darles la espalda esta vez.

Sin pensar en cómo ella lo interpretaría, Chase se frotó la punta bordada de la zapatilla rosa contra su mejilla. Las pupilas de Franny se dilataron hasta que sus ojos parecieron casi negros. Una consciencia eléctrica les atravesó a los dos. Una consciencia que Chase no quiso reconocer. No todavía.

Se odió por lo que estaba a punto de decir. Pero a partir de ahora, las cosas no iban a ser fáciles, y se vería obligado a hacer y decir cosas que a ella le parecerían crueles.

—He visto por tu cartel de la puerta que cobras diez dólares por media hora de tu tiempo, ¿no? ¿Cuántos clientes tienes normalmente cada noche?

Ella se puso pálida al oír la pregunta. Mirando a la cómoda, arrugó el entrecejo. Chase pudo ver que estaba tan nerviosa como humillada. Supuso que estaba intentando recordar cuánto dinero solía haber en la cómoda cada noche, una prueba más de que Índigo tenía razón: hasta donde le era posible, Franny se mantenía aparte del feo negocio de la prostitución que ejercía.

—Humm, esto... —Se mordió el labio y levantó un hombro—. Tres, a veces cuatro, supongo. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Entonces cincuenta cubrirían toda la noche?

—¿Toda la qué?

Casi se rio al ver la expresión horrorizada de su rostro.

—Toda la noche —repitió—. Si un tipo desease tu compañía por ese tiempo, ¿cincuenta cubrirían con creces lo que podías haber perdido en otro negocio?

Por un momento interminable, ella le miró fijamente como si hubiese perdido la razón. Y Chase se preguntó si en efecto no era así. Ninguna mujer sobre la faz de la tierra valía cincuenta dólares la noche. Excepto, quizá, una rubia frágil de ojos verdes y asombrados y una boca tan dulce que al mirarla solo provocaba ser besada.

—No trabajo toda la noche —se esforzó en recordarle—. Solo hasta la una, sin excepciones.

—Entiendo. —Chase le extendió una vez más la zapatilla—. Tendré eso en cuenta y te traeré de vuelta a la una.

—¿De vuelta?

Él puso la zapatilla sobre la mano de ella y le cerró los dedos para que la cogiera.

—Sí, de vuelta. Si pago por la noche, no hay razón para que nos quedemos aquí. Sería más divertido salir y hacer algo.

Suspicaaz, Franny preguntó:

—¿Como qué?

Chase sabía que ella trataba de evitar a la gente del pueblo, por lo que no podía esperar que aceptase ir al baile aquella noche. Además, tampoco la gente «decente» del pueblo la hubiese aceptado.

—No sé. ¿De pícnic, quizá?

—¿Por la noche?

—Si la luna no brilla lo suficiente, siempre podemos llevar una lámpara.

Ella sacudió la cabeza.

—No, lo siento. No acepto a clientes para toda la noche.

Chase arqueó una ceja.

—¿De verdad? No vi que tuvieras esa regla escrita en el cartel de fuera.

—Es un descuido que no esté escrito. Tendré que remediarlo.

Chase le tocó la barbilla con el dedo y levantó su cara levemente.

—Espero que no.

No había duda de que la ansiedad de sus ojos era real. Supuso que se sentía a salvo en su habitación, donde Gus podía oírla pedir ayuda. Si dejaba la taberna con alguien, no tendría protector. Aunque tampoco lo necesitaría estando con él. Pero ella no podía saberlo.

—Estaré deseando verte de nuevo, Franny —dijo, mientras la soltaba y daba un rodeo para alcanzar el pomo de la puerta—. ¿Puedo esperar que tú también?

A juzgar por la expresión de su cara, ella deseaba que llegase ese momento con tanto entusiasmo como hubiese esperado coger la gripe.

Chase salió con una sonrisa en la boca.

Franny estaba temblando. En el momento en que la puerta se cerró tras él, se giró para mirarla, con la mente corriendo tan locamente como su corazón. Un cartel nuevo. Tenía que hacer un cartel nuevo y decirle a Gus que lo cambiase inmediatamente. «Un cliente no puede reservar toda la noche.» Tras tomar la decisión, Franny se sintió algo mejor, pero no mucho. No sabía qué se traía entre manos Chase Lobo, pero ese hombre la asustaba con una sola mirada. Irradiaba problemas. Podía sentirlo en lo más profundo.

¿Quería verla de nuevo? La idea le parecía tan absurda que le dieron ganas de reír. ¿De verdad creía que iba a dejar la taberna e ir a pelar la pava con él en medio de la oscuridad? De ninguna manera. Cualquiera hombre que quisiera pasar toda la noche con una mujer de la calle tenía una carta escondida bajo la manga. Sería una estúpida si confiase en él, y la experiencia la había curado de la estupidez mucho tiempo atrás.

## Capítulo 7

Recién bañado y afeitado, Chase se sentó en el porche de sus padres esa noche esperando a que se hiciera de noche. Podía sentir el peso de las cinco piezas de oro de diez dólares que llevaba en los bolsillos. Su inversión iba a dañar seriamente sus reservas en metálico pero, al mirar a la ventana superior del Lucky Nugget e imaginar la noche que iba a pasar con Franny, pensó que era un gasto bien empleado.

Al día siguiente sería lunes. El banco estaría abierto. Si iba por la mañana, podría firmar un cheque y sacar dinero suficiente para la siguiente semana. Dependiendo de cómo fueran las cosas esa noche con Franny, podría sacar dinero suficiente como para monopolizar sus noches hasta el fin de semana. Esto provocaría que se elevasen muchas cejas, en especial las del señor Villen, presidente del banco. Chase ya casi veía la cara que pondría.

Con un suspiro, miró al cielo, deseando que anocheciese ya. Dios. ¿Sabía acaso en lo que se estaba metiendo? ¿Lo había pensado bien? O, mejor aún, ¿lo había pensado al menos un poco? Rescatar a un alma descarriada... sonaba bien. Pero hacerlo... Tendría que ofrecer una alternativa a Franny. No había muchos trabajos bien pagados para las mujeres, y no estaba seguro de cuáles eran las necesidades financieras de Franny. ¿Qué pasaría si necesitaba ganar tanto dinero como ganaba ahora? Chase no podía pensar en un solo empleo para mujeres, aparte de la prostitución, en el que el sueldo fuera aceptable.

¿Y no era eso algo vergonzoso? Como Índigo decía, los hombres blancos no habían dado a sus mujeres muchas opciones para mantenerse por sí mismas. Estas mujeres que encontraban la desgracia no recibían ninguna ayuda. En vez de ello, se convertían en presas. Víctimas, como las llamaba su padre, y quizás tenía razón. La sociedad estaba llena de hombres que hacían cola ante la puerta de estas víctimas.

La posibilidad de estar el segundo en la cola ante la puerta de Franny esa noche hizo que se le encogiese el estómago. La simple idea de que algún bastardo sucio y medio borracho le pusiese las manos encima le repugnaba. Señor. Le ponía enfermo. Y sabía que era absurdo. Franny llevaba trabajando en esa habitación desde mucho antes de que él se preocupase por ella. Un cliente más no suponía nada nuevo. Pero sí para él. No quería que ningún otro hombre la tocara.

Cuando trató de analizar sus sentimientos e interpretarlos, todo lo que sintió fue confusión. Por definición, Franny era propiedad pública, disponible para cualquiera que tuviese una moneda para pagar sus favores y, hasta que ella decidiese cambiar eso, él tenía muy poco que decir.

Una imagen de sus cándidos ojos azules y su rostro expresivo pasó ante los ojos de Chase, y sus manos se cerraron en puños. ¿Qué le estaba pasando? Tenía que tranquilizarse antes de ir a verla, pero cuanto más lo intentaba, más nervioso se ponía.



Una cosa parecía clara: quería ayudarla. Se había convertido en una obsesión. Quizás estuviese tratando de expiar sus propios pecados, de apartar viejos demonios. O quizá sus sentimientos hacia ella eran mucho más profundos. No lo sabía. Lo único que sabía era que tenía que ir a verla y que no descansaría hasta que la sacase de ese maldito lugar.

Cuando Chase entró en el Lucky Nugget unos cuantos minutos más tarde, la música del piano retumbó en sus oídos. Trató de bloquear el sonido, pero, cuando se dirigía hacia las escaleras, la voz de Gus le devolvió a la realidad. Girándose, trató de ver algo a través de la pobre luz de la lámpara y la intensa nube de tabaco que le rodeaba. Agitando su trapo blanco, Gus dirigió a Chase hacia la barra.

Sorteando las mesas, Chase trató de no golpear los codos de los jugadores de póquer con la cesta que llevaba. El fuerte olor a tabaco, puros y sudor le revolvió las tripas. No podía evitar pensar en Franny, trabajando en ese lugar, noche tras noche. Ese pensamiento hizo que tuviera aún más ganas de verla. Cuando llegó a la barra, Gus le sirvió una jarra de cerveza.

—Paga la casa.

En todos los años en que Chase había conocido a Gus Packer, nunca había oído que invitase a nadie. Algo pasaba y, si estaba relacionado con la cerveza gratis, Chase tuvo el presentimiento de que no iba a gustarle. Cogió el asa de la jarra que se balanceaba como un barco y después se sacudió la espuma derramada de la mano.

—Gracias. —Dudando, Chase añadió—: Creo.

Gus tuvo la cortesía de parecer avergonzado.

—Mira, Chase, no quiero que te lo tomes a mal, pero tenemos un problema.

Poniendo la cesta en el suelo, Chase apoyó el talón de la bota en el reposapiés de metal.

—Escúpelo, Gus.

El tabernero limpió una miga de comida seca que había en el borde de la barra.

—Se trata de Franny —empezó suavemente—. Por algún motivo, está determinada a permanecer lejos de ti.

—Entiendo.

Gus terminó por levantar la vista.

—Me ha pedido que no te deje acercarte a su habitación.

Chase sorbió lentamente de la jarra. Después de limpiarse la boca con la parte trasera de la manga, puso el cristal sobre la barra con un golpe decisivo.

—Voy a subir a verla, Gus.

—Hazlo, y tendré que enviar a alguien en busca del *sheriff*.

—Supongo que esa es tu obligación.

—No te enzarces con la ley, Chase.

—No sería la primera vez y seguramente no será la última. Provengo de un gran

linaje de renegados, ¿recuerdas?

—No merece la pena. Ninguna mujer lo merece.

—Eso es algo que debo decidir yo.

Gus apretó la mandíbula.

—Si causas problemas, no habrá un hombre en este lugar que dude en saltar contra ti y ayudarme.

Chase se dio la vuelta para mirar a la colección de indeseables que había en el salón. Por muy cansados y ruines que pareciesen los mineros, no sería él quien los desestimase. Ningún hombre podía ganarse la vida trabajando en un agujero en la tierra sin desarrollar un lado duro. Por la misma razón, los leñadores tampoco eran unos angelitos, y Chase sabía por experiencia que eran incluso más crueles. Estos tipos no tenían nada que dar que él no hubiese dado antes, y a manos llenas. Él tenía un punto débil a su lado, no había duda de ello, y eso le ponía en desventaja. Pero en cuanto empezase a dar el primer golpe, sabía que recuperaría su carácter.

Cuando devolvió la mirada a Gus, sonrió ligeramente.

—Las peleas destruyen el negocio. Los daños cuestan caros. Si empiezo una pelea, tengo la costumbre de pagar por los desperfectos, pero no estoy tan seguro de hacerlo si es otro el que da el primer golpe. ¿Estás seguro de que estos tipos tienen dinero para pagar las mesas y las sillas rotas, por no hablar de los vasos, las jarras y todo lo demás?

—No quiero problemas, Chase.

—Problemas es mi apellido.

—Hablas muy alegremente para ser un hombre con las costillas rotas.

—Será un farol o no, pero no creo que quieras averiguarlo.

—Ah, he oído lo que dicen de ti —admitió Gus—. ¿Un juerguista habitual, eh? Pero eso es cuando estás fuera de tu pueblo natal. Pondría la mano en el fuego a que te lo pensarías dos veces antes de empezar nada que pudiese llegar a los oídos de tus viejos y hacer llorar a tu mami.

En cualquier otro momento, la amenaza hubiese surtido efecto en Chase. Pero esa noche eran las lágrimas de Franny las que le importaban, no las de su madre. Si ocurría lo peor, estaba seguro de que sus padres lo entenderían.

—Gus, te lo advierto. No me pongas a prueba.

—Tu padre debería haberte sacado a palos la maldad que llevas dentro cuando aún eras pequeño.

—Tal vez sea así. Pero pegar a los niños nunca fue el punto fuerte de mi padre.

—Nunca te puso la mano encima, si no me equivoco. Si lo hubiese hecho, no serías ahora tan gallito. —La mirada de Gus vaciló—. Franny no quiere verte. ¿Por qué no puedes simplemente respetar sus deseos y dejarla en paz?

—Porque no creo que sepa lo que es mejor para ella. —Chase devolvió la jarra casi llena al propietario del local, de la misma manera en la que se la había servido, como si fuera una barca en mar revuelta. No quería que el alcohol le nublaste el juicio.

Lo que tenía pendiente con Franny era ya bastante difícil de por sí—. No tienes derecho a negarme el acceso a las habitaciones de arriba, Gus, y ella tampoco. Tal vez sea un mestizo, y te aseguro que no negaré que puedo tener bastante mal genio cuando se me tuerce el día, pero, sea como sea, suelo comportarme siempre como un caballero con las mujeres. No encontrarás a nadie en Tierra de Lobos o en ningún otro sitio que te diga otra cosa.

—Caballero o no, ella no quiere nada de ti.

—Y yo digo que es parte de su negocio aceptar a clientes que no le gustan. Si pasa algo esta noche porque me contradecís en esto, y yo termino en la cárcel por escándalo, ese será el argumento que mi abogado utilizará en mi defensa. Una prostituta no puede rechazar a un cliente sin razón aparente, y yo no le he dado ninguna.

—¿En serio? Pues recuerda esto, socio. Mientras esperas a que el juez aparezca por aquí, te pudrirás en la cárcel.

—Y tú tendrás que cerrar para reparar el local —respondió Chase—. Unas reparaciones que yo no pienso pagar. Si tú empiezas algo, te comerás el coste de los daños.

La cara de Gus se puso roja como el carmesí.

Chase arqueó una ceja, desafiándole.

—Además, si hablamos de leyes, ¿acaso es legal la prostitución? ¿O está haciendo la ley en este sentido la vista gorda?

—En este establecimiento no hay prostitutas. Solo bailarinas.

—Y una mierda. —Chase soltó una carcajada y sacudió la cabeza—. ¿Y vas a arrojarme a estos perros y después meterme en la cárcel por pedirle que baile? Explícaselo al juez, Gus.

Con esto, Chase se apartó de la barra y empezó a caminar hacia las escaleras. Así que era de este modo como soplaban el viento. Muy bien, pues tenía buenas noticias para la señorita Franny: esta vez había infravalorado a su oponente. No iba a darse por vencido tan pronto. Y en lo que se refería a juego sucio, él era todo un maestro.

El enfado aligeró sus pasos y afianzó sus movimientos. Con miedo a intimidarla con su mal humor, pensó que tal vez fuese una buena idea esperar un poco en el rellano de la escalera y calmarse, pero temía que si lo hacía otro hombre pudiese tomarle la delantera. Como prueba de ello, en el rellano se encontró con un minero que tomaba la misma dirección, con una botella de whisky en la mano y el dinero en la otra. Chase le puso la mano con fuerza sobre el hombro y tiró de él para detenerle.

—Lo siento, amigo. La señorita no acepta visitas esta noche.

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo —le informó Chase con suavidad.

A pesar de la música alta del piano, Franny oyó el crujido de la puerta. Un

momento después, escuchó el ruido de la taberna que se adentraba por el aire sin puerta que se lo impidiese, una indicación de que alguien entraba en su habitación. Un rayo anémico de luz se coló por la puerta e iluminó el motivo de margaritas del papel que cubría la pared. Como siempre le ocurría con el primer cliente de la noche, el nerviosismo la invadió. Afortunadamente, la experiencia le había enseñado a separarse de ello con facilidad.

Margaritas, un campo de margaritas.

Tratando de ignorar el sonido de botas que se aproximaba a la cama, cerró los ojos. Todo era cuestión de concentrarse. Ahora no solo veía el campo de margaritas sino que se sumergía en él, sentía el cosquilleo de la hierba sobre su falda al caminar, la calidez del sol sobre sus hombros. Podía incluso oír el murmullo de la brisa. Y los olores. Ah, esos maravillosos olores. Nada olía tan dulce como un campo lleno de flores. Uno por uno, cada uno de sus cinco sentidos fue sumergiéndose en el mundo de sueños que había construido hasta no tener ya consciencia de lo que pasaba a su alrededor.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado antes de que empezase a notar que algo iba mal. Lentamente, capa a capa, resurgió, intensamente consciente de que estaba tumbada en la cama sola, todavía sin desvestir y con la luz de sus sueños encendida en la realidad. Una calidez dorada presionaba sobre sus párpados cerrados.

Confusa, levantó las pestañas lentamente. ¿Se había quedado dormida? ¿Era ya por la mañana? Al fijarse en la luz, se percató de que su tono era demasiado dorado para ser la luz del sol. Entonces oyó el suave y chisporroteante siseo de la lámpara.

Todos sus clientes sabían que encender la lámpara estaba estrictamente prohibido y, a excepción de dos hombres años atrás, siempre habían respetado esta regla.

Alarmada, se recostó sobre el codo y parpadeó para aclarar su visión.

—¿May Belle? —dijo, esperanzada.

Su mirada terminó posándose en la mesa, donde vio a un hombre oscuro sentado. Reconoció a Chase Lobo casi al instante. Con los pies cruzados por los tobillos y apoyados en el borde de la mesa, su postura era insolente, con la silla inclinada hacia atrás sobre sus patas traseras. En vez de llevar las botas de goma de leñador que solía llevar, esa noche llevaba unas vaqueras, prácticas pero bastante de vestir para Tierra de Lobos. Además llevaba unos pantalones vaqueros negros y una camisa verde azulada de seda en rejilla con un sobrecuello y tachuelas doradas en el pecho y en los bolsillos. Como había comprado recientemente ropa para su hermano Frankie, sabía que una camisa como esa costaba al menos dos dólares y medio en el catálogo Montgomery Ward, un precio extravagante cuando una camisa de franela o de paño Melton podía conseguirse por cuarenta y cinco centavos. Era evidente que se había vestido para la ocasión, y, a juzgar por su expresión intensa, ella era la ocasión.

Rígida, la miró fijamente a sus penetrantes ojos azules, incómoda al comprobar que sus bruñidas facciones estaban formadas de líneas duras e implacables. No había duda de que Chase Lobo estaba enfadado. La emoción salía de él como la electricidad

que se percibe antes del rayo de tormenta, y el aire se había vuelto tan pesado que le hacía cosquillas en la piel. Lo peor es que sabía por qué estaba tan furioso. Básicamente porque Gus había estado desempeñando su papel de perro guardián y había intentado alejarlo de ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Con un movimiento lento y deliberado, hizo una pila sobre la mesa con las diez piezas de oro, sin apartar ni un segundo la vista de ella.

—¿Por qué vienen normalmente aquí los hombres?

Nerviosa y dispuesta a camuflar esta reacción con la ira, se aseguró de que su echarpe estaba atado y se sentó. Balanceando las piernas hasta el borde de la cama, deslizó sus pies entre las zapatillas.

—Sal de aquí.

Él rio en voz baja, con un gesto de marcial arrogancia.

—Bien, cariño, ¿por qué no intentas sacarme de aquí?

—Puede que me falten músculos, señor Lobo, pero le aseguro que sé echar mano de mis refuerzos. Si me incomoda, lo único que tengo que hacer es llamar a Gus. ¿Por qué no se evita problemas y se marcha antes de que no le quede más remedio que hacerlo?

No parecía intimidado. De hecho, si acaso, parecía estar divirtiéndose con la situación. Sus ojos azul oscuro la recorrieron de arriba abajo, lentamente, deteniéndose primero en sus piernas y después en sus pechos.

—«Problemas» es una palabra muy de moda esta noche. Me divierte que todo el mundo piense que estoy dispuesto a salir corriendo solo para evitarlos. —Levantó la pila de monedas y empezó a tirarlas, una por una, en la mesa—. Soy un buscador de peleas, Franny. Lo he sido desde pequeño. No hay nada que me guste más que una buena reyerta, a menos, claro, que contemos a las mujeres y a la bebida.

Franny apartó la vista.

—Tengo todo el derecho del mundo a rechazar a cualquiera, sin dar explicaciones. Me gustaría que te marchases.

—Y a mí me gustaría quedarme. Ya que te he sobrepasado económica y tácticamente, es eso justamente lo que voy a hacer —subrayó esta frase tirando la última moneda de la pila—. Cincuenta dólares. ¿No dijiste que solías tener entre tres y cuatro clientes por noche? Supongo que cincuenta debería cubrir lo que sueles ganar, más extras.

—No hay extras —respondió con voz indignada—. Si te hubieses dignado a leer el cartel lo sabrías.

—Ah, claro que lo he leído. Pero soy un firme creyente de que las reglas se han hecho para desobedecerlas.

Sus ojos brillaban con arrogancia mientras se puso lentamente en pie. Estirado en toda su altura, parecía aún más intimidante. Franny dio un paso atrás y miró hacia la puerta. Horrorizada, vio que el cerrojo había sido cerrado desde dentro. No habría

llegado ni al rellano de la escalera antes de que la cogiese.

Se abrazó la cintura y escondió sus temblorosas manos bajo las mangas espaciales de su echarpe. Dos veces antes había tenido que enfrentarse a una situación como esa, y sabía que revelar debilidad era un error que podía costarle caro.

Los recuerdos. Se colaron en su mente con una claridad espantosa. Sabía bien el daño que un hombre de la talla y la fuerza de Chase Lobo podía infligir en una mujer. Sabía también lo rápido que podía ocurrir.

—Te he pedido de buenas maneras que te vayas —consiguió decir por fin.

—Y yo me he negado. De buenas maneras.

La ayuda estaba solo a un grito de distancia. Sabía que Gus subiría en un momento las escaleras si le necesitaba. Pero con la música del piano retumbando contra las paredes, ¿podrían oírse sus gritos? Sabía por experiencia que solo tendría tiempo para gritar una vez, dos si tenía suerte. Después, él estaría sobre ella y, con solo una de sus grandes y curtidas manos, acallaría sus gritos.

La boca de Chase se torció en una leve sonrisa y levantó con el dedo una moneda de la pila, haciéndola girar sobre la mesa antes de cogerla.

—Tú vendes, cariño. Y yo compro. ¿No es así como funciona?

Eso dolía. Y era muy cruel de su parte, de una crueldad sin corazón. Pero era también una verdad que no podía negar.

—No hago negocios a la manera habitual. Sin garantías, sin reembolsos. Y me reservo el derecho a rechazar a cualquiera. —Se volvió hacia la puerta, rezando a cada paso para que no la detuviese—. Voy a contar hasta tres. Si al terminar no te has ido, llamaré a Gus.

—No creo que quieras hacerlo.

Su tono hizo que los dedos se le quedaran inmóviles alrededor del cerrojo. Le miró por encima del hombro.

Lanzó la moneda de oro sin ningún cuidado sobre la mesa y se guardó los pulgares en el cinturón de piel hecho a mano que sujetaba sus pantalones. Con la cadera a un lado y una de sus largas piernas dobladas, parecía como si estuviera buscando pelea. A pesar de ello, no podía negarse lo atractivo que resultaba, con el cuello de su camisa mostrando la oscuridad de su piel y la luz de la lámpara cubriendo su pelo color caoba.

Después suavizó la expresión y dijo:

—No tienes nada que temer, Franny. Te lo prometo. No si cooperas conmigo.

—¿Y si no?

—Entonces el infierno caerá sobre nosotros. Gus subirá las escaleras, seguramente con refuerzos, y habrá una pelea tan violenta como nunca hayas conocido.

—Es todo un farol. Con tres costillas rotas, no estás en condiciones de empezar ninguna pelea.

—Cierto. Pero antes de salir de aquí, me llevaré a unos cuantos hombres por

delante. Y en el proceso, destruiré este lugar —entrecerró un ojo, como si estuviese pensando—. La reja que rodea el lugar desaparecerá, eso seguro. Y la puerta caerá. La ventana se romperá en mil pedazos. —Se encogió de hombros—. Así es como funciona cuando un puñado de hombres empieza a darse puñetazos. Otra cosa que no deberías olvidar es lo contagiosas que son las peleas en una taberna. Lo más seguro es que si empieza aquí arriba se extienda al salón de abajo y por último a toda la taberna.

Detestándose a sí misma porque le temblaba la voz, dijo:

—Tendrás que ser tú el que pague los desperfectos si no quieres terminar en la cárcel.

Él le lanzó una sonrisa perezosa.

—No, si no soy yo quien empieza. Ese es el truco, querida. No tienes ninguna razón para negarte a bailar conmigo. Si Gus y los otros suben aquí, seré un perfecto caballero hasta que alguien me pegue. Eso me convertirá en la parte ofendida. Si terminamos ante el juez, ¿qué vas a decir, que no te gustaba mi aspecto? Lo siento. Pero las mujeres que hacen tu trabajo no pueden ser tan selectas.

—Mentiré. Diré que te pasaste de la raya. Que fuiste un bruto y un pervertido.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Como quieras.

—Los daños que describes costarán más de lo que puedes permitirte. Hazme caso, terminarás en la cárcel, y el *sheriff* tirará la llave al río.

—No. Ahí es donde te equivocas. Tengo dinero de sobra para cubrir los desperfectos. Si las cosas siguen igual, podría permitirme cubrir los mismos desperfectos mañana por la noche. Y la siguiente. Lo mires como lo mires, Gus se verá obligado a cerrar el local mientras lo repara. —Sacando los pulgares del cinturón, colocó las manos sobre la cadera—. Si sigo viniendo, lo que prometo que haré, y tú persistes en negarme tus servicios, seguiré armando jaleo. Y más. Antes o después Gus va a empezar a preguntarse quién es el origen de todas sus miserias.

—Tú.

—Y tú. Por mucho que seguramente le gustes, el negocio es el negocio, y tú no eres indispensable. Antes de ver cómo su taberna se viene abajo, te dará los papeles de despido, corazón. Y cuando esto ocurra, estarás en la calle.

—Eso es despreciable.

—Sé que lo es. Soy verdaderamente resbaladizo y despreciable si me lo propongo.

—Necesito este trabajo.

Él sonrió.

—Contaba con eso.

—Eres un sinvergüenza que ni siquiera merece mi desprecio.

—Eso también lo sé. Pero hasta que consiga lo que quiero, no puedo permitirme ser encantador. —Inclinó la cabeza en dirección al cerrojo cerrado—. Tú eliges. O

abres la puerta y llamas a Gus, o admites que he ganado esta mano.

Franny temblaba tanto que apenas podía tenerse en pie. Dejó caer las manos del cerrojo y se dio la vuelta para apoyar la espalda sobre la puerta.

—¿Por qué haces esto?

—No estoy seguro de poder explicártelo.

—No puedo perder este trabajo.

—Coopera conmigo y tu trabajo estará perfectamente a salvo.

—No trabajo con las luces encendidas. No lo haré, ni por ti ni por nadie más.

—No espero que lo hagas.

Con las piernas hechas un flan, Franny empezó a caminar hacia la cama.

—Entonces baja la lámpara y haz lo que tengas que hacer.

—La lámpara se queda encendida.

Ella se quedó helada.

—Pero acabas de decir que...

—Lo único que quiero es pasar algo de tiempo contigo. Hablar, nada más. —Se inclinó y cogió una cesta que ella no había visto de debajo de la mesa—. ¿Ir de pícnic, te acuerdas?

Franny se quedó boquiabierta.

—¿Estás loco? ¿Vas a gastarte cincuenta dólares para llevarme de pícnic? ¿Y de noche? No soy tan estúpida, señor Lobo. Cualquier hombre dispuesto a gastarse ese dinero tiene en mente algo más que hablar y comer conmigo. Sería una imbécil si saliese de aquí contigo.

—Mi nombre es Chase. Y por la misma regla de tres, sería un estúpido si te tocase un pelo de la cabeza cuando estás conmigo. Todos los que están abajo nos verán salir juntos. Si te ocurriese cualquier cosa, vendrían a pedirme cuentas a casa.

Franny supuso que era cierto. Aún indecisa, le miró fijamente, preguntándose si se atrevía a creerle. Por razones que no alcanzaba a comprender, tenía el horrible presentimiento de que todo lo que decía era cierto. Si los hombres subiesen, él bajaría dando bandazos y provocando todos los desperfectos que pudiese a su paso. No tenía sentido. Ningún sentido. Y aun así el brillo de determinación que había en sus ojos era inconfundible. Quería algo de ella, y estaba determinado a conseguirlo.

¿El qué? Esa era la cuestión.

Como si le leyese la mente, sonrió de nuevo, con una expresión más amistosa esta vez.

—Cariño, nunca he puesto la mano encima a una mujer, y no pienso empezar ahora. Solo quiero pasar la noche contigo. ¿Qué hay de malo en ello si Gus sabe con quién estás? Yo tengo lo que quiero y tú consigues el sueldo de esta noche. A mí me parece que es justo.

—Si querías llevarme de pícnic, ¿no hubiese sido más sencillo que me lo pidieses sin más? Te hubieses podido ahorrar cincuenta dólares.

Sus ojos se llenaron de un brillo de reconocimiento.



—Si te lo hubiese pedido, ¿hubieses aceptado?

Él sabía muy bien la respuesta. En vez de mirarle, Franny se miró la punta de las zapatillas. Trató de encontrar en su mente una explicación a todo este sinsentido, pero no la encontró.

¿Tenía curiosidad por ella? ¿Era eso? Quizá nunca hubiese conocido a una mujer como ella, y eso le fascinaba. Mirándole a hurtadillas, se convenció de que no era así. Chase Lobo había estado en muchos burdeles. Hubiese apostado a que así era.

¿Creía que la quería? Franny había recibido bastantes proposiciones de hombres, algunos sencillamente porque se sentían solos y no podían encontrar a nadie más, algunos porque querían ser héroes y rescatar a una mujer desgraciada de su pecaminosa existencia. Gracias a la experiencia de May Belle, Franny sabía muy bien cómo terminaban estos cuentos de hadas. El héroe se despertaba una mañana y se daba cuenta de que se había casado con una puta. Fin del cuento. La cosa se ponía fea después. Muy fea. Y era algo por lo que no tenía intención de pasar.

Excepto que no tenía elección. Gus le pediría que se marchase antes de que sus pérdidas fueran irreversibles. Y Franny no podía culparle por ello. Esta taberna era su medio de vida.

—¿Y bien? —dijo Chase en voz baja.

Ella asintió lentamente.

—Supongo que voy de pícnic.

—Esa es mi chica. —Puso la cesta sobre la mesa y se volvió hacia la ventana, dándole a ella la espalda—. Lávate la cara, cepíllate el pelo para quitarte ese almidón y vístete, ¿de acuerdo? Hace una noche preciosa. Sería una pena que la desperdiciáramos.

Mientras Franny se vestía, escondida y a salvo detrás del biombo, Chase empezó a interrogarla, sutiles preguntas al principio, a las que ella se cuidó mucho de responder, y después otras más evidentes, a las que ella respondió con vaguedades. Al final, él pareció frustrado con sus evasivas y dijo:

—Cuéntame algo de ti.

No había nada que contarle. La vida de Franny en Tierra de Lobos era bastante aburrida, y Francine Graham no existía a menos que estuviese en Grants Pass visitando a su familia. Sin embargo, dudaba de que él tuviese suficiente con esta respuesta, y, aunque lo hubiese estado, no tenía intención de abrirle la caja de Pandora. Nadie sabía de la existencia de Francine Graham, ni siquiera Índigo.

—No soy una persona muy interesante.

—Deja que sea yo el que juzgue eso.

Con dedos temblorosos, se abotonó el cuello alto de su blusa blanca.

—De verdad, no hay mucho más que contar. Trabajo, voy a ver a Índigo, duermo, como. Es todo.

—¿No tienes secretos, Franny?

El tono burlón de su voz hizo que se le pusiera la carne de gallina.

—No tengo secretos. Nada tan interesante como para mantenerlo en secreto.

—¿Cuál es tu apellido?

Se estiró la cinturilla.

—No tengo.

—¿Te encontraron bajo una hoja de repollo entonces?

—No, en un huerto de fresas. —Se sentó en la mecedora para ponerse los botines. Cogiendo el abotonador de la mesa, se echó hacia delante y a punto estuvo de empalarse el tobillo al ver la sombra de él sobre ella. Levantó los ojos, furiosa de que hubiese invadido su santuario—. ¿Y tú? ¿Te encontraron en el corral, quizá? ¿Bajo una boñiga petrificada de vaca?

Al oírla, Chase soltó una risotada. Agachándose ante ella, le quitó el abotonador de sus rígidos dedos y puso su pie entre las rodillas.

—Eres un peligro para ti misma con esta cosa —dijo, y después empezó a empujar entre los botones.

Franny pensó que él era el verdadero peligro. A sus ojos, parecía tener unos hombros inusualmente anchos, y sus músculos se adivinaban bajo la camisa con cada movimiento que hacía. Entre las sombras, su rostro parecía aún más moreno, como una escultura de caoba pulida, su pelo brillante más negro, sus pestañas increíblemente largas y envolventes sobre sus mejillas. Su boca era totalmente masculina, con el labio inferior sensualmente carnoso y el superior estrecho y definido. Su distintiva mandíbula cuadrada hacía que su cara pareciese ruda e invulnerable. El nudo de su nariz, gentileza de una rotura que nunca había sido totalmente curada, reforzaba esta imagen. Y, sin embargo, esta imperfección solo mejoraba su atractivo.

Incapaz de apartar la vista de él, Franny se preguntó qué planes le tendría reservados. Sus pestañas se movieron en un arco sedoso hasta encontrarse con sus cejas castañas, y sus ojos azul oscuro la atravesaron. Después de estudiarla un momento, le pasó una mano bajo la falda y las enaguas, cogiéndole la pantorrilla con unos dedos cálidos, mientras le ponía el pie en el suelo. Incluso a través de la tela de las enaguas, el calor de su caricia hizo que se le encogiera el estómago. Él, sin embargo, no parecía afectado. Levantó su otro pie y lo encerró entre sus rodillas. Con destreza, metió el gancho por el ojal, sujetó uno de los botones y lo empujó hasta meterlo en el agujero. No era la primera vez que vestía a una mujer.

—Veo que coses —apuntó con voz sedosa—. ¿Para quién es el cojín de payaso? ¿Para Cazador o para Amelia Rose?

Franny dirigió la vista hacia la mesa de coser. Este era su lugar privado, el lugar donde podía olvidarse de su vida en Tierra de Lobos y ser ella misma. Tenerle aquí hacía que se sintiera violentada.

Al ver que no respondía a su pregunta, volvió a levantar la mirada hacia ella.

—Me gusta ese vestido que estás haciendo. El rosa te irá bien con tu color pálido, por no hablar de lo bien que te vendrá tener por fin un vestido con volantes y encajes. Los que llevas ahora son más apropiados para una viuda pobre dos veces mayor que tú.

¿Cómo se atrevía a criticar su guardarropa? Franny apretó los dientes.

—¿Y esos zapatos? —carraspeó él con disgusto—. Han tenido tiempos mejores. ¿Qué porcentaje de lo que ganas se llevan Gus y May Belle, por el amor de Dios? Con treinta o cuarenta por noche, creo que podrías permitirte tener un calzado decente.

—Mis ingresos no son de tu incumbencia.

Él accedió a su puntualización con una risa baja, lo que hizo que se pusiera furiosa. Nada de lo que dijese o hiciese parecía alterarle. Él le puso el pie en el suelo y se inclinó hacia delante para trazar sus mejillas con el abotonador. El corazón le dio un brinco al notar el contacto. Como si él percibiese el efecto que producía en ella, le rozó suavemente el labio inferior con el gancho un momento sin quitarle la vista de la boca. Por un momento, fue como si hubiese dejado de respirar. Franny sabía que ella sí lo había hecho.

—Eres tan dulce —susurró—. ¿Cómo es posible?

Era una pregunta que no merecía respuesta. Mucho más cuando él era el único con ganas de hablar, pensó amargamente. Había visto esa mirada en los ojos de un hombre antes, y sabía lo que significaba. Apartando la cara, dijo:

—Señor Lobo, ¿hay algo que pueda decir para hacerle cambiar de idea acerca del pícnic? Preferiría...

—Chase —le corrigió—, y no, nada de lo que digas me hará cambiar de idea. Acéptalo y disfruta de la velada... Ese es mi consejo.

Se puso en pie de repente y devolvió el abotonador a la mesa. Vio que sus ojos azul oscuro escudriñaban las páginas de la Biblia, y a ella le dieron ganas de darse un bofetón por haberla dejado abierta.

—¿La historia de María Magdalena, Franny?

Leía esos pasajes al menos una vez al día. Esto le reconfortaba. Pero nunca lo hubiese admitido. Porque tampoco se había visto obligada a hacerlo. La mirada de reconocimiento que vio en sus ojos le dijo que había adivinado la razón por la que leía esa historia en particular.

—Estoy lista para salir.

Él cogió uno de sus rizos almidonados entre los dedos.

—No del todo. —Acercándose a su lavamanos, Chase mojó un trapo y cogió su cepillo. Después volvió junto a ella y puso el cepillo a un lado antes de frotarle la cara. Al primer contacto con la tela, Franny escupió indignada, algo que pareció divertirla.

—No seas rebelde.

Ella trató de librarse de su mano.

—Me vas a arrancar la piel.

Él suavizó la presión.

—Entonces, deja de ponerte esta mierda en la cara. Te pareces más a un payaso que ese dibujo que estás bordando en el cojín.

Franny se negaba a servirle de diversión. Después de limpiarle la cara, cogió el cepillo y, antes de que ella pudiera detenerle, empezó a pasarle las púas por los tiosos mechones rizados. Lo hizo con un cuidado sorprendente, tratando por todos los medios de no darle tirones.

—No peina demasiado bien —dijo, divertido.

Ningún hombre había cepillado nunca su pelo. Parecía una cosa demasiado personal, algo que un marido haría por su mujer. Franny tenía dificultades para respirar, una condición que se hacía más pronunciada con cada cepillado. Después de quitarle todo el almidón, le pasó el cepillo por toda su cabellera con sensual lentitud. Ella observó fascinada cómo los pelos escapaban con facilidad por entre las cerdas del cepillo. A las sombras de color ámbar, el pelo le caía sobre el regazo como fibras de oro.

—Muy hermoso —susurró—. Como rayos de sol líquido tocados de gotas de plata.

Franny le obligó a soltarle el pelo y le apartó el cepillo de un aspaviento.

—Tengo que recogérmelo y después estaré lista para irme.

Dada la pequeñez del cuarto, escapar fuera sería un alivio. Al menos tendría espacio para respirar. Franny se puso de pie, forzándole a él a sentarse hacia delante. Deseó que se hubiese caído al suelo con su postura arrogante, pero Chase Lobo era más ágil que los demás, hasta con las costillas rotas. No le pasó desapercibida la sonrisa que atravesó su boca.

Así que la encontraba divertida, ¿eh? Pensó que sería mejor evitar hacerse una trenza, para ahorrar tiempo, así que reunió su pelo y le dio varias vueltas. De frente al espejo que había sobre el lavamanos, cogió unas horquillas que había junto al lavabo y las clavó a conciencia en el moño que se había hecho en lo alto de la cabeza. Con muchas de ellas erró en el emplazamiento. ¿Rayos de sol líquido? Hombres. Todos eran iguales. Cogiendo el sombrero de la percha que había en la pared, se lo puso y tiró con fuerza de los lazos para atárselo. Como resultado, le dolió la barbilla.

Él la miró con una sonrisa burlona.

—¿Temes que te salgan pecas?

Franny rugió como respuesta y pasó ante él con un gran aspaviento. Podía reírse lo que quisiera. No le importaba. No estaba dispuesta a explicarle por qué tenía pensado llevar el sombrero durante toda la noche. Que pensase lo que quisiese.

## Capítulo 8

*E*n el momento en que estuvieron fuera del local, Chase se cambió la cesta de mano, desató los lazos del sombrero de Franny y se lo quitó de la cabeza. No se le pasó por alto la cara de pánico que vio en sus ojos. Ella trató salvajemente de recuperar el sombrero, determinada a ponérselo otra vez.

—Es noche cerrada, por el amor de Dios. No necesitas esconder tu cara ahora.

Por su expresión, Chase supo que había dado en el clavo más de lo que ella hubiese deseado. Ella dudó y después dejó caer la mano, con la vista fija todavía en el sombrero.

—He pagado cincuenta dólares para estar contigo —dijo suavemente—. Sería una condena tener que ver toda la noche el ala de tu sombrero.

Determinado a ignorar la expresión asustada de su rostro, Chase dobló el sombrero de tela y se lo metió debajo del cinturón. Hecho esto, la cogió por el codo para guiarla a lo largo de la acera, su cabeza llena de preguntas que sabía que no recibirían probablemente respuestas. ¿Por qué temía tanto que la reconocieran? ¿Se escondía de alguien?

Al observar su pálido perfil, Chase tuvo que reconocerlo. Los rizos almidonados y el maquillaje que llevaba cuando trabajaba alteraban tanto su apariencia que solo alguien que la mirase muy de cerca podría establecer una conexión entre esta joven remilgada y con maneras de señora y la prostituta que trabajaba en el Lucky Nugget.

Chase se había propuesto que la noche fuese lo más productiva posible. Así que dejó a un lado todas sus preguntas y le soltó el codo para tomarle de la mano. Ella le miró incrédula, lo que le hizo preguntarse si alguna vez habría tenido novio. Era tan guapa que le parecía imposible que no lo hubiese tenido. No podía ser la primera vez que un joven la cortejaba.

A este extremo del pueblo estaba el salón comunal. Un poco más al norte estaba la casa de Índigo y la escuela. Chase tenía un destino en mente y aligeró el paso cuando salieron de la acera de la calle principal. Hasta él llegó un sonido de risas y voces, y levantó la vista para ver a varias parejas que salían del salón. El baile debía de haber terminado. Deseó haber podido llevar a Franny allí. Casi podía sentirla flotando en sus brazos al compás del vals, las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes de placer.

Bajando la vista hacia ella, no pudo evitar percibir el anhelo en su expresión cuando vio a las jóvenes vestidas con sus mejores galas, acompañadas todas por jóvenes atentos. Tampoco le pasó por alto el hecho de que aligerase el paso en un intento por evitar a toda costa ser vista. Chase sufría por ella, incapaz de entender por qué seguía ejerciendo una profesión que le causaba tanto dolor. Tenía que haber una salida para ella. Lo único que tenía que hacer era ayudarla a encontrarla.

Solo cuando se acercaron a la escuela pudo ella relajarse, aunque fuera solo un poco. Chase prefirió ignorar su incomodidad y llevarla al patio. Cuando se dio cuenta de que él quería que se sentase en uno de los columpios, se agarró la falda y sacudió la cabeza.

—No me he subido a un columpio desde hace años. No creo que...

—Entonces ya es hora, ¿no crees?

Después de dejar a un lado la cesta, él la presionó para que se sentara.

—Agárrate fuerte —le ordenó, y después no le dejó otra opción, porque cogió las cuerdas y la atrajo hacia atrás hasta que sus pies no pudieron tocar el suelo.

Ella gritó al ver que la soltaba. Su falda voló con el viento. Con una mano, trató de taparse las piernas con la falda. Que Dios la perdonase por enseñar los tobillos. Chase sonrió para sí y le puso las manos en la cintura cuando volvió hacia él. ¡Dios, cómo deseaba retenerla y acariciarle el espacio de la nuca en el que esos rizos rubios le caían como una tentación!

Resistió la necesidad y le dio otro empujón suave. Observándola, sintió cierto grado de satisfacción al ver que la tensión de sus hombros cedía un poco. Sabía demasiado bien que ella no siempre era tan seria y comedida. Quería hacer todo lo posible para atravesar sus barreras hasta que ella se sintiese cómoda a su lado y se riese como lo hacía con Índigo y los niños.

Cogiéndola de la cintura otra vez, la mantuvo suspendida un momento, en una postura en la que el trasero le presionaba el abdomen. Tenía la nuca a la altura perfecta para besarla, y una vez más tuvo que resistir la tentación de hacerlo. Imaginó una piel tan suave como el terciopelo al contacto con sus labios, y recordó su olor de la noche anterior, un olor que él adivinaba a lavanda dulce.

Pero Chase tenía una misión en mente y asustarla con insinuaciones sexuales no entraba en el plan. La soltó y siguió columpiándola con otro empujón que la mandó más alto que la vez anterior. Ella gritó asustada otra vez, pero la risita que siguió le hizo comprender que estaba más emocionada que asustada por la altura.

—Me estás empujando demasiado. ¿Y si me caigo?

—Te cogeré.

—¿Y qué hay de tus costillas?

Chase había casi olvidado sus costillas.

—Están mejor.

—No pueden estar mucho mejor.

—¿Dejarás que sea yo el que me preocupe por eso? Relájate, Franny. Diviértete un poco, por una vez.

Ella se rio asustada al notar otro empujón.

—Me parece una manera muy peculiar para un hombre de gastar cincuenta dólares.

—Es que yo soy un tipo peculiar.

Él siguió empujándola hasta que ella le hizo caso y empezó a divertirse. Cuando

por fin estuvo cansado y detuvo el balanceo, ella torció la cabeza para mirarle, interrogándole, perpleja. Así era como la quería: curiosa.

—¿Por qué me has traído aquí fuera? —preguntó por fin.

Cada minuto que pasaba en su compañía, sus motivos se hacían más confusos, incluso para él. Evadiendo la pregunta, la dejó allí sentada y fue a buscar la cesta del picnic. Ella le observaba con recelo mientras él extendía una manta ligera bajo el gran roble que había al borde del patio de juegos. Sentándose con las piernas cruzadas sobre la tela, le indicó con la mano un sitio junto a él para que se sentara.

—Vamos, no muerdo. Al menos, no muy fuerte.

Ella permaneció en el columpio un momento, recelosa e insegura de sus intenciones. Chase pretendió no darse cuenta y empezó a sacar la comida de la cesta. No era nada especial, pero lo mejor que había podido conseguir sin tener que pedir a su madre que preparase algo especial. Bizcochos de maíz, melón, pollo frío y una botella de vino que había comprado especialmente para la ocasión. Sirvió un poco del burdeos en el par de tazas que había traído, lentamente, consciente de que ella le estaba observando desde el otro lado.

—Espero que te guste el pollo frío. —Hundió los dientes en un muslo y se reclinó sobre el codo, sonriendo mientras masticaba—. ¿Tienes hambre?

A decir verdad, Franny estaba hambrienta. Rara vez comía por la noche. Hasta que su primer cliente llegaba, siempre se ponía medio enferma de la tensión, y había aprendido mucho tiempo atrás que su estómago se rebelaba a comer nada hasta no haber terminado el turno.

—Supongo que podría comer algo.

Él hizo un gesto para que se sentase. Sabía lo rápido que podía moverse, pero tener algo entre ellos, aunque fuera una débil cesta, hacía que se sintiera mejor. Agarrándose la falda, se sentó de rodillas. Él la observó, pensativo. Con cuidado de no enseñar los tobillos, echó una mirada curiosa a la cesta, vio otro muslo de pollo y estiró la mano hacia él, algo indecisa. Empanado y crujiente. Le dio un bocado pequeño.

—Mmmm, está buenísimo.

—Mi madre cocina de maravilla.

Cambiando de codo, Chase se inclinó más cerca de la cesta para rebuscar en su contenido. Ella oyó ruido de cubiertos. Un instante después, su mano salió con un tenedor en cuyo extremo había pinchado un trozo de melón. Sin avisarla, se lo acercó a la boca sin darle otra opción que no fuera la de abrirla. Melón cantalupo. Se le llenó la boca del dulce zumo. El sabor era exquisito. Gus rara vez compraba fruta fresca: era algo que sus intoxicados clientes no apreciaban. Ella había comido fruta algunas veces en la casa de Índigo, claro, pero aparte de eso no solía tomarla.

Después de tragar, se dio cuenta de que no era aún temporada de melón. Sorprendida, y olvidando por un momento sus recelos, preguntó:

—¿Dónde demonios has encontrado melón?

—Jeremy, el cuñado de Índigo. ¿Lo conoces, el hermano de Jake? Estuvo en California y pasó por aquí en su viaje de vuelta a Portland. Le trajo a mamá un cargamento entero de melones. No estaban maduros, así que mi madre los envolvió en papel para hacer que endulzasen. Ahora tenemos melón cantalupo que nos sale hasta por las orejas.

A Franny, eso le pareció el paraíso y deseó tener alguno para poder llevarle a su madre el próximo fin de semana. El melón era la fruta favorita de Mary Graham.

—¿Melón casi dos meses antes? Me cuesta incluso creérmelo, ¡y sabe tan bien! ¿Quién hubiese imaginado que madurarían envueltos en papel?

—Las estaciones duran mucho más en California. El sol, mucho sol. La gente de allí está morena casi todo el año.

—Y los de Oregón se oxidan —añadió ella.

—O mucho me equivoco o hablas como una verdadera palmípeda. ¿Dónde naciste, Franny? ¿Por aquí cerca?

El calor le subió por las mejillas. Era evidente que estaba esperando a que ella se descuidase, y no podía permitirle que la engatusase de tal modo y dejar así que consiguiese lo que quería.

—De un campo de fresas, ¿recuerdas?

—Pero no de un campo de aquí de Tierra de Lobos. Si fuera así, hubieses ido a la escuela de aquí, y no te recuerdo.

—Tal vez nunca fui a la escuela.

—¡Señor! Eres demasiado bien hablada como para no haber ido. Tengo cierta habilidad para los errores gramaticales. Mi tía Amy nos metió con pico y pala la gramática inglesa.

—He leído mucho.

—¿Y quién te enseñó a leer?

Franny suspiró.

—Un profesor, claro. Fui a la escuela hasta los trece años. Después, tuve que dejarla.

A Chase se le encogió la garganta. Trece años. Poco más que una niña. Jesús.

—¿Es entonces cuando empezaste a trabajar?

—Un poco después.

—¿A los trece?

—Sí.

—Hijo de puta. —Chase tiró su muslo. Quería tirar más que eso. La cesta del pícnic, quizá. Una niña vendiendo su cuerpo a los hombres—. ¿Dónde diablos estaba tu padre? ¿No tenías?

—No. Él murió en un accidente.

—¿Y te dejó huérfana?

Ella dudó.

—Sí. Huérfana.



Desde luego, no tenía mucha habilidad para mentir.

—¿Y nadie se ofreció a cuidarte?

Ella apartó la mirada. Después de un rato, dijo:

—He dicho todo lo que iba a decir. Si me has traído aquí para interrogarme, me vuelvo a casa.

Chase sabía lo que eso significaba. Él trató de recuperar el hilo de la conversación anterior. California. Palmípedos. Tierra segura.

—¿Quieres más melón?

—No, gracias.

Había conseguido aguarle la fiesta y por eso quería castigarse a sí mismo. Antes o después, terminaría sabiendo todo lo que quería saber de ella, pero el proceso no podía ser doloroso.

—¿Alguna vez has estado en California?

—No, pero he conocido a gente de allí. —Tratando de recuperar la compostura, respiró hondo, se sacudió la cabeza y después se esforzó en sonreír—. Todos parecen ricos. Sé que no pueden serlo, claro, pero hay algo en ellos que... Un aire de sofisticación. Y todos llevan ropa comprada en tienda. ¿No te has fijado?

—No todos. Quizás aquellos que tú has visto. Supongo que los tipos que pueden permitirse ir al teatro son los adinerados. He visto tantos tipos pobres como ricos de allí abajo. Lo único que la mayoría de ellos tiene en común, según mi opinión, es que sus caras son como las pasas.

—¿Incluso las de las mujeres?

La boca se le puso tensa.

—No, las mujeres no, claro. Ellas se protegen la piel. —Tocando el sombrero que llevaba guardado bajo el cinturón, añadió—: La mayoría con pamelas.

—Mucho más bonitas que esta, supongo.

—Algunas. Para decirte la verdad, no traté mucho con mujeres cuando estuve allí.

Algo en su expresión y en la forma en que dijo «mujeres» le dijo que su visita allí no había sido agradable. No pudo evitar preguntarle:

—¿Qué te llevó allí?

—La madera. Corté madera en los bosques de secuoya para ganar dinero. Cuando me despidieron, bajé más al sur en busca de otro trabajo. Si crees que aquí hace calor, deberías bajar allí en verano. Puedes freír un huevo en el asiento de un carromato.

—Bueno, pues todo ese sol hace posible que los melones de allí sepan tan bien.

—Es aún más dulce si madura en la mata. —Bebió un sorbo de vino y le guiñó un ojo por encima del borde de la taza—. Como ocurre con las fresas.

Franny raras veces se permitía beber más de unos cuantos sorbos de alcohol, incluido el vino, pero esa noche decidió hacer una excepción. Chase la ponía tensa. No podía bloquearle en su mente como hacía con los otros hombres. No en estas circunstancias, al menos. Dio un sorbo al burdeos y miró con nostalgia a la cesta, deseando poder comer más melón. Como si le leyese el pensamiento, partió otro

pedazo y se lo ofreció a ella. Esta vez no dudó. Inclinandose hacia delante, lo cogió con los dientes. Para su consternación, el zumo salió disparado.

Él gimió y se cubrió los ojos. Aterrorizada, Franny se tragó la fruta sin masticar.

—¡Ay, querido! Lo siento mucho.

Abriendo los dedos, miró hacia ella, con una sonrisa pícaro en los labios.

—Te lo has creído.

Ella rio con ganas.

—Eres imposible.

—¿A que sí?

Él se rio y volvió a fijar su atención en el pollo. Franny hizo lo mismo. Un confortable silencio se instauró entre los dos, algo que ella hubiese creído imposible. Tomó otro trago de vino, preguntándose si su efecto calmante no tenía algo que ver con que empezase a sentirse relajada.

Chase devoró otros dos trozos de pollo antes de que ella terminase con el primero. Ella observó que había dejado la mitad del cuenco de melón para ella. Mientras terminaba de comer, él rodó sobre su espalda y se puso a mirar al cielo lleno de estrellas. Franny se entretuvo con la comida, temiendo el momento en que su boca dejase de estar llena y él esperase que empezase a hablar. No tenía ni idea de qué más podía contarle. Nadie podía hablar de melones y de californianos eternamente.

Al final, sin embargo, empezó a sentirse llena y supo que, si seguía comiendo, le sentaría mal. Después de tirar las sobras en la oscuridad para los animales salvajes, empezó a limpiar los platos con una servilleta y guardó la comida que sobraba. Entonces cogió la garrafa de vino, a lo que él dijo:

—Déjala fuera. No sé tú, pero yo tomaré un poco más.

Franny no estaba segura de que debiese hacer lo mismo. Pero cuando él se dispuso a rellenar las tazas, no le dio mucho margen para rechazarlo. Se limitó a verter el vino y pasarle la taza. Ella aceptó en silencio. Cruzando las piernas y metiendo los talones bajo sus muslos, Chase se estremeció y se echó hacia delante un poco, con los codos sobre las rodillas. Aunque sus costillas le estaban a todas luces molestando, tenía mucha agilidad para un hombre tan alto y musculoso. Parecía tan cómodo que Franny se soltó la falda y adoptó la misma postura.

Mirándola con cariño, dijo:

—Hubieses sido una joven india muy bonita con ese color rubio plateado y esos grandes ojos verdes. En los días de mi padre, algún joven aguerrido y guerrero te hubiese robado. Con ese pelo, hubiesen podido cambiarte por un centenar de caballos, tirando por lo bajo.

—Los cincuenta dólares que tú has pagado esta noche ya son suficientemente vergonzosos.

Franny se arrepintió al instante de sus palabras. Pero lo dijo sin pensar. Hubo un silencio tenso. Esa noche, ella pertenecía a ese hombre, y su absurdo comentario les había recordado a los dos eso mismo.

Buscando algo que decir, cualquier cosa que pudiese ayudar a pasar el momento, se frotó las manos en la falda.

—Con las piernas cruzadas. ¿Es así como se sientan todas las mujeres comanches?

—Se sentaban —corrigió él. Y luego se encogió de hombros—. No todas, supongo, pero bastantes sí. Pocas veces tenían sillas, ¿sabes?, y si se hubiesen sentado de otra manera hubiesen tenido problemas de espalda.

Franny no pudo evitar notar que él hablaba del pueblo de su padre en pasado, y se preguntó cómo se sentiría por ello. Una sociedad entera destrozada. Desde que empezase a ejercer su profesión, Franny había encontrado a menudo consuelo en los libros y, por su amistad con Índigo, leer sobre los indios de la planicie le había resultado interesante durante un tiempo. No mucho. Pronto se dio cuenta de que la mayoría de los libros que hablaban de los comanches o de cualquier otra tribu habían sido escritos desde un punto de vista muy parcial.

—Debe de ser muy difícil para ti y para tu padre saber que los pocos que sobrevivieron de vuestro pueblo están ahora en reservas. La forma de vida que él amó una vez ya no existe.

—Él no lo ve así.

Franny se preguntó de qué otra manera podría verse. Como hacerle hablar de ello evitaba que tuviese que hablar ella, decidió preguntarle.

—Mi padre cree que su pueblo pervive en nosotros —explicó suavemente—. Siempre y cuando cantemos sus canciones, nunca morirán. Los comanches fueron unas personas maravillosas, y las personas maravillosas siempre dejan una huella difícil de borrar.

Era una idea preciosa. Franny suspiró y tomó otro trago de vino. Siguiendo su ejemplo y apoyando los codos en las rodillas, empezaba a creer, incluso aunque fuera en contra de su juicio común, que quizá todo lo que de verdad quería de ella era amistad. No había hecho ningún otro movimiento hasta el momento.

—Nuestro pueblo mantenía que no había ayer, solo mañana —siguió—, así que mi padre nunca nos ha dejado lamentarnos por lo que fue. Él mantiene la vista fija siempre en el horizonte. Lo que ocurrió hace un minuto, o un día, o un año, ya no importa. Lo que él fue entonces no importa. Solo el ahora y la manera en la que él labra su futuro tienen importancia.

—Eso es muy idealista.

—Pero es cierto. —A la luz de la luna, sus ojos brillaban como terciopelo azul engarzado en diamantes—. Piénsalo. Ahora, trata de concentrarte en este momento. —Se quedó en silencio un momento y después la sonrió—. ¿Ves? Incluso antes de que hayas podido capturarlo, el momento se ha ido. Se ha ido para siempre y nunca podrás hacerlo volver. Cuando piensas de esta forma, resulta absurdo que tanta gente se lamente por lo que les pasó ayer. Se ha acabado, se ha ido, es polvo en el viento.

—Pero, sin embargo, es un vivo recuerdo.

—Si dejas que sea así.

—Algunas veces nuestro pasado controla nuestro presente y nuestro futuro, por mucho que queramos evitarlo.

Él sacudió la cabeza.

—El pasado no cuenta porque el momento en el que pasó queda tras de ti.

Era una idea maravillosa. Ella sonrió con nostalgia.

—Ojalá la vida pudiese ser tan simple.

—La vida es como una manta en la que te enrollas. Tú te haces el tejido.

Mientras hablaba, se rio como si fuera una antigua broma. Fascinada, Franny le observó. Era más parecido a Índigo de lo que había pensado en un principio, pensó. Ayer por la mañana, nunca hubiese imaginado que podría decir algo tan maravilloso, tan profundo. Pero al mirarle a los ojos, supo que creía de verdad en lo que decía. Igual que Índigo hacía. También sabía que sus palabras iban dirigidas directamente a ella, que trataba de decirle que no estaba obligada de por vida a llevar la vida que llevaba, que podía cambiar si quisiera.

Ojalá fuese tan sencillo.

Desear. Algunas veces pensaba que había pasado toda su vida deseando, y siempre cosas imposibles. Dijese lo que él dijese, las circunstancias solían a veces confeccionar el tejido de la vida por ti, y no había nada que se pudiera hacer para cambiarlo.

—Vente conmigo —susurró él.

Las palabras se colaron suavemente en la cabeza de Franny. Por un momento, pensó que las había imaginado. Pero cuando volvió a centrar su atención en la cara de Chase, pudo ver por su expresión que no era así.

—Vente conmigo —repitió—. Cuando tenga las costillas curadas y me vaya, vente conmigo. Sin obligaciones. Solo como amigos. Te ayudaré a encontrar trabajo en otro lugar. Puedes dejar todo esto atrás y olvidar que ocurrió alguna vez. Tierra de Lobos es un lugar pequeño e, incluso aunque te encuentres con caras familiares allá abajo, no reconocerán la tuya. Con la cara lavada y el pelo cepillado, no te pareces en nada a la Franny del Lucky Nugget.

Ella sabía que no se parecía en nada a la Franny del Lucky Nugget. Se había cuidado muchísimo de que fuera así. Tratando de encontrar la forma de explicarle las circunstancias sin revelar demasiado de su vida, dirigió la vista hacia la negrura del bosque que rodeaba la escuela. Se dio cuenta de que había juzgado mal a Chase. Su incesante persecución estaba impulsada por motivos filantrópicos, no carnales. De verdad quería ayudarla, no como un héroe que la pusiese a sus pies y la llevase a sus brazos, sino como un amigo. Darse cuenta de esto hizo que se le saltaran las lágrimas.

—Si la idea de irte de aquí te asusta —susurró él—, no dejes que eso ocurra. Hasta que puedas valerte por ti misma, yo estaré a tu lado. Si algo sale mal, me tendrás como apoyo.

Franny parpadeó. ¡Ah, Dios! Era tan injusto. Tener a alguien que te ofreciese algo

así y no poder aceptarlo. Lo peor de todo era que dudaba incluso de poder hacer que lo entendiese sin revelar demasiados secretos.

Con voz contraída, ella dijo:

—Aprecio tu oferta, Chase, pero hay razones que me impiden aceptarla.

Él la observó un buen rato.

—¿Qué razones? Tal vez pueda ayudarte.

—No. Quizá lo intentarías. Pero algunas dificultades no pueden resolverse.

—Mi familia no es como las demás. Sabes que Índigo te apoyaría. Y mis padres son exactamente como ella. Entre ellos y yo, podemos de algún modo hacer que tus responsabilidades sean menores.

Esto costaría una fortuna, por no hablar de que haría falta un milagro.

—Mis responsabilidades son un poco peores que las de la mayoría, me temo.

—Cuéntamelas.

Parecía tan serio que, por primera vez en nueve años, estuvo tentada. Pero el sentido común le dijo que no debía dejarse convencer. Incluso aunque tuviese las mejores intenciones, Chase podría repetir accidentalmente algo de lo que ella le contase. Si la verdad sobre su identidad se hacía alguna vez pública, sería desastroso. Lo sería hasta tal punto que causaría daños irreversibles incluso a personas que solo sospechasen quién era realmente. Grants Pass, su pueblo natal, estaba lo suficientemente lejos como para estar a salvo si era cuidadosa, pero no lo suficientemente lejos como para estar libre de los cotilleos que ella se había cuidado de provocar. Había mucha gente a la que amaba que saldría muy perjudicada.

—Por favor, no me malinterpretes —dijo rápidamente—. Siempre te estaré agradecida por la ayuda que me ofreces. —Consiguió sonreír—. He tenido otras ofertas antes, claro, pero siempre ligadas a compensaciones. Eres el primer hombre en mi vida que no quiere nada para él.

Se le contrajo la boca.

—Eso no es del todo cierto. Hay algo que quiero para mí.

—Ah.

Él hizo una mueca.

—Nada de lo que estás pensando. Y no creas que no te considero extremadamente atractiva, porque así es. Es solo que... —respiró profundamente—. Me gustaría ayudarte a empezar de nuevo sin que exista nada de eso entre nosotros. ¿Lo entiendes? Sin obligaciones, sin complicaciones. Solo como amigos. Necesito hacerlo así.

Franny arrugó el entrecejo.

—¿Lo necesitas? Lo siento, pero no te entiendo.

Él se frotó la nariz y miró su taza de vino. En la oscuridad, Franny supo que no podía ver nada, que estaba enfocando el contenido de la taza solo porque le costaba mirarla a ella.

—Una vez, hace mucho tiempo, pude haber ayudado a alguien, pero al final le di

la espalda y no lo hice. Desde que te he conocido, me he dado cuenta de lo mucho que me equivoqué. —Por fin levantó la mirada—. No puedo volver atrás y cambiar el pasado. Solo puedo mirar hacia delante. Pero si puedo ayudarte, tal vez pueda dejar de sentirme culpable.

—Entiendo.

—Probablemente no. No me he explicado muy bien, lo sé. Pero lo he hecho lo mejor que he podido.

—Si tu plan es rescatar a un alma descarriada, me temo que has elegido a la mujer equivocada. No existe salida para mí. En unos cuantos años —agitó la mano—, espero que las cosas sean un poco más manejables para mí, que pueda elegir incluso otra forma de ganarme la vida, pero, hasta entonces, no tengo otra alternativa que seguir haciendo lo que hago.

—Todo el mundo tiene otra alternativa, Franny.

—No —se limitó a decir ella—. Algunos no la tenemos.

Su frustración era evidente.

—Ha sido maravilloso —le dijo—. Pero ahora creo que debo volver. Si me acompañas, te devolveré los cincuenta dólares. Todavía tengo libre parte de mi turno. Puedo recuperar el tiempo perdido.

—Me estás poniendo entre la espada y la pared. No puedo dejarte en ese agujero. Si no puedo sacarte de allí de una forma, lo haré de otra.

—Necesitarás una carga de dinamita y varias palancas —dijo ella tímidamente.

Él sacudió la cabeza.

—No me alejaré esta vez. Que te quede claro.

Volvía a tener ese brillo de determinación en la mirada. Se dio cuenta de que lo decía en serio. Pasase lo que pasase, estaba dispuesto a sacarla de allí. Si hubiese sido cualquier otro hombre, a Franny le hubiese parecido divertido. Pero desde el principio había sentido que Chase Lobo tenía un lado peligroso. No era un hombre al que una podía tomar a la ligera, y tenía el presentimiento de que rara vez fallaba en conseguir lo que se proponía.

—Si tengo que hacerlo, seguiré el ejemplo de mi padre y te secuestraré —dijo en broma.

A pesar del tono casual, Franny no pudo menospreciar la amenaza. Con todo el mundo en el pueblo, había oído los rumores que circulaban sobre Chase Lobo. Era un rebelde, eso sin duda. Si decidía secuestrar a una mujer, probablemente lo haría, sin reparar en las consecuencias. No sería la primera vez que se daba de bruces contra la justicia.

Algo en la expresión de ella debía de haberle revelado lo que estaba pensando, porque su voz se hizo más dulce.

—No empieces a tenerme miedo otra vez, Franny. De verdad, soy inofensivo.

Acero envuelto en terciopelo, pensó ella de forma absurda. Para nada lo que ella consideraba inofensivo. Tiró lo que quedaba de su vino y metió la taza en la cesta. Al

levantarse, dijo:

—De verdad, tengo que volver.

Ella esperaba que él la contradijera. Sin embargo, se puso en pie, puso la taza y la botella dentro de la cesta y después la ayudó a doblar la manta. Acercándose para igualar los extremos, Franny rozó accidentalmente sus nudillos con los de él. El contacto la electrificó, y levantó los ojos hacia él, incapaz de apartar la mirada. Durante un momento interminable, pensó que él iba a besarla. Y lo que era aún peor, hubiese querido que lo hiciera. Tanto, que le dolía el estómago.

No había duda: Chase Lobo era peligroso.

## Capítulo 9

Mucho después de que Chase acompañase a Franny de vuelta a la taberna y fuese a casa a buscar su propia cama, recordó tendido en la cama la expresión de incredulidad que había visto en sus ojos al darse cuenta de que no tenía intención de subir a su habitación y pedir compensación haciendo el amor con ella por el dinero gastado.

Tampoco creía que Franny pensase en el acto sexual como en una forma de hacer el amor. Si es que tenía, en realidad, alguna forma de verlo.

Sonrió tristemente al recordar su rincón de la costura, un espacio separado y escondido del resto de la habitación por un biombo. Franny, su verdadero y encerrado y escondido de miradas indiscretas.

Una pregunta estaba consumiéndose a Chase. ¿Por qué? ¿Qué sucesión de acontecimientos había llevado a Franny a la vida que llevaba, y qué era lo que le impedía dejarla? Recordó el enigmático cojín con la cara de payaso bordada, el vestido de encajes sobre su mesa de coser, la colección de dibujos y arte floral que había colgado de las paredes y su Biblia, abierta por el pasaje de María Magdalena. Una joven como ella no pertenecía a un lugar como el Lucky Nugget. Debería estar casada y bordando cojines para sus propios hijos. Debería tener un hombre que la amase, que la protegiese y cuidase de ella.

Cerrando los ojos, Chase trató de imaginarse a sí mismo cumpliendo este papel, y la imagen tomó forma en su mente con demasiada facilidad. Imágenes de él con un sentido de lo que estaba bien y le llenaba de satisfacción. Recordando su inocente mirada de ojos verdes y la manera en la que se le hacían dos hoyuelos al lado de la boca cuando conseguía arrancarle una sonrisa, no pudo evitar sentir que sus pasos le habían estado llevando hacia ella durante toda su vida.

Era una locura. ¿O no? Según su padre, cada hombre tiene un destino personal, un propósito en la vida para el que ha nacido y, hasta que lo encuentra, vaga sin rumbo por la vida, buscando siempre, siempre insatisfecho. Chase había experimentado este sentimiento, pero, ahora que había conocido a Franny, había desaparecido. Quizás estaba destinado a ser el hombre que la sacase de sus circunstancias y le diese el hogar que se merecía.

El deseo que sentía en su interior por hacer justamente eso era innegable y, mientras se quedaba dormido, notó que una pequeña semilla de determinación encontraba su sitio. En el transcurso de la noche, mientras dormía, esa semilla echó raíces y por la mañana, cuando despertó, se sintió lleno de determinación. En el mismo instante en que abrió los ojos, empezó a planear su estrategia.

Esa noche, en el momento en que se hizo de noche, volvió al Lucky Nugget con otros cincuenta dólares en la mano. En treinta minutos, había sacado a Franny del



local para llevarla a pasear con él a la luz de la luna.

—¿Volvemos al patio del colegio? —preguntó un poco nerviosa.

—Esta noche, no. —Bajando los ojos para mirarla, a Chase no se le pasó la manera en la que se mordía el labio inferior, y no pudo evitar sonreír para sí—. No tienes de qué preocuparte, Franny. Gus sabe que has salido del local en mi compañía. Soy hombre muerto si algo te ocurre.

Ella sacudió la cabeza.

—No es eso. Después de anoche, estoy convencida de que eres inofensivo.

—¿Que soy inofensivo? —No pudo resistirse a bromear con ella—. Nunca le digas a un hombre que es inofensivo. Hará todo lo posible para demostrarte lo contrario. Digno de confianza, tal vez.

Ella hizo un sonido de exasperación.

—Esto no es algo que debas tomarte a broma.

—¿El qué no lo es?

—Toda esta situación.

—¿Y qué situación es esta?

—El hecho de que pagues una suma tan elevada dos noches seguidas para monopolizar mi tiempo. No puedes seguir haciendo esto, y lo sabes.

—¿Hacer qué?

El tono de su voz subió una octava.

—Desperdiciar de esta manera tu dinero.

—¿Querrás verme sin que pague nada?

Ella puso los ojos en blanco.

—Tengo que ganarme la vida.

—Entonces seguiré desperdiciando mi dinero. Aunque yo no creo que sea un desperdicio.

—A este paso, te quedarás pronto sin blanca.

A pesar de que no había brusquedad en su tono, Chase vio una preocupación genuina en sus ojos. No pudo evitar recordar lo convencido que estaba de que era una cazafortunas. Se había equivocado por completo.

—Deja que sea yo el que me preocupe por mi dinero —le dijo con amabilidad—. No me gastaré más del que pueda permitirme.

A decir verdad, cada céntimo que Chase tenía en el banco tenía ya un objetivo y, si quería conseguir su propósito a tiempo, no podía gastarse mucho más viendo a Franny. Pero, tal y como lo veía, era una cuestión de prioridades. Él ya tenía un trozo de tierra de cierto tamaño y, si no podía comprarse más en ese momento, todavía era joven para hacerlo. Franny le necesitaba ahora.

Perdido en sus pensamientos, le llevó un tiempo darse cuenta de que Franny se retorció nerviosamente las manos, un hábito que le parecía entrañable porque su madre solía hacerlo cuando estaba preocupada. Era un gesto puramente femenino, pensó, y transmitía ansiedad mucho más que las palabras.

Él se inclinó ligeramente para ver su cara mientras caminaban.

—¿Un penique por tus pensamientos?

—No puedes permitirte darme un penique por ellos.

Chase se rio sin poder evitarlo. Después se puso serio al ver que Franny parecía de verdad preocupada.

—Franny, no me gastaría el dinero si no pudiera hacerlo.

—Nadie tiene tanto para tirarlo así. —Hizo una pausa y respiró profundamente—. Tenemos que hablar de esto, Chase.

—Está bien. Hablemos.

—He sido amiga de Índigo desde hace años. Sé todo lo referente a tus aspiraciones para convertirte en un empresario de la madera un día.

—¿Y?

Ella levantó las manos.

—¿Cómo que «y»? Si te gastas el dinero así nunca conseguirás lo que quieres. Sé que estás echando mano de tus ahorros. Has trabajado muy duro para conseguir cada céntimo, y no quiero ser responsable de que te gastes ese dinero tan frívolamente.

—Lo tendré en cuenta.

—Entonces, llévame de vuelta a la habitación. Te devolveré los cincuenta dólares que me has dado esta noche y podrás parar esta locura antes de que dilapides una fortuna para nada.

—¿Para nada?

—Sea lo que sea que quieres de mí, no puedo dártelo. ¿No lo ves? ¡Traerme aquí ayer por la noche, para columpiarme y cogermelo de la mano! Y esta noche, me llevas de paseo a la luz de la luna. —Se tocó la garganta, con la vista fija en uno de los botones de la camisa de Chase—. ¿Qué sentido tiene todo esto? Te estás comportando como si... si estuvieras cortejándome.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Para empezar, que no tiene ningún futuro. Y además, ¿por qué iba a quererme ningún hombre? Encuentra a una buena chica, Chase. Llévala a ella a pasear a la luz de la luna. No te costará un penique.

—Tal vez no quiero estar con ninguna otra chica.

—Eso es una tontería. —Con un esfuerzo evidente, levantó los ojos hacia él. Por su expresión, Chase supo que le costaba decir lo que iba a decir—. Soy... una prostituta. Cepillarme el almidón y quitarme el maquillaje de la cara no va a cambiar eso. No sé por qué estás haciendo esto, pero, sea por la razón que sea, es inútil. Soy lo que soy, y eso no podrá cambiar nunca.

—¿Por qué no?

—Simplemente no puede ser. Si tenías la loca idea de salvarme de mí misma y cambiarme la vida, olvídale. Soy una causa perdida.

—Franny, nadie es una causa perdida. —Al decirlo, Chase se dio cuenta de que de verdad lo pensaba—. Y siempre hay una salida. Para ti, tal vez sea yo. Danos al

menos una oportunidad, ¿de acuerdo?

—No —sacudió la cabeza con determinación—. No quiero volver a verte. Lo digo en serio. Llévame de vuelta a la taberna, coge tu dinero y desaparece.

Chase la cogió del brazo y volvió a guiarla en su paseo.

—Hemos venido aquí a pasear, y eso es lo que vamos a hacer.

Con un suspiro cansado, se tocó la frente con la parte exterior de la muñeca.

—Está bien. Pero no me digas después que no te lo advertí. No hay ningún futuro para esto, punto, y nada de lo que digas o hagas va a cambiar eso.

—Está bien. No hay futuro. Pero tenemos esta noche y tantas noches como pueda pagar antes de que me quede sin dinero.

—Estás loco.

—Seguramente. Pero es mi dinero, y puedo gastarlo como se me antoje.

Chase la llevó a uno de sus lugares favoritos junto al arroyo de Shallows Creek. Había un roble viejo y grande allí, y sus pesadas ramas se extendían haciendo que la luz de la luna alcanzase la hierba en motas, como perlas sobre una capa de terciopelo. En vez de sentarse junto a él en la ribera, Franny se quedó de pie apoyada sobre el tronco, las manos primorosamente cogidas y sujetas tensamente a su cintura. Tenía la vista fija en el agua que corría burbujeante, y Chase tuvo la inquietante sensación de que solo estaba con él en cuerpo.

Sabiendo lo preocupada que estaba, decidió dejar que escapara de él unos minutos. En cierto modo, su ataque de conciencia le divertía. Recibía dinero de los hombres casi cada noche, y aun así se resistía a aceptar el suyo. Supuso que para ella el suyo no era un intercambio justo, pero, según lo veía él, era mucho más justo que de la otra manera. No había nada aceptable en que una mujer se redujese a vender su cuerpo a un hombre por monedas. Ni aceptable, ni justo.

Después de varios minutos, Chase rompió el silencio.

—Hace una noche preciosa, ¿no crees? Me encanta el sonido del viento en los árboles. Mi padre dice que es Dios susurrando su sabiduría y que si le escuchamos podremos entender lo que dice.

Ella no respondió, y Chase se volvió para mirarla. La expresión vaga de su rostro le dijo que seguía inmersa en imágenes que él no podía ver. Darse cuenta de ello le enfurecía tanto como le entristecía, lo primero porque fuese capaz de separarse de él con tanta facilidad y lo segundo porque parecía sentir que lo necesitaba. Él no era una amenaza para ella. Al menos, no de la manera habitual.

Este pensamiento le hizo dudar, y empezó a preguntarse si no estaría amenazando a Franny de una manera que a él se le escapaba. Se puso en pie y se acercó lentamente a ella. Parecía no darse cuenta de sus movimientos. Deteniéndose junto a ella, estuvo a punto de cogerle la barbilla con la mano, y después pensó que era mejor no hacerlo. Las caricias físicas podían forzarla a volver a la realidad. En la oscuridad de su habitación, ella se enfrentaba a mucho más y conseguía evadirse de ello.

—¿Qué edad tienes, Franny?

Algo brilló en sus ojos, y Chase sonrió levemente. Para responder a preguntas directas, sí tenía que pensar.

—Ehhhh, ¿qué edad tienes?

La expresión de estar en blanco que tenía fue desapareciendo y pareció enfocar en dirección a él, con una mirada que se adivinaba irritada.

—¿Qué edad parece que tengo?

—Unos dieciséis.

Ella arrugó la nariz.

—Nunca tuve dieciséis. Pasé directamente de los trece a los noventa sin cumplir años entremedio.

Chase tuvo el horrible sentimiento de que lo decía de verdad.

—¿Y antes, cuando tenías trece, cómo eras?

Su boca se torció con una sonrisa cargada de tristeza.

—Era una chiquilla que aún creía en los cuentos de hadas.

Sintiéndose algo mareado, Chase tragó saliva. ¿Qué clase de hombre podía saciar su apetito en el cuerpo de una niña? ¿Qué clase de mundo permitía que una inocente se convirtiese en víctima?

—¿Qué pasó, Franny? ¿Puedes decirme algo? Anoche, mencionaste que tu padre murió y que te dejaron en un orfanato. ¿No había nadie allí para ayudarte? ¿Te viste obligada a entrar en esta profesión por hambre?

—No, no me estaba muriendo de hambre —dijo con voz hueca—. Supongo que, si hubiese sido así, podrías excusarme, ¿verdad? Podrías justificar lo que hice, ¿no es así?

Había una gran amargura en sus preguntas. Chase no había querido parecer crítico.

—No te estoy condenando, Franny, solo intento saber más de ti.

Ella se apartó del árbol.

—No hay nada que saber. No tengo pasado. —Después de poner algo de distancia entre ellos, volvió a mirarle, con la vista fija en el tronco que había detrás de él. La expresión de anhelo que vio en sus ojos le conmovió. Sabía que había visto las iniciales que los jóvenes amantes habían grabado en la corteza del árbol a lo largo de los años. Este sitio en Shallows Creek era el lugar favorito para las citas entre enamorados, lo había sido durante décadas y probablemente lo sería siempre. Mientras ella miraba los múltiples corazones y flechas de Cupido que habían sido grabadas por amantes entregados, su voz se volvió extrañamente dura y sin expresión—. Sin pasado, y sin futuro.

Así era como ella lo veía de verdad, comprendió Chase. Estas no eran palabras ensayadas para conmovéle. Atraído, Chase salvó la distancia que había entre ellos con zancadas bien medidas, sin estar del todo seguro de lo que haría cuando llegase a ella. Lo único que sabía era que había una súplica en sus ojos que no podía ignorar. Al detenerse, comprendió dos cosas: que era más pequeña de lo que había pensado y

que su cercanía la ponía nerviosa.

Chase sonrió levemente mientras le acariciaba la barbilla con la mano. ¿Una prostituta que temblaba cuando un hombre se acercaba a ella? Era un enigma para él. Los hombres no deberían alarmarla, y, sin embargo, tenía la impresión de que así era.

Esa boca. Tenía una forma perfecta, con el labio superior delicadamente arqueado y el inferior carnoso y sensual, del color de los pétalos de rosa desplegados a la luz del sol de primavera. Era el tipo de boca con el que un hombre fantaseaba y deseaba probar. Estando tan cerca como estaba, la punta de sus pechos rozaban su camisa, y podía sentir el calor abrasador que irradiaban a través de las capas de lino que cubrían sus costillas. Sin querer soltarle la barbilla, le puso la otra mano en la cintura.

Agachando la cabeza, Chase buscó esa dulce boca con la suya, dispuesto a besarla. Pero justo antes de que sus labios se tocaran la miró a los ojos y no pudo ver nada. En solo un chasquido de dedos Franny se había ido. Se quedó helado, sintiéndose como si alguien le hubiese clavado un puño en las entrañas.

—Franny —susurró.

Levantándole la cara levemente, Chase estudió su expresión, sorprendido de lo acostumbrada que estaba a separarse de la realidad en el momento en que se sentía amenazada. Su barbilla se elevó con facilidad al contacto con su mano. Bajo la mano con la que le sujetaba la cintura, no sintió ninguna tensión. Chase supo que podría desvestirla y tumbarla en la hierba y hacer lo que deseara con su hermoso cuerpo. No se resistiría. Dudaba incluso de que fuese consciente de que él estaba allí. Pero él quería algo más que un encuentro físico con ella.

—Cuéntame algo de las imágenes que ves en tus sueños —le susurró con voz ronca—. ¿Adónde vas?

No respondió, así que Chase repitió la pregunta en voz más alta. Ella parpadeó y su respiración se alteró como si acabase de salir de un sueño profundo.

—¿Cómo dices?

—Ahora —repitió él—, ¿qué estabas imaginando?

Sus ojos se encontraron con los de él, atónitos y titilantes a la luz de la luna. Eran unos ojos maravillosos. Podía perderse en ellos para siempre.

—¿En qué tipo de cosas sueñas? —le preguntó con mayor precisión.

—No... no sé lo que quieres decir.

Ella sabía exactamente lo que quería decir, y él lo sabía.

—Te escapas a sitios imaginarios. Índigo se lo contó a Jake, y Jake me lo contó a mí. Así es como sobrevives por las noches, ¿verdad? Así eres capaz de vivir siendo utilizada por los hombres que te visitan en la habitación.

Ella trató de apartarse de él pero Chase estaba preparado y la cogió con rapidez. Al apretarle la barbilla con la mano, su boca se arrugó de manera seductora bajo la presión de sus dedos. Deseaba tocar esos labios, poner los suyos sobre ellos, tomar algo que ella no podía negarle. Pero quería hacerlo cuando fuese consciente de que lo hacía y no en algún lugar de ensueño.

—No puedes escapar de mí con tanta facilidad —le dijo.

Levantando los ojos hacia él, Franny supo que su advertencia tenía doble significado, que no solo estaba diciéndole que no podía librarse de sus manos, sino que tampoco permitiría que dejase escapar su mente. Su altura, su tez morena y su cuerpo delgado llenaban toda su visión, con unos hombros anchos y unos brazos tensos que impedían que se moviese. Solo esto hubiese sido suficiente para asustarla. Pero el brillo de determinación que vio en sus ojos aún la impresionó más. Chase Lobo no era de los que se conformaban con medias tintas y, cuando poseía a una mujer, la poseía por completo. Su expresión le decía sin necesidad de palabras que había decidido que la quería.

A Franny se le aceleró el pulso. Aterrorizada, conjuró una docena de planes para escapar, y todos los descartó por absurdos. No podía ganar a un hombre e, incluso si pudiese, solo tenía un lugar adonde ir, la taberna. Para él sería suficiente encontrarla allí. En su habitación había cincuenta dólares de oro sobre la mesa, el precio que había pagado por pasar la noche en su compañía. Ella podía pasar ese tiempo allí o arriesgarse a tener que pasarlo con él en la cama. Normalmente no hubiese encontrado esto último motivo de alarma, pero presentía que Chase le pediría toda su atención mientras se unía a ella físicamente. No habría posibilidad de huir a su mundo de ensueño, de separarse de su cuerpo cuando este hombre le pusiese las manos encima.

Chase hizo un arco con el dedo pulgar y después se lo pasó por sus labios abiertos. Con la boca ligeramente tensa, midió el ritmo acelerado de sus inhalaciones y exhalaciones. Ella podía sentirse el pulso golpeándole frenético los dedos, que él había colocado ahora en su mandíbula. Él debía de haber percibido su temor, porque tenía una expresión divertida en el rostro.

De repente, la soltó y se volvió hacia el árbol. Temblando, Franny se abrazó a la cintura mientras le veía sacar el cuchillo de la funda que tenía en la cadera. La hoja del arma brilló a la luz de la luna mientras la acercaba a la corteza del árbol. Con movimientos secos de su fuerte muñeca, empezó a morder la corteza. Observándole desde detrás, Franny sintió un picor en los ojos al ver que su nombre tomaba forma en el árbol.

Sabía que era una tontería. Hacía tiempo que había renunciado a ese sueño de niña de ver su nombre grabado en un árbol. Sin darse cuenta, Chase había cumplido con uno de sus sueños. Aunque sabía que las frescas marcas en la corteza permanecerían solas, ningún hombre en su sano juicio querría nunca unir su nombre al suyo, ni en un viejo árbol ni en ningún otro sitio.

Sin poder creérselo, Franny vio que Chase terminaba su nombre y empezaba a grabar otro a su lado. Una «C» fue pronto seguida de una «H». Para cuando hubo terminado y empezó a dibujar un corazón rodeando los dos nombres ella estaba temblando. Después se estiró y le sonrió. Franny pensó que estaba burlándose de ella.

Franny, la prostituta, la que nunca podría ser amada.

De repente su mente dejó de pensar con claridad, y echó a correr instintivamente. Mientras atravesaba el bosque iluminado por la luna, oyó a Chase que la llamaba, con un tono de sorpresa en la voz. No se detuvo ni aminoró la marcha por miedo a que pudiera alcanzarla. Estaba casi en la taberna cuando pensó que tal vez él no estuviera persiguiéndola. Con esas piernas largas que tenía, la hubiese alcanzado ya con creces.

Solo en el bosque, Chase vio alejarse a Franny, confundido, sin saber muy bien qué había hecho mal para ofenderla de esa manera. ¿Grabar sus nombres en el árbol? Estaba seguro de que no podía ser eso. Lo había hecho como un símbolo de sus sentimientos hacia ella, no como un insulto. Aun así, su reacción era la de alguien que se había sentido humillado.

Paciencia, se dijo a sí mismo. Tenía que ser paciente. Tal vez fuese una buena idea que desapareciese unos días y le dejase algo de espacio. Por muy abominable que le pareciese dejar que trabajase otra vez, sabía que debía ir más despacio con ella. No podía esperar que capitulase a la primera. Quizá si le daba más tiempo para pensar, sería más receptiva la próxima vez que se vieran.

## Capítulo 10

Como hacía una vez al mes desde hacía ocho años, Franny alquiló una calesa el sábado siguiente por la mañana y fue a visitar a su familia. Aunque el camino estaba bien y era fácil de atravesar en el verano, el viaje siempre se le hacía largo y agotador, y le ocupaba casi todo el día. A dieciséis kilómetros de Grants Pass, había una casucha de mineros abandonada donde siempre se detenía a limpiarse el polvo del camino y cambiarse de ropa. Cuando salía de la maltrecha cabaña, la Franny de Tierra de Lobos desaparecía. En su lugar, aparecía Francine Graham, una joven bien peinada y bien vestida. El sombrero de ala ancha de Franny era cuidadosamente escondido en el fondo de su cartera, junto con el resto de sus secretos.

Ver a su familia no provocó en Franny la misma alegría que otras veces. Chase Lobo había abierto viejas heridas en su interior y la había obligado a ver lo solitaria y sin sentido que era su vida. El tiempo que pasaba con él hacía que desease cosas que tenía desde hacía tiempo por inalcanzables, y el dolor que crecía en su interior era difícil de mitigar.

Mientras estaba en casa, Franny trató de borrar a Chase de su mente, pero era como si todo le recordase a él. A la semana siguiente, Alaina cumplía dieciséis años y la chica no podía apenas contener su emoción. ¿Le había traído Franny un regalo? La pregunta trajo a la mente de Franny el vestido de encaje que había en su mesa de coser y la manera en que Chase lo había observado.

Y todo así.

Mirando las caras queridas de los miembros de su familia, Franny se recordó a sí misma cuál era su propósito en la vida. No tenía otra opción, y nunca la tendría. Chase Lobo era un peligro para ella. Y ya fuera queriendo o sin querer, también era cruel. Por razones que no podía imaginar, trataba de hacerle creer que quería cortejarla. El mero hecho le parecía absurdo. Los hombres no cortejaban a las prostitutas. Ni las respetaban. Cuando se enamoraban lo hacían de mujeres castas, buenas y puras. Nunca de prostitutas. Sería una imbécil si empezase a pensar de otra manera.

Además, se reconfortó, incluso si, por algún extraño hado del destino, Chase se hubiese enamorado de ella, tenía que saber que no estaba sola, que a su cargo tenía a una gran familia. La suma de dinero que necesitaría cada mes para mantenerlos y atender sus necesidades especiales era tan grande que ningún joven querría asumir esa responsabilidad. Necesitaría mucho más que amor para convencerle de hacerlo. Necesitaría que hubiese perdido la cabeza.

Durante su visita a casa, Franny vio que su hermano menor, Frankie, la observaba de tanto en tanto con una mirada inquisitiva. No pudo evitar recordar la noche en que él y un amigo suyo habían aparecido en el Lucky Nugget. Cuando pensaba en lo



cerca que había estado de que la descubrieran, se echaba a temblar. ¿Había encontrado Frankie alguna forma de relacionarla con la prostituta del Lucky Nugget?

A ratos, Franny tenía que morderse la lengua para no reñir a Frankie. Sabía por qué él y su amigo habían ido tan lejos para entrar en una taberna. Menudos granujas. Aunque sabía que su hermano era casi un hombre ahora que había cumplido diecisiete años, quería castigarle por ir en busca de una mujer de la calle. Al menos, había sido discreto y se había ido lejos a buscarla. Pero aun así, le parecía grave que se hubiese ido a Tierra de Lobos a buscar una prostituta. No solo porque le veía muy joven para tales actividades, sino también porque no era propio de la educación que había recibido. A su madre le rompería el corazón saberlo, y Franny no podía evitar temer que la manera en que un hombre entraba en su vida adulta era la forma en la que después se movía por ella. Quería que su hermano fuera un hombre bueno, temeroso de Dios, que viviese una vida limpia, y que no fuera del tipo de hombres que visitan las tabernas y se relacionan con prostitutas.

Desgraciadamente, Franny no podía reñir a su hermano sin exponerse a sí misma.

Cuando Franny volvió a Tierra de Lobos el lunes por la noche, se detuvo en la habitación de May Belle y encontró a su amiga llorando. Alarmada, entró en el dormitorio y cerró la puerta tras ella.

—May Belle, ¿qué te ocurre? ¿Qué pasa?

May Belle pareció avergonzarse de que su amiga la encontrase en un momento de debilidad y hundió la cara entre la almohada. Sus hombros se arquearon con un sollozo. Preocupada, Franny se sentó en el borde de la cama y tocó levemente el pelo estropeado de su amiga.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó con amabilidad.

—Sí —respondió May Belle con voz amortiguada—. Puedes meter algo de sesera en esta vieja y hueca cabeza mía.

Franny acarició el hombro de la mujer.

—Vamos, vamos, no conozco a nadie con más sentido común que tú.

—No últimamente.

Con un sonoro sorbo, May Belle se puso de lado. Ahora que su edad la libraba de tener que entretener a los hombres, había dejado de maquillarse. Franny pensó que era mucho más guapa sin todo ese maquillaje. Las líneas de su piel se notaban menos, y su color natural tenía un brillo saludable que el polvo había estado escondiendo.

—Ay, Franny —susurró temblando—. Con todas las veces que te he advertido de esto, no vas a creerte lo que me ha pasado.

Perpleja, Franny trató de pensar en qué era lo que podría estar queriendo decir su amiga.

—Me he enamorado —dijo por fin May Belle.

Por un instante, Franny se sintió contenta. Además de su madre, no había otra

mujer en la tierra más buena o cariñosa que May Belle, y el mayor deseo de Franny era verla encontrar la paz y la felicidad en sus años de retiro. ¿Pero un hombre? Retirada o no, el amor era arriesgado para una prostituta. May Belle había sido siempre de esta opinión y había enseñado a Franny a defenderla. La mujer de la calle que daba a un hombre su corazón buscaba problemas, normalmente más de los que ella podía imaginar.

Años atrás, May Belle se había enamorado de un jugador y había creído sus promesas de boda, casa y jardín con valla de madera pintada de blanco. Había empezado a viajar con él. Una noche al jugador le cambió la suerte y vendió los favores de May Belle a extraños de la taberna que había bajo su casa. Reformada y determinada a mantenerse así, May Belle se negó a hacerlo. Como represalia, el jugador le dio una paliza que casi la mata y la abandonó sin dinero ni nadie que la cuidase mientras se recuperaba del abuso. May Belle se vio forzada a prostituirse para sobrevivir, y terminó aquí en Tierra de Lobos, más sabia después de su experiencia. En todos los años que siguieron, nunca se había permitido encariñarse de ningún hombre, y a menudo advertía a Franny que no lo hiciera.

—¿Quién es? —preguntó Franny.

—Shorty —contestó sin demasiado entusiasmo May Belle.

Franny estuvo a punto de reírse. ¿Shorty? El viejo minero era lo más lejano a un Romeo que podía imaginarse: bajito, con barriga y sin la mitad de los dientes. Disfrazada con sus ropas de trabajo, Franny se había aventurado a bajar al bar algunas veces cuando Shorty estaba allí. Siempre había sido amable y educado con ella, y sabía que era un buen amigo de Índigo. Pero ¿era alguien de quien una podía enamorarse? No, en su opinión.

—Ah, ya sé que no parece gran cosa —admitió May Belle—. Pero cuando llegas a mi edad, cariño, la apariencia de un hombre es lo de menos. Él tiene un gran corazón y la manera en la que me trata... —su voz se quebró—. Me hace sentir especial, ¿sabes?

—¿Entonces cuál es el problema?

—No soy tan tonta como para volverme a tragar el anzuelo. Ese es el problema.

A pesar de todas sus carencias, Franny no creía que Shorty fuera de los que pudiesen usar a una mujer para luego dejarla. Cuando así se lo dijo, May Belle hizo un ruido de desdén.

—Al final, cariño, son todos iguales. Al menos cuando se trata de mujeres como nosotras. He sido una puta la mitad de mi vida, y estar jubilada no puede borrar eso. Incluso alguien como Shorty podría al final recobrar el sentido común y recordarlo. No quiero estar con él cuando esto ocurra. Me está persiguiendo para que me case con él. ¿Puedes creértelo? Dice que nos construirá una bonita casa junto al riachuelo, en algún lado, que plantará para mí rosas trepadoras por todo el porche y que podremos sentarnos ahí fuera en las noches de verano para escuchar a los grillos.

—Suenan maravilloso —susurró Franny con nostalgia.

—Sí y, mientras dure, así será. Pero antes o después, de una forma o de otra, lo perderé todo.

Franny no sabía qué decir. Después de un momento, murmuró:

—Quizás a él no le importe lo que hayas hecho para ganarte la vida, May Belle. Quizás él...

—Son pocos los hombres a los que no les importa —sentenció la anciana mujer—. Tal vez dicen que no, pero al final siempre terminan por atormentarte. Cuando todavía trabajaba, ahorré dinero para hacerme mi propio nidito. Si me caso con él, podría quedarse mi dinero y decirme que me vaya a paseo. No soy tan estúpida.

Tampoco lo era Franny. Había una similitud entre los problemas de May Belle con Shorty y los suyos con Chase. Si fuera lista, escucharía los consejos de la vieja mujer y no se creería, ni siquiera por un segundo, que Chase Lobo podía ser sincero con ella. Siempre sería una prostituta. Solo un milagro podría cambiar eso y estaba segura de que Dios tenía cosas mucho más importantes que hacer que conceder milagros a las prostitutas.

Con la visita a May Belle aún reciente, Franny se alegró de ver que Chase aparecía en su puerta esa noche justo antes de anochecer. Su resuelta llamada en la puerta le dijo que era él. En primer lugar, porque ninguno de sus clientes llegaba antes de que fuese noche cerrada y, en segundo lugar, porque nunca anunciaban su llegada. Iba contra las reglas.

Envalentonada por las advertencias de May Belle, Franny dejó entrar a Chase, después se dirigió a abrir el cajón superior del escritorio y sacó los cien dólares de oro que él le había dado. Las piezas estaban envueltas en un pañuelo, y ella supo por su expresión que no tenía idea de lo que había dentro hasta que no le puso el hatillo en la mano.

Franny evitó la intensidad de su mirada y le rodeó para ir a abrir la puerta del cuarto. Después le hizo un gesto para que saliera.

—No quiero tu dinero —le dijo con educación, aunque también con firmeza—. No me lo he ganado y no acepto caridad. Ahora, si fueses tan amable de irte... tengo que vestirme para mi turno.

—Franny, ¿podemos hablar un minuto?

Su tono amable y persuasivo hizo que le subiera un escalofrío por la espalda. Él parecía estar derribando cada uno de los muros que con tanto cuidado había erigido y detrás de los cuales se había estado escondiendo todos estos años. Al hacerlo, su distancia con la realidad se desmoronaba. Cuando la miraba a los ojos, se sentía desnuda de una manera que nunca había sentido con ningún hombre, por mucho que supiera que no tenía intenciones de tomar su cuerpo. Él quería algo más, y ella no tenía nada más que darle. Trataba de hacerle creer en sueños imposibles. Si bajaba la guardia, terminaría por destrozarla.

—Quiero que te vayas —insistió ella—. Los hombres no pagan a las mujeres para hablar, lo que me parece bien porque no se me da muy bien hacerlo. Ellos quieren una única cosa cuando vienen a verme, y esto es todo lo que estoy dispuesta a ofrecer. —Hizo un gesto hacia la puerta, que estaba abierta—. A partir de ahora, aténgase a mis normas, señor Lobo, o no vuelva a cruzar mi puerta. Nada de luces, ni de conversación, ni de clientes para toda la noche. Por muy buenas intenciones que tenga, si deajo que monopolice mi tiempo, terminaré perdiendo al resto de mis clientes, y no puedo permitírmelo.

—Franny, yo...

—¡Adelante! —dijo con tono estridente—. Arme el lío que quiera y haga que pierda mi trabajo. Puedo ganarme la vida como prostituta en cualquier otro sitio. Siempre habrá otro pueblo, otra taberna, otra habitación esperándome. Si tengo que irme, no será agradable, pero no será tampoco el fin del mundo. Tengo algo de dinero ahorrado para mantenerme mientras encuentro otro trabajo.

Ese brillo familiar apareció en los ojos de él. Uno de los músculos de su mandíbula se puso tenso, palpitando al compás del corazón.

—Está bien —dijo en un tono neutro.

Franny saltó cuando él dejó caer el montón de dinero sobre el escritorio. Aflojando los nudos del pañuelo, sacó una pieza de oro de diez dólares y la puso a un lado.

—Según las reglas —dijo suavemente, inclinando la cabeza hacia el cartel—, aprovecharé lo que pueda.

Sintiéndose helada por dentro, Franny apretó el pomo de la puerta que tenía agarrado.

—No empiezo el turno hasta que se hace de noche —le recordó— y, como puede ver, no estoy del todo lista para trabajar todavía.

Él le miró la cara, que estaba limpia de maquillaje, y después bajó los ojos hacia su chal de seda.

—Será suficiente. De todas formas, no me gusta tu pelo almidonado.

Con esto, franqueó la distancia que había entre ellos con pasos lentos y medidos. Después de darle la vuelta al cartel para que se leyera que estaba ocupado, le cogió la mano con sus fuertes dedos alrededor del pomo. Con un gesto firme pero sin demasiada presión, soltó los dedos de él y empujó la puerta para cerrarla. Manteniendo la vista fija en esos brillantes ojos azules, susurró:

—¿Supongo que trabajas en la cama?

Antes de que Franny adivinase lo que se disponía a hacer, se inclinó sobre ella, cogiéndola con sus hercúleos brazos por la parte de atrás de las rodillas y alrededor de los hombros. Ella gimió al notar que la cogía en brazos. Por la manera en que tenía apretados los dientes, supo que las costillas le estaban haciendo pasar un mal rato.

—¿Qué está...? —le empujó sin mucho éxito en los hombros—. Bájeme ahora mismo.

—Estás hablando —le recordó—. ¿No iba eso en contra de las normas?

—¡Bájeme! —repitió ella furiosa.

Después de dar dos grandes zancadas, le hizo caso. Franny cayó como un fardo sin gracia sobre la cama. El somier crujió como señal de protesta. Ella intentó escaparse hacia un lado, pero él era mucho más rápido. Siguiéndola en la cama, la cogió por los hombros y presionó su espalda contra la almohada. Sujetándose con una rodilla, la inmovilizó con su pecho y susurró:

—¿Ibas a algún sitio?

—Todavía no es de noche. No trabajo antes de que oscurezca.

—Vuelves a hablar. No pensé que eso fuera parte de tus servicios. ¿Puedo interpretarlo como que estamos dispensados de esta regla? —Antes de que pudiera imaginar una respuesta, añadió—: Bien. El sexo no sería lo mismo sin un poco de conversación.

Franny nunca había sentido una fuerza tan grande en las manos de un hombre. Cuando intentó moverse, él tensó sus brazos y la cogió con rapidez. La facilidad con la que lo hizo le asustó.

—No me gusta que me maltrate, señor Lobo. Se está comportando como un bárbaro.

—Supongo que es mi lado salvaje. —La soltó y se sentó en la cama frente a ella. Inclinado hacia ella, dijo—: Ahora no te estoy maltratando. ¿Mejor?

—Si te fueras aún sería mejor.

Él rio en voz baja.

—¿Qué ocurre, Franny? ¿Tienes miedo de que tus lugares de fantasía no te salven esta vez?

De eso era exactamente de lo que tenía miedo, de lo que siempre había tenido miedo cuando él estaba con ella. Desde el principio, había sentido un lado implacable en él.

Con la mano que le quedaba libre, le tocó la mejilla. El contacto era abrasador y casi le cortó la respiración. Franny cerró con fuerza los ojos, tratando con todas sus fuerzas de conjurar una imagen en la que poder adentrarse. Lo único que vio fue negrura. El contacto de la punta de sus dedos callosos en su piel se le antojaba como la seda salvaje, y provocaba una reacción involuntaria en sus terminaciones nerviosas.

Seda salvaje con satín de fondo. Franny se quedó inmóvil, como si le hubiese atravesado un rayo. No es que fuera consciente de su presencia: era una consciencia extrema. Podía jurar que oía la sangre corriendo por sus venas. Con su mano dibujó un camino caliente por su garganta. Después descendió. Sintió que su dedo trazaba ligeramente una uve por el cuello de su chal.

Sintió vergüenza, una vergüenza tan espesa que parecía que fuera a estrangularla. Con el cuerpo rígido, trató de contener el sollozo que salía de su pecho. En su mente, vio unos penetrantes ojos azules escudriñándola. La palma de su mano recorrió con

una lentitud agonizante el cuerpo de seda de su corpiño, en una caricia tan suave que tenía que concentrarse para sentir el contacto, y, pese a todo, reconocía en ella una petición que no podía ni negar, ni ignorar. El pezón de su pecho se puso duro e hinchado, anticipándose.

Él soltó una risa en voz baja, satisfecho.

—¿No hay imágenes ahora, Franny? ¿Ni lugares soñados en los que poder esconderse?

No pudo contener el llanto por más tiempo y se apartó de él saliendo a gatas de la cama. Tirándose sobre el escritorio, cogió el montón de dinero y se lo arrojó a Chase.

—¡Vete de aquí! —gritó—. Otros hombres pueden comprarme, ¡tú no! Ni siquiera quiero volver a verte. Nunca, ¿me has oído?

Las monedas golpearon el suelo y rodaron en todas direcciones. Con una mirada encendida y despiadada, Chase se levantó lentamente de la cama.

—Quédate el dinero, Franny. Es evidente que lo necesitas mucho más que yo. —Volvió a reírse, pero esta vez el sonido fue áspero y cortante—. Algunas personas nunca aprenden. Y supongo que yo soy uno de ellos. Lo importante aquí es que tú no quieres que te ayude. Te gusta tu vida tal y como es.

Ella se cubrió los ojos con una mano, temblando, notando su presencia con cada poro de su piel mientras él se acercaba a la puerta. Otro sollozo se formó en su pecho y explotó por salir. Se odiaba a sí misma por esto. Pero le odiaba a él mucho más.

Le oyó pararse en la puerta. Hubo un largo silencio entre los dos. Tan segura como si fuera una fuerza tangible, podía sentir su mirada.

—Ninguna mujer tiene que vender su cuerpo —dijo suavemente—. Siempre hay otras opciones. Siempre. Yo estoy dispuesto a ayudarte. —Dudó un momento, y después continuó—: Si no quieres que forme parte de tu vida, y es evidente que no, entonces te daré dinero. Sin ataduras. No tienes que devolvérmelo. Solo cógelo y deja esta vida. Vete a otro pueblo, encuentra cualquier tipo de trabajo y no mires nunca hacia atrás.

Otro silencio los envolvió. Ella sabía que él esperaba una respuesta, que esperaba que ella reconociese su oferta, incluso que la aceptase. Pero no podía hacerlo y, como no podía, no había nada más que decir. Franny sabía lo que él debía de estar pensando. Que no quería su ayuda ni la de nadie más. Que a ella le gustaba lo que hacía. ¡Nada más lejos de la verdad!

—De acuerdo —dijo él por fin—. Supongo que esto lo aclara todo. —Le oyó suspirar—. Daré la vuelta al cartel y pondré de nuevo que está ocupado para que tengas tiempo de prepararte para el trabajo. —Enfatizó las últimas palabras, rematándolas con un almibarado sarcasmo—. Disfruta la velada.

Un momento después, oyó el suave clic de la puerta al abrirse y después el que hizo al cerrarse. A diferencia de otros hombres que visitaban su habitación, Chase caminaba con pasos tan silenciosos que no podía oírle en las escaleras. Manteniendo la respiración un momento para contener el llanto, esperó hasta asegurarse de que se

había alejado lo suficiente. Después, se hundió sobre las rodillas. Abrazándose la cintura con los brazos, hundió los hombros, gimió y empezó a llorar.

Fuera, en el rellano, Chase apoyaba la frente en la puerta de Franny. El sonido sofocado de sus sollozos partió a Chase por la mitad.

El domingo siguiente era el cumpleaños de la hermana de Franny, Alaina, que cumplía dieciséis años. Por eso Franny hizo un viaje extra a casa el sábado para poder celebrar el acontecimiento. La fiesta, que empezaría después de la comida del domingo, era esperada ansiosamente por toda la familia, y a Franny le había costado Dios y ayuda retener sentados en la mesa a los más pequeños. Acababa de conseguirlo y había pedido a su madre que bendijese la mesa. Fue entonces cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Ay, qué lata! —susurró Franny. Como siempre hacía cuando estaba en casa los domingos, había cocinado una gran comida, cuya preparación había empezado justo después de acudir a misa. Con todo el trabajo que le había costado, odiaba ver que la comida se enfriaba en los platos—. Perdonad, voy a ir a ver quién es.

—¡Date prisa, Francine! —dijeron los niños al unísono—. ¡Dile a quien sea que se vaya!

Con una gran sonrisa en la cara, Franny corrió hacia la puerta, lista para invitar al párroco a unirse a ellos en la mesa. Siempre había mucha comida en casa de los Grahams. Franny se ocupaba de que así fuera. Su sonrisa desapareció al ver quién estaba en el porche.

Con una de sus largas piernas ligeramente doblada y la otra soportando casi todo el peso del cuerpo, la postura de Chase Lobo solo podía describirse como insolentemente masculina. Sus grandes manos flanqueaban sus caderas, y su mirada parecía decir que estaba listo para armar jaleo. Llevaba una camisa negra abierta hasta medio pecho, las mangas enrolladas hasta el codo para mostrar sus antebrazos velludos. Al ver el asombro en su rostro, le sonrió y se quitó el sombrero, inclinando la cabeza en un educado saludo.

—Hola, Franny —dijo suavemente.

Franny estuvo a punto de desmayarse. Él temía que fuese a hacerlo, porque alzó rápidamente los brazos para sujetarla. Ella fijó la vista en su hermosa cara, casi sin creer que estuviese ahí fuera. ¿Por qué? La pregunta se quedó suspendida en su cabeza. Era evidente que la había seguido. Pero ¿por qué? ¡Ay, Dios!

Lo primero que se le vino a la cabeza fue que estaba allí para descubrirla, y en cuanto recuperó la compostura susurró:

—¿Cómo te atreves?

Como si ella le hubiese expresado la mayor de las alegrías por verle, Chase le dedicó otra de sus atractivas sonrisas.

—Te dije que encontraría el camino sin perderme. Eres mejor indicando

direcciones de lo que pensaba.

¿Direcciones? A Franny le temblaron las piernas.

Mirando hacia donde estaba su familia, él saludó educadamente. A Franny no se le pasó por alto el gesto contrariado en su sonrisa o la expresión de asombro de sus ojos al ver el gran grupo que eran. Ocho no era un número pequeño.

—¿Francine, querida, tenemos un invitado? —preguntó su madre.

Cogida por sorpresa, Franny fue incapaz de decir nada. Para su desconcierto, Chase tomó la iniciativa y dio un paso al interior como si hubiese sido invitado. Ella vio que sus ojos se entrecerraron levemente al intentar hacerse con la pobre luz de la pieza. El hecho de que su madre no pudiese ver por sí misma si tenían un invitado no le había pasado por alto, y dirigió una mirada inquisitiva a Franny.

—Usted debe de ser... la madre de Franny —observó él amablemente—. Qué alegría conocerla por fin. He oído tantas bondades de usted.

Franny tragó saliva. Chase dio otra zancada en la habitación. Por lo bajo, él le susurró:

—Será tu funeral.

Franny sabía que estaba amenazándola con educación. Si no le seguía el juego, la descubriría. Se apresuró a ponerse al día y dibujó lo que ella consideró una encantadora sonrisa en la cara mientras cruzaban el salón, juntos. Al entrar en la cocina, dijo:

—Mamá, me gustaría que conocieras a un amigo, Chase Kelly Lobo. Señor Lobo, mi madre, Mary Graham.

—Un placer, se lo aseguro —contestó elegantemente Mary Graham.

Aunque Chase había hecho muy poco ruido, sus ciegos ojos azules se giraron completamente hacia él. Él se dio cuenta de que debía de haber desarrollado con creces el oído para compensar su ceguera, un fenómeno que no le era desconocido, aunque nunca lo había comprobado por sí mismo. Su sonrisa era casi tan dulce como la de Franny; su cara, delicada, e igual de hermosa. Ahora Chase podía ver de dónde había heredado Franny su atractivo.

La voz de Chase se cubrió de sinceridad al responder:

—El placer es mío.

Frankie, que tenía el privilegio de sentarse en la cabecera de la mesa, se aclaró la garganta para captar la atención de su hermana mayor. Aún nerviosa, Franny se puso una mano en la cintura y dijo:

—Ah, Chase, me gustaría presentarle a mi hermano —dudó solo un instante antes de añadir—. Frank Graham.

Frankie echó hacia atrás la silla, puso la servilleta junto a su plato y se levantó. Extendiendo el brazo, dijo:

—Mis amigos me llaman Frankie.

Chase dio un paso hacia delante y le apretó la mano.

—Y yo soy Chase. He oído mucho de ti, Frankie. —Miró rápidamente a Franny



—. Me alegro de poder conocerte finalmente.

Sonriendo ligeramente, Chase centró su atención en el resto de los niños. Empezó por Alaina, la siguiente en edad, y Franny fue presentándole al resto. La cabeza de Chase nadaba en nombres cuando ella terminó, y supo que tendría dificultades para recordar los de los más pequeños. Rubios, de facciones finas, con los ojos azules o verdes, todos se parecían a Franny. Incluso el niño al que llamaban Jason, y que tenía una expresión insípida en los ojos y una boca floja, era guapo.

Alaina, que estaba muy orgullosa de sí misma porque era su cumpleaños, le dijo con desenvoltura:

—Sería un honor si se uniera a nosotros para mi comida de cumpleaños, señor Lobo.

—Ah, no, de verdad, no puedo —dijo él.

Franny iba a decir lo mucho que sentía oír eso cuando su madre intervino.

—No se hable más, señor Lobo. Todos los amigos de Francine son amigos nuestros. Por favor, coja una silla. Tenemos mucha comida en la mesa.

Con una mirada rápida a los bien servidos platos, Chase tuvo que reconocer que era cierto. Franny estaba sin duda haciéndolo muy bien con su familia. Y la suya era una familia grande. Se le hizo un nudo en la garganta al aceptar la silla que Frankie le ofreció. Los tres niños que se sentaban a ese lado de la mesa se desplazaron para hacer sitio al recién llegado. Con la cara roja y los ojos extrañamente brillantes, Franny le dio un plato y un juego de cubiertos antes de reclamar ella misma su sitio en la mesa. A su derecha se sentaba el niño de ojos perdidos y mandíbula floja llamado Jason, en una silla alta de niño pequeño hecha especialmente para él. A juzgar por su tamaño, Chase adivinó que debía de tener unos diez años.

Jason gruñó con impaciencia y estiró las manos hacia la comida, con la boca llena de babas y la lengua lacia entre sus labios. En vez de reñirle, como más de uno hubiese hecho, Franny le canturreó suavemente y le calmó con un trozo de pan mientras la familia bajaba la cabeza para la bendición. En vez de atender a la oración de Mary Graham, Chase solo pudo oír los sonidos guturales del chico cuando devoraba el pan. Con una sensación de malestar en el estómago, Chase comprendió que por fin había descubierto los secretos de Franny: los ocho, siete hermanos y una madre ciega. Cuando recordó la manera en la que la había juzgado, lo arrogante y mojigato que había sido al acusarla de querer vivir tal y como vivía, se sintió más pequeño de lo que nunca se había sentido en su vida. Algunas veces, tal y como Franny había intentado explicarle, las circunstancias mandaban y uno hacía lo que hacía porque no tenía otra opción.

Después del responso y del turno de platos, Mary Graham fijó su mirada vacía en Chase con una precisión admirable y dijo:

—Entonces, señor Lobo, ¿es usted amigo de la señora Belle?

—¿Perdone?

—La señora Belle, mi patrona. —Franny intervino rápidamente—. May Belle.

—¡Ah!, sí, claro, May Belle. —Chase se rio con nerviosismo—. Es amiga mía; sí, claro.

Cuando Chase habló, Mary Graham movió la cabeza como para oír mejor, el primer gesto visible de su condición. Un rayo de sol entraba por la ventana que había tras ella y jugaba con su pelo color platino, que ella llevaba peinado en una corona de trenzas. Si tenía canas, lo que a su edad hubiese sido normal, él no pudo verlas.

—Ah —dijo ella en un tono divertido—, así es como conoce a Francine.

—Pues sí. —No era del todo una mentira. Aunque no tenía oficialmente el título, May Belle era, a efectos prácticos, la madama del Lucky Nugget, y velaba por los intereses de Franny—. Así es como nos conocimos, sí. A través de la señora Belle y de mi hermana, que es una buena amiga de Francine.

—¿Índigo? —preguntó la señora Graham.

—Sí.

—Ah, Francine habla tan bien de ella. Así que es usted su hermano, qué bien.

La sonrisa de Mary Graham era radiante. Como su madre, era todavía una mujer encantadora, del tipo de las que ha adquirido una belleza diferente con los años. Cuando Franny se hiciese mayor y el rubor de la juventud se hubiese desvanecido, sería igual de encantadora que ella. Eso si sus muchos apuros de la vida no la destrozaban. La idea hizo que a Chase le doliese el estómago.

Mary Graham llevaba un vestido azul de seda salvaje, con un corpiño finamente bordado y unos bordes en encaje color crudo que hacían juego con sus puños. Chase ya se había fijado en la ropa de los niños. Todo era hecho en casa, obsequios de Franny y su nueva máquina de coser Wheeler-Wilson, estaba seguro de ello. Solo mantener a estas personas bien calzadas, como estaban, debía de costar una fortuna al año. A Chase no se le pasó por alto que los zapatos de Franny estaban rozados y casi rotos por las suelas.

—Chase es cortador de leña, mamá.

—Ay, señor. Solo pensar en esos grandes árboles me pone la piel de gallina.

Chase sonrió.

—Cuando aprendes a hacerlo, no es tan peligroso.

—Pero es un trabajo duro.

—Sí, mantiene los músculos de un hombre tonificados. —Chase miró a Franny—. Este verano he estado recuperándome de una pequeña herida, y por eso volví a Tierra de Lobos y pude conocer a su hija.

—¿Qué tipo de herida?

—Unas costillas rotas. Estaba trasladando troncos, me resbalé y me aplastaron.

—Pensé que había dicho que no era peligroso —le recordó Mary.

Chase se aclaró la garganta.

—Sí, bueno... No estaba atento cuando ocurrió. Casi podría decir que me lo tengo merecido.

Franny abrió mucho los ojos.

—¿Y eso por qué?

—Estaba bajo los efectos de una botella de *bourbon* —admitió Chase.

Mary Graham arqueó su delicada ceja.

—¿Es usted bebedor, señor Lobo?

Por su tono imperioso, Chase supo que no aprobaba a los que bebían. Por suerte, Jason escupió la leche que Franny acababa de darle en ese mismo momento y la distracción salvó a Chase de tener que explicarse. Para asegurarse de que era así, se metió un gran trozo de pan en la boca.

—¿Desde cuándo conoce a la señora Belle? —preguntó Mary.

Chase se tragó el pan.

—Esto, ejem... desde hace años.

—Es una mujer muy generosa. Si no fuera porque ha aceptado contratar a Franny como mujer de compañía, de verdad no sé cómo esta familia hubiese sobrevivido. En todos los sentidos, ha sido nuestra salvación.

Chase examinó el rostro de la mujer ciega, preguntándose cómo podía creer que alguien pudiese ganar el dinero que ganaba Franny trabajando como mujer de compañía. Ella servía de compañía, sí, pero no de la manera que su madre pensaba. Chase miró fijamente a Franny. Tenía dos puntos sonrojados en las mejillas. Con el rabillo del ojo vio que Jason estaba sonriéndole. Jason, uno de los secretos mejor guardados de Franny. Se le ocurrió de repente que la mujer que tenía enfrente era una caja de secretos y que ninguna de sus identidades era del todo honesta. Aquí con su familia desempeñaba un papel; en Tierra de Lobos, otro. ¿Pero dónde estaba la verdadera Franny?

Conforme avanzaba la comida, los niños, extremadamente educados, se unieron a la conversación. Aunque todos ellos parecían querer genuinamente a Franny, Chase no pudo evitar notar que muchas de sus conversaciones tenían que ver con lo que ella tenía o podía traerles. Alaina y la pequeña Mary querían zapatillas de *ballet*. Theresa, una preciosidad de trece años, quería un peine de imitación de piedra preciosa. Matthew, un año más pequeño que Theresa, tenía grandes esperanzas de que Francine le consiguiese un rifle de cazar. Incluso Frankie le hizo una petición: una chaqueta de lana ya hecha y un chaleco que había visto en la tienda. Él ya tenía edad suficiente, dijo, para vestir con ropas de tienda. En opinión de Chase, también tenía edad para conseguir un trabajo y ayudar a la familia, pero nadie le pidió su opinión sobre el asunto.

Otra cosa que molestó a Chase fue que Mary Graham le daba la impresión de estar preocupada de que su hija mayor tuviese un pretendiente. Nada evidente, solo ciertos detalles en su expresión, tan sutiles que dudaba de que alguien más se hubiese dado cuenta. Franny era una joven guapa y agradable. También tenía veintidós años, una edad que se acercaba desgraciadamente a la de ser considerada una solterona. Cualquier madre en su sano juicio hubiese estado encantada de que su hija atrajese la atención de un joven. Pero Chase tuvo la extraña impresión de que era justamente lo

contrario.

Aunque sabía que era poco caritativo de su parte, no pudo evitar preguntarse si Mary Graham no estaría preocupada de que su hija se casase y dejase de contribuir al sustento de su familia. ¿No sería que la madre sospechaba la verdad? ¿Que ella no solo sabía lo que Franny hacía para ganarse la vida, sino que lo aprobaba? La idea fue tomando forma en la mente de Chase, y una vez en ella se negó a salir. Al mirar a los platos llenos que había en la mesa y al número de codos doblados, dudaba de que no sospechase sobre la manera en la que su hija ganaba el dinero. No había muchos trabajos que pudiese hacer una mujer y que pagasen la comida y la ropa de ocho personas. Por lo que allí veía, Franny no solo conseguía cubrir sus necesidades, sino que también atendía a algunos de sus caprichos. Mary Graham era ciega, pero no estúpida.

El ambiente de alegría y de conversación animada de la mesa no dio a Chase mucho tiempo para ponderar todas estas cuestiones. Sin darse cuenta, se vio arrastrado por el espíritu cumpleañosero. A pesar de la enfermedad de Jason y de la ceguera de su madre, los Grahams eran un grupo jovial y que parecía disfrutar de pasar un rato juntos. Cogiendo información de aquí y de allá, Chase supo que Frank Graham, el padre de Franny, había muerto en un accidente en la carpintería nueva años atrás. Sin preguntar, Chase adivinó que Franny, la hija mayor, debía de tener unos trece años cuando ocurrió.

—Fue una pérdida trágica —dijo Mary dulcemente, introduciendo una nota de tristeza en el ambiente—. Por razones que no debería traer aquí... —lanzó una sonrisa dulce a Franny— el sarampión entró en nuestra casa y toda la familia cayó enferma. Jason y yo... —Su voz se quebró como si estuviese sobrecogida de la emoción. Tragando saliva para recuperar la voz, continuó hablando—: Jason y yo sufrimos efectos permanentes y las facturas del médico fueron exorbitantes. Frank, que Dios le tenga en su gloria, aceptó todos los trabajos que pudo y trabajó hasta el agotamiento. Si no hubiese sido por eso... Vamos, él era muy ágil y siempre tenía cuidado. —Volvió a sonreír, pero sin tristeza—. Tenía tanta gente que dependía de él, ¿sabe? Sabía que estábamos muy necesitados y tomó todas las precauciones. Si no hubiese sido por la tragedia que asolaba nuestra familia, nunca se hubiese subido a reparar el tejado de la iglesia en un día de lluvia. Estaba resbaladizo y era peligroso. Pero quería terminar el trabajo para que le pagasen. Por eso siguió trabajando.

Chase no pudo pasar por alto la expresión de aflicción que cruzó el rostro de Franny. Se le encogió el corazón, pero, antes de que pudiese mirarle a los ojos, ella bajó la cabeza.

—¡Y ya está bien de esto! —exclamó Mary forzándose en parecer más animada. Poniéndose una mano en el pecho, dijo—: No sé por qué termino siempre hablando de lo mismo. Como si importase a estas alturas. Mi maravillosa y preciosa Francine ha cuidado de nosotros divinamente. Aunque siempre recordaremos la triste muerte de mi Frank, ninguno de nosotros puede decir que hemos pasado necesidad. Francine

ha cuidado de nosotros, que Dios bendiga su gran corazón.

Chase se tragó un pedazo seco de carne. Mirando las encantadoras facciones de Mary Graham, trató de asegurarse a sí mismo de estar malinterpretando la situación. Por un momento, le había parecido que Mary Graham estaba revelando las circunstancias de la muerte de su esposo no para que él lo supiese, sino para recordar a Franny sus obligaciones familiares. ¿Quizás incluso para azuzar su conciencia? ¿Como si hubiese sido culpa suya que su familia cogiese el sarampión? Era una idea absurda. Chase decidió que, aunque pudiese leer a una persona bastante bien mirándole a los ojos, la ceguera de Mary Graham debía de estar dándole falsas señales.

Después de comer, Mary Graham fue instalada en un taburete para accionar la máquina de helado mientras Franny y las chicas lavaban los platos. Frankie invitó a Chase al exterior y empezó a liarse rápidamente un cigarrillo en cuanto estuvieron fuera en el porche. Reconociendo la marca dibujada en la talega de Frankie, Chase contuvo su enfado y tuvo que morderse la lengua para no preguntar cómo podía permitirse fumar un tabaco de tanta calidad. Frankie tenía edad suficiente para asumir las responsabilidades de un hombre, y, sin embargo, seguía yendo al colegio y tomaba clases de matemáticas avanzadas para preparar la entrada en la universidad con un tutor especial, lo que significaba que seguía dejando el cuidado de su madre y hermanos a su hermana mayor. Algo de esta imagen dejaba un mal sabor de boca en Chase. ¿Tenía idea el muchacho del gran sacrificio que hacía su hermana para darle el dinero que él desperdiciaba tan inconscientemente? Un tabaco muy caro, en realidad. Si el chico quería ser caprichoso, debería pagarse sus propios hábitos.

Chase no pudo evitar recordar los vestidos repasados y los zapatos viejos que Franny llevaba cuando estaba en Tierra de Lobos. ¿Por qué su familia usaba solo lo mejor? La casa era modesta en su estructura, pero el interior estaba bien decorado, con un mobiliario que distaba mucho de ser sencillo. Algo de todo esto parecía olerle mal. Muy mal. Se moría por quedarse a solas con Franny y preguntarle por qué no insistía en que Frankie y Alaina dejaran el colegio y trabajasen para que ella pudiese buscar otro empleo.

En una familia del tamaño de la de los Graham, Chase se dio pronto cuenta de que los momentos de privacidad eran un lujo escaso. En cuanto el helado estuvo listo, Franny cortó y sirvió el pastel de cumpleaños, lo que hizo que la fiesta llegase a su máximo esplendor.

Viendo una silla de pelo de caballo que había en una de las esquinas, Chase se retiró en ella para poder observar mejor sin perturbar a nadie.

Franny...

Viéndola con su familia, Chase apenas podía creer que fuese la misma mujer reservada que él había conocido. Aquí no tenía miedo a ser reconocida, una paranoia de la que ahora comprendía su razón de ser: Franny quería proteger a su familia del escándalo. Se reía con facilidad y su risa llenaba la casa como si fuera una canción.

La tierna paciencia que mostraba con su madre y con Jason le decían más de ella de lo que pudiese imaginar, no solo que era tan dulce por dentro como lo era por fuera, sino que era amorosa y leal hasta la muerte.

Estas dos cualidades le habían sin duda llevado a esta vida de prostitución, el mayor sacrificio que una joven podía hacer. ¿Pero qué otras posibilidades había tenido? Mary Graham, por mucho que amase a sus hijos, estaba ciega y era incapaz de ocuparse de la responsabilidad de su cuidado. A diferencia de otras viudas, no había podido volver a casarse. Ningún hombre hubiese querido tomar a una mujer ciega como esposa, teniendo además como tenía una gran familia. Solo la carga financiera hubiese sido una causa de rechazo.

Este pensamiento hizo que el estómago de Chase se encogiese. ¡Qué alegremente había perseguido a Franny, pensando que podía rescatarla de la vida que llevaba! Ahora se daba cuenta de que no era tan simple. Asumir la responsabilidad de Franny significaba también asumir la responsabilidad de toda su familia. La cantidad mensual necesaria para comida y ropa sería ya, de por sí, considerable. Chase sospechaba que un niño como Jason necesitaba también atenciones médicas de costes extraordinarios. El hombre que aceptase el reto debía de ser un hombre pudiente. Cosas como comprar tierras para el negocio maderero quedaban del todo descartadas.

En ese momento Chase comprendió lo imposible de la situación. A solas, teniendo que preocuparse solo de él, el futuro parecía brillante. Podía querer la luna y tener muchas posibilidades de conseguirla. Si se casaba con Franny, podía muy bien despedirse de todos sus sueños.

Una vida a cambio de ocho; ese era el sacrificio que Franny había hecho. Por muy noble que fuese, era también una pérdida vergonzosa. Inclineda sobre Alaina mientras la chica abría sus regalos, Franny parecía tan dulce y hermosa, el sueño de cualquier hombre, con su sonrisa gentil y sus verdes y brillantes ojos. Se merecía mucho más de lo que tenía, mucho más. Y Chase se moría por dárselo.

Cuando Alaina abrió el regalo de Franny, Chase reconoció al instante el vestido de encaje rosa que había visto en la mesa de coser de Franny. La chica dio un chillido de placer y bailó por el salón, sosteniendo el vestido junto a su pecho.

—¡Ay, Franny, es tan bonito! Me encanta.

Chase dejó de mirar a Alaina y su vestido para fijarse en Franny. Su blusa rosa de algodón ligero tenía unas estilosas mangas de globo y fruncidos en la cintura. Su falda de lana, cortada al bias para que cayese con gracia desde las caderas al suelo, era de color rosa oscuro. En contraste con su pelo rubio, la mezcla de colores le recordó a los pétalos de rosa a la luz del sol. Era un vestido bonito y a la moda, a diferencia de los trapos antiguos y raídos que llevaba normalmente. Chase sospechó que apartaba su ropa especial para ponérsela solo cuando volvía a casa, para que su familia nunca supiese la verdad, el sacrificio que tenía que hacer para que a ellos no les faltase de nada.

Después de que Alaina terminase de abrir los regalos, Chase fue una vez más

invitado a unirse a Frankie al exterior para fumar. Aunque le gustaba el tabaco tanto como estar junto al joven, Chase había sido criado por un padre que solía ayudar en las tareas de la casa, y encontraba la aversión de Frankie por «el trabajo femenino» irritante. A pesar de sus aires de hombre maduro, el chico tenía mucho que madurar, según Chase, y cuanto antes lo hiciera mejor sería para Franny.

Incapaz de resistirse a reírse un poco a costa de Frankie, Chase miró su hermoso perfil un momento.

—Sabes, Frankie, juraría que nos hemos visto antes.

Los ojos azules del chico mostraron desconcierto. Dando una gran calada del cigarrillo recién liado, exhaló y dijo:

—¿De verdad? Si es así, no lo recuerdo.

Divirtiéndose con el juego, Chase pretendió pensar en el pasado. Por fin, sacudió la cabeza.

—Sé que te he visto antes. Supongo que me acordaré antes o después.

Unos cuantos minutos más tarde, volvieron a entrar en la casa. Chase esperó a un silencio en la conversación, chasqueó los dedos, y dijo:

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué es lo que tienes? —Dándose la vuelta en el fregadero, Franny le miró con curiosidad.

Chase dio una palmadita a Frankie en la espalda.

—Dónde había visto antes a Frankie. —Y le dirigió una sonrisa de reconocimiento—. ¡Tú, pequeño bandido! Es una buena cabalgata de aquí a Tierra de Lobos para ir a la taberna un sábado por la noche. Me sorprende que os hayáis aventurado tan lejos.

El silencio que cayó sobre la habitación parecía desafiante. A Frankie se le puso la cara de color escarlata.

—¿Tierra de Lobos? Me temo que...

Interrumpiéndole, Chase añadió:

—Sabía que antes o después lo recordaría. Donde te había visto, quiero decir. —Al ver la expresión de agonía de Frankie, Chase miró con rapidez a su madre—. Vaya, chaval, no pretendía... Vaya, ya sabes. Pensé que... —Chase se aclaró la garganta e hizo lo que pudo para parecer avergonzado—. Como eres el hombre de la casa y todo eso, pensé que esas cosas ya estaban superadas... Esto..., no era mi intención levantar la liebre.

—¿Frankie? —dijo Mary suavemente—. ¿Qué estabas haciendo tú en Tierra de Lobos? La única razón que se me ocurre es que fueses a visitar a tu hermana, y sabes muy bien que la señora Belle le prohíbe que tenga visitas en su casa.

Frankie se retorció avergonzado.

—Esto, yo... fui a Tierra de Lobos con unos amigos, mamá.

—¿A la taberna?

—Sí, mamá.

—¿Con qué amigos?

—Unos del colegio.

Chase miró de reojo a Franny. Para su alivio, sus ojos brillaban y pudo ver que estaba esforzándose por no echarse a reír. Con los labios apretados, asumió una expresión severa mientras doblaba el paño de secar y lo colgaba en la percha.

—La taberna de Tierra de Lobos no es lugar para los chicos de tu edad, Frankie —le reprendió—. He oído los rumores que circulan sobre ese sitio, y sucede que sé que hay mujeres de mala reputación en la planta de arriba.

Mary carraspeó. La cara de Frankie se ruborizó aún más.

Chase decidió que ahora era un buen momento para retirarse. Dando una palmada en la espalda a Frankie en señal de disculpa, se despidió de la señora Graham educadamente y le agradeció haberle incluido en el cumpleaños, expresando también su pesar por no poder quedarse más tiempo.

—Me queda un largo camino por delante —explicó—, y me gustaría hacer gran parte de él antes de que se haga de noche.

Como una reina en su trono, Mary Graham tendió la mano a Chase para que se la cogiera. Él sonrió levemente al gesto, consciente de que provenía más de la necesidad que de cualquier ilusión de grandeza. La mujer no podía ver y había aprendido a encontrar la forma de compensarlo. Extendiendo la mano, obligaba a la gente a cogérsela y por consiguiente evitaba tener que andar a tientas. Chase encontró simpáticas sus formas, signos de una mujer que no se había dejado abatir por la tristeza y que probablemente nunca lo haría.

—Le acompañaré —dijo Franny mientras sacaba su sombrero de la percha—. Discúlpame unos minutos, mamá. Volveré pronto.

Chase había atado su caballo en el abrevadero. Franny se puso a su lado al descender las escaleras del porche y caminó en esa dirección. Esperó hasta que estuvieron bien lejos de oídos indiscretos antes de hablar.

—Y bien, ¿ya estás satisfecho?

Chase oyó la amargura en su voz y supo lo que seguiría a continuación. Ahora que conocía a su familia, podía entender mejor su tendencia a guardar secretos.

—Lo siento, Franny. Cuando vi que te ibas otra vez del pueblo ayer, no pude resistirme a seguirte.

—¿Pasaste la noche en Grants Pass?

Él se puso el sombrero negro y se echó el ala hacia atrás para mirarla mientras caminaban.

—Estoy acostumbrado a dormir a la intemperie. Solo tuve que tender mi petate debajo de un árbol.

—¿Y esperar hasta mediodía para llamar?

Se encogió de hombros.

—No podía aparecer demasiado pronto sin que pareciese extraño. Si hubiese cabalgado todo el camino esta mañana, me habría llevado gran parte de la mañana.



—Entiendo.

Solo que, claro está, no lo entendía en absoluto. Chase lo vio en su expresión.

—Supongo que piensas que soy un pesado incurable.

—Estoy más preocupada por saber qué es lo que vas a hacer con lo que has averiguado.

Chase se detuvo.

—¿Qué diablos significa eso?

—Es solo que me parece muy difícil entender por qué descubrir la verdad era tan importante para ti.

—Franny, yo solo quería ayudarte, eso es todo.

Sus ojos se nublaron.

—¿Y ahora? ¿Estás todavía tan ansioso por ayudarme, Chase?

Los dos sabían que la respuesta a eso ya no era tan sencilla. Él tragó saliva y apartó la mirada, deseando poder decirle que sí. Pero lo cierto era que necesitaba tiempo para pensar. Franny venía en un paquete familiar de ocho. Cualquier hombre querría estar seguro de lo que iba a hacer antes de aceptar una responsabilidad semejante.

Cuando Chase bajó por fin la mirada hacia ella, vio un brillo sospechoso en sus ojos que él interpretó como restos de lágrimas. Dios santo, lo último que quería era lastimarla. Por lo mismo, no podía hacerle ninguna promesa, ni siquiera para proteger sus sentimientos. Por mucho que le importase, tenía docenas de sueños que conseguir y que no podría alcanzar ni en un millón de años si se comprometía con ella.

Era egoísta, y lo sabía. Imperdonable. Pero no era fácil despedirse de un plumazo de todo lo que había deseado. Desde que era un niño, había deseado tener su propia tierra maderera algún día. En los últimos años, había trabajado como una mula y ahorrado casi hasta el último centavo que había ganado para comprar esa tierra. Si se permitía amar a esta mujer, tendría que despedirse de todo eso.

—Franny, necesito tiempo para pensar en todo esto.

Su boca se torció en una sonrisa amarga.

—Intenté decirte que no había una salida para mí, pero no quisiste escucharme —dijo alzando la barbilla—. No te sientas mal por mí. Mis obligaciones pueden ser una sorpresa para ti, pero yo llevo soportándolas desde hace tiempo y ya hace mucho que las he aceptado.

—No, ahí es donde no estamos de acuerdo —se aventuró a decir Chase, esperanzado—. Frankie y Alaina tienen ya edad suficiente para ayudar a la familia. Deberías insistir para que lo hicieran y así poder conseguir tú otro tipo de trabajo.

—Entiendo —dijo ella suavemente—. ¿Y qué pasará con Frankie y Alaina? ¿Debo suponer que ninguno de ellos podrá casarse y tener la oportunidad de llevar una vida normal?

—¿Por qué no? Tú lo has sacrificado todo. No es justo que tú debas seguir siendo la única en hacerlo.

Empezó a soplar una brisa que levantó uno de sus rizos por la sien. Con dedos temblorosos, se retiró el pelo de los ojos.

—Eso mismo, tú lo has dicho... Yo lo he sacrificado todo. No hay vuelta atrás para mí, Chase. Desde esa primera noche, mi destino estuvo sellado. No puedo pretender que nunca pasó. Y aunque pudiera, ¿qué oportunidades tengo de poder llevar una vida normal?

—Con el hombre adecuado, una muy buena, maldita sea.

—¿Mientras Alaina y Frankie se hacen mayores cuidando de nuestra familia? Para cuando los otros niños sean lo suficientemente mayores para ganarse la vida y solo haya que cuidar a mamá y a Jason, Alaina será una solterona y Frankie un mal partido encadenado a una madre ciega y a un hermano idiota.

—Vaya, entiendo —dijo con un tono sarcástico—. Es mejor que seas tú la que te sacrifiques.

—Sí.

Esa simple respuesta le obligó a hundirse en lo más hondo de esos ojos verdes. Lo que leyó en ellos fue un pozo de dolor.

—¿Por qué, Franny? ¿No te mereces algo de felicidad? No es culpa tuya que tu madre y Jason estén como están.

—Sí —susurró de nuevo—. Es culpa mía. Totalmente mía.

—¿Qué? —preguntó, incrédulo—. ¿La ceguera y el retraso mental? Vamos, Franny. ¿Cómo puedes culparte por eso?

—Es una historia muy larga. Pero créeme si te digo que los dos serían normales si no hubiese sido por mí. Y como consecuencia de ello, también fui responsable de que mi padre se subiese a ese techo bajo la lluvia. —Levantó la mano en un gesto de impotencia—. Así que, ¿lo ves? Tomé la decisión de que mi deber era cuidar de mi familia hace mucho tiempo. Cuando los otros niños sean adultos, todavía tendrá que haber alguien dispuesto a sacrificarse para cuidar de mamá y de Jason. Es mejor que haya una vida arruinada que tres. Quiero que Alain y Frankie... —Su voz se quebró, y tragó saliva, cogiéndose por la cintura como para protegerse del frío—. Quiero que tengan la oportunidad de ser felices, eso es todo.

Chase sabía que había estado a punto de decir que quería que sus hermanos tuviesen la oportunidad de tener todas esas cosas que ella no había tenido.

—¿Y qué hay de tu felicidad?

Ella bajó las pestañas levemente, por lo que él no pudo leer la expresión en sus ojos.

—No importa.

—¿Que no importa?

Dejando caer los brazos, forzó una sonrisa triste.

—Adiós, Chase. Confío en que lo que has sabido hoy de mí sea un secreto entre nosotros. Causaría un daño irreparable en mi familia si llegasen a saber la verdad.

Con esto, se dio media vuelta para irse hacia la casa. Chase la cogió del brazo.

—Franny, espera.

Ella le miró por encima del hombro.

—¿No lo ves? —le preguntó en voz baja—. Si de verdad quieres ayudarme, aléjate de mí. Todo lo que has conseguido hasta ahora es hacerme desear cosas que nunca podré tener.

De este modo, se soltó de él y se alejó.

## Capítulo 11

Chase pasó el día siguiente sufriendo por lo que había descubierto de Franny. Incluso aunque la había visto volver a Tierra de Lobos esa misma tarde, no había ido a visitarla a la taberna. Por muy dulce y encantadora que fuera, venía en un paquete de otras ocho personas y, si se casaba con ella, la naturaleza seguiría su curso. Terminarían por tener hijos. Antes de darse cuenta, tendría dos grandes familias a las que mantener. Eso le asustaba. Es cierto, había ganado bastante dinero con la madera. Poseía ya un terreno y, con lo que tenía ahora en el banco, podía comprar algo más. Si cosechaba bien, los árboles podrían proporcionarle unos ingresos estables y respetables en los próximos años.

El problema era que había soñado con amasar una fortuna y no con tener un modesto negocio maderero. Sus sentimientos por Franny amenazaban esos sueños.

Al final, Chase hizo lo que siempre había hecho cuando tenía problemas: ir a hablarlo con su padre. Sin mencionar nombres, explicó que había llegado a importarle mucho una chica de la que dependían ocho personas.

Cazador lo miró como si lo entendiera todo.

—Esta joven debe de tener un buen trabajo si es capaz de mantener a ocho personas.

—Eso no importa —dijo Chase—. Si me caso con ella, tendré que asumir la responsabilidad de su familia y, si lo hago, veré que mi sueño de crear un imperio de la madera se convierte en polvo.

Estaban sentados en la orilla de Shallows Creek. La luz de la luna iluminaba la noche, derramando su plateada luz sobre el torrente de agua y haciendo dibujos sobre las hojas susurrantes de los árboles. En alguna parte, un pájaro, molesto en su nido, piaba frenéticamente, haciendo que Chase se preguntase si un animal de presa habría encontrado su nido. Vivían en un mundo muy duro, pensó con tristeza. Los indefensos parecían ser siempre atacados. Volvió a pensar en Franny, y eso le llenó de dolor. ¿Por qué nada en la vida era sencillo? ¿Por qué tenía que elegir entre sus sueños y la mujer que quería? No era justo. Simplemente, no lo era, por muchas vueltas que le diera. Ni para Franny ni para él.

Cazador atrajo la atención de Chase matando un mosquito. Después se frotó el músculo del hombro y sonrió, mostrando sus dientes blancos en la oscuridad.

—Les gusta este comanche, ¿eh?

Chase dio un tortazo a uno que se le había posado en él y se rio.

—También les gusta este comanche.

Cazador cambió de sitio los pies y dejó caer sus poderosos brazos sobre las rodillas. Chase adoptó la misma postura, viendo al hacerlo que su pierna doblada era tan larga como la de su padre y que sus brazos doblados eran igual de musculosos.

Otra ola de tristeza le invadió, ya que de niño había creído que sería todo fuerza y sabiduría cuando fuese igual de grande que su padre. Desgraciadamente, no era así.

El silencio se instaló entre ellos, roto solo por los gritos ocasionales de los pájaros y el sonido precipitado del agua al correr. Un olor a humedad y tierra mojada llenaba el aire de la noche, mezclándose con los olores frescos del verano y de la naturaleza en su esplendor. Chase respiró hondo, reconfortado por ese sentimiento de eternidad. La tierra de Dios producía vida en un ciclo infinito: las cosas nacían, morían y la vida se reponía a sí misma. Hacía que sus preocupaciones pareciesen pequeñas y menos importantes al verse inmerso en ese gran círculo.

Cuando Cazador se decidió por fin a hablar, no dio ninguna respuesta al problema de Chase, y se limitó a responder con otra pregunta.

—¿Cuando seas un leñador rico, hijo, con quién compartirás tu alegría?

Chase sonrió levemente. Era muy propio de su padre abordar el problema desde el lado contrario.

—No lo he pensado todavía. Hasta que tenga la madera, es como si pensase en el carro antes de tener el caballo, ¿no crees?

—Ah —dijo Cazador—. Ese es uno de los sabios consejos de tu madre, ¿verdad?

—Sí, creo que es a ella a quien se lo oí.

Cazador asintió.

—Ella puede ser una mujer muy estúpida a veces.

Chase arqueó una ceja. Nunca había oído a su padre decir que su madre era poco inteligente.

—¿Cómo has dicho?

—Su estupidez... no viene de que no tenga cerebro —reflexionó Cazador—, sino de que fue criada dentro de las paredes de madera de los *tabeboh*, y no le enseñaron las verdades sencillas. Ignorancia, creo que lo llaman. Yo lo llamo estupidez.

—A mí me criaron entre paredes de madera.

—Sí, y puedes ser igual de estúpido también algunas veces.

Su padre se volvió para mirarle, con unos ojos azul oscuro que parecían negros en la oscuridad y tan brillantes como el azabache.

—Si no tienes carro, ¿para qué necesitas un caballo que tire de él?

Cogido por sorpresa, Chase consideró estas palabras y después sonrió.

—En otras palabras, si no tengo a nadie con quien compartir todas mis riquezas, ¿por qué molestarme en conseguirlas?

Cazador se encogió de hombros.

—¿Darás la espalda al amor verdadero para llenar tus bolsillos? Un día, tus bolsillos te pesarán, pero también lo hará tu corazón. Las riquezas verdaderas de la vida son el amor y la risa. Con esta mujer que tiene a ocho personas a las que alimentar tendrás mucho más amor y mucha más risa en tu hogar. Cuando vengan los hijos, el amor y la risa se multiplicarán un centenar de veces. Serás rico de la forma en la que importa, y serás feliz. Un hombre feliz no necesita dinero.

—El dinero es un demonio necesario.

—Tener suficiente para sobrevivir es necesario. Más no lo es. Sigue tu corazón, Chase, no sueños estúpidos. Cuando llegue el invierno a tu pelo y la sabiduría a tus ojos, el dinero no aplacará tu soledad. Una mujer que te ame sí lo hará.

—¿Por qué un hombre no puede tener ambos, riqueza y amor? —protestó Chase.

—El amor brota de un lugar secreto. No elegimos a la mujer, ni el lugar, ni el momento. Aléjate de ello para ir en busca de tus sueños, y perderás para siempre la oportunidad de amar.

Chase suspiró.

—Algunas veces, padre mío, hablas como un idealista incurable.

—¿Solo algunas veces? Qué desilusión oír eso. Intento serlo siempre.

De esta forma, Cazador se puso en pie. Chase levantó la vista.

—No vas a irte. Solo acabamos de empezar a hablar.

—Yo he terminado. No tengo ninguna otra palabra en mi interior.

Chase sacudió la cabeza.

—Muy bonito. Dices lo que te parece y, ahora, ¿es mi problema?

—Es tu corazón y, por tanto, tu decisión. Debes encontrar la solución tú mismo. Yo puedo indicarte el camino, pero debes ser tú el que decida el camino que quieres seguir. Asegúrate solo de fijar la vista delante de ti, hijo mío, para ver adónde vas.

Las sombras rodearon a Cazador mientras se daba media vuelta y se iba caminando.

A solas con sus pensamientos, Chase vacilaba, convencido un momento de que debía elegir a Franny y receloso al momento siguiente a abandonar sus sueños. En lucha con sus propias emociones, dejó pasar otro día completo sin ver a Franny, con la esperanza de que, si se daba más tiempo para pensar, encontraría con más claridad la solución.

Mientras, Franny pensó que lo inevitable había ocurrido. Chase Lobo había por fin recuperado el sentido común. No había otra explicación. Como May Belle le había dicho siempre, una prostituta siempre era una prostituta. Franny había sabido que eso pasaría desde el primer momento. Por un breve instante, Chase casi le había convencido de que podría tener una oportunidad para algo más, y volver a la realidad dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Una estúpida. Había sido una estúpida. Corazones grabados en el tronco de un árbol. Paseos a la luz de la luna. Esas cosas no eran para ella. Había renunciado a todo ello cuando tenía trece años. ¿Qué sentido tenía lamentarse por algo que nunca sería suyo?

Ningún sentido, se aseguró a sí misma. Ninguno en absoluto. Incluso así, Franny se encontró a sí misma sentada cerca de la ventana toda la mañana y también la tarde, con la vista fija en la gran casa de madera que había al final del pueblo. La casa de

los Lobo. La casa de Chase. Le imaginó sentado con sus padres a la débil luz de la lámpara la noche anterior, cenando con ellos en la mesa, y después retirándose a su comfortable cama para hundirse bajo su manta de colores. Franny nunca había visto el interior de la casa, pero conociendo a Chase e Índigo la había pintado de color de rosas en su cabeza, un lugar donde había amor y calor en abundancia.

La punzada de soledad dentro de Franny era tan intensa que pensó que iba a marearse. A la hora del desayuno, fue incapaz de dar un solo bocado a los huevos, y solo comió un poco de tostada. Incluso esto había hecho que su estómago se rebelase. Mal de amores, se mofó. Aquí estaba ella, a sus veintidós años y suspirando por un hombre. A la hora del almuerzo, trató de comer algo más, pero solo consiguió terminar un tercio de lo que había en el plato.

Unos cuantos minutos después de dejar el plato de comida sin terminar en el rellano de la puerta, May Belle le hizo una visita. Como si fuera un barco a toda vela con su gran chal blanco, entró en la habitación y, con ella, un fuerte olor a rosas, su perfume favorito.

—¿Estás mala? —le preguntó—. Gus dice que no has probado bocado.

Franny cogió la silla de la ventana y la movió hacia May Belle para que se uniese a ella en la mesa.

—Supongo que algo tristonera, sí. Como sin ganas.

May Belle pareció aliviada.

—Gracias a Dios. Lo primero que pienso cuando una mujer no prueba la comida es que se ha quedado embarazada.

—No lo digas ni en broma. —Franny se rio y sacudió la cabeza—. Esta mujer no. Uso con esmero las esponjas de jabón de vinagre, nunca me olvido de irrigar y por las noches me tomo esos polvos que tú me diste.

May Belle sonrió.

—Sí, pero ni siquiera mis remedios son infalibles, cariño.

—Me han funcionado bien durante ocho años. De verdad, May Belle, solo me siento algo decaída. Pasará.

—No es propio de ti estar triste. ¿Por qué no vas a ver a Índigo? Sal de aquí un rato. Te hará bien.

—Estuve fuera todo el fin de semana.

May Belle se recolocó la peineta de carey en el pelo, con una mirada llena de preocupación.

—¿Va todo bien en casa? ¿Qué tal está Jason?

Franny suspiró.

—Está bien. El doctor ha encontrado un nuevo remedio para él. Es caro, pero mamá cree que de verdad está mejorando mucho desde que Alaina empezó a dárselo.

—¿Y los otros chicos?

Franny se dio cuenta de lo pesimista que debía parecer y se dio una sacudida a sí misma para remediarlo. Su camino estaba marcado desde el día en que su padre

murió, y había sido una tonta por pensar que algo diferente pudiese pasar.

—Todos están bien, May Belle —reconfortó a la anciana mujer con una sonrisa—. Solo es uno de esos días de casitas de madera con jardín. Todos los tenemos a veces, ¿no?

En el negocio, la expresión era utilizada por las prostitutas para describir el deseo que algunas veces las asolaba de tener familia e hijos, casa, y chimenea. May Belle tensó la boca.

—Dios mío, dime que no es un hombre. Deja que lo adivine. Alto, moreno y tan guapo que las mujeres caen a sus pies como árboles cortados.

Franny se arrancó un trozo suelto de encaje amarillento de su manga.

—Qué estúpida soy, ¿verdad? Él podría chasquear los dedos y tener a cualquier mujer que quisiese. Es una locura pensar que podía haberse enamorado de verdad de mí.

—Él es un Lobo. De tal palo, tal astilla.

Franny se encontró con la mirada de su amiga.

—¿Qué quieres decir?

May Belle se encogió de hombros.

—Su padre marcha con una música diferente. Siempre lo ha hecho, y siempre lo hará. Quizá Chase sea como su padre. —Sus ojos se suavizaron—. Cariño, sabes que siempre te he advertido de que no hay que agarrarse a las cuerdas que los hombres tratan de tendernos. Y sigo pensándolo. Pero eso no significa que haya por ahí uno o dos bichos raros. Si tuviese que apostar por un tirador que supiese siempre donde apuntar, sin duda apostaría por Cazador Lobo. Chase podría ser como él.

A Franny se le encogió el corazón.

—Sabe lo de mi familia. Desde entonces no he vuelto a verle.

May Belle pareció pensar en esto.

—¿No podría ser que estuviese tratando de aclarar sus ideas?

—Más bien corriendo de miedo, diría yo. —Sin poder estar sentada por más tiempo, Franny se puso en pie y empezó a deambular por la habitación—. ¡Ay, May Belle! Ningún hombre en su sano juicio me querría. Soy prostituta. Y aunque pudiese pasar eso por alto, está luego lo de mi familia. Si combinamos las dos cosas, lo que obtengo es un obstáculo demasiado grande para cualquiera.

—Ya veremos. ¿Quién sabe? Quizá Dios esté mirando hacia abajo y diciendo: «Esa pequeña Franny no pertenece a esa vida». Tal vez quiera hacer un milagro, ¿verdad?

Con miedo a creerlo, ni siquiera un momento, Franny volcó toda su amargura en su amiga.

—Dios no concede milagros a las prostitutas, May Belle. Si lo hubieses creído así, hubieses aceptado la propuesta de Shorty y te hubieses largado de aquí.

—En eso tienes razón.

Luchando por controlar una náusea, Franny se abrazó a la cintura.



—No puedo permitirme que me rompan el corazón —susurró con tristeza—. Todo lo que quiero en forma de milagro es que Chase Lobo se aleje de mí. Es como una poción mágica. La probé una vez y caí bajo sus efectos. Cuando camina, cuando habla, todo son problemas para mí. En cuanto olvide eso, estaré perdida.

La tarde siguiente, Franny abrió la mirilla de la puerta en respuesta a una tibia llamada, y se encontró con el que caminaba y hablaba problemas de pie en el sombrío umbral. Con un ojo, le miró por la pequeña rendija, el corazón tan acelerado como el de una colegiala.

—Te he visto la cara —dijo suavemente—. Sé tu verdadero nombre. ¿De verdad crees que es necesario que nos veamos a través de una mirilla?

Incluso aunque sabía que alguien de abajo podía verla si no tenía cuidado, Franny se retiró de la puerta para dejar que entrase. Cuando hubo entrado en la habitación y cerrado la puerta tras él, ella se relajó un poco. Pero solo un poco.

—¿Qué quieres, Chase?

Como respuesta, dio un paso hacia el escritorio y tiró allí un fajo de piezas de oro. Ella no necesitaba contarlos para saber que había cinco de los grandes. Él se volvió para mirarla, con una ceja arqueada.

—Lo mismo que quiero desde el principio... A ti.

Cruzándose de brazos, Franny se alejó.

—Te pedí que te alejaras de mí. Si quieres jugar, encuentra a alguien que conozca las reglas. Ya tengo bastantes problemas yo sola.

—Tus reglas apestan —le contestó él—. De ahora en adelante, vas a empezar a obedecer una nueva lista de reglas: las mías.

—Vete de aquí —dijo ella débilmente.

—Solo si te vienes conmigo.

—No puedo hacerlo, y sabes por qué. Tengo una familia que depende de mí. Yo...

—Deja que sea yo el que me ocupe de tu familia.

—¿Tú?

—Es el trabajo de un marido.

Franny solo podía mirarle, segura de que no le había oído bien.

—Vas a casarte conmigo —le dijo con dulzura—. Podemos ocuparnos de ello hoy mismo, o podemos dejarlo para más tarde. No me importa. Pero a partir de ahora, no venderás más tu cuerpo en este agujero para mantener a tu familia. No hay ninguna excusa que valga.

Estirando la espina dorsal, Franny se obligó a mirarle a los ojos.

—¿Por quién me tomas, por una estúpida? Desde que supiste lo de mi familia no te has dignado a pisar mi casa.

—Tú no tienes casa. Esta es una de las cosas que pretendo remediar.

Ella optó por pretender que no había dicho eso.

—Y de repente te presentas aquí, y me pides que me case contigo.

—Así es.

—Lo siento. Pero sé muy bien cómo terminan estos cuentos de hadas. — Fijándose en sus facciones morenas, decidió que su legado comanche nunca le había parecido tan evidente como hasta ahora: la forma en la que se mantenía erguido, la fuerza de su cuerpo, la forma desnuda en la que enfrentaba su mirada. Había algo salvaje en él que no podía ignorar, algo que tenía impreso en la sangre. No pudo evitar temer que ese lado salvaje le hiciese ser alguien impetuoso, alguien que podía decir un día una cosa y al siguiente, la contraria—. Puede que ahora creas que lo que soy no te importa —le dijo amablemente—, pero, dentro de unos meses, despertarás y verás la realidad.

—¿Y la realidad es?

—¡Que soy prostituta! —gritó ella convulsivamente—. Una prostituta siempre es una prostituta, Chase. Es algo que no puede cambiarse. Aprecio tu gesto filantrópico, pero llegará un día en el que mirarás a otros hombres en la cara, hombres de este pueblo, y te preguntarás cuántos de ellos han estado con tu esposa. La respuesta será que probablemente una docena. Saber eso te comerá por dentro de tal forma que llegarás a detestarme.

Moviéndose rápidamente, para que ella no pudiese reaccionar, redujo el espacio entre ellos y cogió con un puño el corpiño de su vestido. Franny sintió la ira que emanaba de su cuerpo y supo que estaba a unos centímetros de rasgarle la ropa.

—¿Una prostituta siempre es una prostituta? ¿Te han tatuado eso en la piel, Franny? ¿Algún tipo de marca imposible de borrar de tu mente? Es mentira. Puedes cambiar de vida. Lo único que tienes que hacer es darle la espalda. Conmigo. Siendo mi esposa. No volveremos a mirar atrás, al menos yo no. Va en contra de todo lo que me han enseñado.

A Franny le quemaban las lágrimas en las mejillas.

—Eres una mujer preciosa, eso es lo que eres —susurró con rabia—. Cualquier hombre estaría orgulloso de tenerte como mujer, de que fueras la madre de sus hijos.

—No —su protesta fue débil y trémula—, ningún hombre en su sano juicio.

—Yo sí lo estaría y, en cualquier caso, lo que importa es lo que yo siento.

—No. Lo que yo siento también cuenta. No puedo arriesgar la vida de ocho personas escuchando bonitas promesas, por muy sinceras que sean ahora. Si dejo este trabajo, alguien más vendrá a tomar mi puesto. Si las cosas salen mal entre nosotros, tendré que irme a otro sitio a encontrar trabajo y volver a empezar de cero con una clientela nueva. Mientras, mi familia tendrá que sufrir las consecuencias. No puedo arriesgarme, da igual lo mucho que desee hacerlo.

—La vida está llena de riesgos, Franny. Tienes que confiar en mí.

Recordando el voto que acababa de hacer de no dejar que le hiciese creer en estúpidos sueños, le dijo:

—No, no tengo que confiar en ti ni en nadie. Y no lo haré. No puedo. Hay demasiado en juego, y el precio es demasiado alto.

—Supongo que eso significa que tengo que demostrártelo, ¿verdad?

—¿Y cómo esperas hacerlo?

—Pasando tiempo contigo. Cuando me conozcas un poco mejor, te darás cuenta de que no hago bonitas promesas a menos que pueda mantenerlas. Los únicos riesgos que encuentro aquí están todos en tu cabeza.

—No puedo pasar mucho tiempo contigo. Tengo que trabajar, ¿recuerdas?

Hizo una señal con el pulgar hacia el escritorio.

—Estos cincuenta dólares cubren lo que ganarías esta noche. Coge tu sombrero. Vamos a ir de paseo.

Nunca en toda su vida había querido Franny decir sí con tanta fuerza.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué demonios no puedes?

—Porque... ya te lo dije. Mi familia depende del dinero que gano de este trabajo. Si dejo que monopolices mi tiempo, perderé a mis clientes habituales.

Ese brillo de determinación seguía flotando en sus ojos azul oscuro.

—No luches contra mí, Franny. Si lo haces, no jugaré limpio y, al final, perderás.

—Limpio o no, eso es asunto tuyo. Yo solo sé lo que tengo que hacer yo.

—Eso se podría debatir.

—Quizás en la manera de pensar que tú tienes. Pero eso no importa ahora.

—¿En serio? ¿Y si no estoy de acuerdo?

—Ese es tu problema.

—No si elijo discutir el caso en el salón de tu madre la próxima vez que vayas a hacerles una visita.

Franny se puso pálida.

—No lo harías.

—Ponme a prueba.

—Eso sería deleznable. Si ella supiese la verdad, se le rompería el corazón.

—Entonces compláceme para que no tenga que saberlo.

—¿De verdad estás dispuesto a chantajearme para conseguir lo que quieres?

—Como acabas de decir, soy deleznable.

—¿Y de verdad crees que con este tipo de comportamiento puedes ganarte mi confianza?

Su boca se abrió en una de esas sonrisas tuyas que cortaban la respiración.

—¿Soy un encanto, eh? —E inclinando la cabeza hacia su biombo, dijo—: Coge el sombrero.

## Capítulo 12

*E*sa tarde fue el principio de un carísimo cortejo. Siempre con cincuenta dólares en la mano, Chase iba a recoger a Franny a la taberna mucho antes de que se hiciese de noche. La llevaba de paseo. Comían junto a Shallows Creek. Algunas veces iban a cabalgar. Una vez incluso la acompañó a Grants Pass a visitar a su familia y pudieron ir al circo que se había instalado en el pueblo. En esa ocasión, él fue maravilloso y paciente con Jason, lo que hizo que se ganase el favor de Mary Graham.

Franny sabía que trataba de hacerle ver cuánto se estaba perdiendo y lo buena que sería la vida a su lado. Y estaba teniendo más éxito de lo que ella se atrevía a admitir. El deseo que nacía en su interior era más inquietante que cualquier otra cosa que hubiese jamás experimentado. Estaba convencida de que al final terminaría sufriendo. ¿De qué otra forma si no podía acabar? Tal vez Chase pudiese pretender que no le importaba su pasado. Pero ningún hombre podía pretender para siempre. Antes o después la dejaría. Era tan inevitable como que las estrellas saliesen en una noche despejada.

Y, sin embargo, él no terminaba de dejarla. Los días pasaban, y estaban ya bien metidos en julio y el perezoso calor del verano. Franny trató de apartarse de Chase. Lo intentó con todas sus fuerzas. Pero Chase no era fácil de ignorar, ni siquiera para una experta como ella, acostumbrada a escaparse a un mundo de fantasía.

Como ella había percibido desde el principio, Chase no era el tipo de hombre que dejaba que las mujeres le tomasen a la ligera. Poco a poco, fue derribando cada una de las barreras que ella había levantado para protegerse y desveló sus más íntimos secretos, obligándola a mostrar emociones que nunca había revelado a nadie.

Una noche, después de asistir al circo de Grants Pass, él la sorprendió con la guardia baja al decir:

—Es una pena lo de Jason. Es un chico tan maravilloso en los demás sentidos. Guapo, bien proporcionado... Qué broma tan cruel del destino el haber permitido que naciese con esa debilidad en la mente.

Antes de pensarlo, Franny respondió:

—Él no nació así.

En el instante en que lo dijo, se dio cuenta de que había picado el anzuelo. Se estaban acercando a Shallows Creek y, para disimular su desconcierto, Franny se adelantó a toda prisa. Al ver una gran piedra sobre la ribera de arena, fue a inclinarse sobre ella. Después sonrió con nerviosismo, haciendo como si disfrutase del cielo estrellado y de la noche veraniega.

—Es maravilloso estar aquí fuera. Ahora me alegro de que me invitaras a venir.

En realidad, la invitación había sido más como un ultimátum, pero Franny no veía por qué debía hacer destacar ese detalle. Chase había conseguido lo que quería. Si

había aprendido algo de él en las últimas semanas era precisamente eso. En este momento, sin embargo, la idea la llenaba de desasosiego. Había empezado a sospechar que terminaría por ganar, que ella terminaría por aceptar su petición de matrimonio, no porque sintiera que era lo más acertado, sino porque él la estaba arrinconando y no le dejaba otra opción. Podía utilizar una vara muy delicada si se lo proponía.

Dio un respingo cuando él se detuvo junto a ella y se recostó también sobre la piedra. Vestido completamente de negro, atuendo que parecía ser su favorito, parecía siniestro y grande en las sombras. Una luz de luna pálida dibujaba el perfil de su nariz y de su mandíbula. Su pelo negro refulgía en pequeños parpadeos que reaparecían cada vez que movía la cabeza. Tenía los hombros anchos, unas piernas poderosas y esbeltas que parecían no acabar nunca, y unos brazos musculosos capaces de ofrecer a una mujer refugio o convertirse en su peor pesadilla según fuese su conveniencia.

Franny jugó nerviosamente con un botón de su corpiño, consciente de cada movimiento que hacía el hombre que tenía al lado. Podía casi sentir la red cerrándose sobre ella, casi predecir su próximo movimiento.

—Está bien. Casi lo había olvidado. Jason no nació así, ¿verdad? Como dijo tu madre, ¿fue el sarampión, no?

Allí estaba, sabía que él volvería sobre el tema antes o después. Lo que le sorprendía es que hubiese tardado tanto en volver a sacarlo. ¡Qué estúpida era! ¿Por qué había abierto la veda en ese asunto? Lo único que tenía que hacer era morderse la lengua. Pero con Chase al lado, con él esperando constantemente a que cometiera un descuido, era casi imposible mantenerse firme.

—¿Y tú te sientes culpable de su retraso? El sarampión es una enfermedad caprichosa. ¿No crees? ¿Cómo puede alguien sentirse responsable de que otro enferme de sarampión?

Aterrorizada, Franny se apartó de la roca. En esta parte de la corriente había un recodo y el agua se arremolinaba en un saliente de piedras que dificultaba su discurrir. Caminó hasta el borde del remanso.

—Ah, mira. Peces.

Observándola, a Chase se le rompió un poco el corazón. Sabía que Franny se culpaba por la afección de Jason, de igual modo que asumía la responsabilidad de la ceguera de su madre. Lo sabía desde el primer día en que visitó su casa y conoció a su familia. Ya entonces había eludido su sentimiento de culpa, pero seguía sin querer hablar del tema desde entonces.

Chase sabía que era muy desconsiderado por su parte presionarla de esa manera. Solo hacía falta ver su postura para saber que no quería hablar del tema, y era imposible no ver su nerviosismo en la manera casi frenética en que hundía los dedos en el vestido. Chase presentía que había mucho más en juego de lo que la propia Franny se imaginaba.

—¿Qué ocurre, Franny? ¿Enfermaste tú primero o qué?

Dios, cómo se odiaba a sí mismo por ser tan incesante. Pero tenía que hacerlo. Cuantas más capas quitaba a Franny, más fascinado se sentía por ella. Con ella, nada se parecía a lo que se veía en la superficie.

—No fue tan sencillo como que yo me pusiese enferma primero —admitió por fin con voz temblorosa—. Fue culpa mía, y después de eso él nunca volvió a estar bien.

¿Culpa de ella? Una vez más se culpaba por algo de lo que con toda seguridad no podía ser responsable. Chase observó su espalda esbelta, que en estos momentos se mantenía rígidamente erguida, como si se preparase para el golpe. ¿Cómo podía seguir culpándose por una enfermedad? No tenía sentido. Ninguno. Pero no había duda de que para ella sí lo tenía.

—¿Cómo pudo ser culpa tuya, cariño?

—Yo traje... —Su voz se volvió quebradiza y se calló un instante. Él vio que respiraba profundamente antes de continuar—. Yo lo traje a casa. El sarampión. Por eso enfermaron todos.

Chase cerró los ojos un momento. Índigo y él habían pasado el sarampión de niños sin sufrir ninguna consecuencia, pero todavía ahora podía acordarse de lo aterrorizada que su madre había estado. En algunos casos, la enfermedad era maligna y dejaba a sus víctimas ciegas, a veces sordas. Y en el caso de los más jóvenes, las altas fiebres que provocaba podían llegar a destrozar la mente. ¿Pero que alguien se culpase de haber infectado a su familia por coger la enfermedad primero? Era una locura.

Antes de considerar el impacto que causaría en ella, pronunció una maldición y dijo:

—¿Cómo diablos puedes culparte por contagiar a los demás con el sarampión, por el amor de Dios?

Ella se encogió como si la hubiesen golpeado.

—Pues porque sí.

Chase no estaba dispuesto a aceptar una respuesta así.

—Me cago en ese «porque sí». La enfermedad es caprichosa. Es una locura que te culpes de algo así.

Ella se giró para mirarle. A la luz de la luna, sus ojos eran dos gotas de oscuridad que contrastaban con su palidez. Torció la boca, temblando al tratar de formar palabras que se agolpaban en su garganta. Por fin eructó una sarta de sonidos balbuceantes.

—Una... epidemia —consiguió decir, por fin—. Una epidemia de sarampión. Jason solo era un recién nacido.

—Pero no puedes responsabilizarte porque hubiese una epidemia, cariño.

—Sí.

En sus ojos, lo único que vio fue dolor. Chase quería ir hacia ella, cogerla en sus brazos, abrazarla hasta que nada más pudiera nunca hacerle daño. Pero sabía que no estaba lista para ello y que se moriría de miedo si lo hiciese.

—Yo empecé —se desahogó—. ¿La epidemia? Yo fui la única que expandió la enfermedad.

Chase rodeó estas últimas palabras, como si estuviese tratando de atrapar a una serpiente, sin saber muy bien qué hacer, con miedo a dar un paso equivocado.

—¿Puedes explicármelo, por favor, cómo pudiste ser tú la responsable?

—¿Qué quieres que te explique? Y además, puedo ver por tu tono que te estás burlando. No entiendes nada de nada.

En eso tenía razón. Se estaba burlando de ella, y por todos los diablos que no entendía nada de lo que decía.

—Bueno, pues explícamelo para que pueda entenderlo —replicó levantando las manos—. Lo siento. Pero de donde yo vengo, la enfermedad elige a sus víctimas. No es culpa de nadie. No puedo comprender cómo pudo ser diferente en el caso de tu familia.

Aún rígida por la tensión, se frotó la sien y después le dio la espalda, como si no pudiese soportar que él la mirase.

—Yo iba a la escuela de Jacksonville en aquel entonces. Mis padres apenas podían permitirse pagar mis clases, y yo en realidad no quería estar fuera de casa, pero insistieron porque querían que tuviese la mejor educación posible.

Atrapada en sus recuerdos, su voz adquirió un tono de lejanía, y se puso a caminar sin rumbo a su alrededor, deteniéndose para dar una patada a una piedra con el pie, moviéndose después para tocar las hojas brillantes que caían de la rama de un laurel.

—Era una niña muy testaruda —murmuró.

Chase sonrió tristemente al escucharla, porque no era nada nuevo para él. Seguía siendo igual de testaruda de mayor. Nadie lo sabía mejor que él.

—Me molestaba que me hubiesen mandado lejos para ir al colegio. Me sentía muy sola durante la semana y los fines de semana; cuando papá venía a recogerme para llevarme a casa, le pedía siempre que no me llevase de vuelta al colegio. Ellos se hacían los sordos y yo me rebelaba. Nada serio. Solo tenía doce años, por lo que mis travesuras eran bastante inocentes. —Volvió a respirar hondo—. Solo que, al final, no lo fueron tanto.

Chase supo que ella se había perdido en el pasado y no quiso arriesgarse a decir nada.

—Había una familia que vivía a las afueras de Jacksonville, los Hobbs. El padre era un bebedor empedernido, y la madre tenía dudosa reputación. Un día, al escaparme de la escuela, conocí a su hija, Trina, y nos hicimos amigas. Cuando mis padres lo supieron, se preocuparon y me prohibieron que fuese con ella. No porque fuese una mala niña, sino porque temían que me hiciesen daño. Su padre tenía fama de ser violento en sus borracheras.

Cogió un puñado de hojas de laurel y las guardó con fuerza entre los dedos. Cuando los abrió, su expresión mostró un dolor tan intenso que Chase sufrió por ella.

—Enfadada como estaba, no obedecía a mis padres y quedaba con Trina siempre que podía. Un día no acudió a nuestro lugar de encuentro y fui a su casa para ver qué le pasaba. Uno de los niños pequeños contestó a la puerta y, cuando entré, pude oler la enfermedad. Siguiendo el ejemplo de mi madre, hice lo que pude por ayudar —explicó levantando las manos en una súplica impotente—. Desgraciadamente, no tenía ninguna experiencia como enfermera y no reconocí los síntomas ni supe el peligro al que me exponía. Unos días más tarde, Trina se recuperó, y ella y yo empezamos a encontrarnos en secreto de nuevo.

Chase presintió lo que venía después.

—Cuando empecé a sentirme mal, ni siquiera pensé en aquellos pocos minutos que había pasado dentro de la casa de los Hobbs. ¡Apenas estuve allí un momento! —Volvió una mirada agonizante hacia él—. Era viernes por la noche cuando la enfermedad me alcanzó. Al principio solo me sentía cansada y un poco acalorada. Mi padre vino para llevarme a casa y me fui con él, sin pensar que iba a llevarles una enfermedad que estuvo a punto de matar a mi madre y a mi hermano pequeño.

—Ay, Franny.

La luz de la luna iluminaba las lágrimas que le caían por los ojos.

—Todas las del colegio que no eran inmunes enfermaron y llevaron la enfermedad también a sus familias. El sarampión. Asoló Jacksonville y Grants Pass como una venganza, salvando solo a los que estaban inmunizados. No todos padecieron secuelas. Pero en mi familia la enfermedad fue devastadora.

Con un nudo en la garganta, Chase tragó con fuerza. La sensación no desapareció.

—Franny, seguramente hubiese ocurrido de cualquier forma. No puedes...

—Sí puedo. Fue culpa mía. Desobedecí a mis padres. Fui a la casa de los Hobbs. Cogí el sarampión y llevé el virus a mis seres más queridos. ¿Cómo no voy a culparme por esto?

—Tu intención no fue hacer daño a nadie.

—Dile eso a Jason —le contestó con voz trémula—. Él era un niño sano. Acababa de empezar a andar cuando ocurrió. Después ni siquiera pudo volver a sostenerse la boca. Dile a Jason que no era mi intención, Chase. Por desobedecer a mis padres, destrocé su vida y dejé ciega a mi madre —emitió una carcajada húmeda y temblorosa—. Y peor aún, por fin conseguí lo que quería. Después de eso, papá no volvió a enviarme al colegio. Me quedé en casa para cuidar de mi madre y de mis hermanos mientras él trabajaba y trataba de pagar todas las facturas. —Su pequeño rostro se contrajo—. Y murió tratando de pagarlas.

—Dios mío, Franny, no fue culpa tuya.

—Sí. Puedes pintar las cosas como quieras, pero fue todo culpa mía. Los Hobbs no se mezclaban mucho con otros vecinos de Jacksonville. Si no hubiese sido por mi contacto con ellos, la enfermedad hubiese seguido su curso dentro de su familia.

—Eso es bastante improbable.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad? —Se apartó con furia un mechón de pelo que le



caía por la frente. Después, como si el dique que contenía sus sentimientos se hubiese desbordado, empezó a expulsar palabras por la boca—. Solo unos cuantos meses más tarde, mi padre se cayó de la torre del campanario. No había más dinero. Mi madre no podía trabajar. Yo era la mayor y la responsabilidad de alimentar a mi familia recayó sobre mí. Jason no estaba bien, y necesitaba una medicina especial para fortalecer su organismo. Era muy cara. El doctor me dio varios frascos gratis, y algunos vecinos se ofrecieron a comprarme unos cuantos después. Para que hubiese comida en la mesa, trabajé lavando ropa y limpiando establos. Nos apañamos así un tiempo.

Chase se levantó de la roca. Durante semanas había intentado hacer que sacara todo esto, pero, ahora que por fin se había decidido a contárselo, casi deseaba no tener que oírlo.

—Franny, cariño, esas cosas ocurren. Cosas que no podemos evitar.

—Una de mis mejores clientas de la lavandería era la madama del prostíbulo — continuó—. En la misa del domingo, el pastor Elías hablaba de las hermanas del pecado y de los fuegos de Satán, que abrasarían a aquellos que se aventuraran a acercarse al establecimiento. Nunca había pedido lavar la ropa de ese lugar porque tenía miedo a acercarme. Pero un día en la calle, esta mujer maquillada me detuvo. Dijo que había oído que lavaba la ropa a los demás y que quería contratarme. Su propuesta significaba un aumento sustancial de mis ingresos, así que no podía decirle que no. La semana siguiente, tenía miedo de llamar a la puerta de servicio del burdel para recoger la ropa, pero necesitaba tanto el dinero que me obligué a hacerlo.

»La madama parecía una buena mujer y, cada vez que me veía, decía que podría ganar mucho más dinero siendo simpática con un caballero de lo que ganaría nunca lavando ropa. Me dijo que me pusiera un vestido bonito y que le hiciera una visita el sábado por la noche. Me prometió que al menos ganaría siete dólares. Siete dólares sonaban como una fortuna para mí.

Chase dio un paso hacia ella y después dudó. Parecía tan rígida que tenía miedo de que fuera a romperse si la tocaba.

—Los vecinos no pudieron seguir ayudándome a comprar la medicina de Jason mucho tiempo, y finalmente llegó el momento en el que tuve que elegir entre poner comida en la mesa o seguir dándole la medicina. Unos días después de que dejásemos de suministrarle la dosis, empezó a perder fuerza, y pronto enfermó. El doctor dijo que sin los reconstituyentes sanguíneos moriría. —Su boca temblorosa se torció en una sonrisa triste—. Sabía cómo podía ganar siete dólares. Lo único que tenía que hacer era ponerme un vestido bonito y ser simpática con un caballero. Un sábado por la noche, fue eso precisamente lo que hice. —Hizo un gesto vago con la mano—. Esto... el caballero fue bastante educado y amable hasta que subí las escaleras con él. Cuando quise darme cuenta de lo que significaba ser «simpática» con él, era demasiado tarde. Él había pagado a la madama por mi compañía, y no aceptaría un «no» por respuesta.

—Dios santo.

Temblando, se abrazó a la cintura. Aunque su mirada parecía fija en la cara de él, Chase tuvo la impresión de que hacía tiempo que había dejado de verle.

—Pagó treinta dólares por ser el primero —susurró—. Las chicas vírgenes son las más cotizadas en esos lugares. Mi parte se suponía que iba a ser la mitad. ¡Quince dólares! Solo que no pude recogerlo hasta por la mañana. Cuando el caballero dejó la habitación, no podía moverme, mucho menos levantarme. El segundo hombre lo tuvo fácil, y mucho más el tercero. Dejé de contarlos entonces y cerré mi mente a lo que estaba pasando. Al amanecer, recibí veinte dólares por los inconvenientes —emití una carcajada histérica—. Después de todo aquello, la madama además me timaba. Se suponía que iba a tener la mitad de todo y, por mucho que lo pensase, veinte no era suficiente.

Chase deseó no tener que escucharla. Mejor aún, deseó poder volver atrás en el tiempo y matar a esos bastardos con sus manos. ¿Qué clase de monstruos son capaces de utilizar así a una niña? ¿Qué clase de mujer sería capaz de inducirla a una trampa semejante?

—Un par de semanas después, los veinte dólares se habían esfumado —dijo con voz hueca—. Teníamos crédito en la tienda y me había retrasado con el pago. La medicina de Jason costaba mucho dinero. Antes de darme cuenta, estábamos otra vez sin blanca, y casi sin existencias de la medicina.

»El vestido bonito que llevé la primera vez estaba destrozado, pero tenía otro. Cuando Jason empezó a ponerse otra vez enfermo, me lo puse y volví para ser simpática con los caballeros. Tenía miedo, pero era eso o ver cómo mi hermano pequeño moría. Así que fui.

Chase quería llorar por ella y por la niña que había sido una vez.

—Ay, cariño...

—No fue tan malo —le aseguró—. Mientras subía las escaleras con el primer cliente, no era tan ignorante como había sido la vez anterior. Tenía tanto miedo que me temblaban las rodillas. Para no salir corriendo, pensé en mi padre. En los veranos que pasábamos los domingos, cuando nos llevaba a una pradera a merendar después de misa. Siempre me encantó ese sitio. Así que me lo imaginé. Tan claro como si fuera un cuadro en mi cabeza. Un lugar hermoso donde esconderme y donde nada pudiese alcanzarme. Esa noche no fue tan mala. Y la vez siguiente, fue incluso más fácil. Me hice toda una experta en imaginar cuadros en mi cabeza, sobre todo el prado, pero algunas veces otros sitios también. Muy pronto, esos lugares parecían tan reales que no quería volver de ellos y enfrentarme a la realidad. ¿No es una locura? Solo quería seguir en mis sitios secretos y pretender que nada de lo que pasaba en la realidad sucedía.

—No —susurró él con voz ronca—, no es una locura, cariño. Gracias a Dios que pudiste encontrar la forma de esconderte.

Ella parpadeó, como si quisiera agitarse mentalmente la cabeza.

—En cualquier caso, tenía que volver cuando las noches terminaban. Mi familia

me necesitaba.

—¿Cuánto tiempo trabajaste en el burdel de Grants Pass? —preguntó Chase.

—Unos cuantos meses. Como vivía siempre con el temor a que me descubriese mi familia, terminé por venir a Tierra de Lobos a trabajar con May Belle. Llevo aquí desde hace ocho años, creo. Pero ¿a quién le importa?

—A mí —dijo él suavemente, y cerró la distancia que aún les separaba para cogerle de los hombros—. A mí —repitió—, y desearía poder volver atrás en el tiempo, Franny. Desearía poder volver atrás y deshacer todo lo que te han hecho.

—Nadie puede hacer eso —dijo ella débilmente.

—No —admitió él—, pero puedo cambiar las cosas desde ahora. Solo tienes que darme la oportunidad de hacerlo. ¿Confiarás en mí?

Ella levantó la vista para mirarle. Viendo su dolor, le sirvió de poco consuelo advertir un brillo de reconocimiento en los ojos de ella. Él estaba tocándola y ella no trataba de esconderse de él. Lo había llamado «un lugar secreto en su cabeza». Y tenía razón: parecía una locura. Pero Chase sabía que era también la verdad. Esta mujer que se llamaba a sí misma prostituta, quien no creía ya que nada bueno en la vida pudiera pasarle, era aún una niña en muchos aspectos... una niña pequeña, escondida de una fealdad que su mente no podía aceptar. A él le correspondía ahora mostrarle que esa fealdad podía ser a veces maravillosa en los brazos del hombre adecuado.

Él era ese hombre. Lo había sentido desde hacía tiempo, y lo único que tenía que hacer era convencer a Franny de ello.

—Me gustaría confiar en ti, Chase. De verdad que me gustaría —susurró ella.

Chase sonrió con tristeza.

—¿Entonces qué es lo que te lo impide?

—Tengo miedo.

Su voz tembló al pronunciar esta última palabra, lo que le indicaba el miedo que de verdad sentía.

—¿De qué, Franny? —le preguntó con dulzura. Hasta aquí, había sido una noche cargada de sinceridad, y rezó para que siguiese siendo así—. ¿De mí? ¿De que te toque?

—Sí, de la parte en la que me tocas.

Casi sonrió de nuevo al oírlo. Su expresión decía mucho mejor que sus palabras que la simple idea de que hubiese contacto físico entre ellos la superaba. Pero era evidente que no había nada gracioso en ello. Nada que le causase un dolor semejante debía ser tomado a la ligera, por mucho que a él le resultase absurdo.

—Nunca te haría nada que no te gustase —le aseguró él.

—No me gusta nada de ello.

—Entiendo. —Y así era. Con total claridad. El problema era que Franny no lo entendía—. Franny, con el hombre adecuado, puede ser mágico.

Ella tembló levemente.

—Claro.

No pudo evitarlo; por mucho que lo intentó, no pudo evitar sonreír.

—¿Claro?

—Lo odio. Todo. Por eso me das miedo, porque sé que no dejarás que me esconda en mis lugares mágicos. Harás que...

Chase le tocó la boca con la punta del dedo.

—Te equivocas, Franny. Yo iré contigo a ese lugar mágico.

Sus ojos se abrieron mucho, y liberó su boca para decir:

—Es mi lugar mágico, me pertenece. No quiero que vengas allí conmigo. Ni tú ni nadie.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes —replicó. Se soltó de él y dio varios pasos para alejarse—. Así es como sobrevivo. ¿Lo entiendes? Es la única manera que tengo de vivir con todo esto. Y tú lo destrozarías si te dejara entrar.

Se giró para mirarle, mostrando su corazón al hacerlo.

—Si te dejas, me destrozarás a mí también. ¿Por qué no puedes entender esto?

—Tal vez deberías explicármelo.

Levantó las manos.

—¿Explicártelo? Me muestras sueños como si pusieses golosinas delante de un niño. Me haces querer cosas que nunca podré tener. ¿Tienes idea de lo mucho que duele? Estaba contenta con mi vida hasta que apareciste. Ahora todo lo que hago es pensar en las cosas que podría tener si sucediese un milagro. El problema es que los milagros no existen para las mujeres como yo. Nosotras somos las últimas de la cola y, cuando Dios tenga tiempo para solucionar problemas, lo hará por la gente que merezca la pena, y no por las prostitutas.

—¿Gente que merezca la pena? Cariño, no hay nadie que merezca la pena más que tú.

—¿Cómo puedes decir eso? La gente se cambia de acera al verme en la calle principal. Soy una perdida a sus ojos, y también a los ojos de Dios. ¿Cómo puedes siquiera pensar en casarte conmigo? ¿Tener hijos conmigo? ¡Soy una paria! Y siempre será así. No puedes imaginarte cómo es en realidad.

—Nos iremos de aquí —trató de reconfortarla—. Me dedico a la madera, Franny. La tierra que compré está cerca de Canyonville. Nadie te conoce allí. Y en cuanto a la gente de aquí, ¿a quién diablos le importa lo que sospechen? Si han visto de refilón tu cara, te reconocerán solo a medias. Los únicos que sabremos con seguridad que eres tú seremos May Belle y Gus. Los otros murmurarán y especularán, tal vez te acusarán, pero, si venimos aquí solo de visita, ¿a quién le importa? Tendremos una vida en otro lugar entre gente que no te conoce.

—Estás soñando.

—La vida es soñar. Sin sueños, ¿qué nos queda? Sueña conmigo. Aprovecha esta oportunidad conmigo. Si Canyonville no está lo suficientemente lejos, iremos a algún

otro lugar.

—¿Y qué hay de mi familia? Me necesitan.

—Ellos necesitan el dinero que les proporcionas. Yo seguiré manteniéndoles.

—¿Y qué pasará con tus sueños de convertirte en un gran propietario?

Chase suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Me llevará más tiempo, eso es todo.

—¿Jamás, quizá? Ah, Chase, no funcionaría. Terminarías odiándome. ¿No lo entiendes?

—No; estoy enamorado de ti, Franny.

Ella apartó la cara como si él la hubiese abofeteado.

—¡Ay, Dios mío!

—Es verdad. Creo que me enamoré de ti la primera vez que te vi, y desde entonces he caído en picado. Quiero una vida contigo. ¿Tan difícil es eso?

—Me temo que sí. No estás siendo realista.

—¿Y tú? ¿Estás siendo tú realista? Podríamos hacer que funcionase, si lo intentamos. Te lo prometo. Al menos, piénsalo. —Se frotó la boca con la parte exterior de la mano—. ¡Maldita sea! Eres la mujer más testaruda que he conocido nunca, te lo aseguro. No puedo quedarme aquí para siempre, y lo sabes. Mis costillas hace ya tiempo que sanaron. Tengo que volver al trabajo. ¿Cuánto tiempo vas a seguir titubeando?

—¿Titubeando dices? Me estás pidiendo que cambie toda mi vida.

—¿Qué vida? —respondió él—. ¿Llamas a esa habitación de la taberna vida? Momentos robados con mi hermana y sus hijos, ¿es eso vida? Diablos, no. ¿No es tiempo de que te concedas un poco de felicidad? La excusa de tu familia ya no te sirve, Franny. Lo único que te mantiene ahora en Tierra de Lobos es el miedo. ¿Tan cobarde eres que no puedes darme ni una oportunidad?

Ella le miró fijamente por un momento interminable.

—Quizá lo sea. Quizá tengo miedo a creer que es posible porque lo quiero con todo mi corazón. No lo sé.

—Averígualo.

—Ah, Chase. Haces que parezca tan sencillo.

—Porque lo es. Lo único que tienes que hacer es venirte conmigo. Arriesgarte. Te lo prometo, Franny; nunca te arrepentirás. Al menos dime que lo pensarás.

Ella respiró temblorosa y por fin asintió.

—De acuerdo, lo pensaré. Pero necesito algo de tiempo, Chase.

—Un día.

—Una semana —le contestó.

—¿Una semana? —perjuró en voz baja—. Está bien, una semana.

—Y quiero que te mantengas lejos de mí ese tiempo.

—¿Durante una semana? Maldita sea, no.

—Sí. Cuando estás cerca, no puedo pensar con claridad.

—Demonios.

—Una semana no es mucho.

—Pero nada de clientes en ese tiempo —advirtió—. Te daré el dinero para que cubras lo que ganarías, pero no trabajes.

—No trabajaré —asintió ella.

En el instante en que accedió a su petición, Chase supo que había ganado, incluso aunque ella aún no lo supiese. Unas cuantas semanas antes, su preciosa clientela lo había sido todo para ella, y ahora estaba dispuesta a arriesgarla. Lo supiese o no, empezaba a confiar en él, aunque fuera solo un poco. No era exactamente lo que él llamaría un gran paso, pero al menos iban en la dirección correcta.

Hacia él.

## Capítulo 13

Cuando Franny volvió más tarde a la taberna, encontró a May Belle esperándola en la habitación. Uniéndose a su amiga en la mesa donde estaba sentada, Franny examinó su cara. May Belle rara vez invadía el santuario de Franny, por lo que no pudo evitar preocuparse.

—¿Qué ocurre?

May Belle la miró con unos ojos brillantes y una gran sonrisa.

—Nada, cariño. Por una vez en mi desafortunada vida, creo que todo está bien. — Se retorció en la silla, incapaz de contener por más tiempo lo que tenía que decir—. Ah, Franny. Sé que vas a decir que he perdido la cabeza, pero voy a hacerlo. ¡De verdad que voy a hacerlo!

Incluso aunque Franny tuviese una idea aproximada de lo que estaba pasando, decidió ser cauta. Sin embargo, la felicidad de May Belle era contagiosa y no pudo evitar sonreír.

—¿Vas a hacer qué?

—¡Casarme con el viejo topo!

—¿Con Shorty?

—¿Quién si no? ¿Gus? —May Belle se abrazó—. No puedo creérmelo. ¡Si incluso vino a cantarme serenata hace un rato! Ah, Franny, fue tan romántico. Dijo que, si no le aceptaba, se quedaría cantando toda la noche. ¿Te imaginas?

Franny solo podía sacudir la cabeza, asombrada. Shorty tenía que llevar tirantes para que no se le cayeran los pantalones. No podía imaginárselo cantando serenatas a nadie.

—Dijo que soy muy guapa. —May Belle lo dijo con un suspiro—. ¿Vestida así, y cree que soy guapa? Es un viejo loco.

En ese aspecto, Franny tenía que estar de acuerdo con Shorty. Incluso con su raído camisón de algodón blanco, su melena despeinada y su cara lavada de maquillaje, May Belle tenía una hermosa figura para una mujer de su edad. Pero Franny pensó que era más que eso. May Belle emitía una bondad, una dulzura, que nunca había sido manchada, ni siquiera después de todos los años trabajando en la profesión más fea y más antigua del mundo.

—Pero, May Belle, es que eres muy guapa. ¡Shorty tiene toda la razón en eso!

Las mejillas de May Belle se tiñeron de rojo, complacida, y un punto de ensoñación nubló sus ojos.

—¡Soy tan feliz, Franny! Después de todos estos años, por fin he encontrado a mi príncipe azul. Sé que no lo parece. Al menos no si lo comparamos con otros tipos. Pero para mí, él es el hombre más guapo que he conocido nunca. Supongo que vas a recordarme que es una mala idea que me case con él. Que seguramente me dejará sin

blanca y después me dejará.

—No —dijo Franny suavemente—. No voy a decirte eso. Índigo quiere a Shorty como si fuera de su familia. Con eso me basta. —Mientras hablaba, se le ocurrió que Chase era en realidad el hermano de Índigo—. Creo que deberías casarte y dejar atrás el pasado.

May Belle sacudió la cabeza.

—Odio dejarte aquí, es lo único que me preocupa.

—No te preocupes por mí. —Los nervios se le agarraron al estómago y tuvo de repente ganas de vomitar. Desde que había conocido a Chase, ese estado constante de agitación hacía que a menudo se sintiese indispuesta—. En realidad, estoy pensando en irme yo también.

—¿Irte adónde?

—Cerca de Canyonville. —Franny apenas podía creer lo que decía, pero, al hacerlo, supo que de verdad era lo que quería hacer—. Yo también he encontrado a mi príncipe azul y me ha pedido que me case con él.

—¿Chase?

Tratando de no llorar, Franny asintió.

—¡Alabado sea Dios!

—¡Tengo tanto miedo, May Belle! Nunca en mi vida había estado tan asustada. Y no es solo porque vaya a llevarme a un lugar perdido y crea que luego me pueda abandonar. Es más... bueno, ya sabes. Odio que me toquen. No sé cómo voy a soportarlo. Chase no dejará que piense en campos de margaritas, eso te lo garantizo.

La vieja mujer rompió a reír.

—¡Madre mía! —Después de reír un rato, se inclinó para poner una mano sobre la de Franny—. Cariño, nunca has estado con un hombre al que ames. Es totalmente diferente, créeme. ¿Y con un granuja tan guapo como Chase? —Puso los ojos en blanco—. ¡Al diablo con las margaritas!

—Mis margaritas me han mantenido cuerda.

—Lo sé, cariño, pero ya no vas a necesitarlas a partir de ahora. —Los ojos de May Belle se oscurecieron de comprensión—. Confía en mí. Será bueno para ti estar con Chase. Él es un joven honesto. Como su padre, a veces puede dar miedo. Pero Cazador es un hombre bueno y honrado. Si Chase es la mitad de hombre que él, te tratará como a una reina.

—¿No vas a advertirme de que tenga cuidado?

May Belle sonrió.

—Si fuera cualquier otro hombre sobre la tierra, sí, lo haría. Pero no con él. Él sabe lo de tu familia, y aun así está dispuesto a arriesgarse. No lo haría si no te quisiese de verdad.

—Le he pedido una semana para pensármelo.

May Belle volvió a echarse a reír.

—¡Yo también! ¿No es irónico? Yo solo estaba haciéndome la dura. ¿Y tú?



—Yo no. Es solo que tengo miedo. —Franny miró hacia la ventana. El cristal era de negro aceitoso por la oscuridad que había fuera, y la cálida luz de la lámpara sobre la mesa mostraba su reflejo. Se quedó mirándolo un momento—. Solo espero no estar cometiendo el peor error de mi vida.

Sin Chase para llenar sus horas, Franny encontró el tiempo necesario para hacer todas las cosas que había dejado a un lado en las últimas semanas. Una tarde, después de terminar una camisa para el pequeño Cazador y un vestido veraniego para Amelia Rose, fue a visitar a Índigo. Los cuatro huían del calor de julio bajando al río. Índigo había traído consigo una cesta para merendar. Cuando Franny echó un vistazo a los bocadillos de venado que su amiga sacó, tuvo ganas de vomitar.

—Yo no quiero, gracias.

Índigo la miró preocupada.

—¿Qué ocurre? Siempre te han gustado mis bocadillos de venado.

Franny se puso la mano en la tripa.

—Son los nervios, creo. Tengo el estómago revuelto últimamente.

Índigo la miró asombrada. Después de un momento en silencio, dijo:

—¿No estarás...? Quiero decir, no puede ser... ¿No será que estás esperando...?

Franny se rio.

—No, claro que no. Tuve la regla justo a... —Se calló, tratando de recordar cuándo había tenido su última menstruación. Como no había trabajado últimamente, no había mirado el calendario con tanto cuidado como solía—. Estoy segura de que no tengo ningún retraso, Índigo. Siempre tengo las reglas puntuales como un reloj. Es solo que me olvidé de mirar la fecha este mes. Con Chase monopolizando mi tiempo, no he estado atenta a nada más. A finales de agosto es el cumpleaños de Matthew y quiero hacerle una camisa y unos pantalones. Ni siquiera le he cogido las medidas todavía.

Índigo se relajó y sus hermosos ojos azules se llenaron de curiosidad.

—Por cierto, ¿qué tal van las cosas con Chase?

Cazador, que estaba jugando en el río, les salpicó con el agua. Franny se rio y se secó unas gotas de agua de la mejilla. Avergonzada, miró a los niños un momento. Amelia Rose gateaba con los pies descalzos por la orilla, recogiendo pequeños trofeos, probándolos con la boca antes de deshacerse de ellos.

—Supongo que las cosas están saliendo muy bien. Por eso estoy tan nerviosa. —Miró fijamente a su amiga—. ¿Qué te parecería si me convirtiese en tu cuñada?

Índigo gritó de júbilo. Los bocadillos de venado salieron disparados en todas direcciones cuando se levantó de un salto y fue a abrazar a su amiga.

—¿Que qué me parecería? Ah, Franny, ¡como estar en la luna! ¿Quieres decir que te lo ha pedido? ¿Te ha pedido que te cases con él? ¡Ahhhh! Le mataré cuando lo vea. Ha venido esta mañana a tomar un café a casa y no me ha dicho nada.

Sintiéndose aún con ganas de vomitar, Franny se soltó del abrazo entusiasta de Índigo.

—Eso es porque todavía no le he dado una respuesta. Pero estoy pensando en ello. —Se encontró con la mirada de su amiga—. Tengo que admitir que tengo algo de miedo. Es un gran paso.

—Sí, lo es —admitió Índigo—. Pero, ah, Franny. Es tan maravilloso. Chase es un buen hombre, de verdad que lo es. Será un marido excelente, estoy segura. Y nunca, ni en un millón de años, pediría a una mujer que se casara con él si no la amase de verdad. Estoy asombrada de que por fin alguien haya podido conquistarle. Debería de haberlo imaginado. Está raro desde que te vio la primera vez. Ah, verás cuando se lo cuente a Jake. Se va a reír de lo lindo. Chase no hacía más que perjurar que no se casaría nunca.

—Aún no he dicho que sí —le recordó Franny.

—Pero vas a hacerlo, estoy segura. Tú le quieres, ¿verdad?

El estómago de Franny volvió a dar otra vuelta, lo que la convenció una vez más de que su malestar se debía a los nervios.

—Lo cierto, Índigo, es que no estoy segura. Me gusta mucho. Y es muy atractivo. Índigo se inclinó, mirándola con curiosidad.

—¿Cómo te hace sentir eso?

Franny pensó la pregunta.

—¿Me prometes que no te enfadarás? Es tu hermano.

—Desde luego que no me enfadaré.

—Bueno... —Franny se mordió el labio superior—. La verdad es, Índigo, que me hace sentir como si me hubiese tragado un cubo lleno de serpientes.

Índigo echó hacia atrás la cabeza y soltó una gran carcajada. Después se dejó caer de espaldas sobre la hierba, olvidando por completo los bocadillos que tenía a su alrededor. Franny no entendía por qué le parecía tan gracioso y no podía dejar de mirarla.

—¡Eso es amor! —consiguió por fin decir, cuando paró de reír para tomar aire—. Yo sentía exactamente lo mismo con Jake, solo que yo sentía más como un puñado de peces nadando en mi estómago.

—Es bastante parecido.

Índigo volvió a reír.

—Se pasa. Y sigue siendo incluso más bonito cuando llega eso.

—Eso espero. No es un sentimiento muy agradable. —Franny se tocó el estómago otra vez—. Es pensar en él, y sentir como si serpenteasen en mi interior.

—Lo único que te cura es el matrimonio. —Índigo suspiró y se incorporó para sentarse. Sonreía como si supiese un secreto maravilloso—. Ah, Franny, serás tan feliz. Lo sé. Me alegro tanto por vosotros dos. Mis dos personas favoritas y se han enamorado. Es un sueño hecho realidad. Mi mejor amiga será mi hermana. ¡Piénsalo! Para el resto de nuestras vidas, nuestras familias se reunirán en las vacaciones y en

momentos especiales. Vuestros hijos con los nuestros. ¿No crees que es maravilloso?

No solo sonaba maravilloso, sino que sonaba increíble. Pero por un momento, Franny se atrevió a soñar. En niños y en árboles de Navidad. En mesas llenas de comida. En amor y en risas. En pertenecer a alguien. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ah, Índigo, ¿de verdad crees que algo así puede pasarme? Tengo miedo de creerlo por miedo a que no ocurra.

—¡Pues claro que puede suceder! ¿Por qué no? Solo tienes que decirle a Chase que sí, boba. Es lo único que necesitas.

«Es lo único que necesitas».

Franny se aferró a estas palabras mientras caminaba de vuelta a la taberna. Trató de imaginar cómo sería caminar por una calle como esa y mirar a los escaparates sin tener que llevar un sombrero de ala ancha. Saludar a las otras mujeres y que le devolvieran el saludo. Sentirse parte de la comunidad. La señora de Chase Lobo. Franny Lobo. Francine Lobo. Sonaba muy bien.

Mientras subía las escaleras que llevaban a su habitación, los olores a grasa de la cocina hicieron que Franny volviera a sentirse mareada. Una vez en el cuarto, se acercó al calendario que tenía colgado en la pared. Estaban ya en el mes de julio, y buscó rápidamente las pequeñas equis con las que siempre marcaba el inicio del ciclo. Era extraño. No había. ¿Se había olvidado de contar desde su último ciclo?

Supuso que así debía ser. Sonrió al pensarlo. Con Chase rondándola, un día sí y otro también, era un milagro que no se hubiese olvidado también la cabeza en algún lado. Tratando de rectificar lo sucedido, Franny volvió hasta junio para encontrar los días de su última regla, que siempre marcaba con una línea horizontal que atravesaba los cuadros del calendario. El corazón le dio un vuelco. No había línea marcando los días de regla el último mes.

Había solo una equis para marcar el día que debería haber empezado.

Franny se quedó mirándola. Una equis sin línea. El 24 de junio. Debería haber tenido su regla entonces, y estaban ya a mediados de julio. Tenía un retraso de tres semanas.

Temblando, Franny fue a sentarse en el borde de la cama. Nunca se había retrasado. Nunca.

La tarde siguiente, Franny fue unas casas más allá en la calle principal para ver al doctor Yost. Convencida de que él le daría una explicación razonable para sus náuseas y su retraso con el período, se quedó atónita al ver su expresión lúgubre después de hacerle el reconocimiento. Franny se sentó en el borde de la mesa y se arregló el vestido. Estaba tan preocupada por su expresión que apenas le importó que le viera la cara. Normalmente, cuando necesitaba ir al médico, iba al médico de Grants Pass.

—¿Qué es? ¿Una especie de gripe? —preguntó esperanzada.

—Tú eres la chica de May Belle, ¿verdad?

Franny sintió que el calor le subía por la nuca. La chica de May Belle. Sonaba horrible.

—Esto... sí. Trabajo en la taberna.

Él asintió y se rascó la nariz.

—Bien, señorita, me gustaría que fuese una gripe. Sé que este tipo de noticias no son exactamente bien recibidas entre las de su profesión.

Franny cerró los ojos. No podía ser. No ahora. No después de llevar nueve años librándose. En tres días, pretendía decir a Chase que iba a casarse con él. Tres días más, y daba la espalda a esta vida. Estaba a punto de conseguir el milagro. ¿No entendía Dios esto? Su única oportunidad de tener un milagro.

—Es difícil asegurarlo cuando se está al principio, pero yo diría que estás de más de dos meses. Definitivamente embarazada, según lo que he visto.

Franny sacudió la cabeza.

—¿Está seguro de que no se equivoca? Solo me he retrasado tres semanas. Como es tan pronto, ¿no podría estar equivocado?

Sus amables ojos grises la miraron con tristeza.

—Cariño, desearía que así fuera. Pero en cuarenta años, nunca me he equivocado. Estás embarazada. La única pregunta es saber exactamente desde cuándo. —La miró con el entrecejo fruncido—. ¿Y dices que solo tienes tres semanas de retraso? ¿Y cómo fue tu última regla? ¿Normal? ¿O fue ligera y discontinua?

Con un hondo sentimiento de resignación, Franny hizo memoria.

—Ligera y entrecortada.

Él asintió.

—Sí, eso me imaginaba. Eso ocurre a veces. He tenido mujeres que no se han dado cuenta de que estaban esperando hasta los cinco meses, y todo porque tenían reglas ligeras y entrecortadas todos los meses.

—Entiendo.

El doctor no dijo nada para responder. Después de un buen rato, se aclaró la garganta.

—Si estás pensando en pedirme que te ayude a solucionar esto, no puedo. Y no te recomendaré a nadie que pueda. No me importa si hay quien opina de otra manera, es peligroso. No tomaré parte en ello.

Entumecida, Franny bajó de la mesa y se puso el sombrero. El doctor siguió hablando, pero las palabras pasaron por ella como un remolino confuso. Se sentía como si se moviera en una madeja de algodón. Salió del consultorio. Caminó por la acera. Instintivamente, giró hacia la taberna. Un pie delante de otro. Apenas veía, apenas escuchaba, apenas sentía. Embarazada. Estaba embarazada.

Cuando llegó a la habitación, se sentó en el borde de la cama y miró al techo con la mente en blanco. Embarazada. Chase no se casaría con ella ahora. Tomar a una

prostituta como esposa era una cosa. Pero casarse con una mujer embarazada de otro hombre era otra muy diferente.

Franny no sabía qué hacer. No podía seguir trabajando si estaba embarazada. El flujo de dinero que había estado recibiendo de Chase terminaría en el instante en que se lo dijera. ¿Qué iba a ser de su familia? ¿Qué sería ahora de su madre y de su hermano Jason? Frankie y Alaina tendrían que encontrar un trabajo en Grants Pass, pero ninguno de ellos ganaría lo suficiente como para comprar la medicina de su hermano pequeño y mantener al resto de la familia. Los costes eran desorbitantes.

Por un instante, Franny consideró no decírselo a Chase. Podría casarse con él y pretender que el niño era suyo. ¿Podría? Estaba al principio del embarazo. Solo de dos meses. Cuando el niño naciese, podría decir que se adelantó. Él nunca lo sabría. Lo único que tenía que hacer era mentirle durante el resto de sus vidas.

Una mentira. Franny cerró los ojos, sabiendo incluso mientras jugaba con la idea que nunca podría hacerlo. Sobre todo no podía hacérselo a Chase. Era un acto despreciable, incluso de pensamiento. Pero, si no era así, ¿qué iba a hacer?

Otra posibilidad entró fríamente en su cabeza. Su vista se fijó en la percha metálica de la ropa que colgaba del perchero. Desde hacía años, había oído hablar de ello. Sabía que algunas prostitutas se ocupaban de ello. Pensarlo hizo que tuviese ganas de llorar. Toda su vida, desde que tenía conciencia, había deseado tener un hijo. Ahora estaba pensando en deshacerse de él. Volviendo la vista hacia la pared, Franny miró el motivo intrincado de las margaritas. Sus miembros empezaron a relajarse.

No tuvo que cerrar los ojos ni estar rodeada de oscuridad en esta ocasión para encontrar los prados. Rayos de sol y margaritas. Soplaban una brisa dulce. En un abrir y cerrar de ojos estaba allí, todos los problemas y el dolor que sentía en el pecho habían desaparecido. Su padre estaba sentado en una manta con mamá, y los dos sacaban comida de una cesta. Jason gateaba cerca de ellos con sus ojos azules danzando.

—¿Franny? —dijo una voz.

Echándose a correr, fue hacia sus padres. Papá miró hacia arriba, con sus ojos verdes y su pelo flotando en el sol.

—¿Franny? Cariño, ¿qué te pasa?

Confundida, Franny erró el paso y se volvió en su sueño para ver quién la llamaba. No era su padre. Era la voz de una mujer. ¿May Belle? Ah, sí, May Belle. Sonrió ligeramente y se preguntó cómo había encontrado May Belle el prado.

—Franny, detente. Me estás asustando. Vamos, amor.

Franny oyó que alguien chasqueaba los dedos. Después notó un dolor en la mejilla. Parpadeó y arrugó el entrecejo.

—Maldita sea, Franny. No hagas eso. Eh, chica. Sea donde sea que hayas ido, vuelve aquí ahora mismo. ¿Franny?

May Belle. Franny podía oírla con claridad, pero no podía verla. Y no quería. No había nada malo ahí en el prado. Podía quedarse aquí si quería. El mundo desde el

que la llamaba May Belle estaba lejos, y ese podía convertirse en su realidad. Se acercaría a sus padres, y la voz de May Belle se haría más distante. Franny se puso rígida para ponerse a correr, pero la nota de miedo que escuchó en la súplica de May Belle le hizo dudar.

Miró por encima del hombro. Vio el rostro ansioso de May Belle.

—No —susurró—. Deja que me vaya, May Belle. Por favor, deja que me vaya.

May Belle llegó hasta ella y cogió la cara de Franny con sus dos manos temblorosas.

—Cariño, ay, qué miedo he pasado. ¿Estás bien?

Al contacto, el prado de Franny se rompió en mil pedazos. Ella parpadeó y enfocó la habitación, confundida. Nunca antes se había escapado con tanta facilidad, y nunca antes le había resultado tan difícil volver.

Franny volvió a sentir dolor al recordar las razones por las que había escapado al prado. Cerró los ojos, deseando con todo su corazón haber podido quedarse allí. Estaba tan cansada. Tan cansada de todo. En este mundo todo lo que había para ella era dolor y más dolor. Cada vez que algo bueno estaba a punto de sucederle, Dios se lo quitaba. Como casarse con Chase. No habría casa, ni valla blanca de madera. Estaba embarazada y ni siquiera Chase Lobo sería capaz de perdonarle eso.

—¡Ay, May Belle! —susurró con voz entrecortada—. Está volviendo a pasar.

—¿El qué, cariño?

—Dios no dejará que nada ni nadie me quiera. Soy mala, y Él no quiere que sea feliz. Ni siquiera un poquito. Ese es mi castigo. ¿No lo ves? Cada vez que quiero algo, él me lo quita.

May Belle se puso en cuclillas junto a ella y le cogió las manos.

—Ah, vamos. Si eso no es lo más estúpido que he oído nunca, entonces no sé qué puede serlo.

—No, no es estúpido. Yo quería a mi gato, *Toodles*; ¿te acuerdas? Y murió.

May Belle guiñó los ojos tratando de acordarse.

—Ah, cariño, ese no fue Dios. Los culpables fueron dos hombres sin corazón y borrachos que fueron crueles con él. —Frotó las manos de Franny—. Por dios, estás helada, muchacha. ¿Qué te ha puesto en este estado?

Franny tenía dificultades para hablar.

—Estoy embarazada.

La mujer mayor palideció. Soltando las manos de Franny, se puso en pie y caminó agitada.

—¿Estás segura?

Franny contuvo un sollozo.

—Sí, estoy segura. Acabo de visitar al doctor Yost, y dice que estoy embarazada.

—Ay, Dios mío.

La reacción agitada de May Belle corroboró los peores augurios de Franny.

—¿Qué voy a hacer, May Belle?

No hubo respuesta. Por lo que pareció una eternidad, May Belle se quedó allí de pie. Entonces emitió un sonoro suspiro y fue a sentarse al borde de la cama.

—Si no eres la persona con la peor de las suertes, Franny, desde luego no conozco a nadie más. ¿Cómo puede pasarte esto ahora? ¿Justo cuando todo iba a cambiar para ti?

Franny ahogó otro sollozo.

—Él no va a quererme ahora.

May Belle no preguntó de quién se trataba. Era obvio.

—No, a menos que sea un santo —admitió finalmente—. Y de esos no hay muchos en este viejo mundo, me temo. Ah, mi niña, qué desventura.

May Belle rodeó con su brazo carnosos los hombros de Franny. La calidez que sintió fue su perdición. Con un sollozo, escondió la cara entre el cuerpo de la mujer.

—No puedo trabajar mientras estoy embarazada, May Belle. ¿Qué va a ser de mi familia? ¿De Jason y de mi madre? Están tan indefensos. Siempre he sido yo la que ha cuidado de ellos. ¿Qué harán sin el dinero que siempre les he enviado a casa cada mes? ¿Cómo sobrevivirán?

May Belle le dio una palmada en la espalda.

—Ya se nos ocurrirá algo, cariño. Buscaremos la manera. Tengo algo de dinero ahorrado.

Un soplo de aire entró en la garganta de Franny y volvieron a darle arcadas.

—No puedo quedarme con tus ahorros, May Belle. ¿Cómo te los devolvería? No puedo quedarme aquí en el Lucky Nugget y criar a un hijo. ¿Cómo podría seguir trabajando y criar a un niño en cualquier lugar? ¿Qué clase de vida tendría?

No hubo respuestas. Solo un silencio pesado que era más elocuente que todas las palabras del mundo.

—Las dos sabemos lo que tengo que hacer —susurró Franny.

—No nos precipitemos. Tiene que haber otra manera. Solo deja que piense un poco.

—¿Qué otra manera, May Belle? Dime una sola.

—¿Quizás una pareja que quiera adoptar al niño? Deja que pregunte por ahí, ¿de acuerdo?

—¿El hijo de una prostituta? Ah, May Belle, estás soñando. La gente tiene miedo de las enfermedades y de los defectos. Lo sabes tan bien como yo. ¿Y quién puede culparles? No tienen forma de saber si yo estaba sana.

—Eso no significa que no podamos encontrar a nadie.

—¿Y si lo hacemos? Tú y Shorty contabais con ese dinero para construir una casa junto al río. Sé que es así. Pasarán años antes de que pueda devolveros el dinero. Si tengo el niño, empezaré a trabajar justo después, pero la mayor parte del dinero que gane irá a parar a mi familia. Lo poco que queda no es mucho.

—Pensaré en algo —prometió la experimentada mujer—. Pero prométeme que no harás nada precipitado hasta que encuentre una solución. Prométemelo, Franny. Lo

que estás pensando... Cariño, más a menudo de lo que crees, las chicas mueren haciéndolo. No encuentran el sitio adecuado y terminan desangrándose. No puedes arriesgarte a eso.

Franny no estaba segura de que hubiese otra opción, pero, como no quería preocupar a May Belle, le prometió a regañadientes no hacer nada de momento.

—Escucha —dijo May Belle—, voy a acercarme a la iglesia y...

—¿La iglesia?

—Claro, la iglesia. ¿Qué mejor lugar para empezar a buscar que con el párroco? Seguro que él conoce a una pareja sin hijos. Y si no, siempre puede preguntar por ahí. Tiene que haber alguien que quiera tener un niño, Franny. Alguien que crea que pueda tener una oportunidad de estar sano. Solo tenemos que encontrarlo, es todo.

Franny no compartía el optimismo de su amiga. Cuando May Belle dejó por fin a Franny, esta se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo. Por muchas vueltas que le diera, no podía encontrar la manera de concebir ese hijo. May Belle había estado ahorrando toda su vida para tener una vejez tranquila. Franny no podía dejar que derrochase así el dinero. Los embarazos no deseados eran parte de esta profesión. Una mujer se hacía dura y hacía lo que tenía que hacer. Era tan sencillo y tan horrible como eso.



## Capítulo 14

Chase estaba en el establo, dando aceite a los aperos cuando Gus irrumpió por la puerta. Con el pelo despeinado por el viento y los ojos como platos, jadeaba con tanta fuerza que le llevó un momento hablar. Chase dejó caer el arnés que sostenía y se puso en pie lentamente, con el corazón en un puño.

—¿Gus, qué ocurre?

Aún sin aire, el corpulento tabernero tragó saliva y se frotó la boca con el puño de su camisa blanca.

—May Belle. Dice que... Es Franny. Será mejor que vengas... rápido.

Franny. Chase lo había sospechado desde el momento en que vio a Gus. Sin detenerse si quiera a limpiarse las manos, corrió fuera del establo. El Lucky Nugget estaba solo a unos pasos de la calle principal, pero, en ese momento, le pareció como si tuviera que recorrer medio país. A grandes zancadas, cruzó la calle por el medio esquivando una carreta que pasaba y después un caballo. Franny. Algo terrible le había pasado. May Belle nunca hubiese enviado a Gus a buscarle si no fuera así.

Franny. ¡Dios mío! Una docena de ideas pasaron por la cabeza de Chase en ese momento, a cual más siniestra. Que se había caído por las escaleras, que un cliente se había puesto como una fiera. La vio golpeada e inconsciente. Hacía semanas que había decidido que amaba a esa mujer. Pero el pensamiento de perderla hizo que se diese cuenta de hasta qué punto la amaba. Franny, su pequeño ángel de ojos verdes. Dios. Si alguien le había hecho algo tendría que vérselas con él. Lo mataría con sus propias manos, le estrangularía hasta sacarle el último aliento.

Chase pisó la acera que bordeaba la taberna, y las botas golpearon la madera con un sonido hueco. Con un hombro, abrió de un golpe las puertas batientes y entró en el mal iluminado salón. A esas horas tempranas de la tarde, solo había un cliente, un minero sin rostro que se sentaba en las sombras, con una mano cerrada alrededor del asa de la jarra de whisky. Chase apenas le miró un instante. Desviándose a la derecha, corrió por las escaleras, utilizando la barandilla para impulsarse.

—¡Franny! —golpeó el descansillo. Su puerta estaba abierta—. Franny.

Chase no estaba seguro de qué esperaba ver al entrar en la habitación. Una pieza desordenada, quizá. En vez de eso encontró que todo estaba perfectamente en orden. May Belle estaba de pie junto a la cama, con la cara blanca y demacrada, los ojos oscurecidos por la preocupación. Chase se tambaleó al detenerse.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Esperaba que pudieras decírmelo tú. No está con Índigo, y estoy preocupada, Chase. Muy preocupada.

Después del miedo que le había hecho pasar, Chase se sintió algo irritado.

—¿Estás preocupada porque se ha ido? Ella va y viene todo el tiempo.

May Belle hizo un gesto hacia la cama. Chase se giró para mirar. La colcha estaba algo arrugada, como si Franny hubiese estado allí tumbada. Además de eso... su vista recayó sobre una pieza larga de alambre. Se acercó y vio que era una percha que alguien había desdoblado y enderezado. Sin entender el significado, volvió a mirar a May Belle.

Las pestañas de May Belle se movieron sobre sus mejillas. Después de dar un sonoro suspiro, dijo:

—Fue a ver al doctor Yost hace un par de horas. Le dijo que estaba embarazada.

Chase trató de asimilar estas palabras. Embarazada. Por fin empezó a entender lo que sucedía y volvió a mirar a la percha.

—Ah, Dios mío.

—Iba a aceptar tu proposición de matrimonio, ¿sabes? —dijo May Belle con un temblor en la voz—. Estaba tan contenta. —Levantó las manos y después se palmeó las caderas—. Y ahora esto. Te juro que esa chica nunca ha tenido suerte en la vida, y ahora le ocurre esto.

Chase sintió como si se le doblasen las piernas. Al vivir en los campamentos de leñadores, había aprendido más del lado amargo de la vida de lo que pensaba. No hacía falta que May Belle le explicara cómo iba Franny a utilizar el alambre, ni para qué. La idea le horrorizó. ¡Por Dios, que Franny no hubiese llegado tan lejos! Las mujeres que lo hacían solían terminar muertas.

—Tenemos que encontrarla —dijo nerviosa May Belle—. Dios sabe dónde habrá ido o en qué condiciones estará. Si ha usado esa percha, podría estar... —Su voz se quebró y se cubrió los ojos con la mano—. Nunca me perdonaré haberla dejado sola. Nunca. Sabía que estaba angustiada, que no sabía lo que iba a hacer. Pero no me di cuenta de lo desesperada que se sentía. Qué vieja tan estúpida soy, la dejé sola... solo unos minutos, no creas... pero cuando volví se había ido.

Se había ido. Ah, por el amor de Dios. Chase dio media vuelta y se fue corriendo de la habitación. Cuando salió de la taberna y se encontró en la acera, se detuvo para mirar en todas direcciones, frenético. ¿Si no estaba con Índigo, dónde podría estar Franny? Las posibilidades eran infinitas.

Siguiendo su instinto, Chase cruzó la calle y bajó por un callejón. Si hubiese recibido noticias devastadores y se sintiese desesperado, buscaría un lugar solitario y tranquilo en el que curar sus heridas. En su opinión, no había un lugar más tranquilo y solitario que las orillas de arena de Shallows Creek, un sitio en particular. Estaba convencido de que Franny habría ido allí.

Su corazón latía desbocado mientras corría por la maraña de árboles. La maleza se interponía en su camino. Sin querer perder tiempo esquivándola, saltó sobre ella cuando era posible y, cuando no, la atravesó como pudo. Las imágenes que le pasaban por la cabeza eran aterradoras. Franny tumbada en el arroyo, su cuerpo sin vida en medio de un charco de sangre. Ay, Dios. ¿Y May Belle se sentía culpable? Él era el único culpable aquí. Debía de haber insistido a Franny para que se casasen

hacía semanas. Aunque no lo hubiese conseguido, al menos hubiese tenido que asegurarse de que ella sabía lo mucho que la amaba. Nada podría cambiar esto. Nada. Y desde luego no un embarazo. Amando a Franny como la amaba, ¿cómo no iba también a amar a su hijo?

La encontró sentada junto al roble de ramas abiertas en el que él había grabado sus nombres. Chase tenía la impresión de que había pasado toda una vida desde entonces. Abrazándose los codos, estaba sentada en la hierba, con la cara sobre las rodillas. Junto a ella, en la hierba, estaba su sombrero. Llevaba una camisa fruncida a la cintura de azul desvaído, en la que rápidamente Chase buscó rastros de sangre. Nada. Físicamente, parecía encontrarse bien. Todo lo bien que podía encontrarse una persona que tenía el corazón roto. Como un niño perdido, balanceaba rítmicamente su cuerpo adelante y atrás. A pesar del sonido del agua, Chase pudo oír sus sollozos. Un llanto profundo y desgarrador.

Su primer impulso fue correr hacia ella y apretarla en sus brazos, asegurarle que él cuidaría de todo y que no necesitaba preocuparse de más; pero, al oír su llanto y la impotencia profunda que expresaba, se contuvo. No era un niño, sino una mujer. Desde los trece años, la vida le había obligado a seguir un camino que no hubiese elegido por voluntad propia. Ahora la Madre Naturaleza le había puesto por fin en jaque mate. No podría seguir viviendo como hasta ahora, pero tampoco podría volver atrás, y, para una mujer de su profesión, había pocas salidas.

En ese momento, Chase sufrió por ella como nunca lo había hecho por nadie. La vida le había robado demasiado. No solo su niñez, sino todas las demás cosas que a los demás les venían dadas, incluso el derecho a poder andar con la cabeza bien alta. ¿Ahora él estaba a punto de robarla otra vez, metiéndole prisas para rescatarla y ofreciéndole que fuese su esposa? Sus intenciones eran buenas, y solo Dios sabía lo mucho que la quería. Sin embargo, ¿lo sabía ella?

Franny. Las lágrimas se agolpaban en la garganta de Chase al mirarla. Si había una mujer en el mundo que se merecía que la cortejasen y la mimasen debidamente, esa era ella. Flores, un anillo de compromiso, una petición de mano romántica con la rodilla en el suelo, un vestido de bodas bonito con todos sus encajes. Otras jóvenes tenían eso como algo normal, esperado y sin tener siquiera que pedirlo. Para Franny, estas cosas eran sueños que no podría tener nunca.

Mientras Chase se movía lentamente hacia ella, se sintió, sin saber por qué, enfadado. No con ella, desde luego, sino con el hecho de que no hubiese podido tener todos estos sueños delante de su puerta. Y desde luego él no se lo había ofrecido tampoco. Después de ver la percha sobre la cama, supo que su única opción era casarse con la chica lo antes posible. No se atrevía a hacerlo de otra manera. Pero diablos, cómo hubiese querido levantar el puño en alto, si no contra Dios, sí contra el destino, que volvía a empujarla a otra situación que ella no podía controlar.

Por supuesto, Chase esperaba conseguir que ella se casase con él antes o después, y, si no, la hubiese presionado hasta la saciedad. Pero nunca la hubiese obligado a

hacerlo. Ahora no tenía otra alternativa. Si tenía que hacerlo, utilizaría incluso el chantaje. Si le detestaba por ello, tendría que arriesgarse. Cualquier cosa era mejor que su idea de poner fin al embarazo a cualquier precio.

Un niño. Con todas las prisas del momento, Chase no se había parado a pensar un segundo en esa criatura, y ahora no podía permitírselo. Según las creencias de la tribu de su padre, si un hombre reclamaba a una mujer como suya, también reclamaba como suyos los hijos que esta tuviera, y ellos se convertían en hijos de sangre.

Como si de repente sintiese su presencia, Franny levantó la cabeza y clavó su mirada dolorida en él. Con manos temblorosas, se limpió rápidamente las mejillas.

—Chase —dijo débilmente.

Sabía que ella deseaba que se fuese, pero no iba a darle ese gusto. Bajando al sitio en donde ella estaba, agachó y colocó los brazos sobre las rodillas. Para darle tiempo a que se recompusiera, pretendió estar muy interesado en algo que había al otro lado del arroyo. Por el rabillo del ojo, vio que ella trataba de colocarse el pelo, nerviosa. A pesar de todo lo que la vida le había hecho pasar, se aferraba con uñas y dientes a su dignidad. No quería que él la viese de esa manera. Golpeada, sin ningún sitio adonde ir. No, Franny no. Si él la hubiese dejado, hubiese intentado mejorar su aspecto y no hubiese derramado una lágrima en presencia de él. Pero no iba a dejarla. De ahora en adelante, se iba a pegar a esa chica como una lapa.

Como no había forma de encontrar la manera de abordar el tema, decidió coger el toro por los cuernos.

—May Belle encontró la percha de alambre. Como no sabía dónde estabas o lo que podías haber hecho con ella, se asustó y vino a buscarme.

Con voz débil y atiplada, contestó:

—¿Quieres decir que te lo ha dicho?

—¿Que estás embarazada? —la dejó paralizada con su mirada—. Sí, me lo ha dicho.

Avergonzada, apartó la cara. Cogiendo un puñado de hierba, abrió sus delicados dedos y observó las briznas verdes que tenía en la palma.

—Franny...

Sin querer mirarle aún, alzó la otra mano para pedir que se callara.

—Lo sé. Por favor, no lo digas. Vete y ya está. ¿De acuerdo?

Chase no podía imaginar qué quería decir con eso.

—Cariño, yo...

—Lo entiendo. De verdad que sí. —Hizo otro extraño sonido y se encogió de hombros—. Nunca hubiese funcionado de todas formas, Chase. Yo soy... —Tragó saliva y trató de mantener el tono de voz—. Creo que... eres un buen hombre por venir incluso a explicármelo. De verdad que sí. La mayoría de los hombres ni siquiera me lo hubiese pedido, eso para empezar, y desde luego no se hubiesen sentido mal cuando algo así... —hizo un gesto débil con la mano—. Pero por alguna razón, ha pasado, y no tienes que decirme nada. Lo entiendo.

—Quizá quiera decir algo. Si me dejas, claro.

—Pues, lo mejor es que no. —Se frotó las mejillas con unos dedos temblorosos, después le miró—. Dejemos esto así, ¿de acuerdo? —Se rio apenas sin fuerza—. Sé que tal vez suena estúpido, sobre todo viniendo de alguien como yo, pero tú eres el único pretendiente que he tenido nunca. Me gustaría guardar esos buenos recuerdos y no terminar esto con tristeza.

«Él único pretendiente que he tenido nunca.» En su opinión, eran muy pocos los buenos recuerdos que él le había proporcionado. Pero ella lo veía como si hubiese habido muchos.

—Franny...

Le temblaban las comisuras de los labios. Haciendo un gran esfuerzo para contener las lágrimas, dijo:

—Antes de que vinieras, estaba sentada aquí preguntándome... bueno, estupideces, supongo. Como el color que tendrían sus ojos.

Que le confesase algo así fue mucho más revelador para Chase de lo que ella hubiese imaginado. Ahora sabía que todos los esfuerzos que había hecho para ganarse su confianza no habían sido en vano. Como mínimo, ella había llegado a confiar en él como en un amigo. Se sentía como si acabara de entregarle un pedazo de su corazón roto. Y, Dios, cómo deseaba él poder arreglarlo.

Franny había perdido la batalla contra las lágrimas, que cayeron desconsoladas por sus pestañas y hasta sus mejillas. Un rayo de luz atravesó en ese momento los árboles y expandió las gotas por su pálida piel como si fueran diamantes.

—¿No es absurdo? Con todas las preocupaciones que tengo ahora mismo y en lo único en lo que puedo pensar es en el color de sus ojos.

Chase buscó en su interior hasta encontrar la voz.

—No creo que sea absurdo.

Ella tragó una vez más y dejó que su garganta emitiese sonidos.

—Esto... —Levantó uno de sus frágiles hombros—. Como crecí en una gran familia, siempre soñé de pequeña que algún día tendría un hijo. Ahora Dios me envía uno y, lo mire por donde lo mire, no encuentro la manera de quedármelo. —Se sonó la nariz y tembló—. Supongo que es lo que tiene que ocurrirnos a algunas.

—Una percha no es la solución, Franny.

—No —admitió ella, temblando—. Quería hacerlo. De verdad. Pero en el último segundo, empecé a preguntarme... —su voz se quebró y tragó saliva para poder seguir— tonterías, como si sería un niño o una niña. Y de repente dejó de ser un problema del que tenía que deshacerme. Esto... yo... no pude hacerlo. Simplemente no pude.

Cuando ella le miró, sus bellos ojos estaban llenos de sombras y el contraste con la palidez de su rostro resultaba asombroso. Puntiagudas como las puntas de una estrella y húmedas en su negro brillante, sus pestañas realzaban su color, de un verde aún más imposible. Un haz de sol atravesó los árboles que tenía a la espalda creando

un aura dorada alrededor de su cabeza. Nunca le había parecido tanto un ángel como ahora. Chase no quería otra cosa que no fuera estrecharla entre sus brazos.

—De todas formas —continuó ella con voz poco firme—, he decidido que seguiré adelante y tendré a este niño. May Belle cree que puede encontrarle unos padres adoptivos, y se ha ofrecido a dejarme dinero para mantenerme a mí y a mi familia hasta que nazca el bebé. Soy buena cosiendo y haciendo manualidades. He estado pensando que podría ganar suficiente para devolverle el dinero si vendo estas cosas en las tiendas. No solo aquí, sino tal vez en Jacksonville y Grants Pass también. ¿Crees que la gente compraría mis confecciones?

Su capacidad de adaptación asombró a Chase. Pero solo un momento. Una de las cosas que había hecho que se enamorase de Franny al principio era que había encontrado la forma de sobrevivir. No era una mujer muy grande, y sus frágiles facciones y sus grandes ojos hacían que pareciese aún más delicada. Al recordar la primera vez que la vio, pensó que ya entonces había querido luchar contra pumas por ella y ganarlos. Pero era ahora cuando se daba cuenta de que Franny no necesitaba a nadie para luchar sus batallas. No era precisamente un brazo fuerte lo que necesitaba para enfrentarse a la adversidad.

—Bien —siguió—, ¿qué opinas?

—Opino —contestó lentamente— que eres la mujer más maravillosa que he conocido nunca.

Ella le miró, incrédula.

—¿Cómo dices?

—Me has oído.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Ah, vamos.

—No, te lo digo en serio. —Era evidente que ella no se consideraba admirable, ni ninguna cosa que se le pareciese, lo que le hacía aún más creer que debía decírselo—. Eres única. Hermosa, dulce, deseable. Estar contigo hace que me sienta como si midiera tres metros de alto.

Recorrió con el dedo el hueco de sus húmedas mejillas. El hueso que tenía allí parecía increíblemente frágil al contacto con su dedo, y deseó poder explorar un poco más, para sentir la delicada estructura de su mandíbula, la uve de su cuello. Amándola como la amaba, sufría cada vez que recordaba esa percha de hierro en la cama y lo que hubiese podido ocurrir si la hubiese utilizado. Con lo valiente que era, no había aún garantías de que no hiciese algo desesperado en un momento de pánico. Bastaba con que pensase en que su familia podía quedar desprotegida y seguramente lo arriesgaría todo para evitarlo, incluida su propia vida. Por mucho que odiase obligarla a nada, este era un riesgo que no estaba dispuesto a tomar.

—Franny, ¿qué dirías si te pidiese que te casases conmigo y me dejases ser el padre de tu hijo? —le preguntó suavemente.

Ella le dedicó otra de esas miradas incrédulas.

—Por favor, piénsalo antes de responder. Te quiero, ¿sabes? Esto debe contar, ¿no crees?

—Estás burlándote de mí, ¿verdad?

—Dios, no. Esto no es algo para burlarse. —Chase la miró profundamente a los ojos, tratando de transmitirle lo profundo de sus sentimientos. En su corazón, solo podía pedir para que le creyese y le dijese que sí: «Por favor, Dios, no me hagas hacer algo que la impulse a despreciarme». En voz alta, le dijo—: Te quiero, Franny. Hazme el hombre más feliz del mundo y dime que te casarás conmigo.

El poco color que aún le quedaba en las mejillas se desvaneció.

—No puedes casarte conmigo.

—Ah, claro que sí.

Ella sacudió la cabeza con violencia.

—¿Has perdido la cabeza? No puedes casarte con una prostituta embarazada.

Dios, cómo detestaba esa palabra. Prostituta. Ella hablaba de sí misma como si fuera una boñiga de excrementos. Le ponía furioso, no podía remediarlo. ¿Cómo podía mirarse en el espejo y no verse como él la veía?

—En el momento en el que accedas a casarte conmigo dejarás de ser una prostituta embarazada —susurró—. Serás mi mujer. —Extendió una mano, se la puso sobre el regazo y añadió—: Y este niño será mío.

Ella se apartó como si su contacto la quemase. Empujándole el brazo, gritó:

—No seas absurdo. Ni siquiera sé quién es el padre de esta criatura.

Viendo su pánico, Chase retiró el brazo, dándole algo de espacio y sabiendo lo mucho que lo necesitaba.

—No importa.

—¡Sí! Importa. ¡Importa muchísimo! —Agitó las manos en el aire—. Ni siquiera puedo adivinar quién es su padre, Chase.

—Así nadie podrá reclamarlo.

Ella le miró fijamente como si se hubiese vuelto loco.

—Si nos sentamos frente a la tienda de abastos y vemos pasar a los hombres de este pueblo, no podría señalar a uno solo y jurar que ha estado en mi habitación. Siempre apago las luces. Hablar no...

—Conozco todas tus reglas, Franny —la interrumpió con amabilidad—. Entiendo que no conocías a los hombres, que ellos... —Era su turno de gesticular con las manos—. Dios santo. ¿Qué importancia tiene si los conocías o no? La verdad es que prefiero que no. Quiero que sea mi hijo. Solo mío.

—¡Ah, Chase! —Le empezó a temblar la barbilla y, en un esfuerzo por controlarse, abrió los labios—. No me hagas esto.

Podía ver por su mirada destrozada que de verdad sentía esa súplica.

—¿Hacerte qué, cariño? ¿Pedirte que seas mi mujer? ¿Que estés a mi lado el resto de nuestras vidas? Es donde perteneces, ¿no lo ves?

—Vete —suspiró entrecortadamente—. Por favor, vete. Me estás cogiendo en un

momento de debilidad. No puedo ser fuerte ahora. Vete. Antes de que haga una locura y te diga que sí. ¿Por favor?

Si no hubiese sido por el terror que vio en sus ojos, Chase hubiese respirado de alivio. Estaba a punto de decir que sí. Gracias al Dios de su madre y a los dioses de su padre, estaba a punto de decir que sí.

—Te has propuesto que te quiera —balbució—. Nunca te rindes, ¿verdad? Y será un desastre si lo hago. ¿Por qué no puedes entenderlo? —Ella se giró, como si no pudiera soportar mirarle—. ¿Crees que estoy hecha de piedra? En este preciso momento, estoy más asustada de lo que he estado en toda mi vida. Y nunca me había sentido tan sola.

Deseando poder abrazarla, Chase se conformó con tocarle el hombro. Ella se encogió.

—Cariño, no tienes que estar sola. Nunca más. Deja que cuide de ti, ¿de acuerdo? De ti y de tu niño. De tu familia. Lo único que necesitas es una palabra. Sí. Y no tendrás que tener miedo nunca más.

El llanto se agolpó en su pecho.

—Ah, Chase. ¿No sabes lo que he estado a punto de hacer? —Cerró los ojos con fuerza—. Cuando supe que estaba embarazada, pensé en casarme contigo y pretender que el hijo fuera tuyo. Pensé en mentir y en decir que era nuestro. Así es como me siento de desesperada.

—Entonces, hazlo. —Le cogió la barbilla con la palma de la mano y la obligó a mirarle a los ojos—. Cásate conmigo, amor mío, y dime que este niño es mío. Eso es lo que quiero. ¿No lo ves? No hay nada que me haga más feliz. Dilo ahora: «Chase, este es tu hijo. Y, sí, me casaré contigo». Dilo, Franny.

Ella se alejó de él y se puso en pie.

—¡Basta! ¡Basta ya! —Poniéndose los dedos en la sien, se volvió para darle la espalda—. Te has vuelto loco, y me has hecho perder el juicio a mí también. Si me caso contigo y reclamas el hijo como propio, terminarás por odiarme. Antes o después empezarás a buscar entre las caras de los hombres de este pueblo, buscando algún parecido con su hijo. Le mirarás a la cara y te preguntarás cuántos de ellos se acostaron con tu esposa, y la respuesta será que una docena al menos. No puedo hacerte esto, y mucho menos a una criatura inocente.

—Franny...

Ella se tapó los oídos con las manos.

—¡Cállate! ¡No digas nada más, Chase Lobo! Si lo haces, podría... —Se calló y sacudió la cabeza—. Sería una locura.

—¿Qué harías? ¿Decir que sí? —Él se puso en pie—. Entonces, cariño, hazlo. Escucha a tu corazón y hazlo.

—¿Mi corazón? —Se volvió para mirarle, consternada—. Ah, Chase. ¿Y qué pasará con tu familia? ¿Tus padres? Nunca te perdonarán, y me odiarán. Nunca aceptarán a este niño, ni en un millón de años. Será un paria.



—No sabes nada de mis padres —la reprendió—. Te amarán y amarán a mi hijo, te lo prometo.

—No es tu hijo.

Chase respiró profundamente.

—Sí. Mi mujer, mi hijo. Ya he tenido bastante. Casarte conmigo es lo mejor para los dos, y es exactamente lo que vas a hacer.

—No tientes a tu suerte.

—Te lo estoy diciendo.

Ella le miró sin creer lo que veía, alarmada por la firmeza de su tono.

—Acabo de explicarte por qué no puedo hacerlo.

Chase se puso los brazos en jarras.

—Es evidente que estás ahora demasiado confundida como para tomar una decisión. O eso o es que tienes miedo. Así que estoy tomando la decisión por ti. No tienes alternativa. ¿Qué te parece? Te casarás conmigo. Si después resulta que todo se convierte en un desastre, entonces no será culpa tuya, sino mía. Si no es la mejor decisión, acepto toda la responsabilidad.

Ella le miró con sus ojos llorosos.

—Ah, Chase, es un gesto maravilloso. Pero tengo que pensar en mi hijo.

—No es un gesto, es una orden. Y desde este segundo en adelante, no te permito que pienses. No en lo que respecta a esto. Vas a casarte conmigo, fin de la conversación. Así que, vamos y acabemos con esto.

Ella se abrazó a la cintura. Con la nariz roja de llorar y una expresión atónita en los ojos, parecía una niña de doce años. Chase imaginó que en esos momentos su aspecto debía de parecerse bastante al que tenía aquella fatídica noche de hacía nueve años. Pequeña, asustada y exhausta de tanto llorar. ¿Cómo podía un hombre que se considerase como tal hacerle lo que le hizo? Solo de pensarlo se ponía enfermo. Incluso ahora, ella seguía siendo un ser pequeño y frágil. Sabía que podía tirarla al suelo sin apenas ningún esfuerzo. Podía fácilmente cogerle de las muñecas con una mano y de las piernas con la otra. Ella podría forcejear un poco, pero para él no serían sino unos pocos rasguños. Podría servirse lo que quisiese y hacer suya la parte de su cuerpo que quisiese, tomándola primero con la boca y las manos y después invadir todo su cuerpo.

Solo que, al tomarla, él sería cariñoso con ella, una consideración que dudaba mucho de que ese bastardo hubiese tenido con ella. Un hombre que paga diez dólares por acostarse con una virgen es el tipo de hombre capaz de satisfacer sus necesidades usando la fuerza contra los indefensos, aterrorizando y haciendo daño. A Chase le parecía inconcebible que otro hombre hubiese llegado después a la habitación, hubiese visto a una niña dolorida y sangrante en la cama y hubiese vuelto a utilizar su pobre cuerpo. ¿Qué clase de monstruos hacían cosas así? ¿Cómo podían después asumir el papel de respetabilidad y volver a casa con sus hijos sin sentirse despreciables?

Moviéndose hacia Franny con pasos lentos y comedidos, Chase le cogió de la mano.

—Ven conmigo, cariño. Ya se ha acabado. No tienes que sufrir más. Yo he tomado la decisión por ti.

Ella miró su mano cogida como si se tratase de una serpiente a punto de morderla.

—No puedo.

—No tienes elección.

—Claro que sí.

Con el pulso acelerado, Chase sacó su única gran arma. Furioso consigo mismo por tener que usarla contra ella, aunque convencido de que así las cosas serían más fáciles, dijo:

—No, Franny, no la tienes. Si quieres que sigamos con esta discusión, lo haremos en el salón de tu madre.

Su cuerpo se puso tenso y le miró con ojos acusadores.

—¡No lo harás! Sé que no lo harás, Chase. No serías tan cruel.

—Ponme a prueba.

—Ella es ciega. Sería muy cruel hacerle cargar con esto.

Chase se esforzó por mantenerse firme al ver la súplica en sus ojos.

—Franny, tengo la crueldad en mis venas. Soy comanche, ¿recuerdas? Provengo de un linaje de hombres que pusieron la vista en sus mujeres y fueron rudos con ellas. Es como la primera vez que me subí a un caballo. Me sale de forma natural. Te quiero, y voy a tenerte. Tan sencillo como eso. —Se encogió de hombros—. Y en cuanto a lo de ser rudo, tu madre podría darnos lecciones.

—¿Lecciones? ¿Qué demonios quieres decir?

—Que ha pretendido ser mucho más ciega de lo que es estos últimos nueve años, eso es lo que digo.

Ella se estremeció como si la hubiesen golpeado, lo que hizo que Chase se arrepintiera de sus palabras. No había sido su intención sacar el tema, no ahora, tal vez nunca. Algunas verdades son demasiado dolorosas de aceptar, y sentía que para Franny esta era una de ellas.

—¿Cómo te atreves a decir que ella lo sabe? —gritó con voz ronca—. ¿Cómo te atreves?

Chase podía decir mucho más, pero lo que quería era proteger a Franny, no destrozarla. Preparado para que ella se resistiera, le cogió el brazo.

—Son casi las cuatro. Si vamos a ir a ver al juez de paz y acabar con esto, tenemos que darnos prisa.

Ella trató de soltarse. Él la agarró con más fuerza.

—Puedes venir por tu propio pie —dijo suavemente—, o puedo cogerte y llevarte sobre mis hombros. Y por favor, no cometas el error de pensar que es un farol. Me crie escuchando las historias de cómo mi padre secuestró a mi madre. Cuando era niño, solía soñar con coger yo también a una jovencita y secuestrarla, de la misma

manera que hizo mi padre con mi madre. Llevarte en mis hombros cumplirá estas fantasías de adolescente.

Ella abrió los ojos como platos.

—Eso es una barbaridad.

—¿Verdad que sí? —Sonrió para dar más valor a su amenaza—. Y bastante divertido, aun a expensas tuya. Vamos, cariño. La segunda forma de transporte va a provocar muchas miradas indiscretas cuando lleguemos al pueblo.

La boca le tembló y un músculo del ojo parpadeó.

—No serás capaz.

Chase se dobló como para cogerle las piernas. Con un grito asustado, le agarró los hombros con las manos.

—¡No, espera! Caminaré.

Se levantó lentamente. Cuando ella trató de alejarse, él le agarró con firmeza por el brazo.

—Mi sombrero —dijo ella temblando.

—Déjalo —contestó Chase firmemente—. De ahora en adelante, no vas a necesitarlo.

## Capítulo 15

Sintiéndose como los restos de un naufragio al que las olas empujan, Franny vivió la hora siguiente en un mar de aturdimiento. Sin admitir más quejas, Chase la llevó de vuelta al pueblo, buscó al juez de paz y le pidió que los casase inmediatamente. Franny apenas pudo asimilar lo que había dicho. Cuando la breve ceremonia comenzó, Chase tuvo que darle un pequeño codazo para que dijera el «sí quiero».

En un momento, se había convertido en la señora de Chase Lobo. Chase selló sus votos con un cariñoso beso, el primero que le había dado nunca, y Franny estaba tan aturdida que ni siquiera pudo sentirlo. Desgraciadamente, el adormecimiento no llegaba hasta su estómago y, cuando salieron a la calle, sintió una pequeña náusea provocada no sabía muy bien si por el embarazo o por los nervios. Balanceándose ligeramente, se cogió el estómago con la mano.

—¿Estás bien? —preguntó Chase amablemente, con un tono que resultó extrañamente suave después de la arrogancia con la que le había hablado unos minutos antes.

Con miedo a correr riesgos, murmuró:

—Me mareo. —Y tragó, temiendo ponerse en ridículo en medio de la calle y, de paso, a él también. Manchar sus botas negras no era exactamente la mejor manera de comenzar su vida en común.

¿Su vida? Las palabras resonaban en su mente. Sus oportunidades de construir una vida en común eran mínimas. Sería más acertado decir que iban a construir un circo, con todo el mundo mirándoles boquiabiertos. La única diferencia sería que la gente no tendría que pagar para verlo.

—Ah, cariño. —Con una solicitud de marido bien avenido, le puso la mano sobre el vientre—. Deja que te lleve a casa entonces. Mamá sabrá qué darte. Es muy buena con los remedios caseros, especialmente en cosas como esta.

Casa. Su madre. Franny tenía unas ganas incontenibles de correr. Aunque no supiera dónde. Cualquier sitio sería bueno, siempre y cuando fuera lejos de él. Sencillamente, no podía llevarla a casa como si fuera un animal abandonado al que hubiese encontrado en la calle. ¿Qué diría a sus padres? ¿Que se había casado con la prostituta del pueblo? ¿Ah, y que, además, estaba embarazada? Solo de pensarlo se le ponía la carne de gallina. La detestarían desde el primer momento. ¿Cómo podía hacerle esto? ¿O a sus padres?

Muy sencillo, haciéndole dar un paso tras otro y conduciéndola a lo largo del pueblo junto a él. A la casa de sus padres. Subiendo las escaleras. Cruzando el porche. Todo ese tiempo, Franny tragaba saliva para mantener a raya su estómago. En su cabeza, trataba de buscar la manera más fácil de salir de allí.

Demasiado tarde. Chase abrió la puerta principal, la hizo entrar y gritó:

—¡Mamá! ¡Tengo una sorpresa para ti!

Una sorpresa. ¡Dios santo! Ya no podía más, iba a vomitar. Apenas tenía conciencia de lo que la rodeaba. Un sofá de piel de caballo, tapetes de ganchillo, un suelo de madera encerada y alfombras de vivos colores. Al otro lado del salón vio una cocina de aspecto familiar dividida por una mesa larga de madera, la zona de los fogones a un lado y los armarios al otro. Era el tipo de casa que uno podía llamar «acogedora» y de las que recibían con amor a sus visitantes. Las contraventanas parecieron parpadear hacia ella detrás de unas cortinas almidonadas y bien cuidadas.

Desde lejos, Franny había visto a la madre de Chase e Índigo, Loretta Lobo, al menos una docena de veces y, según la recordaba ella, era una mujer pequeña de pelo dorado como la miel y siempre sonriente. Sin embargo, cuando la vio aparecer de una habitación que había a la izquierda, le pareció la peor de las pesadillas, una dama de los pies, negros y abotinados, a la cabeza. Llevaba un vestido de alpaca ligera tipo camisero, casi del mismo tono de azul que el de Franny, hermosamente fruncido a la cintura con intrincados pliegues, y un volante blanco muy fino en el cuello y en las mangas. En vez de caminar como las personas normales, ella parecía deslizarse. Cuando vio a la mujer que había al lado de su hijo, dudó un instante, y después se recuperó de la sorpresa y abrió sus grandes ojos azules con una expresión de bienvenida.

—Vaya, tenemos una invitada. ¡Qué bien! Acabo de hacer té.

Franny sintió el brazo de Chase sujetándola con fuerza.

—¿Es bueno el té para las náuseas de por la mañana?

El suelo desapareció. Al menos, así es como se sintió Franny. Miró horrorizada a su nuevo marido. Él sonreía como si no pasase nada.

—¿Náuseas? —Loretta arrugó el entrecejo—. El té de jengibre es lo mejor para eso. O de frambuesas. —Sus ojos azules se llenaron de preocupación cuando miraron a Franny—. ¿Te sientes mal, querida?

No podía imaginarse cuánto. Iba a desmayarse.

—Yo... sí, un poco.

—Madre —dijo Chase con desparpajo—, prepárate para una sorpresa.

Loretta le miró con los ojos muy abiertos. Después miró a Franny.

—Acabamos de casarnos —dijo Chase en tono cariñoso.

Por increíble que pareciese, Loretta Lobo apenas movió las pestañas al conocer la noticia. Su encantadora cara se transformó inmediatamente en una sonrisa de felicidad, y juntó las manos como si el hecho de que su hijo hubiese traído a rastras a la prostituta del pueblo fuese la respuesta a todas sus plegarias.

—¿Casados? ¡Ay, Señor, qué alegría!

Franny decidió que la pobre mujer no sabía quién era ella. O eso, o estaba mal de la cabeza. Loretta se apresuró hacia ellos y cogió a Franny por las manos.

—Oh, Chase, es verdaderamente encantadora.

Chase parecía un poco desilusionado.

—No pareces muy sorprendida.

Loretta besó a Franny en las mejillas para darle la bienvenida.

—Pues claro que no. Tu padre me dijo por dónde iban los tiros hace una semana. Habíamos empezado a preguntarnos si no habrías cambiado de idea. Ah, estoy tan contenta. Franny, ¿verdad? Índigo no hace sino hablar bien de ti. Entra, entra. Pondré té de jengibre en la tetera. En unos minutos, verás cómo te calma el estómago.

Con un remolino de faldas, salió de la cocina. Franny estaba tan asombrada que olvidó incluso sus ganas de vomitar. Chase le dio un empujoncito y, cuando ella levantó la vista hacia él, le guiñó un ojo.

—¿No te lo había dicho? No hay nada de lo que preocuparse. Después de ti, mi madre es la persona más buena del mundo.

—¡Te he oído! —gritó Loretta desde el otro lado de la cocina, donde estaban los fogones.

Chase se rio y condujo a Franny hasta la mesa. Después de hacer que se sentara, atravesó la cocina para ir a abrazar a su madre. Ella gritó sorprendida y después soltó una carcajada.

—¡Granuja! —Nadie podrá nunca reemplazarte.

Eso ya lo sabes.

Ella le dio un golpe en la frente.

—Solo estaba tomándote el pelo. Si no te pareciese la criatura más maravillosa de la Tierra entonces deberías hacerte examinar la cabeza por haberte casado con ella. —Loretta lanzó una mirada cariñosa a Franny—. Me alegro de que finalmente hayas recuperado el sentido común. Empezaba a pensar que no ibas nunca a darme un nieto.

—¿Te he engañado, verdad?

—Sí, bueno, nunca has hecho nada a la manera convencional. —Loretta se soltó del abrazo para regar con jengibre una pequeña tetera—. No lo tengo fresco —comentó sin dirigirse a nadie en particular—, pero el seco sirve igual de bien.

—¿Dónde está padre?

—Volverá a casa en breve. Sigue en la mina. —La tetera que había en el fogón de atrás empezó a silbar, y ella cogió unas manoplas para retirarla del fuego—. Tengo frambuesas secas, Franny. Cuando el jengibre te haya calmado el estómago, puedes cenar y tomarte unas frambuesas de postre. En un momento, estarás como nueva.

Franny así lo esperaba. Ahora que estaba sentada, su estómago había empezado otra vez a darle vueltas. Supuso que debía de tener la cara verde, porque, cuando Chase se giró para mirarla, sus ojos expresaron preocupación.

—Creo que deberías tumbarte un momento. Puedo llevarte el té a la cama.

—No, estoy bien, de verdad. —Franny se sentía fuera de lugar sentada a la mesa de su madre. Irse a la cama en su casa ya hubiese sido demasiado.

Chase no parecía darse cuenta. Antes de que Franny adivinase qué era lo que iba a hacer, la levantó del banco y la cogió en brazos. Lo siguiente que supo fue que la llevaba escaleras arriba al altillo. Construida en una pendiente, la escalera no hubiese

parecido tan peligrosa si él se hubiese agarrado a la barandilla, algo imposible porque tenía los brazos ocupados. A cada paso que daba, Franny temía que fuesen a caer al suelo del salón, y se agarraba a su cuello con horror.

—Recuérdame que te suba al altillo más a menudo —bromeó él.

Franny vio algo así como una pared central que dividía los dos dormitorios. Chase se dirigió al de la derecha. La habitación tenía una ventana que la llenaba de luz. Sin soltarla, consiguió de alguna manera doblar la colcha de colores y echarla hacia atrás antes de ponerla en el borde de la cama. Franny se sentía demasiado débil como para protestar, por lo que se quedó allí sentada mientras él le quitaba los zapatos. Cuando se dispuso a abrir los botones de su corpiño, ella se puso rápidamente alerta.

—No, por favor, yo...

—No seas niña —quitándole las manos, empezó a desabrocharle los botones con total experiencia—, ahora soy tu marido, ¿recuerdas? Desvestir a mi esposa es uno de los muchos privilegios que se incluyen en ese honor.

Su marido. Dejó caer las manos entumecidas a ambos lados de la cadera. Dos botones, tres. Cerró los ojos, demasiado mareada como para resistirse a la situación y demasiado asustada como para contemplar hasta dónde llegaría él desvestiéndola. Pero ¿qué podía hacer? ¿Insistir en que no lo hiciera? Estaba segura de que su madre oiría cada palabra que se dijese.

Con la maestría de un hombre bien entrenado en desvestir a señoritas, le bajó el corpiño por los hombros y le sacó las mangas. Tirando suavemente de ella para que se pusiera de pie, le desató rápidamente la combinación y los pololos y después se los quitó, así como las medias. Franny tembló. Por muy familiarizada que estuviese a los hombres, nadie la había desvestido desde que se iniciara en la profesión. Ningún hombre la había visto tampoco nunca en prenda interior.

Chase no se entretuvo mucho en contemplaciones. En el instante en que la tuvo solamente en ropa interior, la empujó suavemente hacia la cama y la ayudó a tumbarse, ahuecando la almohada de plumas y arropándola después con la colcha hasta debajo de los brazos. Franny hubiese preferido que le cubriese hasta la barbilla. Pero supuso que era pedir demasiado a un hombre recién casado. Naturalmente, él querría mirar a su esposa.

Y eso fue exactamente lo que se dispuso a hacer.

Franny se sentía como un insecto pinchado en una tabla de observación. Empezó a cerrar los ojos, pero Chase se lo impidió tocándole la mejilla con la punta del dedo. Ella clavó la mirada en su rostro moreno. Inclinado sobre ella como estaba, parecía tener unos hombros infinitos, y su pelo color caoba le caía en mechones brillantes por la frente. Las líneas morenas de su hermosa cara estaban solo a unos centímetros de la suya, cortándole la respiración. Su matrimonio había tenido lugar a una velocidad de vértigo, y se sentía atrapada. Era como quien mete el dedo de un pie en el agua fría solo para probarla y alguien la empuja desde detrás. Chocante. Se sentía como si la

pusiesen boca abajo por tercera vez. Sin saber muy bien de dónde le salían las palabras, dijo:

—Ah, Chase, tengo tanto miedo.

Ella había casi esperado que se burlase de ella por ser tan absurda. Era una prostituta, por lo que la intimidad no debería ser nuevo para ella. Pero en vez de decir eso, Chase le colocó el pelo por detrás de las orejas y le dijo:

—Sé que no te encuentras bien, cariño. Ojalá mi madre tuviese la cura. Si fuese así, iría yo mismo a recolectar y secar la planta y te la daría a cucharadas gigantes.

La preocupación que notó en su voz hizo que Franny se pusiese a llorar.

—No funcionará. Sé que no funcionará.

Él se inclinó aún más cerca y clavó su mirada en la de ella.

—Franny, ¿te he mentado alguna vez?

—No.

—Entonces créeme cuanto te digo que sí funcionará. No deberías estar tan preocupada. No es bueno para nuestro hijo. Deberías pensar en cosas alegres y confiar en mí.

—¿Tienes polvos mágicos o algo?

—Quizá —dijo él en voz baja—. Un cuarto de mi sangre es comanche, ¿recuerdas? Tenemos hechizos, talismanes y encantamientos. Meteré mi mano en el bolsillo a ver qué encuentro. La pregunta es, ¿si encuentro algo mágico, creerás por fin en mí? No creo que funcione de otra manera.

Franny quería creerlo. Quería creerlo con todo su corazón. Pero en vez de ello se moría de miedo. Él la había obligado a entrar en su mundo. Y, ay, Dios, era todo lo que había soñado tener. Su madre era maravillosa. Su casa emanaba un calor indescriptible. Y cuando le miraba a los ojos, leía en ellos cientos de promesas en las que le aterrorizaba creer. Un marido increíblemente guapo, un hijo, una familia política que la acogía con los brazos abiertos. ¡Era el sueño de su vida! Un sueño imposible.

—¿Chase? ¡El té de jengibre está listo! —gritó su madre desde abajo.

Con los ojos aún fijos en los de ella, se irguió.

—Vuelvo enseguida.

Mientras desaparecía rodeando la pared divisoria, esas dos palabras sonaron en sus oídos, como un sencillo seguro de vida. Tenía miedo de creer incluso en eso. «Vuelvo enseguida.» En lo más profundo de su ser sabía que un día él no querría volver, que llegaría el momento en que la dejaría y seguiría su camino.

Lo que más le rompía el corazón era que, cuando esto ocurriese, ella no podría culparle.

El té de jengibre funcionó a las mil maravillas. Después de beberlo, Franny se sintió mucho mejor y cerró los ojos, consciente de que Chase le sostenía la mano y la



observaba, aunque estaba demasiado cansada como para que esto le preocupase. Su mundo se había puesto patas arriba, y después patas abajo de nuevo, aunque nada era ya como antes. Nada volvería a ser como antes nunca más. Lo único que quería era evaporarse para no tener que enfrentarse a ello en ese momento.

Un prado lleno de margaritas, sol, una brisa dulce de verano, el sonido del agua borboteando entre las rocas. ¿Sueño o realidad? La línea que definía los dos mundos se había vuelto borrosa, pero a Franny no le importaba. Se sentía tan segura en su prado. Nada podía tocarla allí. Nada malo podía ocurrirle. Nada podía hacerle daño. Era un buen lugar para dormir. Un lugar seguro.

Cuando despertó, la ventana que tenía sobre ella estaba en penumbras. Asustada, Franny se irguió en la cama y agudizó el oído. La casa de los Lobo estaba en silencio. Un agradable olor a comida llegaba desde la planta baja y, como respuesta, su estómago rugió hambriento. Moviendo las piernas hasta el borde de la cama, Franny echó mano de su ropa.

Después de vestirse, bajó las escaleras del altillo. La casa estaba en silencio y vacía. Las lámparas que había posicionadas en lugares estratégicos por las habitaciones estaban aún apagadas, y las sombras avanzaban por el suelo de madera encerado. Más cómoda en la oscuridad que en la luz, Franny se relajó un poco y se detuvo en el centro del salón. Su vista fue a parar a un bonito piano Chickering, cuidadosamente encerado. Al lado, había un sofá de piel de caballo y, en la pared de encima, un conjunto de cuadros, algunos de retratos y otros de recuerdos. Dio un paso para poder verlos mejor, sonriendo un poco al ver las fotografías de Chase cuando era niño. Incluso entonces ya era muy guapo, con unos ojos chispeantes y vivos y una sonrisa de niño travieso.

—Mi mujer pone todos los recuerdos en la pared —comentó una voz profunda desde detrás—. Es porque cree que su cerebro es pequeño, ¿puede ser? La mayoría de los blancos piensan lo mismo. Creen que tienen espacio en sus cabezas para lo que les pasa aquí y ahora.

Franny dio un salto y se dio la vuelta. Después de escudriñar las sombras un momento, consiguió ver la forma oscura de un gran hombre sentado en la silla acolchada que había junto a la chimenea. Cazador Lobo. Desde la ventana del Lucky Nugget, le había visto a menudo caminar por la calle. Algo muy diferente a quedarse a solas con él.

Llevaba el torso descubierto y su pelo largo y moreno le daba un aire siniestro. Pareció abalanzarse sobre ella cuando se levantó y se movió sigilosamente hacia donde ella estaba. Vio que llevaba pantalones de ante, con flecos en las costuras laterales y los bajos recogidos con los botines a la altura de los tobillos.

—Te he asustado. Lo siento.

Se detuvo a un brazo de distancia. Levantando la vista hacia él, supuso que debía de ser de la misma altura que Chase, con anchos hombros y estrechas caderas. Franny podía ver de dónde había sacado su marido la piel morena y ese aire salvaje. Cazador

Lobo llevaba un cuchillo en la cadera, y la empuñadura se veía pulida y oscurecida por el uso. No pudo evitar preguntarse a cuánta gente habría descabellado con él años atrás.

—Así que... —puso lentamente sus ojos oscuros sobre ella— tú eres Franny. Te he visto, claro. —Hizo un movimiento circular con la mano a la altura de la sien, que le hizo preguntarse por su inteligencia—. Siempre con el sombrero y... ¿cómo se llaman esos grandes volantes?

Aliviada de que estuviese refiriéndose a su sombrero, dijo:

—¿Frunces?

—Ah, sí, frunces —asintió, pensativo—. Te he visto muchas veces, pero sin verte. ¿No es así? La pequeña mujer sin rostro. —La estudió un momento—. Ahora que ya no te escondes debajo de esos frunces, ya veo por qué los pies de mi hijo le llevaban siempre a la taberna.

Franny sintió un rubor caliente en la nuca. Doblando la cabeza, miró ciegamente al suelo.

—Siento mucho imponerme así de esta manera a su esposa y a usted. Sé cómo ustedes deben...

—¿Imponerte? —le cortó él.

Se sorprendió tanto de que él le cogiese la barbilla con la mano que estuvo a punto de salir corriendo. Sin haberse todavía recuperado, él le levantó la cara.

—En esta casa, siempre mirarás hacia arriba, nunca hacia abajo.

—¿Pero yo...?

Él le puso un dedo en la boca para que guardase silencio, que sin duda era lo más conveniente, ya que Franny no tenía ni idea de lo que iba a decir.

—Sin peros. —Sus firmes labios dibujaron una sonrisa. En ese instante, le recordó muchísimo a Chase—. Aquí, nadie te pondrá la zancadilla, así que no necesitas mirar al suelo. Si pierdes el equilibrio, uno de nosotros te sujetará para que no caigas. Así que mira hacia arriba, ¿de acuerdo? Las mejores cosas de la vida están delante de ti, hija. Si dejas caer la cabeza, vas a perdértelas.

Con esto, la soltó y fijó la vista en la pared. Inclinando la cabeza sobre el retrato de familia, dijo:

—Estoy seguro de que conoces a la mayoría de estos poco atractivos rostros. La que está detrás de Chase es la hermana de mi mujer, Amy.

Franny sonrió para sí, ya que los Lobo eran una familia bien parecida, y ni uno de ellos podía entrar en la categoría de feo.

—Amy se parece bastante a su esposa.

—Sí, y algunos dicen que mi hijo se parece a mí —pareció considerar eso un momento—. Yo creo que yo soy más guapo.

Franny dejó escapar una carcajada. Él rio con ella. Después, cogiéndola del todo por sorpresa, le puso su gran brazo sobre los hombros y la acercó hacia él. No tuvo tiempo de sentirse atrapada o sofocada. Antes de que pudiera asimilar la cercanía, él

le plantó un beso en la frente y la soltó.

—Bienvenida, Franny. A mi casa y a mi corazón.

De esta manera, se dio media vuelta y fue hacia la cocina. Franny se quedó allí parada, mirándole la espalda, asombrada.

—Chase ha ido a recoger tus cosas —le dijo por encima del hombro—. Mi mujer está en casa de Índigo hablando de cosas de mujeres. En la cena estabas dormida, por lo que me dejó órdenes precisas para que te alimentase cuando despertaras. ¿Tienes hambre?

Franny se puso la mano en el estómago.

—Un poco.

Él arqueó una ceja.

—¿Y el dolor de estómago? ¿Se ha ido?

Ella rio otra vez.

—Se ha ido, sí.

Cazador encendió una cerilla y con ella encendió la lámpara del escurrerplatos. Una llama de luz repentina jugó con sus facciones oscuras y finamente cinceladas. Se parecía incluso más a Chase así. Al reír, mostró unos dientes blanquísimos.

—A veces me hago un lío con la lengua. Te acostumbrarás pronto.

Franny no había pretendido ofenderle.

—No creo que hable usted mal.

Él entrecerró los ojos.

—En esta casa no decimos verdades que no lo son. Ni siquiera para ser educados. —Su sonrisa le dijo que solo estaba bromeando, pero Franny tuvo la impresión de que había un trasfondo de seriedad en ellas—. Tengo expresiones raras. Normalmente hablo como los demás, pero mi forma extraña de decir las cosas nunca ha desaparecido. —Se encogió de hombros—. Quizás es porque me aferro a mis propias formas, ¿no? Para seguir siendo uno de los míos y no convertirme en uno de los blancos.

Franny se sentó a la mesa y se cogió nerviosamente las manos sobre ella.

—¿Se siente usted prejuizado?

Él volvió a entrecerrar los ojos.

—Dímelo tú.

—Teniendo en cuenta la gente de la que se rodea, no lo creo.

—Eso está bien. Parece algo muy feo.

Ella volvió a reírse.

—¿No sabe lo que significa prejuizado?

—Conozco muchas palabras de veinte dólares, pero esta no.

Tratando de encontrar una forma sencilla de explicarlo, dijo:

—Significa rechazar a alguien por su color o por su raza.

—Ah, tienes razón. No prejuizo. Mi mujer tiene la cara blanca y a mí me gusta mucho.

Franny sonrió.

—Ella es una persona encantadora.

—Eso es porque no has olido sus pies.

Franny reprimió otra carcajada. Los ojos chispeantes de Cazador buscaron los de ella.

—Por eso es por lo que me tiene, sí. ¿Para tenerla caliente? Y no me importa, porque como dices, es encantadora. Con ella, soy como un oso junto a un árbol de miel, colgado a él por su dulzura.

—Chase dice que usted se la llevó cautiva —balbució Franny—. ¿Eso no es cierto, verdad?

—Ah, sí. Hace muchos inviernos, la robé de sus paredes de madera.

—¿Y la retuvo contra su voluntad?

—Durante un tiempo pequeño.

No parecía tener el más mínimo remordimiento. Franny le observó, sin envidiar lo más mínimo a Loretta por tener que estar a merced de un hombre de su envergadura.

—Parece una manera extraña de empezar un matrimonio.

—Lo que empieza muy mal solo puede terminar mejor —acabó de ajustar la mecha de la lámpara y puso la tulipa en su base. Se volvió para mirarla, con una expresión de repente solemne en los ojos—. ¿He oído alarma en tu voz? ¿Temes que mi hijo siga los pasos de su padre?

Franny se mordió la pared interna de la boca. Su primer impulso fue mentir, pero la mirada de Cazador Lobo era demasiado irresistible.

—Cuando su hijo se propone algo quiere que salga siempre a su manera. Eso me inquieta.

—¿A su manera o a la manera que debe ser? Es mi hijo. Él es más alto que sus hermanos y ve el mañana con unos ojos parecidos al cielo de medianoche. Confía en el camino que él sigue, Franny. Y él os llevará hasta allí de forma segura. Encontrará un camino que sea lo suficientemente grande para que tú puedas caminar junto a él.

Franny bajó los ojos. Cazador Lobo hacía que esta situación sonase incluso poética. En realidad, todo era un caos. Y tenía la vaga impresión de que serían ella y su hijo los que acabarían sufriendo.

De repente, la puerta principal se abrió de par en par. Con un hatillo de sábanas al hombro, Chase entró en la casa. Al ver a Franny, dijo:

—Ah, qué bien. Estás despierta. Empezaba a temer que pasases toda nuestra noche de bodas dormida.

Cazador guiñó un ojo a Franny.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Te has ido y la has dejado a solas con un anciano.

—Solo he salido media hora, y conociéndote seguro que la has mantenido entretenida. —Colocando el bulto cerca de la escalera del altillo, Chase se pasó una mano por el flequillo mientras se dirigía a la mesa. Como los de su padre, sus pies

hacían poco ruido al andar, incluso aunque llevasen botas—. No creas ninguna de las mentiras que te diga sobre mí. Era Índigo la que llenaba el tarro de azúcar con sal y ponía ranas en el cántaro de agua de mi madre. —Se inclinó sobre Franny y la besó en la mejilla—. ¿Te sientes mejor? —preguntó suavemente.

—Sí, algo mejor.

Para Franny, la pequeña casa se había llenado de repente de demasiada presencia masculina y sentía que le faltaba el aire. Se sintió aliviada cuando Chase pasó por su lado para ir a la cocina. Inspeccionó el puchero que había en el fuego.

—Aún queda mucho guiso de carne. ¿Quieres un poco?

—Yo... pues... sí, me gustaría.

Chase cogió un cuenco de la estantería y empezó a servirlo. Su padre estaba de pie junto a él, poniendo rebanadas de pan de maíz en la sartén. Sacó una de ellas y la puso en el borde del cuenco. Después de sacar una cuchara del cajón, Chase vino hacia ella y, con una floritura, le puso el cuenco en la mesa, frente a ella.

—Baja la cabeza y a por ello.

Franny cogió la cuchara. Los dos hombres la observaban ilusionados. Ella esperó que no tuviesen intención de mirarla así durante toda la comida. Se metió una cuchara. Chase parecía estar contando el número de veces que ella masticaba.

—¿Quieres leche? —preguntó.

—No, gracias.

—¿Mantequilla para el pan? —ofreció Cazador.

Franny tenía otra vez la boca llena, por lo que negó silenciosamente con la cabeza.

—¿Mermelada? —preguntó Chase—. ¡Conserva de frambuesa! —Pasó junto a ella y fue a investigar en los armarios que había en la pared de detrás—. Recuerdo que madre ha dicho que las frambuesas son buenas para las náuseas. —Se oía el ruido de los cacharros al rebuscar—. Aquí está.

Volviendo a la mesa, puso la jarra cerca de su alcance y empezó a quitar la parafina con la punta del cuchillo. Franny solo pudo sonreír al ver su solícito comportamiento. Estaba claro que querían hacer que se sintiese cómoda y con su predisposición estaban consiguiendo justo lo contrario. Se le cerró la garganta al mirar primero a un hombre y luego al otro. Eran tal para cual. Ahora sabía de dónde venía esa expresión. Chase puso las conservas sobre su rebanada de pan. Satisfecho, al parecer, con el resultado, se acercó al fregadero y limpió la hoja del cuchillo.

—Tal vez deberías tomar más té de jengibre.

Franny asintió y hundió los dientes en la rebanada de pan. Estaba delicioso. Tan delicioso que le cogió desprevenida y le hizo olvidar momentáneamente su timidez.

—Mmm.

—Están ricas, ¿verdad? Las conservas de mi madre son fantásticas. Se llevó el lazo azul de la feria hace tres años.

—¿De verdad? —Franny dio otro bocado—. Ya veo por qué. Aunque la verdad

nunca había probado antes conservas como para poder comparar.

La puerta de la chimenea sonó cuando Cazador la abrió para mover el fuego. Chase retiró el puchero de té del fuego.

—No tiene por qué estar muy caliente —dijo Franny—. Hace una noche calurosa. No querría que nadie se sofocase por el té.

—Nos llega una buena brisa del arroyo —la tranquilizó Chase—. Por las noches, abro la ventana de mi cama y la corriente de aire me mantiene tan fresco como un buen trago.

Como suponía que compartirían más tarde la cama, Franny no pudo pensar en nada más que decir. El pánico la invadió de repente. La cama. La noche de bodas. Se metió un trozo de carne y lamentó al instante haberlo hecho. El trozo se hizo más y más grande mientras masticaba. En la habitación de Chase no había papel de margaritas para estimular su imaginación. Cuando él se le acercase, no habría reglas escritas que seguir. Gus no estaría en la planta de abajo si le necesitaba. Y lo peor de todo, Chase no tendría límite de tiempo para estar con ella. A la una de la mañana, su turno no habría terminado.

Ella no podría soportarlo más y el turno duraría una eternidad.

Franny se puso en pie de un brinco. El banco resonó en el suelo con el repentino movimiento. Chase y su padre se volvieron para mirarla, asombrados.

—Yo... esto... necesito un poco de aire.

De esta forma, Franny salió como una exhalación de la casa. Una vez en el porche principal, tragó con avidez una bocanada de aire, sintiéndose mareada y aturdida. Nunca se había sentido las piernas tan pesadas. Se acercó a la columna del porche y se agarró a ella. No tenía miedo de Chase, de verdad que no. ¿Entonces por qué le asustaba tanto tener relaciones íntimas con él?

—¿Estás bien?

El sonido de su voz le sobresaltó. Entre él y su padre, tendría suerte si no terminaba muriendo de un ataque al corazón. Le dirigió una mirada frustrada por encima del hombro.

—¿Es que tienes que estar siempre siguiéndome?

—No te seguía. Es solo que... —Se calló y suspiró. Acercándose a ella, se dobló y abrazó la columna con sus brazos. Con la vista fija en las nacientes sombras, se quedó sin decir nada unos segundos. Hacia el este, la luna se cernía en el cielo, brillando como una moneda de plata contra un cielo azul oscuro. Los majestuosos pinos dibujaban su silueta como con carboncillo sobre el mismo escenario—. Lo siento, Franny. Me parece que con nuestra voluntad de hacerte sentir en casa, hemos hecho justo lo contrario.

Esa disculpa le llegó al corazón. Nadie hubiese podido sentirse mejor recibida.

—Ah, Chase, no es culpa tuya. Es solo que estoy nerviosa.

—Lo sé, y nosotros solo hemos empeorado las cosas. —Se rio en voz baja—. Odio cuando la gente me mira mientras como. No sé en qué estaba pensando.

Hicimos que te fueras sin que pudieses terminar de comer.

Franny dejó escapar otro gran suspiro.

—Comeré más. Solo necesitaba un poco de aire fresco; eso es todo, de verdad.

Él cambió el peso de su cuerpo y dobló la otra rodilla. Después de observarse las palmas de las manos un momento, suspiró.

—Entiendo que estés un poco nerviosa. Acerca de esta noche y eso. Sobre todo después de la manera en la que te he metido en esto. Mi padre cree que tienes algo de miedo por cómo voy a proceder después.

Franny empezó a quedarse sin aire de nuevo.

—Sí, bueno... lo tengo, solo un poco.

Él volteó las manos y se cogió los pulgares. Mirándose el resto de los dedos libres, que de repente le parecieron enormes a Franny, dijo:

—Nunca te haría daño. Lo sabes, ¿verdad?

—Desde luego.

—Y los perros rabiosos no muerden tampoco. ¿Correcto?

Ella le miró boquiabierta.

—Chase, yo no...

—No evitemos esta conversación, Franny. Estás nerviosa. Y como tú estás nerviosa, yo también estoy nervioso. —Se irguió y apoyó la cadera en el poste—. Sé que las pocas veces que no pusiste en blanco tu mente y estuviste con hombres no fueron muy agradables, y no te culpo por sentir aprensión hacia ello. De verdad, no me ofende.

—¿No? —dijo ella con cierto alivio.

Le temblaron las comisuras de los labios.

—No. ¿Por qué iba a ofenderme? Solo tienes que confiar en mí cuando te digo que no hay nada que temer.

—Gracias. Te agradezco que me lo digas.

—La pregunta es: ¿me crees?

—Quiero hacerlo.

Él le cogió la barbilla con el borde de su dedo y le levantó la cara.

—Cariño, si pudiera volver atrás nueve años y mandar al infierno a esos bastardos que te hirieron, lo haría sin pestañear. Pero solo puedo mirar hacia delante desde aquí y tratar de que conmigo las cosas sean lo más dulces para ti como me sea posible.

—Ah, Chase. No estoy comparándote con nadie. Ni siquiera había pensado...

—No.

—¿No qué?

—Mentir. He visto cómo me mirabas —dijo con brío— y lo leo en tus ojos. Has medido mi fuerza una docena de veces... no, cientos... y tiembles al pensar que puedo utilizarla contra ti. No finjas que no lo has hecho. Es un insulto para mi inteligencia.

Franny se dio la vuelta y volvió a coger el poste.

—Durante nueve años, me he ganado la vida poniendo mi cuerpo a disposición de los hombres. Sería absurdo que tuviera miedo de pasar por lo mismo contigo.

—¿Así que eres absurda?

—No, yo... —Se calló y tragó saliva—. Está bien, sí, estoy siendo absurda. Es solo que...

—¿Qué?

—Que no será lo mismo contigo.

—Gracias a Dios.

—Tú quieres de mí más de lo que querían los otros hombres. Mucho más.

—Sí.

—Y tengo miedo de que... —le miró por encima del hombro—. Siempre me escapo. Sé que suena increíble, pero...

—Al principio, sí. No podía imaginar cómo lo hacías. O por qué lo hacías. Se supone que el sexo es... —Ahora fue él el que calló. Rio en voz baja—. Vamos, que lo dudé al principio. Pero ahora no. No después de lo que me dijiste de tu primera experiencia. Entiendo perfectamente que lo bloques todo en tu mente. Es la manera en la que has podido sobrevivir, y lo entiendo.

—Siempre lo he hecho así. Ahora soy muy buena... quiero decir, en escaparme. Solo que, contigo, ¿esa noche en la que discutimos? —Se puso los dedos en la garganta—. Intenté... escapar, y no pude. En lugar de eso, me di cuenta de todo, de cada una de tus caricias, de cada latido de tu corazón... fue horrible. —Su voz se quebró—. Sé que suena estúpido, pero me pone nerviosa estar contigo porque tengo miedo de que... quedarme en mi cuerpo. Sé que no tiene mucho sentido, ¿verdad? —Se rio de forma estridente—. La gente no puede abandonar sus cuerpos. Pero de algún modo yo sí puedo, y...

—Franny... —Dio un paso por detrás de ella y la rodeó con el brazo por la cintura, aferrándose a ella por detrás, poniéndole la mano en el estómago y acariciando con el pulgar y el dedo índice la parte inferior de los pechos—. ¿Sientes esto?

El corazón empezó a latirle con fuerza, tan descontroladamente que pensó que él debía de estar sintiéndolo.

—Es tuyo —susurró él—. Mi brazo es tuyo. —Se inclinó sobre ella para acariciarle el pelo con la boca—. Su fuerza te protegerá de todo daño. Cuando necesites ayuda, estará allí para ayudarte. Cuando tengas frío, te acercaré a mí para calentarte. Pero nunca lo levantaré contra ti. Nunca. ¿Me entiendes?

—Ah, Chase.

—En cuanto a lo de estar conmigo, no necesitarás escapar, te lo prometo. Si estar consciente conmigo te parece horrible, o si te parece horrible que mis manos te toquen, solo tienes que decírmelo.

—¿Y?

Ella sintió que del pecho de él brotaba una carcajada.



—Prescindiremos de la parte horrible, claro.

—Tal vez no sea tan sencillo.

—Desde luego que sí. Te quiero, Franny, y creo que tú me amas también, estés o no lista para admitirlo. Cuando la gente que se quiere se toca, no hay lugar para lo horrible. Solo para una dulzura indescriptible. Así será entre nosotros, de una dulzura indescriptible. Y si no es así para ti, lo haré otra vez y empezaré de nuevo.

—Perdona que te diga esto pero, si vuelves a empezar de nuevo, solo conseguirás que sea más largo.

Al oír esto, su pecho volvió a agitarse.

—Ríete todo lo que quieras de mí.

—Cariño, no me río de ti, sino contigo.

—Yo no me río. Preferiría que fuese rápido y horrible que infinito y horrible mientras tratas de conseguir lo imposible. No me gusta, Chase. Nada de lo que implica. Me revuelve el estómago.

—Veremos cómo te sientes después de que haya acabado contigo.

A eso era precisamente a lo que Franny tenía miedo.

—Si es feo y desagradable, me escaparé —confesó ella—. No podré pararlo. Y me temo que entonces heriré tus sentimientos.

—No herirás mis sentimientos —le aseguró él—. Si eres capaz de escaparte mientras yo te hago el amor, será culpa mía y no tuya. Es mi trabajo procurar que tú no quieras escapar. No me llamaría Chase Lobo si no fuese capaz de conseguirlo.

Excelente. Ahora se había convertido en un reto para él. Franny cerró los ojos horrorizada. Volvió a abrirlos inmediatamente al ver que Chase levantaba la mano de su estómago y la llevaba al pecho. A través de la tela del vestido, notó unos dedos que se deslizaban tan suavemente como un susurro por uno de sus pechos, en busca de su redondez y tentando después su pezón con ligeros masajes. Se quedó sin respiración. Sintió cómo su carne empezaba a hincharse. La punta de su pezón se endureció y alargó para acomodarse a él. Bajando la cabeza, cogió el lóbulo de su oreja entre los dientes mientras pellizcaba la carne que él había provocado hasta la erección. Su respiración caliente y húmeda le raspaba la oreja, haciéndole cosquillas y poniéndole la carne del cuello en un estado de consciente hormigueo.

El estómago de Franny se retorció en un remolino de sensaciones. De repente se le debilitaron las piernas y tuvo que dejarse caer pesadamente contra él, por miedo a caer. Sujetándole las caderas con el otro brazo, la cogió fuerte contra su pecho, la mano aún entretenida con su pezón y asaltándole también con la boca la parte sensible que tenía justo debajo de la oreja.

—Ah, Dios —suspiró.

—Mmm.

—Chase, yo...

Él agarró la punta hinchada de su pezón y le dio un apretón que le hizo olvidar lo que iba a decir. Eso y todo lo demás. Sintió un temblor recorriéndole el cuerpo y

gimió en voz baja, dejando que su cabeza cayera sobre el hombro de él de modo que su maravillosa boca pudiese hacer incursiones por debajo de su garganta.

—Dios mío —dijo él con un susurro ronco.

Abandonando su pecho, le puso la mano a la altura de las costillas. Estaba temblorosa y, por el lugar que ocupaban sus dedos, supo que estaba siguiendo el ritmo de los latidos de su corazón. Moviendo los labios en un susurro de besos que subieron hasta la sien, tomó una gran bocanada de aire, contuvo la respiración un momento y después exhaló con un temblor.

Franny volvió a la tierra con una sacudida. Inclineda todavía sobre él, la tensión volvió a su cuerpo. Fijó la vista en la copa de los árboles. Apenas podía creer que hubiese respondido a él de esa manera y dudaba que una dama pudiese hacerlo así. En este momento, él debía de estar pensando que era una desvergonzada. Supuso que, lo fuera o no, estaba condenada. Sintió que él levantaba la cabeza. Ella se sentía demasiado humillada como para encontrar sus ojos y tenía miedo de lo que pudiese encontrar en ellos.

Tomándola por los hombros, la giró lentamente para ponerla de cara a él. Ella fijó la mirada en su garganta, con determinación. Con los nudillos, le sujetó la barbilla y le hizo echar la cabeza hacia atrás. Sus ojos oscuros brillaban a la luz de la luna y hurgaron en los de ella al decir:

—Ah, Franny, eres tan increíble. —Riendo, bajó la cabeza y le mordisqueó el labio—. Y ahora te sonrojas. A veces me resulta imposible entenderte.

Sintió un hormigueo en el labio que él había mordido, por lo que se pasó la lengua por él sin darse cuenta de que estaba siendo observada. Sus ojos brillaron de deseo.

—Demonios —dijo él sin respiración.

Antes de poder preguntar nada, le selló la boca con un beso. Asombrada, Franny le puso las manos en el pecho, con la intención de apartarle, pero, en un segundo, se vio colgada de su camisa para sujetarse a él. Su boca. Nunca había experimentado algo tan caliente y suave. Al notar su lengua contra la de ella, pensó en una ciruela dulce y bien madura. Se enroscó alrededor de la de ella y después se deslizó al techo de la boca para explorarla: con un cosquilleo, suave y tentadora.

Entonces se apartó de ella con una brusquedad que la dejó tambaleándose. Se dio cuenta de que respiraba como si hubiese estado corriendo y, bajo la palma de sus manos, pudo sentir la fuerza de los latidos de su corazón en el pecho.

—Soy un imbécil —dijo suavemente.

Dando un paso atrás, se limpió la boca con la parte exterior de la muñeca, medio paralizado, con los ojos fijos en sus labios. Después de un momento, respiró y bajó la cabeza para frotar el tacón de su bota contra el porche. Con las piernas temblando, Franny se abrazó la cintura, con miedo a que estuviese enfadado. Cuando por fin levantó la vista, Chase se puso las manos en las caderas y miró a las vigas del tejado que tenía encima de él, riendo con sorna.

Dejando escapar otra vez la respiración, volvió a mirarla.

—Franny, lo siento. Yo... esto... —Se pasó los dedos por el pelo, claramente agitado—. Me juré a mí mismo que no haría esto. Es solo que... —Sacudió la cabeza y dijo—: ¡Vaya! Me sobrevino como una casa ardiendo. Lo siento.

—Está bien —dijo ella en voz baja para tranquilizarle.

Él la miró un buen rato, y después sonrió. Levantándole el dedo índice, dijo:

—Ven aquí, cariño. Déjame ver si puedo hacerlo bien esta vez.

Franny no entendía cómo podía él mejorar su técnica, pero su mirada la convenció y ella se acercó, con el pulso agitado al ver la ternura que desprendían sus ojos. A la luz de la luna, o sin ella, él era el hombre más guapo que había visto nunca, pero, en ese momento, resultaba absolutamente irresistible a su sensibilidad femenina, con su pelo moreno captando la luz plateada, su cara brñida bañada de luces y sombras y sus dientes blanquísimos.

Enmarcando su rostro entre sus manos, él fijó lentamente la vista en ella como si tratase de memorizar cada una de sus líneas.

—¿Te he dicho lo hermosa que eres?

La tenía tan firmemente sujeta que Franny no podía mover la cabeza; mucho menos hablar.

—Eres tan guapa y tan increíblemente dulce. Creo que soy el hombre más afortunado de la Tierra.

Con esta confesión suave resonándole en los oídos, pasó los pulgares por sus mejillas e inclinó la cabeza para tocar solemnemente con su boca la de ella. Fue un beso tímido. Un beso de bienvenida. De los que Franny había una vez soñado recibir cuando tenía doce años y soñaba con jóvenes guapos capaces de besar el suelo que pisaba. Era tan maravilloso poder por fin experimentar esa sensación. Él movió su boca hasta sus pestañas, acercándolos. Después le besó la frente y la punta de la nariz.

—Te quiero —murmuró—. ¡Dios, cómo te quiero! Perdóname por buscarte como si fuera un hombre sediento en busca de bebida.

Franny abrió lentamente los ojos.

—Lo que ocurre es que llevo tanto tiempo esperando este momento, anticipándolo... —Apoyó su frente contra la de ella—. No tienes ni idea de lo que me duele tocarte, besarte. Ahora, sabiendo que eres mía, a los ojos de Dios y a los de la ley, me cuesta mucho contenerme, ¿sabes?

Contenerse. Los ojos de Franny se llenaron de lágrimas.

—Intentaré ir más despacio, lo juro —le aseguró.

Después de haber sentido la manera en la que había temblado, Franny dudaba de que pudiera conseguirlo. Solo deseaba que todo pudiese ser tan bonito como lo que acababa de pasar entre ellos.

—Imagino que el té ya estará listo —dijo él de repente—. ¿Qué te parece si vamos dentro antes de que haga más el idiota contigo de lo que ya lo he hecho?

Ella asintió.

—¿Así que estás de acuerdo con que he hecho el idiota?

Ella rio, asustada. El sonido resonó en el pecho de él. Rodeándola con el brazo, la atrajo hacia sí en un rápido abrazo y luego la soltó.

—Vamos a por ese té antes de que empieces a sentirte mareada de nuevo.

## Capítulo 16

Cuando volvieron a entrar en la casa, Franny se sorprendió de ver que Loretta había regresado de casa de Índigo, con toda seguridad por la puerta trasera. La presencia de otra mujer en la casa hubiese debido ayudar a Franny a relajarse, si no hubiese sido porque se trataba de su nueva suegra. En este caso, Franny no podía sentirse cómoda. Tenía miedo de decir o hacer algo inadecuado y se retiró en silencio, lo que en esencia le preocupó, ya que temía que pensasen que era una maleducada.

El té de jengibre y sus excelentes propiedades para el tratamiento de las náuseas fue el tema inicial de conversación entre los tres adultos. Mientras Franny bebía el mejunje, ellos se sentaron alrededor de la mesa, observándola expectantes y relatándole sus conocimientos sobre la planta: la rapidez con la que habían visto que calmaba el estómago a una embarazada, los sabores que podían añadirse para hacerlo más agradable. Lo que Franny no podía olvidar era que su embarazo estaba en la cabeza de todos. Tímida y temerosa del momento en el que hiciesen los cálculos sobre las fechas, apenas podía tragar los sorbos de té que daba y no se sorprendió en absoluto de que Loretta interrumpiese la conversación para preguntarle de cuántos meses estaba.

Con una expresión de orgullo en el rostro, Chase contestó:

—De unos dos meses, según el doctor Yost, y dudo que suela equivocarse.

Franny le miró aterrorizada. Aunque se sentaba justo a su lado, pretendió no darse cuenta, lo que hizo que le rechinasen los dientes. ¿Cómo podía decir la verdad así? ¿Creía que sus padres eran imbéciles? Solo llevaba en Tierra de Lobos un mes y medio. Cualquiera con diez dedos y habilidad para sumar podría averiguar fácilmente que él no estaba allí cuando el niño fue concebido.

Para desconsuelo de Franny, Loretta Lobo ni siquiera trató de disimular sus cuentas.

—Veamos. Estamos ya bien entrados en julio. —Con la punta de sus finos dedos, contó los meses y después abrió mucho sus ojos azules. Franny esperaba que dijese «Espera un minuto. ¿Cómo es posible?». En vez de eso, gritó—: Ah, qué maravilla. ¡Será un niño de febrero! Es un tiempo estupendo, Franny. Justo antes de la primavera. Los recién nacidos que llegan en los meses cálidos no ensucian tanta ropa.

—Como para confiar en las mujeres —dijo Chase con un rugido—. Preocupándose de la ropa que se ensucia. Estáis hablando de mi hijo. Puede ensuciar tanta ropa como quiera. —Rodeando a Franny con su musculoso brazo, le dio un rápido abrazo—. Soy muy habilidoso para frotar. Ayudaré con la colada.

—Este bebé podría ser una niña, y no espero que me ayudes con mis quehaceres —intervino Franny tímidamente. Se sentía tan humillada que quería morirse. ¿Qué debían de estar pensando sus padres? Ella, en su lugar, estaría consternada. Y

enfadada. No podrían evitar pensar que estaba utilizando a su hijo, y de la peor manera posible.

—¿Tus quehaceres? —dijo Loretta poniendo su taza de café en la mesa con un chasquido contundente—. Mi querida niña, métete esto en la cabeza. En esta familia, los hombres hacen su parte del trabajo. Se necesitan dos personas para hacer un niño, y dos deben ser los que compartan la tarea de criarlo. —Sonrió con cariño a su guapo marido—. Cazador ha lavado casi tantos pañales como yo cuando los niños eran pequeños y, cuando estaba en casa, era prácticamente él el que se ocupaba de ellos. Era la envidia de todas las mujeres del pueblo. La mayoría de los hombres aborrecen cualquier forma de trabajo doméstico. Creen que les hace menos masculinos. Cazador nunca se preocupó de esas tonterías, y tampoco Jake. Los sábados por la mañana, le verás en el jardín ayudando a Índigo con la colada. Estoy segura de que Chase será igual de solícito.

—¿Acaso lo dudas? —preguntó Chase—. A Franny no le interesa la mina como a Índigo, pero tiene pensado coser y hacer manualidades, creo. —Le dedicó una mirada de admiración—. Espera a ver lo que hace, madre. Hace cosas muy bonitas. Ropa, diseños de flores secas en cristal, juguetes para los niños. Podría ganar mucho dinero si pusiese a la venta algunas de ellas.

—¿De verdad? —Los ojos de Loretta reflejaron un interés genuino.

Franny dedicó a Chase otra mirada interrogativa. Por mucho que le gustasen las manualidades, nunca se le había ocurrido que pudiese obtener la ayuda de su marido para que ella pudiese tener tiempo para dedicarse a ellas.

—Son solo pequeños proyectos —dijo dubitativa a su suegra—. Nada tan grande como Chase insinúa.

Él sonrió con exasperación.

—Son como he dicho. Yo compraría a nuestro hijo un cojín bordado como el que estás haciendo para Jason, y estaría dispuesto a pagar un buen dinero por él.

¿Nuestro hijo? Oírle decir eso, de una manera tan informal, como si así fuera, llenó a Franny de un intenso anhelo. Si pudiera ser posible... Ah, quería tanto creer que podía dejar tan fácilmente su vida a un lado, que Chase podía simplemente entrar en ella y agitar su varita mágica transformando todo lo que había sido horrible en algo hermoso.

—¿Tienes máquina de coser, Franny?

Con un respingo de culpabilidad, Franny se obligó a volver a la conversación.

—Sí. Una Wheeler-Wilson.

—Una de último modelo —explicó Chase. Sonriendo a su padre, dijo—: Atento, porque madre se pondrá verde de envidia cuando la vea. En cuanto te des cuenta, estará pidiéndote una para ella.

—¡Una Wheeler-Wilson! —A Loretta se le dibujaron los hoyuelos de las mejillas—. Bueno, por muy vieja que sea la mía, aún funciona. Qué ganas de ver la tuya, Franny. ¿Dónde está?

—Todavía no la he traído de la taberna —contestó Chase.

Franny se encogió. Esperaba a que uno de los padres de Chase hiciese un comentario despreciativo, pero ninguno lo hizo. El hecho de que se refrenasen de esta manera la asombraba. No había que ser un genio para juntar dos y dos y sacar el cuatro. Lo que quedaba de sus pertenencias estaba en la taberna. Estaba embarazada de un hijo que no podía ser de su hijo. O eran las personas más estúpidas que había conocido nunca o eran las más buenas. Franny tenía miedo de creer que fuesen esto último.

—Con dos máquinas de coser, podemos tener tu traje de bodas en un momento —comentó Loretta alegremente. Inclinandose sobre su taza de café, clavó unos ojos chispeantes en Franny—. Estoy impaciente por ir a comprar la tela. Cazador dice que ensillará el carromato y nos llevará a Jacksonville. Podemos pasar el día allí.

—Madre. —Chase trató de cortarla.

Loretta siguió parlotando.

—Allí tienen más variedad y género más bonito. ¿Te gustan las perlas?

—¿Madre?

—Desde que Chase me dijo que planeabais hacer una boda formal, me he imaginado un vestido de novia cubierto de perlas.

Franny se atragantó con un sorbo de té. No podía dejar de mirar a su suegra con mudo asombro. ¿Una boda formal? Era la primera vez que Franny oía algo así. Y la idea no tenía el más mínimo sentido. ¿Un vestido blanco de boda? ¿Para ella?

—Te mereces tener una boda bonita —intervino rápidamente Chase—. Mientras dormías, estábamos todos aquí y me dio por mencionar que podríamos... —Se calló y dirigió una mirada punzante a su madre—. Solo lo hemos hablado por encima.

Franny podía ver por la expresión de Loretta que ella había entendido la mención de la boda de una manera diferente.

—Ya hablaremos de ello. Pero de verdad que deberías tener una boda bonita, cariño.

—¡Pues claro que debería! —asintió Loretta—. Es el día más importante en la vida de una mujer, y debería ser algo que pudiese recordar siempre. Casarse frente a un juez de paz no tiene nada que ver.

Cazador puso sus ojos azul oscuro en la cara pálida de Franny.

—Tiene que haber una boda, ¿de acuerdo? ¿Promesas ante Dios y ante los Grandes? Sin ellos, no sería una buena boda.

Chase se aclaró la garganta.

—Franny y yo necesitamos discutir esto en privado, padre.

Cazador sonrió.

—Lo que viene después es privado. La boda pertenece a todo el mundo. ¿No te importa que te case un cura, espero? El padre O'Grady es muy bueno, y no insistirá en que te conviertas... —Miró a su mujer en busca de ayuda—. ¿Cómo se dice?

—Un converso —le dijo Loretta—. Es lo normal, claro, que las esposas de los

católicos se conviertan a la fe. Pero en nuestra familia somos poco ortodoxos en lo que se refiere a creencias. Supongo que el padre O'Grady ya nos ha dejado por imposibles —dijo tocándose el pecho—. Yo soy una católica tradicional hasta la médula. Pero Cazador tiene sus propias creencias religiosas, por lo que hemos criado a nuestros hijos en la creencia de las dos doctrinas. Índigo y Chase son... —Hizo una pausa y sonrió a su hijo—. En realidad, creo que el padre O'Grady diría que son un caso perdido. Se contenta con ver sus caras en misa de vez en cuando y no insiste en que hagan las cosas a la manera tradicional. Incluido el matrimonio. Jake es metodista y, hasta lo de ahora, no ha seguido ninguna conversión. Dice que tiene miedo de que en su primera confesión provoque un ataque al corazón al párroco.

Todos excepto Franny rieron. Chase se aclaró la garganta y dijo:

—Creo que estamos abrumando a Franny, madre. No creo que tenga en mente una boda por la iglesia. Creo que en cierto modo todo esto le llega por sorpresa.

—Ah, ya entiendo —dijo suavemente Loretta.

Aunque Franny pensó que no lo entendía. Ninguno de ellos. Ella no podía casarse por la iglesia. Veía que ellos lo tenían muy claro, pero para ella la simple idea le resultaba una locura.

—De verdad que me gustaría tener una boda bonita —le dijo Chase en voz baja—. Quiero verte con un bonito vestido de boda caminando hacia el altar del brazo de Frankie. Me gustaría que toda tu familia y la mía estuviesen allí. Tu madre y los niños. Mi gente y mi tío Antílope y la tía Amy. Y Jake e Índigo, claro. Apuesto a que Índigo estaría encantada de ser tu madrina de honor.

Paralizada y muda, lo único que Franny podía hacer era mirarlo.

Él sonrió levemente.

—Una fría ceremonia legal no... bueno, ya sabes. Hasta que no digamos nuestros votos en una iglesia, no me sentiré debidamente casado. ¿No te parece?

Franny sintió que se le rompía el corazón en cientos de pedazos. Un bonito vestido de bodas. Que su hermano la condujese al altar. Claro que quería todo eso. Se moría por tenerlo. ¿Y qué mujer no? Pero eso eran sueños, no la realidad. Estas personas habían perdido la cabeza. Ella era una prostituta. Una prostituta embarazada. Si se vestía toda de blanco y caminaba por el pasillo de la iglesia católica o de cualquier otra iglesia, daba igual, sería una blasfemia.

Como si le leyese el pensamiento, Chase volvió a decir:

—Tal vez deberíamos hablar de ello más tarde.

A Franny le escocía la cara. Humillada, bajó la barbilla, incapaz de encontrarse con la mirada de ninguno de ellos. Una boda. Una boda de verdad. ¿Cómo no podía él saber lo mucho que siempre había deseado una?

Hubo un silencio en la mesa. Un silencio horrible y desconsolador. Sabía que todos esperaban que dijese algo. ¿Pero qué? ¿Que estaría dispuesta a hacer el ridículo casándose por la iglesia? Si Chase quería una boda convencional, debería haberse casado con una chica convencional. Quizás ese era el quid de la cuestión. Todos



pretendían que ella era algo que no era, porque eran incapaces de enfrentarse a la verdad.

Franny se puso en pie.

—Por favor, discúlpeme —dijo, temblando—; me siento algo cansada y creo que voy a tumbarme un rato.

Fue decirlo y empezar a salir de allí. Apenas veía adónde iba. El mobiliario del salón se volvió borroso al cruzar por el suelo encerado.

—¿Franny? —la llamó Chase.

La escalera al altillo surgió ante ella. Se cogió a los peldaños y se impulsó frenéticamente hacia arriba, moviendo a toda prisa los pies y con las faldas arremolinándosele a los tobillos. Ah, Dios. Quería morir. Deseaba poder morir. En este momento, antes de que su corazón pudiese latir de nuevo. Porque le dolía. Dolía tanto que apenas podía soportarlo.

Una boda bonita. ¿Cómo se atrevían? Y lo más importante, ¿cómo se atrevía Chase? Si era una estratagema para avergonzarla, había elegido la forma perfecta de hacerlo. Una vez en el altillo, corrió hacia su habitación. Tirándose con toda su estatura en la cama, Franny hundió la cara en la almohada y sofocó los sollozos. ¿Cómo podía ser tan ciego que no viese lo imposible que era todo esto? Chase estaba loco. Su padres también. Ella era una prostituta, y todos hacían como si eso no cambiara en nada las cosas. Si Chase quería una novia pura y virginal, se había casado con la mujer equivocada.

Después de la brusca marcha de Franny de la mesa, Chase se limitó a quedarse allí sentado, atónito. Había pensado que una gran boda sería un sueño hecho realidad para Franny, que sus ganas de tener una la harían inmensamente feliz. En vez de eso, era como si...

No tenía palabras para describir la expresión que había visto en su cara. Como un perro al que han golpeado sin saber por qué. Las piernas le temblaban al levantarse del banco.

—Dios, debo de ser el bastardo más estúpido sobre la faz de la Tierra —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. Pues claro que quiere una gran boda. No tiene que ver con lo que quiere. Nunca tiene que ver con lo que Franny quiere. Solo con lo que se le sirve en bandeja.

Sus padres no dijeron nada y, en su silencio, Chase pudo oír lo mucho que lo sentían por él, aunque no pudieran expresarlo.

—Bueno —dijo su madre con voz trémula—, está claro que hemos metido la pata, ¿verdad? Lo siento, Chase. No me di cuenta de que no lo habíais hablado todavía.

Chase cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz. No era culpa de sus padres, sino suya. Esa tarde, había cogido al toro por los cuernos y desde ese momento había

estado presionando a Franny. Era demasiado, todo iba demasiado rápido. Apenas le había dejado tiempo para respirar.

Dejando caer la mano, dijo:

—Ejem... esto, tengo que ir arriba. A hablar con ella y pedirle perdón.

Antes de que pudiera irse, su madre se levantó.

—Índigo me pidió a tu padre y a mí que pasásemos por su casa para el postre y el café. Creo que iremos a dar una vuelta por allí y aceptaremos la invitación.

Chase sabía muy bien que su hermana no les había hecho semejante invitación. Las visitas entre las dos casas eran mucho más informales.

—No tienes que irte, madre. Esta es tu casa.

—Y la tuya —le cortó Cazador—. Nos iremos. Por esta vez, ¿de acuerdo? No es nada.

Para Chase lo significó todo. En ese momento, cuando recordaba el comportamiento que había tenido con estas dos personas en los últimos años, se sintió avergonzado. Una rebeldía mal encauzada. Una ira que no tenía sentido. Obsesiones con cosas que en la vida no tienen importancia. No se merecía unos padres así. Y, sin embargo, no parecían darse cuenta de lo especiales que eran. Daba igual lo mal que se hubiese portado con ellos, seguían queriéndole igual, esperando, siempre esperando, para que por fin él aprendiese.

—Gracias, padre —Chase miró a su madre también—, madre.

—Ve —le pidió Loretta—. Te veremos a la vuelta.

Ve... parecía fácil. Solo que para Chase no lo era. Mientras subía la escalera del altillo, iba pensando en las cosas que diría a Franny y las rechazaba poco después. La luz de la lámpara que había en el piso de abajo se colaba por las ranuras del suelo de madera del altillo, en un dibujo de rayas color ámbar. Chase se detuvo cerca de la pared divisoria y recordó las miles de veces que había entrado en esa habitación. De niño. De joven. En todos estos años, no había cambiado. Esa era su casa, y siempre lo sería. La colcha de retales. Las alfombras que su madre había bordado. La percha para la ropa que colgaba de una esquina. Nada era especialmente refinado. Pero allí había amor, y eso lo cambiaba todo. Su padre nunca sería un hombre rico. Pero igualmente, había dado a su familia riquezas incomparables.

Moviéndose lentamente hacia la cama, Chase oyó los sollozos ahogados de Franny, y cada uno de ellos entró en su pecho como la punta de una navaja. Una vez más, pensó en las decenas de cosas que podía decirle. Que era un imbécil. Que lo sentía. Que nunca había pretendido hacerle daño. Pero cada vez que intentaba hablar, las palabras se entremezclaban en su cabeza y se quedaban mudas en su lengua de trapo. Quería que ella tuviese todo lo que se le había negado hasta ahora y que, en su opinión, se merecía. Si ella se lo permitía, haría que los últimos nueve años de su vida desaparecieran como las hojas de otoño que el viento arrastra. ¿Por qué no podía

olvidarse de lo que quedaba atrás? Nadie podía andar hacia delante, y no caer, si iba continuamente mirando hacia atrás.

Había mucha más bondad que pecado, mucho más Dios que juicio. Pero no sabía cómo expresar esas convicciones. No a alguien como Franny. Su padre siempre hacía comparaciones entre la naturaleza y lo divino para explicar lo que quería, pero dudaba de que ella pudiese entender el significado si intentaba hacer lo mismo.

Chase había sido criado en la creencia de que todo tenía una raíz mística. Para ella, el agua era mojada y corría montaña abajo. Para él, no solo era el sustento de toda la existencia, sino que hablaba de grandes misterios y sabiduría. Para ella, la luz del sol era hermosa y cálida. Para él, merecía ser adorada, por ser la dadora de vida. La Madre Luna, la Madre Tierra, las Cuatro Direcciones, el Viento. Esos eran los dioses de su padre. El horizonte, el nacimiento de un nuevo día, la puesta de sol, la oscuridad. Todo eso era divino y mágico. No había ayer, solo mañana. Uno fijaba la vista en el horizonte y caminaba hacia delante, sin mirar nunca atrás.

Había tanta belleza en esos conceptos sencillos. Tanta paz. Pero cuando Chase trataba de hablar de ellos a alguien como Franny, dejaban de parecer sencillos. Sus pies estaban enlodados en la culpa. Ella no tenía un horizonte ante sí, solo otro día como el anterior y una realidad de la que no podía escapar. ¿Cómo podía ella escuchar una canción en el viento? Lo único que había podido hacer era sobrevivir.

Al final, como las palabras se resistían a salir, Chase hizo lo único que sabía hacer: atraerla a sus brazos. Sabía que podía resistirse también a eso. O peor, enfadarse con él. Si así era, no la culparía por ello. Una boda. A Chase le parecía la cosa más natural del mundo. Pero a él no le habían criado como a Franny. Ella no creía merecerse una boda. Era un alma perdida y sin remedio. Una mujer sucia no podía vestir de blanco, y no había forma de poder limpiar esa suciedad.

Al sollozar le temblaba todo el cuerpo. Cuando Chase la rodeó entre sus brazos, se sintió invadido por la enormidad de su dolor. Al ver que ella no trataba de apartarle, sino que se colgaba de su cuello, tuvo ganas de llorar.

—Lo... lo siento —consiguió balbucir ella—. Tus padres. Lo... lo siento. Sa... salir corriendo de ese modo... He sido una desagradecida. Ahora me odiarán.

—Ah, Franny. Soy yo el que lo siente.

Chase la abrazó con más fuerza, asombrado al notar que ella se doblaba para acomodarse a él y sentir su pecho cálido como un niño en busca de consuelo. Él le puso la cara en la curva de su hombro y respiró el olor a lavanda que había llegado a asociar a esa mujer. Le impresionó que esa fuese la primera vez, más allá de algunas caricias, pequeños abrazos y el intento fallido de besarla en el porche un momento antes, que de verdad la tenía en sus brazos. Y se sintió tal y como lo había imaginado. En el cielo. Perfecto y como debía ser.

Chase estaba a punto de decir que se había equivocado al sugerir que tuviesen una boda por la iglesia, cuando miró hacia arriba y vio las estrellas a través de la ventana. Como millones de diamantes brillantes esparcidos por el azul oscuro, parpadeaban y

brillaban, rodeadas cada una de ellas por un haz plateado que le hizo pensar en el pelo de Franny a la luz del sol.

Demonios. Si había una joven en el mundo que mereciese tener una bonita boda esa era Franny. Ojalá pudiese hacerle entender eso.

Pedir deseos a las estrellas. Perseguir arcoíris. Sueños estúpidos. Chase la meció y acarició su pelo, con la vista puesta en el cielo. Esas estrellas eran reales. Lo único que había que hacer era mirar hacia arriba para poder disfrutar de su brillo. La realidad no era algo inhóspito, apagado y desesperanzador. Era aquello que uno quería que fuese.

Sin dejar de mecerla, Chase mantuvo la vista en esas estrellas y empezó a hablar. Le contó sus historias de la infancia, historias comanches que habían ido pasando de generación en generación. Salieron de su boca con facilidad, porque su padre se las había repetido tantas veces que recordaba cada detalle, cada palabra de ellas. Después de un rato, Chase ni siquiera sabía ya lo que estaba diciendo o si sonaba estúpido o sin sentido. Pero tampoco le importaba. Lo que importaba, lo único que de verdad importaba, era que de algún modo distraían a Franny y mitigaban su dolor.

Por fin notó que su cuerpo empezaba a relajarse y sus sollozos se hicieron más infrecuentes sobre su pecho. Chase bajó la mirada y vio que ella tenía los ojos fijos en la ventana, con una expresión ausente y soñadora. En lo que fue un instante angustioso, pensó que había escapado a ese lugar escondido de su mente del que ella le había hablado. Pero cuando vio que dirigía la mirada hacia otro grupo de estrellas, supo que estaba todavía con él.

Todavía con él... aunque flotando en sus sueños. No en unos sueños secretos que tuviese dentro de la mente, sino en unos que él había creado para los dos con historias susurradas a su oído y que formaban parte de su extravagante legado. Chase se sintió en paz. Esos lugares de ensueño podían convertirse en suelo seguro para los dos. Los sueños eran algo que Franny entendía. Se había pasado años escapando a ellos. ¿Por qué no iba a poder él difuminar la línea entre el mundo que les rodeaba y el que ella había creado en su cabeza? Después de todo, él llevaba caminando entre dos mundos toda su vida.

—¿Franny?

Ella se estiró ligeramente.

—¿Sí?

—Cuéntame algo sobre los lugares en los que sueñas —le pidió con voz ronca—. Cuéntame cómo son.

Franny contuvo la respiración y después exhaló un pesado suspiro. Un sollozo perdido, pensó él, uno que había perdido toda su fuerza. Pasándole la mano arriba y abajo del brazo, deseó que atendiese a su petición. Lo único que necesitaba era un puñado de sus sueños. Eso era todo. No era mucho pedir, aunque tuvo la impresión que para Franny era todo un mundo. Porque describir los lugares a los que escapaba era disminuir su magia y hacerlos menos sagrados. Una vez lo hiciese, ella dejaría de

tener un lugar que fuese completamente suyo para ir a esconderse de él.

Con voz trémula, apenas un susurro, dijo:

—Tengo muchos lugares soñados, pero al que voy más a menudo es al prado lleno de margaritas.

Chase cerró los ojos al oír eso. Su campo de margaritas. Le habló de rayos de sol brillando entre las gotas de lluvia, de hierba alta que susurraba con el viento, de agua que corría por cascadas de piedras, de un olor a flores tan dulce que solo quería quedarse allí de pie con los brazos abiertos para olerlo. Era un lugar mágico, susurró ella, donde nadie podía seguirla, donde nadie podía tocarla, donde nada era feo. Era su lugar. De ella sola. Y la esperaba en su mente para cuando ella necesitase alejarse de lo que le rodeaba.

—Mi padre solía llevarnos a un prado como este —admitió—. Siempre que estábamos allí éramos muy felices. Imagino que él está allí a veces. Él y mi madre, y todos nosotros. Antes de que Jason cogiese el sarampión, antes de que mi madre perdiese la vista, antes de que mi padre se cayese del campanario. El prado que imagino dentro de mi cabeza parece tan real... Algunas veces... —Respiró, temblando—. Algunas veces quiero quedarme y seguir desde allí. Si pudiese, haría todo de forma diferente. Sería buena y obedecería a mis padres. Nadie enfermaría de sarampión. Mi padre no moriría. Haría que todo ocurriese de la manera en la que tenía que haber ocurrido. No haría nunca nada que pudiese dañar a la gente que amo.

Chase comprobó que, en su lugar de ensueño, las cosas podían pasar como ella quisiese que pasasen. Tuvo la impresión de estar haciendo un agujero en el alma de ella y no le gustó lo que vio allí. Culpabilidad. Una terrible y sobrecogedora culpabilidad que según sospechaba había sido cuidadosamente cultivada. Esta idea le hizo sentirse mal.

—Bien —dijo suavemente—, espero que nunca sigas esa inclinación de quedarte allí. Te echaría muchísimo de menos.

Él lo dijo en broma, pero ella se estiró como si le hiciese sentir incómoda.

—¿Qué?

Franny movió ligeramente la cabeza.

—Nada. Es una tontería.

—Nada de lo que pienses es una tontería, no para mí.

—Es solo que... —Movié las manos sobre la colcha, clavando nerviosamente los dedos en los mechones de hilo—. Antes, fui allí sin pretenderlo y, si May Belle no me hubiese cogido, yo... —Sacudió la cabeza otra vez—. Es una tontería.

Chase sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Qué?

—Es solo que sentí que el prado era real. Que aquello era más real que esto, y que podía quedarme allí si quería.

—¿Entonces May Belle te cogió?

—Algo así. ¿Sabes cuando tu mente divaga mientras alguien te está hablando?

¿Cuándo, de repente, ellos hablan más alto o algo y te hacen volver? Fue así. Ella me estaba llamando, y cuando me giré para mirar, me alcanzó y me tocó. Me asusté. Creo que estuve a punto de perderme allí.

A Chase no le gustaba como sonaba todo eso. Y le afianzó en su idea de que debía crear un nuevo lugar de ensoñación, un espacio que tuviera sus raíces en la realidad que tenía aquí, con él.

—¿Si te gusta tanto, por qué perderte allí te asustó?

—Porque aquí me necesitan. —Arqueó el cuello para mirarle con exasperación—. No estoy loca, Chase. Sé que el prado no es real. No puedo ir allí y echar el reloj hacia atrás. Lo que ocurrió, ocurrió, y mi familia cuenta conmigo. Es solo que... bueno, deseos. Desearía poder ir allí y cambiarlo todo. Aunque sé que no puedo.

—¿Oíste que May Belle te llamaba?

—Sí. Cuando estoy en mi escondite, puedo aún oír a la gente que me habla —explicó apretando la boca—. Si dicen cosas feas, invento historias en mi sueño y hago como si mi familia las estuviera diciendo.

Con el corazón encogido, Chase susurró:

—¿Cuándo dicen cosas feas?

Ella clavó con más fuerza los dedos en la colcha.

—Los hombres.

Chase cerró los ojos.

—Decían cosas feas algunas veces y, como no podía taparme los oídos, pretendía que en el sitio de mis sueños se decían y que dejaban de ser feas.

Tratando de esconder el temblor de sus manos, Chase le frotó los hombros. Aunque fuese lo último que hiciese, se aseguraría de que nunca más tuviese que pretender que las cosas feas desaparecían.

—No te vayas nunca y me dejes aquí —le susurró antes de pensar en lo que decía. Al oírlas, se dio cuenta de que era justamente eso lo que temía que ella hiciese. No le gustaba la idea de que el prado la alcanzara y la rodeara cuando ella no lo había conjurado—. ¿Me lo prometes, Franny? ¿Me prometes que no te escaparás de mí y te irás al prado para no volver nunca?

Ella frotó su sien contra la mandíbula de Chase.

—Solo me ha pasado esa vez. Acababa de ver al doctor Yost y miraba a las perchas, pensando en lo que tenía que hacer. Tenía miedo. Muchísimo miedo. Y estaba triste porque pensaba que ya no me querrías cuando te dijese lo del niño. ¡Fue un sentimiento tan atroz y solitario! Miré al papel de la pared y entré.

—¿El papel de la pared? —Chase no veía la relación.

—El papel de margaritas que tengo en mi cuarto.

—Ah —la abrazó con más fuerza—. Si alguna vez vuelves a sentirte sola y asustada, ¿me prometes una cosa?

—¿Qué?

—Que me buscarás para que pueda hacerte sentir menos asustada y menos sola.

—Ah, Chase —dijo ella con voz trémula—. Nunca hubiese soñado que te casarías conmigo de todas formas. Por eso me sentí tan sola. Pensé que me odiarías.

—Bueno, pues estabas equivocada. Nunca podría odiarte. Pasase lo que pasase.

—Hay ciertas cosas que un hombre no puede pasar por alto.

—En lo que a ti respecta, tengo un ojo para mirarte bien y con el otro soy incapaz de ver nada. Puedo hacer la vista gorda a todo.

Guardaron silencio un momento. Mientras miraba a las estrellas, Chase trató de pensar en la manera en la que podía abordar mejor el tema de crear un lugar de ensueño para los dos. Ella le había descrito su prado con tanta claridad que casi podía verlo. Lo que le rompía el corazón era que hubiese necesitado alguna vez un lugar para esconderse. No podía ni imaginarse el horror que tenían que haber supuesto sus noches para tener que separar el cuerpo de su mente.

—¿Sabes lo que me gustaría? —le preguntó con dulzura—. Me gustaría crear un escondite nuevo, uno que nos perteneciese a los dos.

Ella se sorbió y se frotó la mejilla en su camisa. Chase vio que había una sonrisa de interés en sus labios.

—¿Un prado?

—No —dijo él con convicción—. El prado es tu lugar especial. Un lugar nuevo, uno solo para nosotros. Y para nuestro hijo.

—Pero no es realmente tu hijo.

—Ah, pero, en nuestro escondite, podemos crear nuestras propias reglas, ¿no es así? Todo puede ser como nosotros queramos. Y yo quiero que sea mi hijo.

Ella suspiró.

—Ah, Chase, ojalá lo fuera. Si se trata de desear, desearía que nos hubiésemos conocido como la gente normal y que nos hubiésemos enamorado y que yo no fuese...

—En nuestro escondite de ensueño, podemos pedir que nuestros deseos se hagan realidad. Si no fueses Franny, ¿quién querrías ser?

—¿Quieres decir que puedo ser lo que yo quiera?

Chase sonrió levemente.

—Desde luego. Es un lugar soñado.

—Entonces sería... —Se calló, para pensar en la respuesta—. Supongo que mantendría mi nombre. Pero, sin embargo, sería totalmente diferente. No tendría un pasado. No tendría a mis espaldas el Lucky Nugget. Haría borrón y cuenta nueva.

Cambiando el peso de su cuerpo al otro brazo, Chase descansó la barbilla sobre la cabeza de Franny y miró a las estrellas.

—¿Entonces podríamos tener una boda normal?

Entrando en el juego, dijo:

—Ah, claro, una boda gloriosa. Incluso dejaría que tu madre me pusiese perlas en el vestido.

—Pensé que no te importaban las perlas.

Ella se rio.

—Las odio.

—Va a ser una desilusión para ella.

—Bueno, pero no hay lugar para la desilusión en nuestro lugar.

Chase giró la mejilla contra su pelo y recordó el aspecto que había tenido a la luz del sol. Oro con puntos plateados, tan brillantes como las estrellas, aun así cálido en su cabellera y rociado con un olor que era únicamente de Franny, una mezcla de olor a piel recién lavada y a lavanda.

—Será un lugar en el que podremos hacer lo que queramos.

—Sí, lo que queramos —accedió ella, soñadora.

—¿Y seremos intocables? Nadie importará sino nosotros.

—Desde luego.

—Dios, Franny, desearía que pudiésemos de verdad ir allí.

Por un momento, ella se quedó en silencio. Después, dijo:

—Yo también.

A Chase se le cerró la garganta de la tensión.

—Entonces, hagámoslo.

Ella se giró para mirarlo. Él echó la cabeza hacia atrás para encontrar su atónita mirada.

—No es un lugar real —le recordó.

—Es tan real como tu prado.

—Pero mi... —sacudió ligeramente la cabeza— mi prado tampoco es real.

—Pero tú ibas allí.

—Bueno, sí, pero eso fue... —Se calló y le miró fijamente—. Esta conversación no tiene sentido. Lo sabes, ¿verdad? Estamos discutiendo sobre un lugar que no existe.

—Pero podría existir. En nuestra mente. Franny, llevas escapándote a tu prado casi nueve años. Si pudiste hacerlo sola, ¿por qué no podemos ir a otro lugar juntos tan bonito como el prado?

La expresión de turbación que vio en su rostro le hizo sonreír.

—Te estás poniendo muy seria, ¿no crees? —preguntó él—. Es solo un juego. ¿Qué daño puede hacernos imaginarlo?

—Ninguno, supongo.

—Entonces imagina conmigo —susurró—, solo esta noche. —Sonrió una vez más y se encogió de hombros—. Es maravilloso, quizá podamos hacerlo de nuevo alguna vez.

Sus ojos brillantes se llenaron de preocupación.

—¿Es esto un truco?

—Mi madre preguntó a mi padre lo mismo una vez. ¿Sabes lo que él le contestó? Dijo que quisiese lo que quisiese de ella, podría fácilmente tomarlo. No necesitaba trucos. Corrígeme si me equivoco, pero no creo que yo tampoco los necesite. —Con



la punta del pelo le tocó el puente de la nariz—. ¿Tengo razón?

—Sí —contestó ella en voz baja. Sus ojos mostraron un brillo juguetón—. Pero para que ese sitio sea seguro, en nuestro lugar de ensueño yo quiero ser más fuerte que tú.

Al oírlo, Chase rompió a reír. Cuando su alegría cesó, dijo:

—¿No vas a golpearme?

—Solo si te lo mereces —accedió ella.

Él se reclinó a su lado para mirarla.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Vayamos.

Ella tenía sus dudas.

—Primero tenemos que imaginar un lugar.

Él hizo como que pensaba en ello. Después, se encogió de hombros.

—Ya lo tengo —indicó la habitación—. Es acogedora. Y mira todas esas estrellas.

Nada que imaginemos podrá ser más bonito que esto.

Ella volvió la mirada hacia el cielo y una sonrisa de beatitud iluminó su cara.

—Tienes razón, el cielo está precioso esta noche, ¿verdad?

—¿Lo suficientemente bonito como para un sueño?

—Mmm.

—Así que, ¿estamos oficialmente allí?

Ella rio.

—Nunca he intentado ir a un lugar de ensueño con alguien. No sé si va a funcionar.

—Claro que funcionará —chasqueó los dedos—. Estamos allí.

Ella volvió a sonreír.

—Está bien. Estamos allí.

Él la puso con cuidado sobre el regazo.

—Como solo me has dado esta noche, quiero disfrutar de cada minuto. Pediría que nos tumbásemos los dos para poder ver las estrellas y hablar hasta quedarnos dormidos.

Ella se apartó un mechón de pelo de la mejilla.

—¿Eso es todo? ¿Solo hablar? —preguntó ella, suspicaz.

Chase levantó las manos.

—Si intento cualquier otra cosa, puedes salir de aquí e irte a tu prado.

Ella rio.

—Estás loco, Chase Lobo.

Chase se abrazó una rodilla en el borde del colchón y puso el otro pie en el suelo. Ella se arrodilló allí, en la cama, con aire cansado e inseguro. Lentamente, para no asustarla, le cogió el botón del cuello del vestido.

—Estoy loco, lo reconozco. Loco por ti —admitió con voz ronca—. ¿Qué tal

volverte loca conmigo?

—Creo que los dos lo estamos ya, con toda esta tontería de los lugares imaginarios.

Mientras él le desabrochaba el vestido, se inclinó para acompañar el camino hasta su cara con besos. Adoraba su nariz, tan pequeña y frágilmente curvada. Y sus cejas. Eran del color de la miel y estaban finamente arqueadas. Había soñado con recorrerlas con la punta de la lengua cientos de veces y por fin lo hacía. Tenía cierto sabor a sal y a piel femenina, tan dulce que la hubiese recorrido con gusto de los pies a la cabeza.

Mientras le quitaba por los hombros el corpiño, ella tembló ligeramente y, siendo una noche cálida como era aquella, supo que no podía ser de frío.

—Nunca te haría daño, Franny, y, si hago algo que no te gusta, solo tienes que decirme que me detenga.

Levemente, con muchísimo cuidado, Chase deslizó los dedos por sus brazos mientras le quitaba las mangas. Ella volvió a temblar, y él sonrió, hundiendo la cabeza para poner los labios en el punto de su garganta donde sentía las pulsaciones de su corazón.

La falda, la combinación, los pololos. Mientras se los quitaba uno por uno y los enrollaba a la altura de sus caderas, mordisqueó levemente su cuello, buscando todos aquellos lugares que por instinto sabía que podían gustarle. Ella suspiró y echó la cabeza hacia atrás para dejar que la boca de él se acomodase a ella. Con ese suspiro, Chase supo que aún no se había escapado a ningún prado de ensueño.

Y a pesar de lo mucho que la deseaba, estaba determinado a no darle ninguna razón para hacerlo. No esa noche. Esa noche era para que soñasen juntos. Un momento para cogerla en brazos, para mirar a las estrellas juntos, para mostrarle que los sueños podían convertirse en realidad y la realidad en sueño.

Sabía que no era la mejor estrategia del mundo, pero era lo único que tenía. Solo podía rezar para que funcionase.

En cuanto la tuvo en ropa interior, Chase la tumbó en la cama. Ella le observó nerviosa mientras él se quitaba las botas y después la camisa. En vista de la preocupación que vio en sus ojos, optó por dejarse puestos los pantalones. Después de echar hacia atrás la colcha y meterla entre las sábanas, se tumbó a su lado, de espaldas. No se resistió cuando él la rodeó con el brazo.

Por un momento, Franny pareció dudar de dónde debía poner la cabeza. Después encontró el hueco de su hombro con la mejilla. A Chase se le puso la barriga tensa cuando notó que le colocaba la mano en el pecho desnudo. Cerró los ojos y se resistió a la ola de deseo que le inundaba.

—Pensé que íbamos a mirar las estrellas —le recordó ella.

Él abrió los ojos.

—Ah, sí, las estrellas —dijo, conteniéndose.

—¿Chase? ¿Ocurre... algo malo?

¿Ocurría algo malo? Todo era perfecto. Él se rio, centrándose en las estrellas, y rezó para poder convertirse en un eunuco.

## Capítulo 17

Cuando Franny despertó, era bien entrada la mañana y Chase se había ido. Tocando la parte hundida de la almohada en la que había estado su cabeza morena, miró soñolienta al sol que entraba por la ventana. Su posición en el cielo azul blanquecino le dijo que debían de ser más de las diez, una hora inusualmente tardía para despertar, incluso para ella.

Recuperando poco a poco el control de sus sentidos, Franny miró a su alrededor. De las paredes de tronco emanaba el espíritu del chico que había dormido entre ellas durante muchos años; la ropa de la percha y las pertenencias que se alineaban en las estanterías mostraban al hombre que era hoy. Examinó la camisa verde azulada que colgaba del gancho y recordó la noche en la que le había visto con ella puesta. Tuvo tanto miedo de él entonces... Ahora la atemorizaba pero de una manera muy diferente.

En el estante que había encima de la percha descansaba su sombrero negro. Bajo su ropa tenía las botas de leñador. Con un respingo, Franny se fijó en que había ropa femenina colgada de un borde de la percha. Parpadeó y se irguió sobre un codo para mirar al surtido de corpiños. Con una apariencia un tanto frívola, vio que sus zapatillas rosas estaban junto a las botas y, junto a estas, sus botines negros. Mientras dormía, había desempaquetado las pertenencias de ella y las había organizado junto a las de él.

Como si fuese ese su sitio. Como si siempre lo hubiese sido. Por tonto que pareciese, Franny se encontró deseando que así fuera. Quería todo esto. Lo quería con toda su alma.

Tapándose con la colcha hasta la altura el pecho, Franny se sentó y dejó los pies colgando sin tocar el suelo. El movimiento hizo que se le revolviese el estómago y tuvo que tragar convulsivamente. Salvo unas pocas experiencias con enfermedades propias de la niñez, siempre había sido una persona sana, y no estaba acostumbrada a sentirse mal.

Náuseas mañaneras.

Se puso la mano en el vientre y, a pesar de la náusea, sonrió débilmente. Un hijo. ¿Se sentían todas las mujeres tan felices cuando sabían que iban a tener un niño? A Franny le parecía increíble. Un hijo. Su propio hijo. Había envidiado tantas veces a las mujeres embarazadas que veía pasar por la calle cuando estaba en su habitación, que estaba convencida de que la maternidad era algo que nunca podría experimentar. Ahora, no solo estaba embarazada, sino casada también.

Era demasiado bueno para ser cierto.

La sonrisa de Franny se desvaneció y su débil estómago volvió a endurecerse con la tensión. Tenía miedo de creer que todo eso podía durar mucho. En el instante en

que empezase a pensar que Chase la amaba de verdad, en el mismo instante en que pensase que podrían de verdad construir una vida juntos, todo eso le sería arrebatado. Todo. Algo iría mal. Siempre pasaba así.

—¿He oído a alguien moviéndose ahí? —preguntó en voz baja Loretta Lobo.

Franny respondió con un deje de culpabilidad.

—Esto... sí, me acabo de despertar.

—Quédate tranquila, querida. Te traeré un té. Chase puso la bacinilla debajo de la cama para ti. Mientras te lo sirvo, atiende tus necesidades matutinas. Estaré contigo en breve.

Con las manos aún en el estómago, Franny se inclinó para coger la bacinilla. ¿Té en la cama? No era una inválida. Tan rápido como pudo, hizo sus necesidades. Cuando Loretta empezó a subir las escaleras del altillo, Franny estaba sentada en la cama con la espalda apoyada en las almohadas y arropada con la colcha hasta las axilas. Atusándose los cabellos, se obligó a sacar la mejor de sus sonrisas para recibir a su suegra. Por el sonido de los pies en los escalones, pudo notar que las subía con la misma seguridad que su hijo. Franny no pudo imaginarse subiendo esas escaleras con algo en las manos.

Loretta rodeó la pared divisoria de la habitación con energía y un revuelo de faldas de percal. Sus botines sobresalían, relucientes, de debajo. En las manos traía dos tambaleantes, humeantes y delicadas tazas de porcelana china con sus respectivos platillos. Mirando a Franny, hizo una mueca con los labios.

—Ay, querida, no tienes buena cara. —Con una expresión de simpatía en los ojos, se sentó con cuidado en el borde de la cama—. Bueno, no te preocupes; haremos que te sientas de nuevo a gusto con el mundo en un periquete.

Franny aceptó la taza, notando al hacerlo que había dos finas rebanadas de pan en el platillo.

—Siento haber dormido hasta tan tarde.

—No importa. Estoy segura de que estás acostumbrada a estar despierta hasta tarde, por lo que por la mañana te despiertas también más tarde. Pero con el tiempo, te acostumbrarás a los horarios.

Franny la miró con asombro, pero Loretta estaba ocupada limpiando unas gotas de café del platillo y no se dio cuenta.

—Chase y Cazador han ido a la taberna a coger el resto de tus cosas. —Sonrió con complicidad mientras levantaba la taza y soplabla el café antes de dar un sorbo—. Tú nunca me has visto hacer esto, ¿estamos?

Franny sonrió sin querer. Verter el café no era exactamente la idea que ella tenía de comportamiento escandaloso.

—Su secreto está a salvo —dijo en voz baja mientras Loretta daba un trago al café. En secreto, deseó beber ella también un trago de café, aunque dudaba que le hiciese algún bien a su maltrecho estómago—. Tiene una porcelana preciosa.

—Traída directamente desde Boston —dijo con orgullo—. Como mi piano.

Traído del Horn, como un pedido especial. —Sus ojos brillaron al recordar—. Justo después de encontrar su primer filón de oro, Cazador me compró el Chickering, la vajilla y los cristales para todas mis ventanas. Esto fue..., madre mía..., hace ya veinte años. Ay, cómo pasa el tiempo. —Fijó la vista en la ventana—. Cazador trajo todo desde Jacksonville en un carromato. Todo, excepto el azucarero, llegó en perfectas condiciones.

No había duda de que cuando Loretta hablaba de su marido sus facciones se endulzaban con amor. A Franny se le hizo un nudo en la garganta por la emoción. Sospechó que debía de ser envidia. Debía de ser maravilloso amar y ser amado por alguien como Cazador Lobo, haber dado a luz a dos hijos y haberlos criado en esta casa de madera tan acogedora. No pudo evitar pensar entonces en Chase, que era el vivo retrato de su padre. Ah, cómo hubiese deseado que el hijo que llevaba en las entrañas fuera de él, que un día todos comentaran el gran parecido con su padre.

—En cuanto sacamos los platos de las cajas, Chase Kelly rompió uno —añadió Loretta con una carcajada—. Hasta hoy, he deseado siempre haber podido captar la expresión que cruzó la cara de Cazador. Después de todo el cuidado con el que transportó las cajas, y tuvo que ver cómo se rompía la porcelana ante sus pies.

—Me sorprende que Chase haya sobrevivido a ello con la piel intacta —murmuró Franny.

Loretta sonrió.

—Ah, Cazador nunca ha castigado a los niños... no físicamente, al menos.

Franny no pudo esconder su incredulidad.

—¿Nunca? ¿Entonces cómo ha podido educarlos?

—De la misma manera que Chase educará a este. —Devolviendo la taza a su plato, Loretta se inclinó hacia delante para acariciar la colcha que cubría el vientre de Franny—. Con una mirada, y nada más. —Se encogió de hombros—. Bueno, algunas veces las acompaña con un sermón. Cazador siempre ha sido bueno para pontificar.

—¿Una mirada y un sermón? Esto no puede causar mucho efecto en un niño pequeño.

—En realidad es muy efectivo. —Loretta encontró la mirada de Franny—. Los niños son más perceptivos de lo que creemos. Índigo y Chase siempre sabían si su padre estaba desilusionado con ellos, y ese era castigo suficiente. Incluso cuando eran pequeños. —Ella dejó escapar una risa tintineante—. No creo que entendiesen mucho de sus elocuentes sermones. Pero parecían comprender el mensaje. Algo que me gusta mucho de los comanches es que tienden a comunicarse con las manos y las expresiones faciales tanto como con las palabras. Fíjate en todos ellos cuando se ponen a hablar. Verás lo que quiero decir.

Al volver la vista atrás, Franny recordó las veces en las que Chase e Índigo le habían transmitido sus emociones con gestos en lugar de palabras.

—Creo que sé a lo que se refiere.

Loretta cerró el puño de una mano y se golpeó con él el pecho. Imitando a su

marido, dijo:

—Mi corazón está por los suelos.

Franny rio.

Riéndose con ella, Loretta dijo:

—¿Ves? Di esto a un niño travieso, y entenderá que ha hecho algo que —cambió la voz a un tono más masculino— hace sentir «gran tristeza».

Franny volvió a reír. De todos los escenarios posibles, nunca hubiese imaginado que su suegra fuese tan cariñosa y simpática con ella. Ese pensamiento hizo que se pusiese seria. Tambaleando la taza y el plato con una mano, se cogió sin darse cuenta un mechón de pelo. Se hizo un silencio entre las dos. Levantando la mirada, Franny dijo:

—Señora Lobo, quiero agradecerle su calurosa bienvenida.

—¿Señora Lobo? Por favor, Franny. Me haces sentir más vieja que Matusalén. Llámame madre, y si no Loretta.

¿Madre? Franny no se atrevería a tanto.

—Loretta, entonces. Gracias. —Tragó saliva y respiró hondo—. A pesar de que Chase trata de asegurarme lo contrario, estoy segura de que debes sentir cierto resentimiento hacia mí. Gracias por no mostrarlo.

Los ojos azules de Loretta se oscurecieron.

—¿Resentimiento, Franny? ¿Por qué bendita razón debería yo estar resentida contigo?

—Bueno, por eso. No puedes dejar de... —Franny perdió el asidero que tenía en el pelo y dejó caer el plato. La porcelana hizo un ruido estrepitoso y ambas estiraron la mano para inmovilizar la taza. Sus dedos se rozaron y, con el contacto, Loretta rodeó los dedos de Franny con los suyos. Apresurándose a decir lo que creía que debía decir, Franny terminó diciendo—: Ya sabes lo que soy... Y que mi hijo no es hijo del suyo. Habéis sido muy amables, y quiero que sepan que...

Loretta sujetó con más fuerza los dedos de Franny.

—Calla —le dijo en voz baja, pero con firmeza—. No quiero oír una palabra más sobre esto. —Soltó los dedos de Franny para coger las migajas que habían caído del pan. Con una voz más cariñosa ahora, dijo—: Tú eres la mujer de mi hijo y estás esperando a mi tercer nieto. No digas algo diferente, al menos no en mi presencia. Si lo hicieras, querida niña, sí estaría resentida contigo, y mucho. Cuando accediste a casarte con mi hijo, dejaste todo eso atrás.

—Pero yo...

—No hay peros.

—Pero yo...

—¡No hay peros que valgan! —indignada, Loretta buscó los ojos de Franny—. Nadie habla mal de uno de los míos. Eso te incluye a ti. En el instante en que te casaste con Chase, te convertiste en mi hija, y cualquiera que te critique en mi presencia tendrá que vérselas conmigo.

Franny no podía dejar de mirarla. Pero por mucho que lo intentó, no consiguió detectar ni un asomo de pretensión en la expresión de su suegra. Por imposible que pareciese, estaba diciéndolo completamente en serio.

Con la misma rapidez con la que expresó su enfado, expresó ahora su amabilidad.

—Ahora, creo que deberías beberte el té y tomarte esta tostada. Si este hijo resulta ser como su padre, necesitarás tener algo en el estómago antes de levantarte y empezar a moverte. Cuando estaba embarazada de Chase, me pareció que eso me ayudaba.

Franny cogió obedientemente una rebanada de pan y le dio un mordisco. Para su sorpresa, su estómago, que parecía algo más calmado después del jengibre, acogió bien la comida.

—Creo que ya empiezo a sentirme mejor —admitió.

—Sí, tienes mejor aspecto. Quizá más tarde quieras echar un vistazo a algunos de mis patrones para vestidos. Necesitamos decidir el estilo de tu vestido.

Franny estuvo a punto de escupir el pan.

—¿Vestido?

—Para tu boda.

—Pero Chase y yo... Nosotros no... Pensé que... —Franny se calló, impotente.

—Franny, todas las jóvenes deberían tener una bonita boda —le recordó Loretta—. Chase nos habló de tus reservas esta mañana. Pero Cazador está del todo seguro de que tus temores son infundados. Él... esto... —Hizo un movimiento con la mano—. ¿Cómo puedo explicar a Cazador? Dado sus orígenes, cree mucho en las ceremonias. E insiste en que debe haber una ceremonia religiosa. Sencilla, si lo prefieres, pero tiene que haber una ceremonia para hacer valer el día en la iglesia que tú elijas. Como no puede ser de otro modo, tendremos también que hacer un vestido, ¿no crees?

Franny quería gritar que Cazador Lobo no tenía nada que decir sobre el asunto. Era una decisión de Chase y suya, era su vida. Sin duda tuvo que dejar traslucir sus sentimientos en la cara porque Loretta pareció incómoda. Miró hacia arriba un momento.

—Ah, Franny. Ahora que Chase nos lo ha contado, creo entender cómo te sientes. De verdad, pero... —la miró directamente a los ojos— Cazador no puede ni concebir ese tipo de pensamientos. Para él, no hay ayer. ¿Entiendes, aunque sea un poco, algo de todo esto?

Si volvía a escuchar esa expresión una vez más, Franny pensó que se pondría a gritar. «No hay ayer.» Eran las palabras favoritas de Chase, y estaba claro por qué le parecían tan naturales.

—En todo caso —siguió Loretta—, en las familias comanches, el padre tiene la última palabra. Cazador no suele echar mano de la autocracia, pero no cederá en esto. Chase no tiene más remedio que honrar sus deseos y, como su esposa, tú también. Así son las cosas.



Franny miró su taza de té.

—Quizá si lo hablas con Cazador —sugirió Loretta—. Déjalo caer, y dile que no quieres de ningún modo una boda. Tal vez transija si llega a entender cómo te sientes. En cuanto a nosotros, nos mira a Chase y a mí como si le hablásemos en griego. Nos mira como si... bueno, es evidente que no ve el problema.

Franny no tenía intención de enfrentarse a su suegro acerca de la boda o de cualquier otra cosa. En primer lugar, porque se sentía intimidada por él. Y en segundo lugar, porque era a Chase a quien correspondía discutir el tema, no a ella. Estaba dispuesta a hacérselo ver así en el momento en que encontrase la ocasión de hablar con él. ¿Qué significaba eso de que un hombre adulto como Chase tuviese que obedecer a su padre? Era absurdo.

—Hablaré con Chase —dijo Franny.

—¿Y con Cazador?

Nunca. Pero Franny no estaba dispuesta a decirlo.

—Vamos, Franny, una boda no es tan mala. De verdad. Podríamos celebrarla en Grants Pass, donde habrá menos oportunidades de que la gente te reconozca. Y solo con la familia, ¿qué puede ir mal?

Todo. Todo podía ir mal. Pero por mucho que lo sintiese, Franny no podía poner palabras a sus temores.

Loretta dio una palmadita a Franny en la pierna al levantarse.

—Termínate el té, cielo. Creo que Índigo vendrá en un instante. Nos tomaremos un buen almuerzo cuando estés levantada y vestida. Algo que no sea demasiado pesado para tu frágil estómago, ¿de acuerdo?

Tras esto, salió de la habitación.

Franny se quedó allí mirándola. Una boda. En lo más profundo de su corazón, la idea de que tal vez fuese a tener una verdadera boda le llenaba de placer. Pero pronto volvió a la realidad. Incluso aunque nadie en Grants Pass sospechase la verdad sobre su profesión y pudiese probablemente tener una boda por la iglesia normal, con vestido blanco y todo, ella sabría la verdad. No podía siquiera concebir la idea de caminar hacia el altar vestida de blanco virginal. Sería una burla y una mentira. Dios le daría su merecido si se atrevía a hacerlo.

Franny necesitaba pasar un tiempo a solas. Aunque Índigo había dicho que iría a visitarla, Franny se disculpó ante Loretta y escapó de la casa. Sus pasos la llevaron al arroyo. En vez de sentarse en un lugar, optó por vagar su nerviosismo y seguir la ribera, buscando los lugares familiares a los que había ido con Chase e Índigo.

El ejercicio no la ayudó a calmarse. Tenía la piel de gallina y cualquier ruido la sobresaltaba. Detrás de sus ojos, tenía un dolor pálido que no podía calmar, y un peso en el pecho que sabía que provenía de sus reprimidas lágrimas.

¿Cómo iba a poder alguien entender lo que sentía?

La pregunta le hizo aligerar el paso, porque, cuando tuviese que responder, dudaba de que ella misma fuera capaz de comprender esos sentimientos. Pánico. Así

es como se sentía. Como un animal impotente y atrapado en una jaula a la que la gente azuzaba con palos.

Sin duda era una comparación desmesurada. Pero era así como se sentía. Tensa. Asustada. Convencida de que algo horrible iba a ocurrir. Quería salir corriendo, pero no sabía adónde ir. Quería rezar, pero no encontraba las palabras, y no estaba segura de que Dios la escuchara aunque pudiese.

No solo era la boda. Franny no estaba segura de qué era exactamente lo que le molestaba. Solo sabía que sentía una fatalidad de la que no podía deshacerse.

Todo era demasiado limpio y fácil. Chase la amaba. Había insistido en que se casase con ella. Iba a tener un hijo. El ayer quedaba atrás, para siempre a sus espaldas. Su familia recibiría todos los cuidados que necesitase. Era como un sueño perfecto. Y sabía que no podía durar.

En el instante en que Chase supo que Franny había dejado la casa, fue en su busca. Aunque ella había seguido la ribera rocosa del arroyo, la capacidad de Chase para el rastreo le permitió encontrarla sin dificultad. La siguió, moviéndose tan rápido como sus ojos podían seguir el camino. Estaba preocupado. Sabía que su madre había dicho a Franny que su padre insistía en que debían casarse por la iglesia. Ese era uno de los problemas de tener familia, que no podían estarse con la boca cerrada. Franny no estaba lista para afrontar todo eso aún. Chase quería ir despacio con ella, pero todo parecía ir cuesta abajo.

Mientras la seguía, se le pasó por la cabeza la idea de dejar Tierra de Lobos inmediatamente. Él hubiese querido quedarse, aunque solo fuese unos pocos días, para que Franny pudiese darse cuenta de que su madre y su padre la aceptaban de verdad, a ella y al bebé. Chase no podía evitar sentir que eso era fundamental para que Franny pudiese encontrar la felicidad. Pero lejos de allí, él tendría más control sobre la situación. Nadie diría a su esposa cosas que la incomodasen.

Diablos. Incluso en su frustración, Chase sonrió levemente. Su madre lo había hecho con su mejor intención. Su corazón era del tamaño de Texas. Y también el de su padre. Tanto el uno como el otro, lo único que querían era que Franny se sintiese acogida y parte de la familia. Chase sabía que esa era la razón principal por la que su padre insistía en que tuviesen una boda religiosa, porque hacer una excepción con Franny era como decir que ella era diferente. Su padre era todo menos insensible. Con una mirada en los ojos de alguien, podía leer directamente el corazón, como les pasaba a Chase e Índigo. Chase sabía que su padre había percibido la baja autoestima de Franny, y si se mostraba firme con lo de la boda era porque creía que con eso podía ayudarla.

El problema era que en la cabeza de Franny había muchas más cosas de las que incluso Chase podía adivinar. Algo que estaba consumiéndola por dentro. Cuando la miraba a los ojos, podía sentir su miedo. Pero por alguna razón no alcanzaba a dar

con la causa. Era como si Franny estuviese corriendo sin saber muy bien por qué.

Chase la alcanzó en un recodo del arroyo. Ella se había detenido a lanzar piedras en el agua y, como pudo observar, con bastante ira. Nunca había visto a Franny mostrar ese temperamento antes, y verlo le hizo detenerse. Después de observar cómo lanzaba las piedras un momento, decidió coger el toro por los cuernos, pensando que lo peor que le podía pasar es que ella le diese una paliza. Al menos así le diría qué era lo que le molestaba tanto.

—¿Te importa si me uno? —le preguntó, agachándose para coger una piedra.

Ella se volvió hacia él, con una expresión furiosa en sus ojos verdes.

—¡Tú!

Chase casi miró por encima del hombro. Por lo que él recordaba, se habían dormido anoche en paz.

—¿He hecho yo algo para que te hayas enfadado de esta forma?

Ella levantó la piedra que llevaba en la mano, lo que a Chase le hizo temer que pudiese lanzársela a él.

—Es lo que no has hecho. Cuando me casé contigo, no me di cuenta de que estaba comprometiéndome con un pusilánime que hacía todo lo que su padre le pedía.

—Ah. —Chase apuntó a un árbol que había al otro lado del río y lanzó. La piedra alcanzó su objetivo con un golpe sonoro.

—¿Y por eso estás así?

—Tú eres un hombre adulto. Lo sabes. ¡No quiero casarme por la iglesia! Lo que no alcanzo a entender es por qué tu padre tiene que intervenir en la decisión.

Chase se inclinó para coger otra piedra, esta vez una plana, para poder hacerla saltar sobre el agua.

—Franny, las costumbres comanches son un poco diferentes a las de los blancos. Esto no las hace malas. No es una cuestión de ser pusilánime, sino de ser respetuoso —dijo mirándola con cariño—. Él es mi padre. Cada diez años o así, insiste en algo, y, por algún motivo, no me siento capaz de contradecirle en estos casos. ¿Lo entiendes?

—No. —Y lanzó una piedra bastante grande al agua, cerca de la ribera.

El impacto alcanzó en forma de salpicaduras de agua los pantalones de Chase. La miró sin poder creérselo.

—¿Lo has hecho a propósito?

—¿Qué pasa si es así?

Él sonrió. No pudo evitarlo. Nunca había visto a Franny tan enfadada. Le ardían las mejillas. Sus ojos echaban chispas.

Sus ojos. Chase miró profundamente en ellos, y lo que vio tras esa flama no fue ira, sino dolor. Y un miedo que avanzaba lentamente. Se le encogió el corazón.

—Franny, cariño, ¿por qué no hablas conmigo? Esto no tiene nada que ver con la boda, ¿verdad?

Ella se cogió las manos y, con un deje de frustración, las dejó caer pesadamente

sobre los muslos.

—¡Sí! No me acercaré al altar embarazada. No lo haré. ¡Métetelo en la cabeza! Y cuando lo hagas, díselo también a tu padre.

—Está bien.

Ella estaba a punto de decir algo más, pero su respuesta se lo impidió.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Escúchame. Retrasaremos la boda hasta que nazca el niño. Después volveremos a hablarlo y organizaremos la ceremonia. ¿Te gusta más esto?

Él pudo ver en su expresión que no pensaba que volviese a sacar el tema de la boda si esperaban tanto tiempo. Su mujer tenía mucho que aprender acerca de los comanches, como, por ejemplo, que eran las personas más testarudas del mundo.

—¿Se lo dirás a tu padre?

Chase no deseaba hacerlo. Pero por lo que veía, no le quedaba otra opción. La lealtad que debía a su esposa estaba por delante de la que le debía a su padre.

—Sí, se lo diré. Pero entiende que, en cuanto nazca el niño, habrá una boda por la iglesia. En tu iglesia o en la mía, no me importa. Pero será en una iglesia y tú irás de blanco. ¿Está claro?

Ella asintió a regañadientes y el rojo de sus mejillas empezó a ceder. Al mirarla a los ojos, Chase comprobó que el enfado de ella era lo que menos le preocupaba. Sin embargo, no estaba seguro de que hablar de sus sentimientos fuese una gran idea. Notaba su confusión. No estaba ni siquiera seguro de que Franny supiera por qué estaba tan enfadada. Si lo sabía, no estaba preparada todavía para verbalizarlo. Estaba tan tensa como las cuerdas de un piano. Pensó que no tardaría mucho en romperse.

—Entonces... ¿podemos cerrar este tema?

Ella asintió, como si fuera una rebelde que acaba de perder la batalla.

—Supongo que sí.

Chase sonrió levemente.

—Bien, porque tengo que resarcirme ahora de algo.

Ella le miró asombrada.

—¿A qué te refieres?

—Tiene que ver con el hecho de que me hayas salpicado a propósito.

Ella le miró los pantalones.

—Ah, eso.

Dio un paso amenazador hacia ella.

—Sí, eso. ¿Sabes qué es lo que hago con las chicas que me salpican?

Ella abrió aún más los ojos, y después dio un paso hacia atrás.

—No. ¿Qué?

Había más de una forma de hacer que una mujer se olvidase de sus preocupaciones, pensó Chase, y, hasta que Franny estuviese lista para enfrentarse a las suyas, podía ser tan creativo como quisiese. Extendiendo las manos y moviéndolas en todo momento, asumió una actitud de predador.

—Las arrojo al río, con ropa y todo.

Para que ella viera que estaba bromeando, exageró mucho su expresión de ceño fruncido. Como recompensa, vio una pequeña sonrisa en su boca, suficiente para hacer que Chase se animase a continuar con el juego. Gruñó. Ella dio un gritito, dando otro paso hacia atrás y levantando las manos.

—¡No te atreverás!

—Ah, eso habrá que verlo.

—Pero tus padres... ¿qué pensarán si vuelvo a casa mojada?

Él dio otro paso.

—No me importa un carajo lo que piensen.

Ella se giró para correr, dando inicio a la persecución. Él le dejó una cabeza de ventaja y después se puso en movimiento, alargando las zancadas. Sin dejar de gritar y reír, Franny dejó atrás la ribera y se metió en el bosque. Poniendo un árbol entre los dos, empezó a moverse de un lado a otro para quedarse siempre fuera de su alcance. Por unos minutos, Chase dejó con alegría que ella le burlase. Reía como una niña pequeña. Sus ojos brillaban excitados. Chase intuyó que Franny no había correteado y jugado demasiado de pequeña.

Después de fintar a la izquierda, Chase embistió a la derecha para interceptarla. Ella se encogió al sentir que él la cogía por la cintura y la levantaba contra él. Agitando los pies, trató de librarse de él. Él vio un lugar lleno de hierba bajo un árbol, la llevó hasta allí y, con cuidado de no hacerle daño, la bajó al suelo.

—¡Este no es el arroyo! —gritó ella sin aliento.

Bajando con ella, Chase le cogió los brazos y se los esposó con una mano por las muñecas. Poniéndoselos por encima de la cabeza, se inclinó sobre ella.

—Antes de ahogar a mis víctimas, primero las mordisqueo un poco.

Ella soltó una última carcajada y después se puso seria, buscando con sus hermosos ojos los de él. Las lágrimas rebosaron en lagunas verdes con tanta rapidez que a Chase le cogió desprevenido. Por un momento, pensó que estaba asustada. Pero después sollozó y susurró su nombre como si se le rompiera el corazón.

Chase le soltó las muñecas para ponerle la cara entre las manos. Quería mirarle a los ojos, pero ella lo evitó cogiéndose violentamente a su cuello y hundiendo su cara en su hombro.

—Abrázame. —Lloró con voz entrecortada—. Ah, por favor, Chase, abrázame. No dejes que me vaya.

Él la complació con gusto. Cogiéndola fuerte entre sus brazos, se giró de costado llevando consigo el peso de ella. Notó un escalofrío en ella. Y entonces, como cuando se abren las compuertas de un dique, empezó a llorar. Pasándole la mano por el pelo, Chase susurró:

—Franny, cariño, ¿qué ocurre? Cuéntamelo.

—Tengo miedo... Tengo mucho miedo.

Repitió estas palabras una y otra vez, como una letanía. Chase sabía que buscaba

que él la reconfortase, pero, que Dios le ayudase, no sabía cómo hacerlo. Era evidente que no era a él a quien tenía miedo. Aun así, había algo que la aterrorizaba. Podía verlo por el temblor que recorría su cuerpo.

Chase la abrazó con más fuerza.

—¿De qué es de lo que tienes miedo? Dímelo, y yo me encargaré. No dejaré que nada te lastime. Te lo prometo.

Al oírlo, Franny gimió.

—No puedes hacer nada. Nadie puede. Será como con *Toodles*. ¡Lo sé! Yo le quería, ¿sabes? Pasará como con *Toodles*, solo que peor, mucho peor. No creo que pueda soportarlo.

Perplejo, Chase le pasó la mano por la espalda, masajeando los músculos tensos de sus hombros y el recorrido de su espina dorsal.

—¿*Toodles*? Franny, ¿quién es *Toodles*?

—Está muerto. —Sus sollozos fueron más fuertes después de esta confesión—. Murió.

Chase cerró los ojos, sintiendo su dolor tan intensamente como si fuera el suyo. ¿*Toodles*? Besándole el pelo, susurró:

—¿Quién era *Toodles*, cariño? Dímelo.

—Un gato. Solo un viejo gato desaliñado.

Chase abrió un ojo.

—¿Qué?

—Un gato. Mi gato. Intenté no amarle. De verdad que lo intenté. ¡Pero él era igual que tú!

—¿Igual que yo?

—Sí. Hiciera lo que hiciera, no se iba. Incluso llegué a darle una patada una vez. Era tan... —balbució mientras encontraba la palabra adecuada— estúpido. Era estúpido. No le quería. Nunca le quise. Pero él no se iba.

Chase no estaba seguro de que le gustase ser comparado con un gato, mucho menos si era estúpido, pero ella parecía tan preocupada que lo dejó pasar.

—Siguió viniendo a mí —dijo con un hilo de voz—. Daba igual lo que yo hiciese, él venía a mí, y yo empecé a encariñarme con él.

A Chase se le hizo un nudo en el estómago al empezar a comprender.

—Era mío. ¿Lo entiendes? Algo que me pertenecía solo a mí y que me amaba de forma incondicional. Y una noche ellos... —se agarró a su camisa con las manos— le dis... dispararon. Él solía entrar en el local. A Gus no le importaba. Los clientes habituales le daban le... leche. Pero dos forasteros... se volvieron locos y le dispararon antes de que Gus pudiese de... detenerlos.

—Ah, Franny.

—Y ahora yo te quiero. ¿No lo ves? Ahora yo te quiero.

Con esto, volvió a deshacerse en lágrimas. Chase puso su cara en el hueco de su cuello y la rodeó con los hombros. Ella le quería. Dios, había trabajado como un

perro para conseguir oír esas palabras de sus labios y, ahora que por fin las decía, lo único que quería hacer era llorar con ella.

«Ahora yo te quiero.»

Había un corazón partido en esas cuatro palabras. No era necesario que ella dijese nada más, eso lo explicaba todo. «Ahora yo te quiero.» Chase gimió, entendiendo finalmente y rogando a Dios no hacerlo.

El misterio de Franny. Como si hubiese tenido en sus manos un hermoso e intrincado rompecabezas, había ido desmenuzándola, pieza por pieza, estudiándola, analizándola, tratando desesperadamente de entenderla. Su fe cristiana. Su creencia en el pecado. Y, sin embargo, se le había pasado por alto lo más evidente, especialmente para un católico. La penitencia. En la cabeza de Franny, tenía que ser castigada por todos sus malos actos, y qué mejor forma que recibir de Dios el castigo de negarle todo lo que amaba y deseaba para sí.

*Toodles* y Chase, los dos estúpidos que no se iban de su lado, hiciese lo que hiciese. Los que siempre volvían a ella, una y otra vez. Los que sabían todo lo malo que había hecho y aun así la amaban. Su familia no contaba porque, para tener su amor, ella tenía que esconder la verdad. Chase sintió una rabia profunda. Pero murió tan pronto como la sintió. No podría ayudarla si se dejaba dominar por la rabia.

Buscó algo que decir, cualquier cosa que pudiese aliviarla, pero no encontró nada. Podía decirle misa bendita. Pero sus creencias estaban demasiado arraigadas para que las palabras pudieran hacer algo. Franny, la prostituta, no podía ser amada por definición. Cualquiera que se atreviese a transgredir esa ley no escrita le sería arrebatado.

*Toodles* y él.

Chase hizo lo único que sabía hacer: abrazarla. Con Franny, parecía reducirse a eso. Ella se colgó de él y lloró hasta la extenuación. Hasta que no le quedaron más lágrimas. Después se quedó recostada en sus brazos, en silencio, pasándole la punta de los dedos por el pelo, por el cuello y sobre los hombros.

A Chase se le rompía el corazón ver cómo ella le tocaba. Lo hacía de una manera maravillosa, como si tratase de memorizar todo de él. Ahora entendía mejor su rechazo a una boda. Y Dios le prohibía que fuese de blanco. Durante toda su vida, había oído a la gente decir de broma que el techo de la iglesia se desplomaría si entrara. En cierto sentido, Franny se sentía igual. Pero su paranoia iba más allá. Ella era una mala persona. Y si se atrevía a olvidar eso, si se creía más de lo que le correspondía, la venganza de Dios sobre ella sería implacable.

Amar y ser amada era, para ella, la luz al final del túnel, algo que se otorgaba a alguien solo cuando se lo merecía. Entendía ahora lo mucho que deseaba tener una boda, pero ¿acaso se lo merecía? En su mente, ir al altar de blanco sería como desafiar a Dios y a su destino. ¿Aceptar y ser aceptada por su familia? Lo mismo. No se lo merecía, y si admitía, aunque solo fuera a sí misma, lo mucho que deseaba la vida que él le ofrecía, Dios se lo arrebataría con toda seguridad.

Chase se sintió atrapado entre paredes de ladrillo de diez metros de alto. Ahora que conocía cuál era el problema de Franny, no tenía ni idea de cómo iba a resolverlo. Ni idea.

A su debido tiempo, quizá. Estaba seguro de que terminaría por superarlo. Pero Chase odiaba dejar que sufriera de esa manera.

—Franny —le dijo con cariño—, ¿qué te parecería hablar con el padre O’Grady?

Ella se puso tensa.

—¿De qué?

¿De qué? Esa era una buena pregunta.

—Ah, pues de cosas. De *Toodles*, quizá. Y de mí. Sobre cómo te sientes.

—¿A un cura?

Dijo «cura» como si fuera una palabra sucia. Chase sonrió sin querer.

—¿Con el pastor Elías, tal vez?

Eso hizo que levantara la cabeza.

—¿Te has vuelto loco? No puedo hablar de esto con el pastor Elías. Si lo hiciese, lo sabría.

—¿Saber qué?

—Que soy... —Se calló de golpe y se levantó sobre un codo para mirarle con expresión de incredulidad—. ¡Sabes muy bien a lo que me refiero!

—Franny, él pertenece al clero. Debe de haber visto y oído muchas cosas. ¿Crees que se moriría de la sorpresa si supiera lo tuyo?

—Seguramente. Y me odiaría. Podría también... bueno, ¡podría hablar con mi madre!

Chase tenía el presentimiento de que Mary Graham ya lo sabía.

—¿Tan malo sería eso?

Se le dilataron las pupilas.

—¿Malo? ¿Que si sería tan malo dices? Nunca volvería a mirarme de la misma manera. Nunca. —Se irguió para librarse de su abrazo—. No se te ocurra pensarlo siquiera. ¿No lo entiendes? He pasado mucho para conseguir que mi familia no se entere, ¿y ahora quieres que me arriesgue a contárselo todo al pastor?

Chase le cogió el brazo. Manteniéndole la mirada, dijo:

—Necesitas hablar con alguien, cariño. Alguien en quien puedas confiar. Alguien que pueda entender tus temores y tranquilizarte. ¿Conoces a alguien?

—¿A ti? —dijo con un hilo de voz.

Chase suspiró.

—Franny, yo no puedo tranquilizarte. Lo he intentado. Llevas sobre tu espalda una gran cantidad de culpa. Crees que Dios va a castigarte. No puedes seguir pensando de esta manera. No es sano ni para ti ni para nuestro hijo.

—No puedo arriesgarme a que mi familia se entere —dijo llorando—. ¡No lo haré! Ellos son todo lo que tengo. ¿No lo entiendes? Ellos me quieren.

—¿Y no te querrán si conocen la verdad?



—¿Cómo podrían?

Chase gimió y la soltó para pasarse el antebrazo por los ojos.

—Dios. —Moviendo el brazo lo suficiente para verla, dijo—: Del mismo modo que yo lo hago. Es fácil quererte, Franny. Y tu familia no es lo único que tienes. Ya no. Me tienes a mí. Tienes a mis padres y tienes a Índigo.

—Por ahora.

—¡Para siempre! ¿Crees que Dios va a matarnos a todos?

Ella se puso de rodillas.

—No quiero hablar de eso.

—Porque lo que digo es verdad, y lo sabes. Cariño, te lo aseguro, tu familia va a quererte de todas las maneras. Porque tú eres tú. Y piensa. ¿No sería un alivio que supieran la verdad? ¿Que todas esas personas sepan lo que hay que saber de ti y te quieran de todas formas?

Ella negó con la cabeza. Chase vio que hablar con ella era inútil. La miró fijamente con sus grandes ojos azules.

—Chase, prométemelo. Prométeme que no le dirás nada a mi madre. Que ni siquiera lo pensarás. Si lo haces, nunca podré perdonarte; nunca.

—Nunca haría algo así, y lo sabes.

—Tú me amenazaste justamente con eso ayer.

—Sí. Te amenacé. Y los dos sabíamos que era solo eso, una amenaza. —Él se sentó, quitándose la pinocha y las hojas que se habían quedado enredadas en su camisa. Levantando la vista hacia ella, dijo—: Tú sabías que nunca iría a Grants Pass. En el fondo de tu corazón, lo sabías, lo que nos lleva a otro asunto que quiero hablar contigo. Tú quieres esta boda, Franny. Lo quieres todo. Mi apellido, el niño, la vida que te he prometido. Lo que ocurre es que tienes miedo de conseguirlo y hacerte con ello. Si yo lo sé, ¿no crees que Dios también lo sabe? —Levantó las manos y miró al cielo—. ¿De verdad crees que Él es estúpido?

Ella bajó la cabeza y jugó nerviosamente con su cuello.

—La vida está llena de riesgos, Franny. Todos nacemos y todos morimos. Lo único que hay entre medio es conseguir disfrutar al máximo de lo que tenemos. Las cosas malas suceden a veces, y no puedo prometerte que no vayan a sucedernos a nosotros. Pero puedo decirte algo: Dios no está ahí eligiendo a la gente como objetivos para castigarles por lo que hicieron mal.

Ella miró hacia arriba, con una expresión de incertidumbre en los ojos.

Notando un cierto avance, Chase señaló a una planta llamada pincel indio que había cerca.

—Piensa en los arreglos florales que haces, metidos en cristal, y piensa en cómo te sientes al hacerlos.

—¿Qué pasa con ellos?

Chase cruzó los brazos sobre las rodillas y miró hacia el bosque.

—¿Cuántas veces has hecho uno de esos arreglos, has visto un fallo y los has

tirado al suelo y pisoteado?

Ella le miró sin dar crédito a lo que oía.

—Ninguna.

—¿Por qué?

—Bueno, porque yo... —Sacudió ligeramente la cabeza como si así pudiera pensar mejor—. Me lleva mucho trabajo hacerlos. Y creo que son hermosos. ¿Por qué diablos iba a querer estropearlos solo porque tienen un fallo? Es suficiente con que quite el cristal y los vuelva a arreglar... —Se calló como si empezase a darse cuenta de lo que estaba diciendo—. Los arreglo, no los tiro.

Enrojeció levemente y apartó la vista. Pero Chase pudo ver que tenía sentido para ella.

—Deja que Dios levante el cristal y vuelva a arreglar las cosas —dijo él suavemente—. Piensa en ti como en una flor a la que colocaron en un mal sitio en el arreglo. Él te cogerá de un sitio y te pondrá en otro. Aquí, conmigo. Donde debes estar. En el lugar al que perteneces. Ten fe de que es aquí donde Él te quiere.

Chase se puso en pie y miró hacia abajo, donde ella estaba arrodillada frente a él.

—¿Me quieres? —preguntó él.

—Sí —admitió ella con voz trémula.

—¿Quieres una vida conmigo?

—Pues claro que sí.

Con la punta de su bota, dibujó una línea en el suelo y extendió una mano hacia ella.

—Entonces da un paso hacia mí —le dijo con brío—. Deja tus últimos nueve años al otro lado. Haremos un mundo solo para nosotros, donde nada pueda tocarnos, donde podamos hacer que nuestros deseos se conviertan en realidad. Un lugar de ensueño, cariño. Solo que será nuestra realidad.

Ella miró su mano con los ojos muy abiertos.

—Vamos.

—¿Pero y si... —se calló y extendió los dedos por su pecho— algo malo ocurre, Chase? ¿Y si me permito amarte y algo horrible ocurre?

—Lo que tenga que ser será. La vida no viene con ninguna garantía. Para nadie. Por eso es tan condenadamente importante que no perdamos el tiempo preocupándonos de nuestro pasado. Lo que tenemos es el ahora y la esperanza para el futuro.

Ella se puso de pie con un escalofrío, con la mirada aún fija en la palma de su mano. Chase quería decir que solo era una raya estúpida en la tierra. Quería acercarse y cogerla. Pero sabía que ese paso tenía que darlo ella.

Por fin ella le miró a la cara. Tenía los ojos verdes oscurecidos como el agua de tormenta en un día de invierno.

—¿No me dejarás nunca? ¿No dejarás que yo empiece a quererte para luego decidir que no me quieres?

—Mientras me quede aliento, nunca te dejaré —dijo él solemnemente—. Te lo prometo.

En vez de cogerle la mano, Franny se lanzó sobre él. Chace la cogió en los brazos y giró en una vuelta vertiginosa, con el rostro presionado sobre su hermoso pelo. Ella se agarró a él como si no fuera a soltarle nunca.

Y él esperaba que no lo hiciera.

## Capítulo 18

Mientras Chase giraba con Franny entre sus brazos, ella cerró los ojos para sentir toda la pureza de sus sentimientos. Su abrazo era para ella seda caliente sobre el acero. Su fuerza la mantenía a flote. Con la cabeza hacia atrás, levantó las pestañas solo lo suficiente para ver los árboles y el cielo sobre ella.

Un lugar de ensueño. Un lugar donde solo estuviesen ellos dos y su hijo, donde nada pudiese alcanzarles. La noche anterior, no hubiese creído que un lugar así fuese posible. Pero ahora estaban allí. Solo que no era un lugar en su interior. Era real, completamente real. Y mucho más bonito por eso.

Chase. Ah, cómo le amaba. Cuando por fin dejaron de girar y él dejó que sus pies tocaran el suelo, Franny sintió como si el mundo a su alrededor siguiera girando, una sensación que él amplificó con un beso. No un beso como el que habían compartido la noche anterior, sino uno profundo, un beso espiritual que le hizo tambalearse.

Sin reservas, Franny abrió la boca para él, ya que le resultaba imposible hacerlo de otro modo con ese hombre. Sus labios se ajustaron a los de ella, húmedos, calientes y sedosos, con una lengua que la buscaba, encontrándola. Un baño de sensaciones se extendió como lava derretida por cada parte de su cuerpo. Lava brillante que se convertía en fuego. Franny perdió cualquier sentido de la realidad y se hundió en él, amando el contacto de sus manos sobre su espalda, sus costados y su pecho.

Recordó la mañana en que él había caminado hacia ella escondido en las sombras de los árboles que había en los alrededores de la casa de Índigo, lo ágil y poderoso que le había parecido. Ahora toda esa fuerza la rodeaba, aunque él la tocaba como si estuviera hecha de frágil cristal. Franny respiraba en cortas ráfagas cuando por fin él la miró. En sus ojos azules había una pregunta y, en los de ella, él debió leer una respuesta, porque empezó a abrirle los botones del corpiño.

Los ojos de Franny se quedaron medio abiertos.

—No me dejes —le susurró él. Mientras abría el corpiño y le bajaba las mangas, esparció una riada de besos por su cara—. Por favor, no me dejes, amor mío. Te prometo que no te arrepentirás. Quédate conmigo.

Las mangas de su vestido le cayeron por los hombros al abrirle el corpiño.

—Por favor, no lo hagas, Franny. Amor, te prometo que no te arrepentirás. Quédate conmigo.

Con las mangas enganchadas en los codos, el vestido parecía sujetarle los brazos a ambos lados del cuerpo como si fuera una cuerda. Cuando él empezó a recorrerle la mejilla con su cálida boca, llegando hasta la garganta e incluso más abajo, no pudo hacer nada para detenerlo. La pregunta era, ¿quería? Notó un escalofrío que le recorrió el cuerpo cuando su lengua empezó a hacer círculos sobre la prominencia de

su pecho. Con cada caricia, su piel se cargaba de electricidad. Ella gimió y susurró su nombre. «Chase.» Le salía como una brisa dulce y suave: «Chase».

Chase dio un tirón al lazo de su combinación. La prenda cedió y cayó por su cuerpo, mostrando sus pechos desnudos. Los pulmones de Franny dejaron de funcionar y su espina dorsal se tensó como un junco. Los recuerdos cayeron como alas negras sobre el placer de su cuerpo y, por un momento desgarrador, la invadieron al saber lo que él quería hacer y temiendo que lo hiciera. Como si él notase el cambio producido en ella, levantó la cabeza. Sus ojos azules la buscaron, y sus firmes labios se torcieron en una sonrisa.

—¿Me quieres?

Franny quedó perdida en su mirada.

—Sí.

—Entonces, confía en mí, ¿de acuerdo?

Con el pulso acelerado respondió:

—Sí. Confío en ti.

Apretando el abrazo alrededor de su cintura, Chase le dobló la espalda y le soltó los brazos de las mangas del vestido. Franny se agarró a su camisa, rígida, llena de una angustia que persistía en su memoria y que empezaba a ganar la guerra en su interior. Sintió que flaqueaba. Quedarse con él mientras le hacía estas cosas... Era una invitación a los recuerdos. Era sumergirse en ellos. Y enfrentarse a algo tan feo le horrorizaba.

Como había hecho desde hacía nueve años, Franny tembló ante la invasión. Solo que esta vez, si quería salvarse a sí misma, tenía que hacer daño a ese hombre, y le amaba demasiado como para hacerlo. «Quédate conmigo.» El prado lleno de margaritas la tentaba. Podía casi oír el agua al correr, casi sentir la luz del sol tocándole la piel. Le resultaría tan sencillo escaparse, separarse de su cuerpo. Pero él le había pedido que se quedara, y eso era lo que iba a hacer.

Pasándole las manos por el pelo, Franny le cogió la cabeza mientras esta se movía por sus pechos. Calor. Un calor húmedo y sofocante. Con un movimiento rápido de la lengua, desnudó cada terminación nerviosa del cúmulo de carne que se amorataba alrededor de sus pezones. Sus dientes entraron también en el juego, cerrándose, tirando, mordiendo con suavidad... Ella tembló y a punto estuvo de dejar escapar un grito. «¡No!», esa era la palabra que hubiese querido gritar.

—Dios mío, eres tan dulce —susurró él—. Ah, Franny, mi ángel preciado. ¡Eres tan maravillosa, tan increíblemente dulce!

Al sonido de su voz, la nebrura que cubría la mente de Franny empezó a clarear. Cuando volvió a cogerle el pecho con la boca, se concentró, esta vez no en los recuerdos, sino en las sensaciones que él provocaba en ella. Placer, no dolor. Un placer dulce y juguetón. Sus manos, grandes y fuertes, le recorrían las costillas, alzándose a la altura de su boca. Entonces se dio cuenta de que era ella la que guiaba su cabeza con las manos, quien pedía que se acercara. Le soltó la cabeza y

cerró los ojos un momento, saboreando los sentimientos que la invadían.

Esto no se parecía en nada a lo que había sentido anteriormente. Esto era...  
Gimió, maravillada:

—Ah, Chase.

—Estoy aquí.

Y por Dios que lo estaba. Como una manta de magia brillante rodeándola. Cubriéndola con su calor. Franny abrió los ojos y miró al cielo, vagando en los sentimientos que él producía en ella, a cual más increíble. Apoyándose en el brazo, Chase volvió a hundirse con ella en la hierba.

—Dios mío, no puedo creer lo perfecta que eres —susurró contra su pecho.

Perfecta... Los ojos de Franny se llenaron de lágrimas al notar la calidez de sus manos sobre la piel, la callosidad de sus dedos, ligeramente abrasadora. El tacto de sus caricias le recordaba al de la parte interior de la seda. Chase. Su pelo moreno. Un rostro feroz esculpido en un tono más suave de caoba. Unos ojos que atrapaban los de ella, encendidos de pasión. Él era tan básico como la tierra. Maldiciendo por lo bajo, se abrió la parte delantera de la camisa. Gimiendo, reclamó otro beso y la atrajo hacia él. Una piel desnuda frente a otra piel desnuda. El ritmo de su corazón palpitaba sobre su pecho. Músculos sudorosos y contraídos. Y, sin embargo, la sostenía junto a él con un temblor reverencial.

Sin aliento, abrieron sus bocas para mirarse a los ojos de nuevo. Mensajes dados y recibidos. La mirada de él se nubló de ternura. Franny sintió vértigo. El mundo giraba locamente, dando un vuelco a todo lo que había conocido hasta ahora. Él respiraba profundamente, con un aire que provenía de sus entrañas y que expulsaba a través de su cara con una calidez húmeda. La sostenía tan cerca que podía escuchar su pulso.

—Te quiero —susurró él.

—Ah, Chase, yo también te quiero.

La luz del sol le dio a Franny en la cara, llegándole también a él y cubriéndolo todo de un color dorado. Sonriendo hacia ella, Chase dio un tirón a su vestido y después le bajó la combinación hasta la cintura. Franny no protestó. No podía protestar. Sentía como si hubiese estado esperando ese momento durante toda su vida.

Negrura, sombras que se movían, voces extrañas. Todo esto aparecía en sus pesadillas. Sin embargo, el que Chase estuviera haciendo el amor con ella a la luz del día le parecía de lo más adecuado. Sentía el beso dorado contra su piel y se deleitaba con la claridad.

Se habían acabado las pesadillas. A partir de ahora todo serían sueños. Sueños maravillosos que por arte de magia se convertían en realidad.

Con unas manos llenas de delicadeza, terminó de quitarle la ropa. Franny no pudo notar ni un gesto de torpeza, ni siquiera a la hora de quitarle los zapatos. Cuando por fin la tuvo desnuda, se arrodilló junto a ella y empezó a recorrer con su mirada cada rincón de su cuerpo.

—Eres preciosa —susurró.

Ella se quedó sin aliento al ver que él le levantaba el pecho. El sol calentaba su pezón, pero nada comparado con el calor abrasador que sintió al contacto con sus dedos. Él se inclinó para coger un pezón con su lengua, y ella gritó al notar el placer que le recorría el cuerpo. Dejándose caer sobre un codo, Chase se estiró junto a ella.

Amar a Chase. Ser amada por él. Para Franny, no había nada mejor que eso. Él era todo para ella. Allí, a la luz del día, donde no había secretos, donde no podía haber secretos, él la enseñó a amar y a ser amada. La luz del sol y Chase. En su opinión, los dos hacían una buena combinación y el resultado era una llama abrasadora. Con sus manos, con su boca, con su cuerpo, él la adoraba y, ante tanto amor, ella no podía por menos que caer rendida en sus brazos.

Chase se quitó lo que le quedaba de ropa y se levantó sobre ella, espléndido en su desnudez. Ella acarició las líneas poderosas de su bronceado cuerpo con una mirada llena de amor. Dejando caer su peso sobre sus manos, él se colocó entre sus muslos. Los músculos se marcaban tersos y poderosos en sus brazos y en sus hombros. Pareció la cosa más natural del mundo que él inmovilizara las piernas de ella con las suyas y se echara sobre ella.

Sin dejar de mirarla ni un segundo, empujó lentamente hacia ella. Los músculos de su cara se tensaron, y sus ojos se pusieron vidriosos de pasión. Con los orificios nasales abiertos y los labios partidos, jadeó:

—Ah, Dios mío.

Franny no necesitó más palabras. Porque ella formaba parte de sus sentimientos. Con un poderoso empuje de caderas, la atravesó por completo. Haciendo descender la parte superior de su cuerpo sobre el de ella, se retiró solo para volver a empujar más fuerte. Un cosquilleo glorioso y cálido nació dentro de ella.

—Ah, sí...

Con una sacudida, él estableció el ritmo, y ella levantó las caderas para mantener la medida, gimiendo conforme el deseo en su interior se iba haciendo mayor. Y mayor. Al fin la liberación rodó sobre ella en olas espasmódicas, llenándola de un sentimiento que nunca antes había creído posible. Mientras ella subía y empezaba a descender, el cuerpo de él se contraía rígido, sus empujes se hacían cada vez más rápidos y violentos para dejarse por fin ir en un gemido gutural. Un instante después, se agitó y se quedó inmóvil. Ella aún podía sentir las calientes cosquillas por todo su cuerpo.

Magia... Cuando él se desplomó sobre ella, Franny cerró los brazos alrededor de él, demasiado entregada para moverse, demasiado contenta como para atreverse siquiera. A lo lejos oyó el canto de los pájaros en los árboles. En otro lugar cercano, el agua corría atropelladamente por una cascada de rocas. El olor dulce de las flores silvestres le llegaba a bocanadas junto a una brisa besada por el sol. La combinación de todos estos elementos le hizo pensar en su prado. Solo que este era mejor porque Chase estaba con ella. Y era real.

Pensó que podría muy bien quedarse allí. En sus brazos, en un sueño, tanto tiempo como quisiese. Con esta idea en mente, Franny flotó hacia un sueño maravilloso, protegida de pies a cabeza por el poderoso cuerpo de su marido.

Cuando Franny volvió a abrir los ojos, estaba acurrucada en los brazos de Chase. Con un respingo, se dio cuenta de que estaba en otro sitio. Pasando un brazo alrededor de su cuello, le levantó la cabeza para poder ver.

Había agua, y hacía frío. Gritó y pataleó, incapaz de escapar de sus brazos.

—¡Chase! ¿Qué estás...? ¡Ah, Dios mío!

Riéndose, se hundió en el agua hasta los hombros.

—Ya te dije lo que hacía a las mujeres que se atrevían a salpicarme.

Ella chilló indignada y golpeó la superficie del agua con la mano, salpicándole la cara. Chase bufó y parpadeó, sacudiéndose el agua del pelo. Cuando sus ojos se encontraron, el brillo de travesura en sus ojos era incuestionable.

—¡Ah, no! Ahora si que te la has ganado.

Franny rio y se giró librándose de su abrazo. Fue entonces cuando descubrió que sus pies no tocaban el fondo. Él la cogió por la cintura para mantenerla a flote. Con una sonrisa de dientes blanquísimos, tiró de ella y la llevó haciendo círculos hacia aguas menos profundas. Ya no le parecía tan fría el agua. Riéndose sin querer, Franny se cogió a sus hombros.

—¿Qué ha pasado con tu ropa?

—No la llevo. Estoy totalmente desnudo.

Ella echó un vistazo a la superficie oscura del agua y dio una palmada para salpicarle el pecho.

—Y tú también —dijo, en una invitación.

Ella le miró sin dar crédito.

—De eso nada, en el río no.

—¿Por qué en el río no?

—Sería malo para el niño.

Él entornó un ojo.

—¿Y eso?

—Se podría ahogar.

Él echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Bueno, podría pasar. Recuerdo haber oído que incluso bañarse es peligroso.

—Tonterías. —Él la atrajo hacia sí—. Pon tus brazos alrededor de mi cuello.

Ella obedeció.

—Ahora tus piernas —dijo, con entusiasmo—. Ciérralas alrededor de mis caderas.

Así lo hizo.

—Chase, ¿realmente crees que esto es seguro?



Él la besó en el cuello.

—No, es condenadamente peligroso. Pero no por el niño, sino por ti. Estás a punto de ser violada.

Ella se rio y mordió divertida su hombro. Como respuesta, Chase la levantó y mordió levemente sus endurecidos pezones. Franny cogió sus hombros por las manos y cerró sus brazos, arqueando la espalda para acomodarse a él.

—Descarada.

—Sinvergüenza.

Empujando fuerte con sus brazos, la levantó del agua y colocó sus rodillas sobre sus hombros. Con miedo a caer, ella se agarró a su pelo con las manos. Mirándola con picardía, metió su boca en el triángulo dorado de su entrepierna. Franny gimió, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Con un balanceo peligroso, corría el riesgo de caer si cambiaba de posición. Él sujetó con firmeza la parte trasera de sus muslos y la mantuvo en la postura que mejor se ajustaba a sus propósitos.

—Chase, ¿qué estás...? No hagas eso... ¿Has perdido la cabeza? ¡Ah, Dios mío!

Su boca, conmovedoramente cálida en contraste con la frialdad del agua, se cerró sobre uno de sus lugares sensibles. Ella gimió. Con un movimiento rápido de la lengua, le provocó una sacudida.

—¿Chase? No... Esto es... ¡No puedes hacerlo!

Pero, desde luego, sí que pudo.

Y lo hizo.

Cuando Franny empezó a temblar y a convulsionarse, él la bajó suavemente al agua, la atrajo hacia sí y empujó en su interior. Rendida ya de placer, pensó que no iba a poder soportar nada más o, al menos, no iba a poder responder a ello.

Pero, desde luego, sí que pudo.

Y lo hizo.

Felicidad. Franny se dio cuenta de que no había entendido hasta ahora el significado de esa palabra. Amar a Chase. Ser amada por él. Era mejor que en sus sueños. Allí, junto a la ribera arenosa de Shallows Creek, se amaron todo el día, tan sedientos el uno del otro como dos niños que piden golosinas, sin importarles siquiera si les sonasen las tripas de hambre. Cuando sentían cansancio, dormían un rato, seguros uno en los brazos del otro. Cuando despertaban, volvían a hacer el amor, algunas veces en el agua, algunas veces en la hierba aterciopelada, algunas veces en la sombra, algunas veces a la luz del sol.

Chase no guardaba ningún tipo de regla a la hora de hacer el amor. En esto, era comanche hasta la médula. No solo era intuitivo con las zonas más sensibles de su cuerpo, sino que sabía cómo prender fuego dentro de ella y, aunque sus técnicas a veces le resultaban escandalosas, siempre eran efectivas. Al terminar el día, Franny sintió que había sido amada de todas las maneras posibles y se encontró

anticipándose a repetir la experiencia.

Al anochecer, se vistieron y caminaron lentamente hasta casa, deteniéndose con frecuencia para abrazarse y besarse bajo la copa de los árboles. Franny odiaba que su intimidad tuviera que terminarse. De no ser por sus necesidades básicas, como cobijo y alimento, hubiese sugerido que se quedasen a pasar la noche en el río. Mientras se acercaban a la casa por el jardín, no pudo evitar sentir que su tiempo con él tenía un límite, que podía perderle en un abrir y cerrar de ojos.

—No —susurró él.

Franny levantó la vista, un poco sorprendida de que él pudiese leerle tan fácilmente los pensamientos. Chase sonrió y levantó una mano hasta los labios de ella.

—Este momento es lo único que tenemos, Franny.

Ella asintió, aceptando eso con su mente, pero incapaz de hacerlo con su corazón.

Cuando entraron en casa, el olor a comida despertó los sentidos de Franny y su desprovisto estómago, que se había mantenido sólido como una roca durante todo el día, le dio un vuelco. Loretta había preparado pollo frito con guarnición para cenar. En circunstancias normales, a Franny le hubiese encantado. Pero esta noche, solo olerlo hacía que le diesen ganas de vomitar. Chase debió de ver la expresión de su cara, porque la acompañó hasta la mesa y puso algo de té de jengibre en la tetera.

—Con lo bien que has estado todo el día —observó—. No puedo creer que el olor a comida te revuelva el estómago. Yo me muero de hambre.

Franny también. Hasta que olió la comida.

—Es la grasa —dijo Loretta—. Es algo que siempre revuelve el estómago a una embarazada. —Sonrió con cariño a Franny—. No te preocupes; el jengibre te calmará, querida.

—Eso espero —dijo Chase con tono preocupado—. No ha comido en todo el día.

Franny trató de tranquilizarse, pero, cada vez que empezaba a hablar, sentía como si fuese a vomitar. Afortunadamente, Loretta tenía razón y el jengibre hizo que se sintiese mejor. Una hora después de beberse la taza, pudo comer una cena ligera, tras la cual Chase insistió en que se fuera a dormir.

—Te quiero —le susurró suavemente mientras le quitaba el vestido.

Aún algo mareada, Franny sonrió desganada.

—Yo también te quiero. Siento haberme sentido indispuesta. Me encontraba bien hasta que entré y olí el pollo.

Su estómago se retorció al recordarlo. Oyéndolo rugir, Chase dijo:

—No lo pienses más.

—Vaya —aún con la combinación puesta, Franny se hundió en la comodidad del colchón de plumas. Poniéndose el brazo sobre el estómago, suspiró—, todo esto del embarazo no es tan divertido como yo había imaginado.

Él se quitó la camisa y después se sentó en el borde de la cama para quitarse las botas. Al levantarse, se quitó también los pantalones. El contenido de sus bolsillos

tintineó al dejar caer la prenda al suelo. Tumbándose junto a ella, susurró:

—Los mareos pasarán.

Ella bufó, poco dispuesta a que la convencieran tan pronto. Después de haber compartido un día tan maravilloso, no le parecía justo arruinar la noche por un estómago rebelde.

—Para cuando el mareo se pase, tendré una barriga enorme.

A esto, vio que Chase sonreía.

—Estarás preciosa con una barriga enorme.

Franny oyó el crujido de la puerta trasera y un golpe al cerrarse en el piso de abajo. Entornó los ojos y se acercó a él.

—Espero que sigas pensando así.

—Lo haré —prometió él.

Franny solo podía rezar para tener la posibilidad de estar con él todo ese tiempo.

## Capítulo 19

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Chase fue sugerir que él y Franny fuesen a Grants Pass a informar a su madre y hermanos de que se habían casado. Con el embarazo de Franny, Chase esperaba coger el carromato solo hasta Jacksonville y desde allí llegar en tren, la que pensaba que sería la manera más rápida y menos cansada.

Condicionados por los horarios del tren, Franny se vistió a toda prisa y se puso a empaquetar un bolsón con lo necesario para el viaje de los dos, mientras Chase iba a enganchar el carro. Loretta tenía ya listo el té de jengibre cuando Franny bajó del altillo. Las dos mujeres se sentaron a la mesa a beber sus respectivos brebajes: Franny el remedio y Loretta su café.

Después de terminar la primera taza de té y empezar con la segunda, Franny empezó a preguntarse dónde estaría Chase.

—Parece que le está llevando más tiempo de lo normal enganchar el carro.

—Desde luego que sí.

Después de vaciar la segunda taza, Franny se impacientó y decidió ir a ver qué era lo que estaba entreteniéndolo a Chase. Cuando salió al porche, le vio fuera, frente al establo. Estaba inclinado sobre la rueda izquierda del carro, indicación de que algo iba mal.

Sintiéndose desprotegida sin su sombrero, Franny se levantó la falda y corrió a bajar las escaleras del porche. Las mejillas se le encendieron al emprender el camino hacia él. No tenía sentido. Por la calle principal, había pocas personas por las aceras, y las que había parecían no prestar mucha atención a su existencia. No podría esconderse siempre. Antes o después tendría que atreverse a andar sin el sombrero.

Aun así, Franny sentía que llamaba la atención. Chase levantó la vista por encima de su hombro al notar que se acercaba. Al verla, sonrió.

—No me llevará mucho. Solo tengo que cambiar un remache —explicó.

—¿Cuánto crees?

—Unos cuantos minutos, no más.

Franny se abrazó a la cintura y miró hacia la taberna.

—Esto... ¿crees que tendré tiempo de ir a ver a May Belle? A esta hora, el local estará casi desierto, si no vacío por completo. Me gustaría decirle que estoy bien y...

—Se encogió de hombros—. Bueno, ya sabes, darle las gracias y despedirme de ella.

Él miró rápidamente al Lucky Nugget. No había caballos amarrados a la entrada.

—Supongo que no hay problema.

—Si prefieres que no, yo...

—No, no. —Él se acercó para tocarle la barbilla—. Es solo que no me gustaría que entraras allí cuando hay clientes, eso es todo. —Levantando la cabeza, le dio un

beso en la sien—. Ve. Pero no te quedes mucho rato, ¿de acuerdo?

Sintiendo que a él no le parecía del todo bien que fuese, Franny quiso abofetearse por tener semejante ocurrencia. ¡Pues claro que no quería que su mujer entrase en la taberna! Cuando una señora pasaba por delante de ese establecimiento, cruzaba la calle y caminaba por la otra acera.

—Bah, pensándolo mejor, esperaré aquí hasta que termines.

Notando el rubor que subía por sus mejillas, Chase entornó los ojos.

—Franny, es tu amiga. Estás en todo tu derecho de querer ir a verla. Si no vas, se sentirá dolida. De verdad que no me importa.

—Está bien. Yo... Esto... No es sitio para una señora. Es solo que olvidé por un minuto que...

—No te preocupes —dijo, sin dejar que terminase—, no lo pienses más y ve. Tengo que entrar en el establo y preparar un remache. Te quedarías aquí esperando, sin nada que hacer. Cuando termine iré a casa y me tomaré otra taza del café que prepara mi madre.

Al pasar delante de ella rumbo al establo, le dio una palmadita juguetona en el trasero. Franny dio un salto y se puso la mano en el sitio.

—Me las pagarás.

—Promesas, promesas —le dijo por encima del hombro mientras andaba—. Saluda a May Belle de mi parte.

Y desapareció entre las sombras. Un segundo después, volvió a reaparecer.

—Ahora que lo pienso, ¿por qué no les invitas a ella y a Shorty a cenar?

—¿A cenar? ¿May Belle?

—Mi madre hará que se sienta bienvenida y también mi padre.

Franny no podía concebir cómo alguien podía pedir a una prostituta que fuese a cenar a su casa.

—Ah, Chase, no quiero imponer mis amigos a tus padres. De verdad que no.

—Mi padre ha intentado traer a May Belle a casa desde tiempos inmemoriales. —Levantó un dedo hacia ella y tiró de un hilo imaginario—. Necesitas mejorar tu sentido de la obediencia como esposa, ¿lo sabes, verdad?

Franny contuvo una sonrisa.

—Sí, señor.

—Entonces mueve ese bonito culo que tienes y vete a la taberna, y no te olvides de las invitaciones.

—Sí, señor.

Vestido todo de negro, desapareció rápidamente de nuevo entre las sombras del edificio. Franny se quedó mirándole fijamente hasta que le quemaron los ojos. Era estúpido. Absolutamente estúpido. Pero no podía apartar de su mente la premonición. Lo que tenía un minuto, desaparecería al siguiente.

Tratando de calmarse, respiró hondo y empezó a subir la calle en dirección al Lucky Nugget. Al caminar, imaginó lo que Chase le diría si compartiese con él sus

temores. Que era una tontería. Que Dios no hacía llover castigos sobre la cabeza de la gente. Que ella tenía el mismo derecho a ser feliz que el resto de la gente.

Por algún motivo, pensar en lo que Chase le diría no era tan reconfortante como oírsele decir en persona.

Como ocurría siempre durante el día, la taberna estaba sombría y oscura cuando Franny entró. Varios años atrás, Antílope Veloz y el anterior propietario del Lucky Nugget habían tenido allí una pelea y habían acabado rompiendo la luna frontal del establecimiento. Como ese cristal era muy caro, el hueco había sido tapado con maderas. Convencido de que la ventana volvería a romperse de nuevo en otra pelea, Gus nunca había visto la necesidad de instalar una nueva después de comprar el local.

Había un cliente solitario sentado a la mesa de la esquina, pero las sombras eran tan oscuras que Franny no pudo verlo con claridad. A ella le venía bien esa penumbra. Si no podía reconocer al hombre, seguramente él tampoco podría ver sus facciones. De esta forma se sentía más segura.

Gus estaba detrás de la barra limpiando vasos. Cuando vio a Franny, levantó una mano en señal de saludo.

—¡Vaya, pero si es mi chica favorita que vuelve a su viejo bar!

Franny puso la mano en la barandilla mientras empezaba a subir las escaleras.

—Solo un minuto. Solo quería ver a May Belle un segundo.

—Según he oído, ella será la siguiente en marcharse —dijo Gus con un movimiento afable de cabeza—. Se casa con ese viejo cascarrabias de Shorty. ¿Te lo puedes creer?

Franny siguió subiendo las escaleras.

—Creo que es maravilloso.

—Sí, claro. —Gus se puso la toalla en el hombro—. Supongo que es justo. Ella ha pasado aquí muchos años y todos merecemos tener una jubilación feliz. Tengo que decirte, sin embargo, que este viejo lugar no será el mismo, con vosotras dos haciéndome respetable y casándoos. Supongo que tendré que poner un anuncio en el periódico de San Francisco para encontrar a alguien que os sustituya. Ya sabes que no todo el mundo está interesado en este tipo de trabajo.

Franny dudó en su ascenso. A pesar de todas sus bravuconadas, Gus siempre había sido bueno a su manera, y siempre la había tratado justamente. Sobre todo esas últimas semanas. Desde que conoció a Chase, había estado raramente disponible para los clientes. Esto tenía que haber afectado a su negocio. Sin embargo, no se lo reprochaba.

—Gus, me gustaría darte las gracias. Por ser tan comprensivo y...

Él movió la mano.

—No hay de qué. No hay nadie más feliz que yo de ver que has encontrado algo de felicidad, cariño. Desde la primera vez que te vi, supe que no estabas hecha del paño que se necesita para este tipo de vida.

El cliente que había en la esquina echó hacia atrás la silla y se puso lentamente en

pie.

—No, ya lo creo que no.

Esa voz. A Franny se le cayó el estómago a los pies, y se volvió, aterrorizada, para mirar a su interlocutor. Echándose el sombrero hacia atrás, salió lentamente de las sombras en las que estaba y dio unos pasos hacia la luz que provenía de la puerta. Vio que sus ojos azules ardían como carbón encendido en su pálido rostro.

—Frankie —susurró ella.

Él dio otro paso al frente.

—No, desde luego que no está hecha de ese paño. Ella viene de gente respetable.

—Ay, Frankie.

Durante unos segundos, él se quedó allí de pie, inmóvil, mirándola fijamente. Después las lágrimas empezaron a caer de sus ojos.

—Vine al pueblo anoche —dijo suavemente—, con mis amigos. Habíamos oído decir que por diez dólares cualquiera podía tener a la prostituta más bonita de este lado de San Francisco. Una rubia pequeña llamada Franny —dio una risotada—. ¿No te parece divertido? Vine aquí dos veces con la esperanza de echar un polvo con mi propia hermana.

A Franny empezaron a temblarle las piernas. Se agarró a la barandilla con ambas manos para no caer.

—Frankie, yo... puedo explicártelo. —Temblando, temblando de forma incontrolada, se movió hacia atrás en las escaleras—. Por favor, Frankie. Me debes la oportunidad de explicarme.

Esos ojos. Estaban llenos de una rabia y un llanto concentrado. La partieron por la mitad.

—¿Para que puedas contarme más mentiras? —Levantó un dedo en dirección a las habitaciones del segundo piso—. ¿Como la de que trabajas haciendo compañía a una vieja rica llamada May Belle? —Volvió a reír sonoramente. Y después, lenta y con una claridad exagerada, dijo—: ¿Tienes idea de cómo me sentí anoche cuando oí a uno de los mineros de aquí decir que la razón de que Franny no estuviese disponible era porque se había ido y contraído matrimonio? ¿Que tenía que ser con Chase Lobo porque era el único tipo en el pueblo al que habías podido atrapar? En ese momento presté atención, porque Chase Lobo había estado en nuestra casa cortejando a mi hermana.

Franny se llevó una mano a la garganta.

—Fue entonces cuando me di cuenta. Franny, Francine. Rubia. Bonita. Mi hermana, la puta —su voz empezó a temblar—. Aquí estaba yo con mis amigos, rezando para que no se dieran cuenta. ¡Escuchándoles quejarse porque habían cabalgado hasta tan lejos, no una sino dos veces, y todavía no habían conseguido follar con mi hermana!

Franny se estremeció y cerró los ojos. Oyó a Gus poner con un golpe un vaso en el mostrador.

—Escúchame, tú, joven. No hay necesidad de insultar a nadie. Ella te ha pedido que la dejes explicarse. Quizá sería mejor que escuchases.

Frankie se giró y levantó un dedo al dueño de la taberna.

—¡Tú te callas! —gritó—. Esto es entre ella y yo, y nadie más.

—Entonces cuida tu lengua —le respondió Gus.

Franny levantó una mano temblorosa.

—Está bien, Gus.

Frankie se giró para mirarla. En ese momento, Franny supo que se sentía como si muriese en su interior. Frankie, su hermano pequeño. Ah, cómo le amaba. Y ahora la miraba como si fuera escoria. No creía que nada pudiese dolerle más que eso. Hasta que empezó a hablar de nuevo.

—No quiero volver a verte nunca más —dijo con voz hiriente—. ¿Me entiendes? Nunca. No dejaré que las de tu clase se acerquen a mi madre o a mis hermanas. Si vuelves a pisar nuestra casa, yo... —Se calló y sacudió la cabeza—. No me tientes. Eso es todo. Porque, haga lo que haga, será malo. Podría incluso sacar el rifle y dispararte.

Franny sabía que no lo haría. Pero el dolor que le había impulsado a decir algo así no podía pasarse por alto.

—Frankie, algunas veces no tenemos otra opción. —Se acercó a él y trató de tocarle la manga—. Lo hice porque os quería.

Él se apartó de su contacto.

—¿Amor? ¿Opción?

—Frankie, a pesar de todo, también soy tu hermana.

Él dio un paso atrás.

—Tú no eres mi hermana. Y el resto de la familia pensará lo mismo cuando sepan en lo que te has convertido.

—¡Frankie, no!

Al ver que salía del local, Franny corrió tras él. Fuera en la acera, le cogió del brazo. Él se deshizo de ella con tal fuerza que salió disparada contra la pared del edificio.

—No me pongas esas manos sucias encima.

—¡No puedes decírselo a mamá! —gritó—. Le romperías el corazón, y ella ya ha pasado bastante.

Él se dio la vuelta, bajó de la acera y siguió andando por la calle en dirección a las cuerdas. Franny corrió tras él. Los que pasaban por la acera se giraban para mirarles con curiosidad, pero esta vez no podía preocuparse de ser reconocida. Cogiendo a su hermano de la manga, gritó:

—¡Frankie! Por favor. Dame solo cinco minutos para explicarme. Es lo único que te pido. Lo hice solo por ti y por los demás. ¡El dinero que he ganado lo he utilizado para manteneros!

Él se giró para enfrentarse a ella, con la cara desfigurada, los ojos llenos de dolor



y de rabia.

—¡Ah, claro, sí, el dinero! Dios mío, cuando pienso en las veces que me has dado dinero. Lo cogí, sin ni siquiera imaginar... —Se calló y le cogió el brazo, cerrando los dedos hasta hacerle daño—. Te has prostituido para conseguirlo. Te tumbas de espalda, abres las piernas y te prostituyes. ¿Y después coges el dinero fresco de sus sucias manos y lo pones en las mías?

Franny hizo una mueca al notar que sus dedos se clavaban aún más en su carne.

—Frankie, por favor.

Pero él no estaba escuchando. Al ver que había dos hombres en la calle, dio unos pasos en esa dirección, tirando de ella.

—Eh, vosotros, ¿queréis una puta? Por diez dólares, pueden echar un polvo. ¡Hagan fila! Ella no es exquisita.

Paralizada, Franny miró con inocencia a los hombres. Ellos le devolvieron la mirada. Directamente a la cara.

Girándose sobre sus talones, Frankie gritó.

—¿También has mentido a Chase Lobo? ¿Sabe él con qué clase de escoria se ha casado?

Franny bajó la cabeza, sabiendo al hacerlo que era demasiado tarde para esconder la cara. Incluso aunque hubiese podido hacerlo, Frankie la había llamado puta y había dicho el nombre de Chase casi en la misma frase.

En una hora, todos en el pueblo lo sabrían. Franny, la nueva esposa de Chase Lobo, era la prostituta del Lucky Nugget. Después de eso, él nunca podría volver a llevar la cabeza alta. Y la vergüenza se extendería también a su familia. A sus padres, que lo único que habían hecho había sido tratarla con cariño. A Índigo y a su marido y a sus hijos, quienes le habían ofrecido su amistad cuando nadie más lo había hecho.

Con la cabeza gacha, la mirada de Franny se fijó en el suelo. Al borde de la calle, un osado y testarudo diente de león empujaba con su cara amarilla en dirección al sol. Dientes de león, margaritas. No eran tan diferentes. «Quédate conmigo», le había susurrado Chase. Pero no sería eso lo que le diría ahora.

Un diente de león. Intentando entrar en un mundo que no le pertenecía. Como ella. «Deja que Dios levante el cristal y vuelva a arreglar las cosas. Deja que te coja de un sitio al que nunca has pertenecido y te ponga en otro.»

Ligera. Se sentía ligera. Como un diente de león mecido por el viento. Era tan fácil dejarse ir y flotar lejos. Tan fácil.

Chase había terminado por fin de arreglar el carro y esperaba impaciente a Franny en casa cuando oyó que llamaban a la puerta. No estaba preparado para lo que vio al abrir. Flanqueada por Gus y May Belle, Franny estaba de pie en el porche, con la cabeza caída y los hombros como sin vida.

Antes incluso de ver su cara, Chase supo que algo horrible había pasado. La cogió

por los brazos.

—¿Franny? —No hubo respuesta. Miró a Gus, y después a May Belle—. Por el amor de Dios, ¿qué ha ocurrido?

—Su hermano —replicó Gus con voz ronca— estaba esperándola en la taberna. Yo no sabía quién era, Chase. Lo hubiese detenido de saberlo.

—¿Frankie? —preguntó Chase.

Cruzó el rellano con su esposa. Ella se movía bajo su dirección, pero con la misma flacidez con la que se mantenía de pie, como si no le quedase un aliento de vida. Chase sintió miedo, un miedo atroz. Nunca había visto a nadie comportarse de aquella manera.

—Sí, Frankie —confirmó May Belle—. Yo tenía la ventana abierta y oí cómo la sacaba a la calle. Fue horrible, Chase. Horrible. Su hermano la llamó puta y la ofreció a unos hombres que pasaban por la calle.

—Dios mío.

Imaginando las cosas que Frankie debía de haberle dicho, se enfureció. Lo primero que pensó fue en ir a buscar a ese bastardo y romperle la cabeza. Pero pronto apartó ese impulso de su mente. Frankie podía irse directamente al infierno, a él le traía sin cuidado. Franny era lo único que le importaba.

La atrajo entre sus brazos y la condujo al sofá. Loretta llegó haciendo ruido de la cocina. Cuando vio a May Belle, tropezó. Después miró a Chase y a su nueva nuera.

—Ay, Dios. Otro ataque de náuseas. ¿Pongo el té?

Chase bajó con cuidado a su esposa hasta el cojín y se acurrucó ante ella para poder verle la cara. Pálida. Buscó en sus ojos un rastro de expresión, y no encontró nada.

Se había ido. Solo quedaba una cáscara de la chica que tanto amaba. Chase le cogió la cara entre las manos.

—¿Franny? —le preguntó con dulzura.

Cuando su madre vio los ojos de Franny, se persignó.

—Por el amor de Dios, Chase, ¿qué le ha pasado?

Con la voz contraída de dolor, Chase dijo:

—Es solo que se ha ido un momento, madre. Se pondrá bien.

Chase tenía que creerlo así. Porque le parecía inconcebible que fuese de otra manera. Guardando la compostura, se puso en pie.

—May Belle, Gus, gracias por traerla a casa. Os lo agradezco de verdad.

—No hay de qué. —Gus apartó la mirada de Franny para fijarse en Chase—. Lo siento. Traté de intervenir, pero ella me pidió que no lo hiciera.

—Lo entiendo. Ella es muy protectora con su familia.

A May Belle le temblaban los labios de una manera incontrolable. Los cerró y respiró profundamente por la nariz.

—Vi lo que pasaba —dijo en voz baja—, pero no pude llegar a tiempo para detenerlo.

—No es culpa tuya —la consoló Chase—. Tarde o temprano algo así tenía que pasar.

Chase se sentía como si estuviese hablando desde el interior de un barril. Un sentimiento de irrealidad le invadía cuando Gus y May Belle caminaron hacia la puerta. Después de haberse ido, volvió junto a Franny, se sentó junto a ella y la acunó en su regazo. Como si fuese una niña dormida, le puso la cabeza sobre un hombro. Ida, sin vida. Nada de lo que dijese parecía hacerle efecto. Cada vez que la miraba a los ojos, quería gritar. Vagamente, veía que su madre andaba por allí, ofreciendo agua, té, ropa limpia, cualquier cosa que pensase fuera de ayuda.

El tiempo pasaba con parsimonia. Cada minuto que pasaba, Chase se asustaba más. Ella se había ido. No podía creerlo. Nadie hacía eso. En un minuto, la vería parpadear y volver.

En solo un minuto...

Después de una hora, Chase empezó a sentir pánico. Trató de hablar con ella, de llamarla, pero no respondió.

—Madre, ¿puedes llamar al doctor Yost? —pidió por fin—. Quizás él sepa algo que pueda ayudarnos.

—Que descanse en la cama —aconsejó el doctor Yost después de examinar a Franny—. Mucha paz y mucho silencio. Dadle toda el agua y la comida que podáis. Probablemente será mejor que sean alimentos líquidos, para que no se atragante.

Cubriendo a su esposa con la manta, Chase se sentó en el borde de la cama y miró al médico.

—¿Eso es todo lo que puede hacer? ¿Decirnos que se quede en la cama? No hay algún medicamento o algo que... —Hizo un gesto con la mano—. Algo. ¡Tiene que haber algo que pueda hacer además de prescribir reposo!

Sus padres estaban detrás del doctor Yost. Chase miró a su padre y vio la tristeza dibujada en sus ojos. Cerró los suyos, luchando por apartar sus temores. Eso no podía estar pasando.

—Hijo —le dijo Yost con amabilidad—, he visto casos como este en el sanatorio, pero muy pocos. No conozco todos los tratamientos, por lo que tengo que utilizar el sentido común. Esta chica ha pasado por una experiencia muy traumática. Me parece que lo mejor para ella en este momento es paz y tranquilidad. Si tenemos suerte, esto solo será el resultado de una conmoción y estará como nueva mañana por la mañana.

—No parece muy convencido.

El doctor parecía incómodo.

—No es exactamente que no esté convencido. Nunca he visto una conmoción que tuviese un efecto semejante sobre el paciente. Todas las personas que he visto en esta condición estaban... bueno, estaban en lo que yo llamo un estado de estupor.

—Estupor. ¿Y qué es eso exactamente?

—Es bastante diferente a la conmoción.

—¿En qué sentido?

El médico se tocó la oreja.

—Estoy seguro de que se trata solo de una conmoción, Chase. ¿Así que para qué hablar de ello? No tiene sentido cruzar ningún puente antes de llegar a él, ¿no crees?

Chase sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—En otras palabras, no quiere preocuparme.

El doctor Yost suspiró.

—Sería más adecuado decir que no quiero preocuparte innecesariamente. Veamos cómo está por la mañana. Tengo la esperanza de que estará bien.

—¿Y si no es así?

—Entonces podríamos estar ante algo más grave.

—Un estupor —añadió Chase.

Yost se tocó la oreja otra vez, lo que parecía ser sin duda una costumbre que indicaba su incomodidad por algo.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo está pensando.

—Maldita sea, hijo. Me estás pidiendo que diagnostique algo de lo que no sé nada. No me he formado para tratar a gente loca.

Chase se levantó de la cama.

—¡Ella no está loca!

—Chase Kelly —intervino su madre—. Cálmate. El doctor Yost no ha querido ofenderte, estoy segura.

—¿Qué es entonces lo que ha querido decir, eh?

Con una expresión en verdad cautelosa, Yost miró a Franny.

—No estoy diciendo que esté loca, lo único que digo es que no sé nada del estupor. —Puso una mano en el hombro de Chase—. Estoy casi seguro de que no es un estupor, hijo. Ella estará bien por la mañana, acuérdate de lo que te digo.

—¿Y si no es así? ¿Cuánto tiempo suelen durar estos estados de estupor?

Yost se encogió de hombros.

—Eso difiere, dependiendo del paciente.

—¿Pero como media? —insistió Chase—. ¿Unas cuantas horas, unos cuantos días? ¿Cuánto tiempo?

El doctor le apartó la mano.

—Solo puedo hablar por los pacientes que vi en el sanatorio, Chase, y se trataba de casos graves.

—¿Y?

—Bien —dijo, dubitativo—, algunos de ellos nunca se despertaron.

—¿Nunca? —A Chase empezó a latirle el corazón con gran rapidez—. ¿Quiere decir que, si no está mejor mañana por la mañana, podría no despertarse nunca?

Yost apretó los labios.

—Si no está mejor por la mañana, es probable que esté más enferma de lo que yo imagino. Te lo acabo de decir, no soy experto en estos casos, y, si no se despierta, querrá decir que estoy sobrepasando mis competencias y que habré errado en mi diagnóstico y en el tiempo que puede durar.

Chase tenía la necesidad imperiosa de coger al médico por la camisa y arrancarle las respuestas. Apenas podía contenerse. Pero el médico no tenía ninguna culpa y que él perdiera los nervios no ayudaría en nada a Franny.

Hundiéndose en la cama, se abrazó la rodilla y apoyó en ella la cabeza. No dijo nada más. Tampoco había nada más que decir.

Chase se negaba a dejarla. Su madre les subió el almuerzo: un bocadillo para él y caldo para Franny. Sin querer que nadie que no fuera él se ocupase de su esposa, Chase la sostuvo en su regazo y le puso el líquido en la boca. Ella no tragó, y el caldo cayó por la comisura de sus inertes labios. Él volvió a intentarlo una y otra vez. Loretta terminó por ayudarle, sosteniendo la cabeza de Franny y dándole un masaje en la garganta mientras Chase le metía el líquido a cucharadas.

Al bajar la vista y ver el rostro inexpresivo de Franny, Chase comprendió por qué el doctor Yost había sido tan crudo. La mayoría de los pacientes en estado de estupor no debían de durar mucho. Incluso aunque utilizase un tubo de goma para alimentar a Franny, el caldo no sería suficiente para alimentarla indefinidamente.

—Saldrá de esto —le tranquilizó Loretta—, ya verás. Se pondrá bien.

Cuando Chase miró a su madre a los ojos, supo que, a pesar de su aire confiado, estaba tan asustada como él.

A última hora de la tarde, May Belle vino a ver cómo se encontraba Franny. Loretta hizo que subiera al altillo. Al oír un sonido de faldas desconocido, Chase miró hacia arriba, identificó a la visitante y después volvió a hundir la cabeza, con todos sus sentidos puestos en la chica que tenía en los brazos. Con la espalda puesta en la pared, sintió como si la madera le hubiese hecho zanjas permanentes en la espalda.

May Belle se sentó en el borde de la cama.

—Espero que no os importe que haya venido. Pensé que, con todo lo que había pasado, no podía hacer mucho más daño.

Chase frunció el entrecejo ligeramente.

—Desde luego que no nos importa, May Belle. Sabes que mi padre te da la bienvenida a esta casa.

Ella se alisó la falda.

—Sí, bueno. Tu padre es demasiado bueno a veces.

Chase estaba demasiado preocupado como para pensar en eso ahora.

—¿Qué ha dicho el doctor Yost? —preguntó ella.

Aturdido, Chase le contó la conversación con el médico. Visiblemente

preocupada, May Belle cogió la mano de Franny.

—Se pondrá bien, Chase. No tengo ninguna duda.

Chase deseó poder ser tan optimista como ella.

—¿Y cuando eso suceda —preguntó por fin May Belle—, qué vas a hacer entonces, Chase? ¿Has pensado en eso?

—Me pondré de rodillas y daré gracias al cielo.

—No, quiero decir... —Se calló y movió la mano—. Bueno, ya sabes, de la boda y eso. ¿Puedes aún anularla?

Chase levantó la cabeza.

—¿Perdón?

May Belle le miró fijamente durante un rato.

—¿No piensas hacerlo verdad?

—¿Hacer el qué?

—Echarte atrás.

Chase tuvo el presentimiento de que se había perdido algo de la conversación.

—¿Echarme atrás?

Los ojos de la mujer le miraron con incredulidad.

—¿Piensas seguir casado con ella?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Bueno, porque... Frankie... Por lo que dijo. Él dijo tu nombre. Los cotilleos no van a parar nunca. Esos hombres en la calle vieron la cara de Franny a la luz del día. Que la gente sospeche que puede ser la chica de la taberna es una cosa, pero que estén seguros de ello es otra bien distinta, ¿no? Tu familia tiene que vivir en este pueblo. Un escándalo como este... bueno, no es un asunto banal.

A Chase se le aceleró el pulso y, de repente, oír a May Belle le hizo sentir como si estuvieran dándole un golpe bajo.

—Dios mío. —Cerró la mano sobre la cabeza sedosa de Franny y puso los labios en la parte exterior de sus nudillos—. Oh, no. Ella pensó que yo no volvería a quererla.

Hubo un silencio en la habitación. May Belle se decidió por fin a hablar.

—Por mucho que la quieras, Chase, tienes que pensar en tu familia.

Chase tuvo una necesidad imperiosa de reír. Toda la tarde había estado pensando que habían sido las crueles palabras de Frankie las responsables del estado de Franny.

—Ah, May Belle. Gracias.

—¿Gracias?

Chase levantó los ojos hacia ella, con una expresión esperanzada.

—Sí. A veces estoy muy espeso. Ella pensó que yo no la querría porque Frankie la había descubierto públicamente. ¿No lo entiendes? —Tenía lágrimas en los párpados—. No pensó que la amaría de todas formas.

La vieja prostituta buscó su cara por unos segundos.

—Pero tú la amas —dijo por fin con suavidad y mirándole ahora sí más

tiernamente—, a pesar de las consecuencias para tu familia. A pesar de todo, tú la amas.

Chase tragó saliva.

—Dios, sí. Solo desearía poder convencerla de ello. ¿Qué puedo hacer, May Belle? Tú entiendes mejor que nadie cómo piensa. ¿Cómo puedo probarle que se merece todo mi amor? Nada de lo que le he dicho parece haber hecho efecto en ella.

Con los ojos llenos de lágrimas, May Belle dijo:

—Sé paciente. Tienes que entender que las cosas han sido diferentes para ti, Chase. Tus padres. Creciste sabiendo que te querían pasase lo que pasase. La gente como Franny y como yo tenemos suerte incluso de tener amigos. Nuestras familias nos dan la espalda. Los pocos hombres que muestran algún interés en nosotras suelen terminar cambiando de idea. Sentir que nos merecemos ser amadas... Bueno, eso es algo que se aprende de niños, ¿no? De nuestras familias.

—Nunca lo había pensado así.

—Porque nunca tuviste que hacerlo. Tu familia siempre te ha querido. Pero nosotras, las prostitutas... No siempre sucede así. Lo cierto es que en la mayoría de los casos no sucede.

—Y por eso es por lo que Franny ha tratado siempre de mantener su situación en secreto ante su familia —susurró Chase.

—Desde luego. Temía que le diesen la espalda. Y, que Dios la bendiga, es exactamente lo que ha sucedido. Te llevará tiempo sanar esa herida. El que la ama incondicionalmente ayudará sin duda. Pero no creas que sucederá de la noche a la mañana. La gente que debería haberla amado a pesar de todo... Bueno, ya sabemos lo que ha pasado. Su propio hermano, y ha tratado de venderla a unos extraños. Ha tratado de avergonzarla. Este tipo de heridas no pueden cerrarse, no a menos que Frankie vuelva de rodillas a pedirle perdón. Y sabemos que eso es poco probable.

Chase sonrió levemente.

—May Belle, prométeme que nunca te irás demasiado lejos, para que pueda acudir a ti siempre que quiera entender a esta mujer.

—¿Qué?

—Podría besarte. No has dicho nada que no supiese ya, pero, como dices, veo las cosas de forma tan diferente que... —se rio—. ¡Gracias, maravilla de la creación! Acabas de darme la clave de lo que tengo que hacer.

—¿Ah, sí?

—Franny cree que nadie que sepa su pasado puede quererla. ¿Lo entiendes? —Chase se irguió y levantó a su esposa de su regazo. Ella se movió ligeramente, pero sus ojos siguieron fijos en algo que él no podía ver—. Tengo que probarle que no tiene razón. El mejor sitio para empezar es con su familia, justo como has dicho.

May Belle le cogió del brazo.

—Chase, eso podría ser un error. Tal vez no sean tan comprensivos como lo sois tú y los tuyos. Créeme, lo sé.

—¿Comprensivos? —Chase levantó una rodilla para salir de la cama—. May Belle, si alguien tiene algo que perdonar, esa es Franny. —Mientras cruzaba la habitación, continuó hablando—. No puedo perder más tiempo explicándote esto ahora. Pero confía en mí si te digo que, cuando termine con ellos, esa familia será la que esté pidiendo comprensión y perdón, y no mi esposa. —Cuando llegó a la escalera, Chase llamó a su madre—: Madre, ¿puedes traerme una manta?

Volvió a la cama y cogió a Franny en sus brazos. May Belle le siguió escaleras abajo mientras él transportaba a su esposa.

Loretta entró en el salón procedente de la cocina.

—¿Una manta?

—Franny y yo vamos a hacer un viajecito —dijo en voz baja—. No quiero que coja frío.

—¿Un viaje? Chase, no está en condiciones de ir a ningún sitio.

—Madre, por favor. ¿Me das la manta?

Loretta miró preocupada a May Belle, pero después se fue al dormitorio. Volvió un momento después con un edredón doblado bajo el brazo. Al entregárselo a su hijo, dijo:

—¿Qué vas a hacer?

A Chase le dolía la garganta. Recolocó a su mujer en sus brazos y miró la cabeza rubia de su madre para decirle:

—Franny y yo vamos a hacer un milagro.

Loretta le miró sin dar crédito a lo que oía.

—¿Un qué?

—Un milagro —repitió Chase mientras llevaba a Franny hacia la puerta—. Los sordos deberían oír y los ciegos deberían ver.



## Capítulo 20

La casa de los Graham estaba encendida como un árbol de Navidad cuando Chase condujo el carro cerca del porche. Le dolían los dos brazos por intentar conducir con uno mientras sostenía a Franny en el otro, así que rodeó el poste con las riendas y se quedó sentado allí un momento, tratando de recuperar las fuerzas. Franny estaba sentada en silencio junto a él, con la vista aún fija en algo que él no podía ver. Durante todas las largas horas del viaje, no había hablado ni se había movido por voluntad propia.

Bajando del carro de un salto, Chase la cogió por debajo de las rodillas y le rodeó los hombros para bajarla del asiento. Mientras se giraba con ella hacia la casa, se le ocurrió que el deseo que había pedido al verla por primera vez estaba a punto de suceder. Iba a luchar contra un puma por ella. Y por Dios que iba a salir vencedor.

Subió las escaleras con paso enérgico. Cuando llegó a la puerta, no se atrevió a llamar. Se limitó a dar una patada con el pie y a abrir de una vez la puerta. Con el impacto, la puerta estalló contra la pared interior. Todos en la casa se volvieron para mirar. Las chicas estaban en la cocina, lavando los platos de la cena. Mary Graham estaba sentada en la mesa, partiendo guisantes en un gran cuenco. Frankie y Matthew estaban sentados en cuclillas sobre un tablero de ajedrez en la sala de estar. Chase no recordaba haber visto nunca tantas expresiones de condena en una misma habitación. Era evidente que Frankie no había perdido el tiempo para ir con las noticias a casa.

¿Cómo se atrevían? Chase miró cada una de las caras, consciente del peso ligero que sostenía en sus brazos, del sufrimiento al que ella había tenido que hacer frente. ¿Cómo podía ninguno de su familia mirarla con desprecio?

La vida continuaba, pensó Chase. Era evidente que habían conseguido comer. Y habían comido la comida que Franny les había pagado. Nada nuevo. Ella llevaba alimentando a esa banda de desagradecidos nueve años. Pues bien, estaban a punto de saber el precio que ella había tenido que pagar para que ellos tuviesen llena su maldita despensa. Chase cogió el borde de la puerta y la cerró con la bota. El sonido resultante de madera contra madera les hizo dar un brinco.

—¿Frankie? —llamó Mary Graham—. ¿Pasa algo?

—Todo está bien, madre. —Frankie se puso en pie—. Usted y esta mujer no son bienvenidos en esta casa —dijo con voz de piedra—. Largaos de aquí.

—¿Francine? ¿Eres tú? —preguntó Mary—. Cállate, Frankie. Tu hermana siempre será bienvenida en esta casa.

—¿Como la hija pródiga? —preguntó Chase con frialdad—. ¿Porque es su deber cristiano perdonar y amar a los pecadores?

Chase ignoró la mirada amenazadora de Frankie y se dirigió directamente hacia la mesa en la que Mary Graham estaba sentada. Los olores a guiso de carne con patatas

se mezclaban con el olor dulce de las verduras frescas. Dejando descansar parte del peso de Franny en la mesa, dio un golpe con el brazo al bol de guisantes, que salió volando por los aires. Alaina chilló al ver que la porcelana acababa en el suelo y se rompía. Los guisantes salieron disparados en todas direcciones. Sin preocuparse, Chase puso con cuidado a su esposa en la mesa ante su madre.

—Le he traído lo que queda de su hija —dijo con voz ronca.

Los ojos ciegos de Mary Graham se centraron en su voz.

—¿Chase Lobo?

Frankie vino de la cocina.

—Te he pedido amablemente que te marcharas.

Chase le miró con frialdad.

—¿Que me lo has pedido amablemente? Me ocuparé de ti en unos minutos, jovencito. Mientras, mantén amablemente la boca cerrada y abre los oídos.

Cuando se dio la vuelta, vio que Mary Graham pasaba sus manos por la cara de Franny.

—Ay, Dios mío, ¿qué le ha pasado? ¿Está enferma?

Chase puso las manos en la mesa y se echó hacia delante.

—¿Enferma? Ojalá lo estuviese. Entonces tal vez un médico podría ayudarla. Por decirlo de forma sencilla, esta chica tiene roto el corazón. La he traído aquí porque, con todo lo que yo la amo, no puedo recoger sus pedazos. —Agudizando la voz y bajando el volumen, siguió hablando—: Usted es la única que puede, y creo que sabe por qué.

—No dejaré que molestes a mi madre así —objetó Frankie, quien llegó hasta la mesa—. Coge esta basura y llévatela a donde pertenece. Sácala de nuestra casa.

Eso dolía. Chase se dio la vuelta y golpeó al joven en la cara con los nudillos. Frankie se tambaleó con el impacto, pero consiguió mantenerse en pie y, erguido, se llevó la muñeca a los labios.

—No se te ocurra volver a hablar así de tu hermana —dijo Chase con una voz sedosa y amenazante—, porque, si lo haces, juro por Dios que te romperé la cara. ¿Lo has entendido, Frankie?

A Frankie le brillaron los ojos de rabia y odio, y murmuró:

—No puedes entrar aquí y dejarnos el fardo. Iré en busca de la ley.

—Hazlo —dijo Chase en voz baja. Volviéndose hacia Mary, añadió—: Cuando vuelvas, tu madre se habrá encargado de que tus cosas estén empaquetadas y esperándote en el porche. ¿No es verdad, señora Graham? Usted sabe muy bien a qué árbol debe arrimarse, ¿no?

Mary cerró los ojos.

—Cerrar los ojos no le ayudará —susurró Chase con rabia—. Usted ya está ciega —se inclinó más cerca de ella—, aunque no tanto como pretende estar. Usted lo sabía. Lo vi en su cara el día que nos conocimos. ¡Lo sabía! Lleva sabiéndolo todos estos años.

—No siga —susurró Mary. Pasó una mano temblorosa por el pelo de su hija—. ¿Qué es lo que le pasa? ¿No será... no será algo contagioso, verdad?

Por primera vez en su vida, Chase quiso pegar a una mujer. Cerró los puños sobre la mesa.

—¿Y si lo fuera? Solo piénselo. Podría hacerla sentir culpable otros diez años y quedarse con los beneficios.

Mary Graham se quedó pálida.

—¿De qué me acusa usted, señor Lobo?

—Creo que será mejor que se vaya —intervino Frankie.

—Y yo creo que será mejor que te calles —respondió Chase. Con la vista fija en Mary, continuó hablando—. Llegaremos al fondo de este asunto antes de que me vaya. Por las buenas o por las malas. Vosotros elegís. Pero de una forma o de otra, mi esposa va a oírlo de sus labios. Admítalo, señora Graham. Todo este tiempo usted sabía lo que Franny estaba haciendo para mantener a esta familia. ¿Me equivoco?

Ella clavó un codo en la mesa para poner una mano temblorosa sobre su cara.

—Si la quiere —la pinchó Chase— y sé que usted debe hacerlo, entonces, por el amor de Dios, ¡admítalo!

Con un sollozo roto, ella dijo:

—Que Dios me perdone, sí, lo sospechaba.

Con un bufido de desprecio, Chase preguntó:

—¿Que lo sospechaba?

—¿Madre? —La voz de Alaina se convirtió en un gemido—. ¿Qué estás diciendo?

Chase se irguió.

—La cruda verdad, Alaina —dijo más calmado—. Vuestro padre murió. Vuestra madre se quedó ciega. Ella debía alimentar a ocho hijos, uno de ellos enfermo y necesitado de medicina, y no tenía ninguna forma de conseguir el dinero para mantenerlos a todos. —Chase miró fríamente a Mary—. Para sobrevivir, tuvo que tomar una decisión que ninguna madre debería tener nunca que hacer. ¿Es eso cierto, señora Graham?

—No —susurró Mary—. A mí dime lo que quieras, pero no delante de los niños. Concédeme al menos eso.

Chase se pasó la mano por el pelo y miró uno por uno a los niños. Todos excepto Jason estaban presentes. Al ver sus expresiones contraídas, estuvo a punto de cambiar de idea. Pero después volvió a mirar a Franny. Nadie la había protegido de las feas realidades. Por el contrario, sus hermanos habían vivido demasiado protegidos. Franny no podía llevar esa carga sola por más tiempo. Era tan sencillo como demolidor. Todos los niños, excepto Jason, tenían edad suficiente para oír la verdad y, por el bien de Franny, Chase se había propuesto que así fuera.

—Lo siento —dijo Chase en voz baja—. Pero en mi opinión, tengo que elegir entre mi esposa y todos vosotros. No tengo otra opción. Por mucho que les duela

enfrentarse a esto, nunca conoceréis ni la menor parte del dolor que ha tenido que sufrir Franny. ¿Y todo para qué? —Miró a Frankie—. ¿Para que su hermano pudiese escupirle a los pies y repudiarla? ¿Para que pudiese despreciarla por ser una prostituta y ofrecérsela en venta a unos extraños? —Miró a cada una de las niñas—. ¿Para que sus hermanas pudiesen torcer el gesto y sentirse decentes?

Un silencio de conmoción llenó la habitación.

—Es hora de que sepan la verdad, señora Graham. Toda la verdad. Sobre la epidemia de sarampión y el hecho de que Franny la trajese a casa. Como, en lo más profundo, usted la culpó de su ceguera y del retraso de Jason. En cierto modo, ella fue incluso responsable de la muerte de su esposo, ¿no es cierto? Si no hubiese sido por su desgracia y por la de Jason, él no hubiese tenido que trabajar tantas horas para pagar a los médicos y comprar medicinas. Él ni siquiera hubiese tenido que aceptar ese trabajo del campanario para tener que ganar más dinero. ¿No es eso cierto?

—Deténgase —gritó ella con voz entrecortada.

—No puedo —dijo Chase, ronco. Y era la verdad. No porque quisiese hacer daño con sus palabras, sino porque estaba consiguiendo lágrimas. De Franny. Ella seguía sin moverse en la mesa. La expresión de su rostro era la misma. Pero en sus ojos había lágrimas. Lágrimas calladas.

—Hace usted que parezca un monstruo —le acusó Mary.

—No —contestó Chase—. Una madre que ama a sus hijos. Una madre que sacrifica a uno para salvar a los otros siete. No la juzgo por eso. Sé que Franny no lo haría tampoco. Pero la juzgo por la manera en que lo hizo.

Deteniéndose para dar más énfasis a sus palabras, Chase clavó la vista en el rostro pálido de Franny.

—Ella os quiere tanto que a pesar de todo lo hubiese hecho. Usted no tenía por qué cargarla con el peso de la culpa, que bastante pesada era ya su tarea. Pero eso es exactamente lo que hizo. Ella desobedeció a sus padres. Nada serio. Solo una falta sin importancia, normal entre las chicas de su edad, y, al hacerlo, contrajo el sarampión. Usted lleva acusándola de eso durante nueve interminables años.

—¡Usted no tiene ni idea! —gritó Mary—. ¿Cómo se atreve a venir aquí y acusarnos? Usted no sabe nada sobre esta familia ni sobre mí.

—Sé que durante nueve años ha pretendido no saber dónde ganaba Franny el dinero que os daba para manteneros. Lo cierto es que no solo lo sabía sino que probablemente fue usted la que lo arregló.

Mary Graham se estremeció como si la hubiesen golpeado. Chase vio que Franny apretaba los ojos. Le ponía enfermo. Profundamente enfermo. Pero no podía parar ahora. Ella tenía que oírlo. Y tenía que oírlo de los labios de su madre.

—Encargarse de la colada para ganar un dinero extra. La madama del prostíbulo buscando a Franny en la calle, usted enviándola al establecimiento a recoger la ropa sucia. Suena bastante inocente, pero no me cuadra el hecho de que la madama saliese a buscar a Franny. Las prostitutas no se atreven a hacer eso. Si empiezan a hablar a

chicas inocentes de esa manera, se arriesgan a ser expulsadas del pueblo en el que trabajan.

Chase se acercó a ella.

—Pero esa madama se acercó a Franny con toda su audacia, ¿no? Y en cuanto Franny empezó a ocuparse de la colada del prostíbulo, la madama sugirió otras formas de que ella ganase dinero. Mucho más dinero. ¿Cómo pudo arriesgarse tanto la mujer? Si la chica hubiese ido a decirlo en su casa, podrían haber cerrado el local. Aun así, ella intentó contratar a Franny, no una, sino varias veces, al parecer sin miedo a las consecuencias.

—Deténgase —susurró Mary.

—No. Yo creo que usted habló con esa mujer, señora Graham. Por eso no tuvo miedo de acercarse a Franny, porque su madre le había dado permiso. ¿No es verdad? Porque usted estaba desesperada. Su hijo estaba muriéndose. Sus otros hijos tenían hambre. Y Franny era su única salida.

Los sollozos de Mary Graham se hicieron más entrecortados.

—No tiene derecho. Ni pruebas. Mentiras, son todo mentiras.

—No creo —replicó Chase en el mismo tono de voz—. Admito que me llevó un tiempo poner todas las piezas en su sitio. Lástima que Franny nunca lo hiciese. ¿Usted sabía muy bien cómo manejarla, eh, señora Graham? Cómo hacerla sentir culpable. Usó esa culpabilidad con ella como un cuchillo afilado, justificando sus acciones todo el tiempo porque pensaba que si no hubiese sido por ella no se habrían visto metidos en esa situación. ¿No es así como se justificó? El sacrificio de una hija para salvar a los demás. Y qué mejor elección que la hija que sin querer os había causado todas las desgracias.

—No.

—Ah, sí. De un primer vistazo, no parece obvio. Una amable mujer ciega que parece amar a todos sus hijos, que va a misa cada domingo, que en su inocencia no sospecha dónde gana su hija esa exorbitante cantidad de dinero que necesita para mantener a su familia. Todo parece bien. Suena verosímil. Pero siempre hubo algo que me pareció falso. Seguí dándole vueltas, recordando lo que Franny me había dicho. Y tengo que decirle que, mucho tiempo después de que empezase a sospechar por primera vez, seguí rechazando esta idea porque no quería creerlo.

Sin piedad, Chase siguió con la carnicería.

—¿Sabe qué me dio la primera pista? El día en que la conocí y oyó mis pasos. Muy poca gente puede percatarse de ellos. Camino como un indio, de los pies a la cabeza, y apenas hago ningún ruido, incluso con las botas puestas. Pero usted supo que estaba en casa por el sonido. Los ciegos desarrollan mucho el oído. ¿No es así, señora Graham? Para compensar la ceguera.

—¿Y? ¿Por qué eso...?

—Porque —la interrumpió Chase— usted tuvo que haber oído a Franny cuando se levantó esa primera noche y se puso su vestido de los domingos. Tuvo que haberla

oído salir de casa para ir al prostíbulo.

—No, no. Si la hubiese oído la habría detenido.

—Exacto —dijo Chase en voz baja—. Pero no lo hizo. No porque no la oyese, sino porque era lo que usted quería que hiciese, lo que había estado rezando que hiciese. Porque era la única manera de que esta familia sobreviviese. ¿Por qué, por el amor de Dios, no puede simplemente admitirlo? Entiendo que sea doloroso para usted, que desearía que Dios no le hubiese puesto una prueba tan dura en el camino y que le rompa el corazón admitirlo, incluso a sí misma. ¡Pero eso es mejor que permitir que sea esta chica la que cargue con toda la culpa ella sola!

—¡Usted me está acusando de empujar a mi hija a prostituirse!

Chase hizo como que no la había oído.

—Puedo creer que usted no la oyese esa primera noche. ¿Pero y las otras noches, señora Graham? ¿También careció del oído suficiente para oírla entonces? ¿Y cuando volvía por las mañanas? Usted debería de haberse preguntado dónde había estado Franny y cómo traía en sus manos tanto dinero. Pero no lo preguntó, ¿verdad? No preguntó sobre sus ausencias ni sobre esas ganancias inesperadas. No necesitaba hacerlo. Porque lo sabía.

—Ay, Dios... Perdóname, Francine. Perdóname.

Chase cerró los ojos, aliviado aunque lleno de remordimientos. Su voz se quebró de emoción al decir:

—Ella la perdona, señora Graham. El problema es si puede perdonarse a sí misma.

—¿Madre?

Al oír la voz de Frankie, Chase abrió los ojos para ver que la cara del joven se había quedado completamente pálida.

—¿Madre? —repitió—. Di que no es cierto. Que nunca lo hizo.

La súplica era demoledora. Y se quedó sin respuesta. Mary Graham se limitó a sollozar y sacudir la cabeza. Los otros niños parecían pegados al suelo, con los ojos llenos de incredulidad y asombro. Chase no se sentía particularmente orgulloso de haber tenido que destrozar a una familia de esa manera.

Frankie caminó hacia atrás lentamente, en dirección a la puerta. Al verle, Chase podía casi degustar la angustia del chico.

—No, Frankie —dijo en voz baja—. Ya no eres un niño pequeño. No puedes salir corriendo a lamerte las heridas mientras tu familia te necesita.

—¿Mi madre empujó a mi hermana a la... —los tendones de su garganta se tensaron— prostitución? ¿Para mantenernos? ¿Mi propia madre?

Chase tomó aire y se volvió para mirar a Franny. Ella tenía ahora las manos abrazadas a la cintura. Seguía teniendo los ojos cerrados, y las lágrimas aún le resbalaban por las mejillas.

—Tu madre hizo lo que tenía que hacer —dijo Chase con suavidad—. ¿Qué otra cosa podía hacer, Frankie? ¿Buscar un trabajo? Es ciega. La única opción que les

queda a las viudas con hijos es volverse a casar, y ¿qué hombre querría casarse con una mujer ciega y ocho hijos? Jason estaba enfermo. Si no hubiese conseguido su medicina, hubiese muerto probablemente. Y por si esto fuera poco, todos sus hijos morirían de hambre. —Chase miró al muchacho a los ojos—. Si tu madre hubiese podido, estoy seguro de que hubiese ido en lugar de Franny. Pero las mujeres ciegas no valen un centavo en esos lugares. ¿Verdad, Frankie? Las chicas bonitas de pelo dorado sí.

Mary volvió a sollozar.

—Ay, Dios... Ay, Dios... —Rodeó a Franny con los brazos—. Mi pequeña. Que Dios me perdone. Mi niñita.

Frankie apoyó los hombros contra la puerta, con la mirada fija en Franny.

—Yo era tan pequeño entonces que me parecía muy mayor —dijo, temblando.

—Pues no lo era, Frankie —dijo Chase con voz cortante—. Solo tuvo mala suerte de ser la mayor. Si no hubiese sido por el orden de nacimiento, hubiesen podido ser Alaina o Ellen. No hay ni una sola persona en esta casa que deba mirarla por encima del hombro, eso por descontado. Ella se ha sacrificado de una forma que no podríais ni imaginar por alimentarlos.

Frankie se inclinó.

—Nunca lo había pensado. Ella era solo una niña, ¿verdad? Solo tenía la edad de Theresa.

Theresa estaba de pie cerca del fregadero, con sus manitas clavadas en una toalla y unos ojos azules tan grandes que no le cabían en la cara. Estaba empezando a desarrollarse, pero solo un poco. Al mirarla, Chase se sintió mareado. Franny se había convertido en una prostituta a su edad.

—En mi opinión, Frankie, hay muchas cosas en las que no has pensado —apuntó Chase. Inclinando la cabeza sobre la nueva chaqueta del chico, dijo—: Veo que tu hermana te dio el dinero para comprar una chaqueta y un chaleco ya hecho. Por no hablar del buen tabaco que fumas o del dinero que pensabas gastarte en Tierra de Lobos en la taberna, mejor no mencionar eso. ¿En qué estabas pensando, hijo? ¿Crees que el dinero crece de los árboles? ¿Alguna vez se te ocurrió pensar que sería bueno que consiguieses un trabajo?

A Frankie se le torció la cara y movió la cabeza. Consciente de los sollozos de Mary Graham, Chase miró a Alaina.

—Y tú, jovencita. Tienes dieciséis años. Cuando Franny tenía tu edad estaba ya manteniendo a toda la familia. ¿Qué has hecho tú para ayudarla? ¿Has hecho la colada? ¿Has limpiado los establos de los vecinos? ¿Has cosido al menos la ropa para tus hermanos?

—Franny siempre lo hacía —dijo la chica con voz débil.

—Franny siempre ha hecho todo por vosotros —siguió Chase—. Por eso es por lo que quiero que entendáis. —Miró a cada uno de los niños con dureza—. Todos vosotros sois lo suficientemente grandes como para apreciarlo. El dinero no llega por

arte de magia a la mano de la gente. Tienes que sacrificarlo para conseguirlo. Vuestra hermana ha sacrificado su vida. —Miró a Theresa—. Nadie le compró peinetas de piedras preciosas cuando tenía tu edad. —Miró después a Alaina—. Nunca pudo llevar zapatillas de baile. Ningún chico la invitó nunca a bailar. —Miró por encima de su hombro para dirigirse a Matthew—. Tú quieres un rifle de caza. No para alimentar a tu familia, porque eso ya lo hace Franny. Lo quieres como deporte. Franny nunca tuvo tiempo para jugar cuando tenía tu edad.

Chase se detuvo para dejar que todo lo que había dicho surtiese efecto, con la mirada fija en el rostro pálido y lleno de lágrimas de Franny. Rezó para que estuviese oyendo cada palabra. En voz baja, les contó lo de sus sitios de ensueño, cómo había sobrevivido a la dureza de la vida, lo cuidadosamente que había guardado su anonimato para proteger a su familia, la frustración de su embarazo. Terminó contándoles lo de *Toodles*, que había sabido todas las cosas malas que había hecho y a pesar de todo la había amado.

Alaina se acercó a la mesa. Frankie se alejó de la puerta.

—Lo que le dije hoy... ¿Por eso está así, verdad? —preguntó con voz temblorosa—. Es mi culpa. Todo es culpa mía. —Tenía un sollozo en el pecho—. ¿Francine? No quería hacerlo. Perdóname por lo que dije. No quería hacerlo.

Mary Graham contuvo la respiración, gimiendo en silencio. Después susurró:

—Yo soy la única responsable de esto, Frankie. Soy la única que debería pedirle perdón.

Chase le pasó la mano por el pelo a Franny y se inclinó para besarla en la frente.

—Ella no quiere que ninguno de vosotros le pidáis perdón —dijo en voz baja—. Lo que ella siempre ha querido de vosotros es muy simple.

—¿Qué es? —preguntó Alaina con la voz quebrada.

Chase respiró hondo.

—Que la améis a pesar de todo. Es todo. Que la améis a pesar de todo. Desde mi punto de vista, no creo que sea mucho, ¿no creéis?

Mary Graham emitió un sonido ahogado y apretó los brazos alrededor de su hija. Alaina las abrazó a las dos. Chase se quedó observándolas un momento, pero solo un momento.

Después, salió de la casa. Sin duda, los diez pasos más difíciles que había dado en toda su vida.

Una vez en el porche, Chase se hundió contra la columna de sujeción, el cuerpo dolorido de cansancio y el corazón con un dolor aún peor. ¡Amaba tanto a la mujer que había dejado ahí dentro...! Por mucho que supiese que era lo mejor, dejarla allí era la decisión más dura que había tenido que tomar en su vida.

La puerta de la casa se abrió detrás de él, y una brecha de luz dorada cayó sobre Chase. Un instante después, hubo un sonido de bisagras al cerrarse, y la luz artificial



enmudeció. Oyó pasos que cruzaban el porche. Frankie se acercaba a él. Después de un momento, se sentó en el escalón y rodeó sus rodillas con los brazos, dejando colgadas las manos.

Al principio, ninguno de los dos dijo nada. Los caballos amarrados al carro de Chase dieron un relincho y movieron sus colas para espantar a los mosquitos. Una melodía aguda de grillos flotaba en el aire cálido de la noche. Chase levantó los ojos a las estrellas, a la luna, y deseó con todo su corazón poder llevarse a Franny a casa con él.

—Supongo que piensas que soy una persona horrible —dijo por fin Frankie—. Que soy un niño mimado y egoísta y que no quiero a mi hermana como debería.

Chase hizo una mueca.

—El hecho de que te des cuenta de que yo puedo pensar algo así de ti me dice que no es cierto —contestó por fin—. La gente horrible, mimada y egoísta rara vez se da cuenta de lo horrible, lo mimada y lo egoísta que es.

—Así que crees que es la forma en la que actúo.

Chase suspiró y se unió a él en la escalera.

—Frankie, creo que aún tienes que madurar; eso es todo. No estoy seguro de que se te pueda culpar por eso, no del todo. Maduramos cuando tenemos que hacerlo, y nadie te ha pedido que lo hagas hasta ahora. Franny te facilitó la vida. Quizá demasiado. Creo que, al hacerlo, ella podía sentir que sus sacrificios valían la pena. Ella os entregó a ti y a los demás todos sus sueños, quiso que se hicieran realidad en vosotros. ¿Tiene sentido esto que te digo?

—Supongo. —Y guardó silencio unos segundos—. Siento mucho haber actuado como lo hice.

Chase se giró para mirarle.

—¿Sí? Bien, yo lo siento aún más. No debería haberte pegado. Reconozco que te debo una.

El chico consiguió sonreír.

—Tengo el labio morado.

—Lo siento.

—Disculpas aceptadas.

El chico le ofreció la mano. Chase se la estrechó. Hecho esto, Frankie dejó escapar un hondo suspiro.

—¿Crees que Francine se pondrá bien?

Chase escudriñó la oscuridad. Había robles diseminados por toda la propiedad, como champiñones gigantescos a la luz de la luna con sus copas infladas y sus troncos corpulentos.

—No lo sé —admitió por fin, y decir estas palabras supuso para él una gran agonía—. De verdad que no lo sé.

—¿Qué puedo hacer para ayudarla? —preguntó el chico.

—Quererla —dijo Chase con voz ronca—. Quererla por encima de todo —dijo

tomando aire—. Esto es lo que se supone que deben hacer los hermanos.

—Siempre la he querido. Incluso hoy cuando le dije todas esas cosas horribles, la quería. Es solo que... me ponía enfermo y me dolía por dentro. Quería que ella se sintiese igual de mal.

Chase apretó los dientes. Mirándolo de manera objetiva, algo que le resultaba bastante difícil, entendía cómo debía de sentirse.

—Eso que hiciste hoy... tienes que encontrar la manera de deshacerlo, Frankie. Tienes que poner tu propio dolor a un lado y pensar en el suyo. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Ya lo he hecho.

Chase asintió.

—Imaginaba que así era. Si no, no estarías aquí fuera. —Se volvió para mirar el perfil del chico—. ¿Te has mirado alguna vez en el agua y has visto tu propio reflejo?

—Unas cuantas veces.

—Cuando el viento sopla fuerte, o si el agua está turbia, las ondas distorsionan la imagen —murmuró Chase—. Puedes quedarte mirando hasta que te duelan los ojos y aun así no podrás verte con claridad. —Cogió al chico por un hombro—. Tú eres la superficie de agua para Franny, Frankie. Hoy, esos terribles secretos que os ha estado ocultando se convirtieron en el viento o en la perturbación en el agua, y ella está perdida ahí dentro. Por mucho que intente mirarse, no consigue verse; lo único que ve es fealdad.

»Debes intentar hacer que el agua se quede quieta otra vez en la superficie. Tu amor por ella será el sol que ilumine su reflejo en el agua.

—No lo entiendo.

Chase sonrió levemente.

—Sí, verás, aprendí de un hombre muy sabio que reflexionamos aquello que no entendemos. Quiero que pienses en ello y que encuentres tu propia respuesta. Cuando eras pequeño, estabas necesitado y Franny estuvo ahí para ti. Ahora el viento ha cambiado de dirección. Ella te necesita. Desesperadamente. Tienes que convertirte en su espejo.

Los ojos del chico se llenaron de lágrimas y, brillantes a la luz de la luna, rodaron por sus mejillas.

—En otras palabras, yo soy su espejo, y quieres que me asegure de que lo que ve es un reflejo hermoso.

—Exactamente. Si piensas en ello, Frankie, todos obtenemos nuestro reflejo de la gente a la que amamos. Sus opiniones conforman las nuestras. Franny no está segura de merecer ser amada. Debes convencerla de que no es así.

—Lo intentaré.

—Si llegas a conocer a tu hermana —dijo Chase con voz suave—, conocerla de verdad, el reflejo que ella verá en tus ojos será hermoso porque ella es hermosa.

—¿La quieres mucho, verdad?

—Sí, mucho.

—¿Su hijo es tuyo?

—Sí, es mío.

—Entonces, ¿por qué vas a dejarla aquí? Eso es lo que vas a hacer, lo sé por la manera en la que actúas.

Chase cogió aire y lo exhaló en un suspiro. Extendiendo las manos, se miró las palmas. De una manera sencilla, explicó a Frankie la creencia comanche de que el ayer no existía y de que una persona siempre podía caminar hacia delante con la mirada fija en el horizonte.

—En el caso de Franny, esta creencia no sirve —concluyó—. Ella no puede dejar atrás su pasado porque muchas de las cosas que le sucedieron quedaron sin ser resueltas. Ella debe caminar hacia atrás y hacer las paces con quien fue en el pasado antes de poder enfrentarse a lo que quiere ser hoy.

—Podrías quedarte y ayudarla. Sé que quieres hacerlo, y podemos hacerte sitio.

Para resistirse a la tentación, Chase se puso en pie como un resorte.

—Yo no soy parte de su pasado, Frankie. Yo soy su presente. Si me quedase todo sería más difícil para ella. Ella os necesita a vosotros, no a mí. Necesita que la améis por encima de todo antes de poder creer que yo lo haré también. ¿Lo entiendes? Ella ha sufrido mucho por tu madre. No la culpo por ello, no te equivoques. En realidad, lamento mucho que tuviese que encontrarse en esa situación. Pero la cuestión es que ella es la que provocó las heridas y la única que puede sanarlas por completo. Ella y todos vosotros.

El joven se abrazó a las rodillas.

—Si te necesito y te lo hago saber con un mensaje, ¿vendrás?

—¡Como el rayo! —Chase se acercó al carro, buscó algo bajo la lona y sacó una talega de piezas de oro—. Aquí hay dinero suficiente para pagar los gastos del próximo mes. Antes de que se termine, pediré al banco que os haga una transferencia. —Chase puso el dinero entre las manos de Frankie. Mirándole a los ojos, dijo—: Eres casi un hombre, hijo. Es hora de que asumas tus responsabilidades. Cuento contigo para que cuides de esta familia y de mi mujer.

—Lo haré.

Chase se subió al asiento del conductor, soltó las riendas y después miró sombríamente a la oscuridad que tenía delante. No quería irse. Aunque sabía que estaba haciendo lo mejor para Franny, lo único que podía hacer, seguía recordando la promesa que le hizo de que nunca la abandonaría.

—Frankie, si despierta y pregunta por mí, ¿le darás un mensaje de mi parte?

—Claro.

—Es importante que se lo digas con las palabras exactas —dijo Chase con voz ronca—. Dile que, cuando esté lista para volver a casa conmigo, estaré esperándola en nuestro lugar soñado.

## Capítulo 21

*E*sperar... A Chase ese mes de agosto le estaba pareciendo eterno. Una vez a la semana, recibía una carta de Frankie, en la que le ponía al día de la recuperación de Franny. El chico decía que su hermana iba bien. Su estado de estupor era cada vez menor conforme pasaban los días. Sonreía a menudo y parecía haber encontrado la paz en su interior. Hacia el final del mes, Chase lo arregló todo con el banco para hacer un giro de dinero a Grants Pass. Mientras tanto, fue a trabajar a la mina con su padre y Jake para cubrir la sangría en sus ahorros que suponía mantener a la familia Graham. Aunque no le gustaba especialmente la mina, era mejor que salir de Tierra de Lobos y poner aún más distancia entre él y la mujer que amaba.

Por fin llegó septiembre y los días pasaron conduciéndole inexorablemente hacia el otoño. Las cartas de Frankie empezaron a llegar con menos asiduidad, y en ella nunca mencionaba si Franny tenía planes de volver con su marido. Chase se decía que era comprensible que el chico escribiese menos. Había aceptado un trabajo y, con el paso del verano, había reanudado también las clases en el colegio. Pero en su interior Chase temía estar mintiéndose a sí mismo.

Perder a Franny. Había sido una posibilidad desde el principio, y él había elegido arriesgarse para darle tiempo a que se curase. Pero enfrentarse a la realidad de que tal vez no volviese nunca era otra cosa. Chase recordó el vacío en sus ojos y se dijo que había hecho lo correcto. Sin embargo, saberlo le servía de poco consuelo. Cada día que pasaba, se enfrentaba al hecho de que cuanto más tiempo pasase Franny lejos de él, menos posibilidades habría de que volviese.

Tampoco podía culparla por ello. En Grants Pass nadie sabía su terrible secreto. Aquí en Tierra de Lobos todos lo sabían. Conociéndola como la conocía, Chase no podía culparla por no querer volver y enfrentarse a ese horror. No la culparía si decidía no hacerlo nunca.

A finales de septiembre, Frankie le escribió para agradecerle que les hubiese enviado dinero por segunda vez, pero también le dijo, educadamente, que la familia había encontrado otras formas de financiarse. Su madre estaba planchando, algo que podía hacer con el tacto. Alaina estaba haciendo también algún que otro trabajo. Theresa limpiaba para las mujeres del pueblo. Matthew tenía un trabajo como chico de almacén en la tienda de abastos. Ellen había encontrado un trabajo de oficinista en un despacho de abogados. Franny hacía trabajos manuales, que se vendían bastante bien en las tiendas locales. Frankie tenía aún el trabajo en los establos y había empezado recientemente a ganar dinero cortando y apilando leña para la gente del pueblo.

Chase se llevó la carta al río para poder leerla y releerla, tratando de encontrar algún significado entre líneas. En ningún sitio mencionaba que Franny pensase

volver.

Esa tarde, Chase aceptó que podía muy bien haber perdido a la mujer que amaba. Su único consuelo era saber que ya no seguía perdida en sí misma.

May Belle y Shorty fijaron una fecha de octubre para su boda. Los Lobo recibieron la invitación, y Loretta respondió ofreciendo tener una recepción informal de la pareja en su casa. Chase hubiese preferido ignorar todo lo referente a la fiesta, pero, dada la proximidad, le resultaba imposible. Una ceremonia sencilla tendría lugar en el salón comunitario. El párroco local había accedido a hacer los honores. La mañana de la boda, los Lobo pusieron mesas improvisadas en su jardín para la recepción de la tarde; después fueron al salón a decorar y arreglar los asientos para los invitados.

A las dos, Chase volvió al salón con su familia para asistir a la ceremonia. Índigo estaba preciosa con su vestido indio blanco y su pelo leonado recogido en lo alto con un juego de peinetas de nácar que Jake le había traído por su último cumpleaños. Los niños iban impecables con sus mejores ropas de domingo. Cazador vestía su traje de ante, que era lo más elegante que podía llevar. Loretta flotaba junto a él envuelta en alpaca azul.

—Te prometo, Chase Kelly, que cualquiera que te vea pensará que vas a un funeral. ¿Tenías que vestirte de negro? —le preguntó su madre.

Chase se cubrió los ojos con el ala del sombrero.

—El tío Antílope siempre viste de negro, y nunca le dices nada.

—Tu tío Antílope vestía de negro mucho antes de venir a Tierra de Lobos. Tú, sin embargo, fuiste criado para apreciar qué tipo de ropa es más apropiada para cada ocasión.

Lo cierto era que Chase se sentía como si fuese a un funeral. Por mucho que intentase no pensar en ello, May Belle le hacía pensar en Franny, y pensar en Franny le hacía sentir como si le hubiesen clavado un cuchillo en las entrañas. Respiró profundamente.

—Lo siento, madre. ¿Quieres que vaya a casa y me cambie?

Loretta le miró exasperada.

—Cielos, no. ¡Entonces llegarías tarde!

—No habrá mucha gente allí —añadió Chase.

—Casi todo el pueblo. El padre Thompson ha hecho muchos esfuerzos para conseguir que la gente asista a la ceremonia como un gesto de aceptación. Por el bien de May Belle, entiéndeme.

Chase supuso que su madre había sido parte activa de ese plan y sonrió levemente.

—Bueno, entonces nadie se fijará en mí.

Una vez en el salón comunitario, Chase se unió a su familia en la fila central y

tomó asiento. Con la mirada fija en la nada, era consciente de cómo se iban llenando los bancos, pero apenas prestó atención a la gente que los ocupaba. Distanciado de lo que le rodeaba como estaba, dio un brinco al encontrarse de repente con unos ojos verdes.

Como si le hubiesen despertado de un sueño, Chase parpadeó y fijó la vista. Ojos verdes. Unos hermosos ojos verdes y una cara tan dulce que tenía memorizada al milímetro. Franny. Ella y su familia estaban todos sentados en la fila que había frente a los Lobo. Antes de tomar asiento, se había girado para encontrarse con su mirada.

Chase sintió como si el banco hubiese desaparecido debajo de él. Franny. Ella sonrió levemente, asintió a su madre, y se sentó en el banco. Él se quedó mirando a la espalda de su vestido azul. La mayoría de su ropa seguía colgada aún en su cuarto. No reconoció ese vestido y se preguntó si se lo habría hecho ella. Su máquina de coser seguía en casa de sus padres, pero, a juzgar por las cartas de Frankie, Chase supuso que Mary Graham debía de tener una propia.

La ceremonia había empezado, pero Chase apenas oía lo que estaba pasando. Tenía un centenar de preguntas que le revoloteaban en la cabeza. El único pensamiento claro era que Franny, su mujer y la madre de su hijo, no se habían sentado con su familia, sino con la de ella. Aunque hubiese saludado a su madre con una ligera inclinación, no le había saludado a él. Una sonrisa incierta, sí. Pero en sus libros, eso no contaba mucho. Eso era una bofetada pública para él. Claro, aunque no lo hubiese dicho en alto, le anunciaba una ruptura del compromiso entre ellos.

Lo primero que pensó Chase fue en salir de allí inmediatamente, pero su orgullo se lo impidió. Si desaparecía, todos sabrían lo dolido que estaba, incluida Franny. Dios sabía lo mucho que quería a la muchacha, pero no quería que volviese a él porque se sintiese con la obligación de hacerlo. Sinténdose el hombre más infeliz del mundo, Chase consiguió seguir sentado durante el resto de la ceremonia y dar la enhorabuena a los novios al final.

Aunque fue lo más difícil que había hecho nunca, cuando las formalidades hubieron terminado, Chase esperó fuera, en la puerta del salón, a los Graham. Prometiéndose a sí mismo que no mostraría su dolor, se obligó a sonreír cuando Franny salió por la puerta del brazo de Frankie. Chase observó que su embarazo era evidente y que el vestido no acertaba ya a ocultar su barriga. Le dolía la mano de deseos de tocársela, de sentir la vida que llevaba dentro. De tocar a su hijo, porque así lo reclamaba él. Pero este era su problema, no el de ella.

—Franny —consiguió decir con voz cálida y de bienvenida—. Tienes buen aspecto.

Esos grandes ojos verdes se clavaron en los de él. Chase apartó la vista, sabiendo que haría una estupidez si no lo hacía. Como cogerla y sacarla de allí a rastras. Había mucho de su padre en él, supuso.

—Tú también —contestó ella con voz trémula—. Me alegro de verte, Chase. Me alegro mucho. —Ella parecía buscar las palabras—. Yo... esto... empecé a escribirte

pero siempre terminaba rompiendo las cartas. Algunas cosas resultan imposibles de decir por carta.

En otras palabras, prefería romperle el corazón en persona. Chase se preparó para lo peor y se enfrentó a su mirada.

—Frankie me ha estado escribiendo regularmente.

Dos puntos de color brillante aparecieron en sus mejillas.

—Sí, bueno. Resulta inexcusable que yo no lo hiciera. Sé que ha pasado mucho tiempo. —Su voz tembló y comprimió los labios un momento. Después, matándole poco a poco con esos ojos suplicantes suyos, dijo—: Por favor, dime que no estás enfadado.

—Desde luego que no. Entiendo que has pasado unos momentos muy difíciles, Franny.

—Entonces, ¿por qué... —tragó saliva y apartó la vista un instante. Volviendo a mirarle a los ojos, siguió hablando— por qué has estado tan frío conmigo?

¿Fría con ella? Todo lo contrario.

—Lo siento. Supongo que me has pillado por sorpresa. —Se obligó a sonreír—. Creo... que, ahora que estáis en el pueblo, deberías decir a Frankie que recogiese tus cosas. Apuesto a que estás echando mucho de menos tu máquina de coser.

Ella levantó la vista hacia él durante un buen rato.

—Sí, una barbaridad. Eso, entre otras cosas.

—Estaremos en casa todo el día. Mi madre ha organizado una fiesta para celebrar la boda.

—Lo sé. Nos ha invitado.

Eso era nuevo. Cerró las manos en un puño, deseando tener entre ellas el precioso cuello de su madre.

—Ah, ¿sí? Bien, estupendo. Estoy deseando veros allí. —Esa era la mentira más grande que había dicho nunca. No solo no deseaba una tortura así, sino que estaba determinado a no ponerse en tal situación. Pasaría el día junto al río en algún lugar y se privaría a sí mismo de tan dudoso placer. Extendió la mano hacia ella—. ¿Hasta entonces?

Ella apenas le tocó la punta de los dedos con los suyos.

—Sí, hasta entonces.

Cegado, Chase se alejó de allí. No se molestó en esperar a su familia y no fue de vuelta a casa. En vez de eso, pasó página al libro de Franny y se escapó a un lugar especial en el que el mundo no pudiera seguirle.

—¿Qué quieres decir con lo de que no vas a ir a la recepción? —quiso saber Frankie—. ¿Diablos, por qué no, Francine? ¿Qué va a pensar Chase?

Sentada con determinación en el carro, Franny miraba hacia delante, a la calle principal, sin querer mirar a su hermano.

—Sencillamente no voy a ir, y ya está.

—¡Pero madre y los niños ya están allí! ¿Qué vas a hacer, quedarte aquí sentada y coger polvo hasta que volvamos?

—Sí.

Frankie gruñó y saltó al carro para sentarse junto a ella.

—Francine, no estás siendo muy razonable. Has estado esperando este día como un gato nervioso. Te hiciste este bonito vestido. ¿Y ahora estás pensando en volverte a casa con nosotros? —Él se inclinó para verle la cara—. Perdona, pero hay un pequeño detalle del que te estás olvidando. ¿Qué crees que va a decir tu marido de esto?

Franny se mordió la parte interna del labio.

—Nada. De hecho, él sugirió que recogiese mis cosas.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Frankie suspiró.

—Entonces debe de haber un malentendido.

—Así es, y soy yo la que no ha entendido nada. —Franny parpadeó para mantener los ojos secos—. Él ya no me quiere, Frankie.

—Ah, por el amor de Dios. —Su hermano golpeó el reposapiés con las botas—. Esa es la cosa más estúpida que he oído nunca. Él está loco por ti.

—Pues desde luego no actúa como tal.

—Entonces te corresponde a ti ir a hablar con él y aclarar las cosas.

—Pensaré que le estoy suplicando. —Miró a su hermano con ojos asustados—. Frankie, ponte en su lugar. Todos en este pueblo me conocen. A mí, ahora, ya no me importa. De verdad que no. Pero un hombre... Bueno, ¿imaginas cómo debe ser que la gente murmure de tu esposa? Chase es una buena persona, y siempre le estaré agradecido por todo lo que ha hecho por mí, pero no pienso obligarle a estar conmigo. Hoy me saludó de una forma muy educada.

—¿Es eso importante?

—Chase no es de los educados.

Frankie se frotó la mano en los pantalones.

—Francine, él te quiere. Sé que es así. Y si no vas a hablar con él, te arrepentirás siempre. Pero supongo que esa es una decisión que tú debes tomar.

Se bajó del carro.

—¿Dónde vas? —preguntó ella.

—Te dejo con tus tonterías —dijo refunfuñando—. Si quieres tirar por la borda algo tan maravilloso como lo que tú y Chase podríais tener solo porque tienes miedo a hablar con él, entonces hazlo. Pero no esperes que yo me sienta aquí y te dé la razón mientras arruinas tu vida.

—¿Miedo? No tengo miedo. Estoy tratando de ser justa con él.

—Está bien —se burló Frankie—. La verdad es que tienes miedo de que él te



mande a paseo, de que confirme tus peores temores y te diga que de verdad no te quiere.

Franny cerró los ojos.

—No podría soportar que me dijera eso.

Frankie suspiró.

—Sí, claro que podrías. Eso no quiere decir que vaya a pasar, pero, si fuera así, podrías soportarlo. Tienes a mucha gente que te quiere y que estará ahí si las cosas van mal.

Con esto, su hermano se alejó.

Franny necesitó mucho coraje para entrar en el jardín de los Lobo. Loretta le dio la bienvenida calurosamente. Cazador le dio un abrazo. Índigo parecía eufórica de verla. Franny miró nerviosa a su alrededor, rechazando la comida y la bebida que se le ofrecía. Entonces vio a Frankie, quien trató de animarla con un guiño.

Volviéndose hacia Loretta, Franny dijo:

—No veo a Chase. ¿Tienes idea de dónde está?

A su suegra le cambió la cara.

—No, querida. Desapareció después de la ceremonia, y no tengo ni la más remota idea de dónde se puede haber metido.

Desilusionada, Franny forzó una sonrisa. Felicitó a May Belle y a Shorty por su boda. Cuando Índigo le trajo un plato lleno de comida, hizo como que comía. Sin embargo, tenía el estómago revuelto y las piernas le pesaban veinte kilos cada una. Sintiendo que llamaba demasiado la atención, empezó a caminar a través de la multitud hasta su familia. Estaba casi junto a ellos, cuando una gran mano le rodeó el hombro. Miró hacia arriba y se encontró con la cara morena de Cazador Lobo.

—Sigue tu corazón —le dijo en voz baja— y lo encontrarás.

Sin decir nada más, se giró para alejarse.

Lugares soñados. Recuerdos. Rayos de sol del frío otoño donde había bailado una vez bajo la luz de verano con un ángel en sus brazos.

Chase se sentó en la ribera del río, con los brazos caídos sobre las rodillas, la mirada fija en la corriente de agua. Hubiese deseado que la corriente de agua se llevase su dolor. En el aire limpio flotaba un olor a madera ahumada, señal de que el invierno estaba cerca. Se preguntó cuántos otros inviernos pasarían antes de que empezase a olvidar.

Franny... El dolor dentro de su pecho era tan fuerte que casi le impedía respirar.

Con una ráfaga de viento, las hojas del otoño fueron arrancadas de las ramas y volaron en una espiral a su alrededor, como un caleidoscopio de colores terrestres: burdeos, naranja, marrón y dorado. El frío que acariciaba sus mejillas le llegaba

también al corazón.

Franny, su ángel de ojos verdes. Por mucho que había buscado, no había encontrado ni una sombra en ellos al encontrarse. El tiempo que había pasado con su familia la había curado, justo como él había esperado. Pero a él le había dejado sangrando.

—¿Chase?

Por un instante creyó imaginar esa voz. Entonces, se giró y vio que estaba allí de pie a unos metros de distancia, frágil y bella, con esos ojos suyos verdes que eran como una promesa de primavera en un esplendor rojizo. Sorprendido, dio un salto para ponerse en pie.

—Franny —dijo absurdamente—. No esperaba verte aquí.

Ella miró lentamente a su alrededor, deteniendo la mirada en cada uno de los sitios en los que habían hecho el amor el verano anterior. Una leve sonrisa asomó a su boca.

—¿Dónde más hubieses esperado verme, Chase, sino en nuestro lugar especial?

Sin atreverse a albergar esperanzas, Chase apartó la vista.

—Si has venido a buscarme para pedirme el divorcio, eso tendrás que hacerlo tú, porque yo no creo en ellos. Pero no me opondré tampoco.

Ella se abrazó la cintura y tembló.

—Entiendo.

—No firmaré ningún papel —añadió—. Así que no me lo pidas. Va en contra de mis creencias, tanto la comanche como la católica. No quiero ponerme difícil, entiéndeme.

—Por favor, Chase, ponte difícil.

—¿Qué?

Ella dio un paso hacia él.

—Ponte difícil. Grítame si quieres. Dime que soy una desconsiderada y una egoísta, que nunca me perdonarás por haber estado lejos más de dos meses sin escribirte ni explicarte nada. Puedes incluso odiarme un poco. Pero cuando hayas terminado con todo eso, ponte difícil. No trates de mandarme lejos.

—¿Mandarte lejos?

Ella levantó la barbilla. Le brillaban los ojos y se le llenaron de lágrimas al encontrarse con la mirada de él.

—Te quiero —se limitó a decir.

—Me quieres. —Chase se mordió en la parte de atrás de la boca—. Tu hermano lleva dos meses escribiéndome y en ninguna de sus cartas mencionó que fueses a volver a casa. ¿Qué demonios crees que iba yo a pensar?

—Siento haberte hecho daño.

—¿Por eso estás aquí? ¿Porque te has dado cuenta de que me has hecho daño?

Ella estudió su cara un momento.

—No. Estoy aquí porque Frankie me dijo que me lamentaría si no me arriesgaba.

—¿Arriesgarte a qué?

—A que me dijese que ya no me amas.

—Llevo esperando aquí dos meses interminables, ¿y pensaste que ya no te amaba? ¡Dios santo! Nunca te entenderé, ¿sabes?

—¿Y de verdad necesitas hacerlo?

—Me ayudaría en mi desconcierto.

—No estaba segura de que... —Hizo una pausa y apretó los labios—. ¿Me quieres o no?

—Maldita sea, no preguntes tonterías.

—¿Podrías darme entonces una maldita respuesta tonta?

—Sí.

—¿Sí? ¿Es todo lo que puedes decir?

—Te quiero —admitió él.

Utilizando la punta rozada de su zapato, hizo una línea en el suelo. Sus ojos brillaron con picardía cuando extendió una mano hacia él.

—Entonces da un paso hasta aquí, Chase Lobo. Deja de enfadarte conmigo por cosas que ocurrieron ayer.

Él entornó los ojos, mirándola.

—¿Sabes que estás tentando a la suerte?

—Es tu creencia. La comanche. Como tu obediente esposa, la he adoptado.

—Convenientemente, diría yo.

—Ah, pero es un concepto tan hermoso. El momento pasa, ¿verdad? Siempre queda perdido. No deberías desperdiciar un segundo del presente preocupándote de algo que ya quedó detrás de nosotros. —Hizo un movimiento con los dedos—. Vamos. Hagamos un lugar especial, Chase, un lugar soñado solo para los dos y nuestro hijo. Quiero que cada segundo del presente cuente. Es lo único que tenemos, ¿sabes? Solo este momento y la esperanza en el futuro.

Era una invitación que Chase nunca hubiese esperado y, a pesar del hecho de que seguía tentado a retorcerle el cuello, era también una invitación a la que no podía negarse.

—Estás diciendo todas las palabras adecuadas —susurró—, pero ¿de verdad las sientes? ¿Dejaste todo tu pasado atrás, Franny?

—Completamente. Ese ha sido tu regalo, Chase. Todo envuelto en magia. El presente y todas mis mañanas. Estoy empezando de nuevo. ¿Querrás compartirlo conmigo?

En vez de cogerle la mano, se lanzó hacia ella, la levantó en sus brazos y giraron juntos en un círculo con ella cogida a su pecho. Franny rio con fuerza, y el sonido penetró cálido por todo su cuerpo.

Franny, su ángel de grandes ojos verdes. Por muy angustiosos que hubiesen sido esos dos últimos meses, había valido la pena. Se sintió como si estuviera sosteniendo al cielo en sus brazos.

—Te quiero —susurró con fuerzas—. Te quiero tanto.

—Y yo te quiero a ti.

Aunque Chase sabía que era una extravagancia, le pareció que el sol de invierno había brillado un momento, y no pudo evitar preguntarse si los Grandes no estarían sonriendo. Toda su vida había oído la canción de su padre. Las palabras pasaban como un susurro por su cabeza ahora, y se dio cuenta de que la última parte de la canción, la parte más hermosa, se había cumplido por fin.

En un remolino de hojas de otoño, un hombre, una mujer y un niño aún no nacido giraron en un círculo eterno, y su unión fue el último cumplimiento de una profecía más vieja que ellos, que los comanches y sus doncellas de pelo rubio encontrarían un lugar especial en el que podrían vivir en armonía y engendrar una nueva nación, donde las canciones de su pueblo pudiesen ser cantadas para siempre.

## Epílogo

Vestida por completo de blanco, símbolo de la pureza, Franny entró en la iglesia cogida del brazo de su hermano Frankie. El órgano empezó a sonar, suavemente al principio, y después subió de volumen hasta que la música vibró en el aire. Frankie dio unos pasos hacia delante para empezar su marcha hasta el altar. Ella se movía junto a él sintiéndose como si estuviera flotando.

Además de una multitud de gente bien intencionada cuyo número excedía todas sus mejores fantasías, Franny vio las caras sonrientes de los de su familia a un lado de la iglesia. Al otro vio las caras de la gente que había empezado a amar recientemente. Los recién casados, Shorty y May Belle, Índigo y su alto y guapo marido Jake, y sus dos hijos.

En la siguiente fila estaba Antílope Veloz, un hombre esbelto de pelo negro y aspecto peligroso cuya pícara mirada resplandecía de amor cada vez que miraba a su encantadora esposa, Amy. En contraste con la delicadeza de sus facciones rubias, tenía a dos niños morenos y de ojos negros a ambos lados, uno le cogía de la falda y el otro de la mano.

Franny apenas pudo contener las lágrimas al ver a su suegra, Loretta. Pero consiguió hacerlo por un rato. Cuando fijó la vista en Cazador Lobo, que estaba junto a su esposa, todos sus esfuerzos por contener la emoción fueron en vano. Vestido con su ante indio, como siempre, parecía un auténtico comanche y completamente orgulloso del pequeño de sus nietos, a quien sostenía en brazos. Por mucho que Franny lo buscase, no pudo encontrar nada en su expresión que denotase que el niño no era de su sangre.

Su hijo, el hijo de Chase, Chase Lobo Junior.

Incapaz casi de ver entre la cortina de lágrimas, Franny alejó la vista de sus padres políticos y se fijó en el hombre alto y moreno que la esperaba en el altar con una mano extendida. Temblando, acertó distancia y se puso junto a él. Juntos se volvieron para mirar al cura, el padre O'Grady, quien sonrió cálidamente y los bendijo con la señal de la cruz.

La luz del sol entraba por los cristales pintados de la ventana. Se hizo el silencio en la iglesia. Franny sintió un cálido sentimiento flotando sobre ella, y a través de sus lágrimas vio un halo dorado y una luz rosada rodeándola.

Sabía que era una tontería completamente extravagante. Pero no pudo evitar preguntarse si esa luz mística no sería una señal de arriba, una bendición especial de Dios. Cerró los ojos y dejó que el calor la llenase, sintiéndose totalmente en paz con lo que había sido una vez y con lo que se había convertido.

Algunas veces, pensó, Dios aún hacía milagros, incluso para el último de sus hijos. Su milagro estaba allí de pie junto a ella, un hombre testarudo, irritante,

insistente y del todo maravilloso llamado Chase Kelly Lobo, quien le había dado el mayor regalo que un hombre podía dar a una mujer: el amor por ella misma.